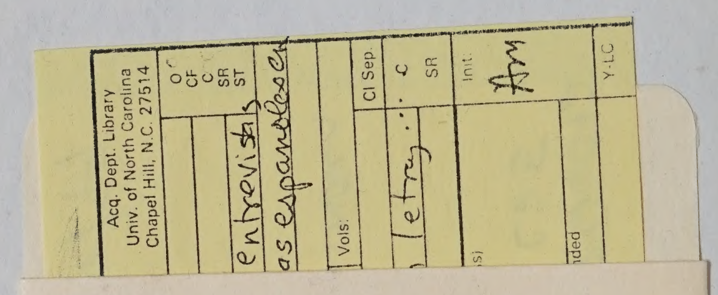
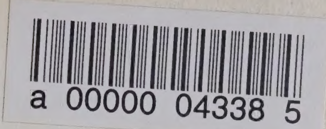

Acq. Dept. Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N.C. 27514
Vols:
Cl Sep.
SR
Init:
Y-LC




a 00000 04338 5

HOMBRES DE ESPAÑA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

Adelfas (2.ª edición).
Crepúsculos de oro.
Cien Sonetos.
La Ruta.
De la Asturias simbólica (2.ª edición).
Quousque Tamdem...?
Alabastros.
Hombres de España.

INEDITAS

La flauta de Falín.
Italianas.
En el Museo del Prado.
Castillos y Leones.
Desenfados.
Entre Volcanes (Vidas aventureras).
Entre Palmeras (Vidas emigrantes).
El Españoleto (Drama en tres actos).


OMBRES DE ESPAÑA

ALFONSO CAMÍN

HOMBRES DE ESPAÑA

ENTREVISTAS LITERARIAS CON LAS PRINCIPALES FIGURAS ESPAÑOLAS EN EL ARTE, EN LA POLÍTICA Y EN LAS LETRAS

CONTIENE VEINTITANTAS FOTOGRAFÍAS DE LOS ENTREVISTADOS HECHAS EXPRESAMENTE PARA ESTA OBRA





RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30 —MADRID

A Laureano Migoya,
A Feliciano Migoya,
A Francisco Migoya,
EN TIERRAS DE MÉJICO

Como prueba de amistad,
EL AUTOR

UNAS PALABRAS

Yo podría ir a la captura de un gran macero que custodiara las puertas de mi obra. Fácil me sería encontrar a un pregonador de mis excelencias literarias. Pero no quiero encargarle a nadie el triste papel de portero. Yo soy el que ha metido en mi casa a tan ilustres huéspedes. Y aquí no debe haber más portero que yo.

¿Que el prologuista es un hombre genial? Lo haría de muy mala gana. Pensaría por qué no se le ha entrevistado a él. ¿Que es un perfecto desconocido? Entonces, ¿para qué lo quiero? Ya no preguntarían quién soy yo. Preguntarían también quién es él. ¿Que el prologador habla bien de mí? Es un caso obligado. El lector hará un guiño. ¿Que habla mal? Le doy con el prólogo en la cabeza. Un prólogo que habla mal de un libro, no es un prólogo: es una crítica. Publicarla al frente de la obra será muy honrado; pero atenta contra los propios intereses. Para hacer esto hay que estar loco de remate. Es como si un comerciante abre un establecimiento y llama a un amigo para que se ponga a la puerta a gritar que la tela es mala. Nadie entraría a comprar. La quiebra sería segura. El comerciante iría al manicomio. Al morir, no se le abriría el corazón para ver si era hombre sincero. Se le abriría el cráneo. Los médicos no dirían que era un hombre que decía la verdad. Asentarían que estaba completamente loco.

Triste suerte la de aquellos libros en los que el autor del espaldarazo dice, haciendo el papel de dómine, que esto está bien y que aquello está mal. Natural es que el autor no alcance de la venta de los ejemplares ni para un entierro de tercera. Bancarrota total.

Por otra parte, ¿qué puede decirse de este libro? ¿Qué en él se escriben cosas interesantes? No soy yo quien las dice: son los entrevistados. ¿Que hay muchas tonterías? Me las adjudico. Es que dejé en el tintero lo más esencial. Todos me han dicho cosas interesantes. Pero no estamos para rectificaciones. Yo soy el responsable de todo aquello que los demás digan

que no dijeron, aunque todo lo dijeran y algo más que pudiera callar la prudencia y que la pluma no esboza.

Eso sí: no hago juramento de honor. Esta palabra carece de cotización entre las gentes desde que comenzó a ser patrimonio de los granujas. Basta con el juramento de hombre. ¿Que hombres lo son todos? No lo crean ustedes. Desde que se hizo del honor una cosa pública y nos batimos en los teatros, en vez de hacerlo a solas en las encrucijadas, el hombre es algo espectacular. Tan discutible como la originalidad en el teatro.

Que lo digan los médicos. En los laboratorios apenas si estudian el cuerpo del hombre. Para sus experimentos matan conejos.

Y a otra cosa. Si algún mérito tiene este libro, es el de haber sido escrito sin premeditación. Carece de alevosía literaria. No me hubiera costado trabajo llenar sus páginas de imágenes luminosas, de oraciones solemnes, de acotaciones que denunciaran mi condición de erudito. Es de una suma facilidad. Todos estamos en el secreto. Pero se trata de un libro expontáneo, todo él producto de conversaciones cordiales con gentes de valía.

Cuando comencé a hacer estas entrevistas, pensé más en el periódico que en el libro. Se enviaron a América. Amigos de toda mi lealtad, escritores que me estiman, leyeron algunas.—Debes hacer un tomo con ellas—me dijeron. Me pareció buena idea. Y como yo no dejo las cosas de hoy para mañana, cogí el manojo de cuartillas, las llevé a la imprenta y se hizo el tomo.

No me preguntéis si es bueno o si es malo. Según. Si me hace la pregunta un amigo, de antemano le doy la razón. Bien o mal, opino como él No me gusta perder el tiempo. Pero si se trata de un cliente, yo creo que es un buen libro de divulgación española, gracias a las grandes figuras que lo honran con su presencia. En él aparecen en la intimidad quienes son honra de España dentro y fuera de las fronteras. Ayer teníamos la gloria en las letras, en el arte y en el hierro. Hoy nos queda la gloria del arte y de las letras. No hemos perdido nada en este sentido. Había que quitar hierro. Tan grandes son los conquistadores de almas como los conquistadores de pueblos. Con una diferencia capital: aquéllos siembran cariños; éstos levantan un himno de rencor, tan duradero como los pueblos que conquistaron.

Este libro lo componen los conquistadores espirituales de la raza. ¿Que no están todos? Yo quise hacer un libro: no un catálogo nacional. ¿Que las figuras son desiguales? El mar aburre por su infinita igualdad. Un libro tiene que ser como la vida. Si la vida no fuera desigual, nos despojaríamos de ella aburridos, desencantados, a semejanza del árbol que deja caer la hoja enferma.

¿Que el libro no se puede llamar «Hombres de España»? ¿Que va en él una mujer? No importa. Esa mujer vale por un hombre. Por un hombre

de los que van en el libro. Fuera del libro, hay muchos hombres por debajo de esta mujer. Además, no hay obra de arte que sea imperecedera si no va en ella una mujer. En cuerpo o en espíritu. Aquí va en espíritu y cuerpo. Yo nunca pequé de corto.

Quise que fuera este libro como un río menor, sin afluentes turbios ni aguas de torrenteras. Como esos ríos totalmente transparentes en cuyo fondo tiemblan los guijos, heridos por el sol que entra por los claros que dejan los chopos, guardianes del cauce del río, erectos en la llanura, cargados de silencio, como cortejo de frailes catujos.

¿Lo he logrado? No lo sé. Quien compre el libro tiene derecho a opinar como quiera. Para eso lo paga. Mediante la presencia de un tomo, puede decir del autor todas las barbaridades que se le ocurran.

De otra manera, no se lo consiento.

ALFONSO CAMÍN.

Madrid, 1.º de diciembre de 1922.



EMILIO CARRERE, en compañía de la musa y del autor de este libro.

EMILIO CARRERE: Las mujeres de Goya.—Viaje frustrado a las Américas.—Su odio a los libreros.—En España se lee.—Carrere, matemático y jefe de Negociado.—Trabajo, mucho trabajo.—Hijos, muchos hijos.—La bondad del poeta.

Es un poco difícil tener una entrevista literaria con Emilio Carrere. No porque el alto poeta no sea francamente accesible, sino por las tonterías que se han dicho de él y porque juzga a la exhibición como a una mala comadre. En periódicos de más o menos importancia lo han llamado borracho. No faltaron escritores improvisados que, apenas conociéndolo de vista, juraran sobre la cruz de la Prensa americana, haberse emborrachado con él en los viejos bodegones del Madrid castizo. Algunos graciosos dijeron que es un vago irredento. Todo esto es una injusticia y exige que se proclame la verdad a los cuatro vientos de las letras y de los hombres.

Emilio Carrere siente horror por el alcohol, casi igual al que siente por los libreros. Carrere no es una sombra nocturna de la baja bohemia. Es un gran trabajador que sabe domar la vida y ordeñarla a viva fuerza. Durante el día se esconde y trabaja. Esta entrevista había que hacerla en el café, en la noche. ¿Y las fotografías? Carrere en cada fotógrafo ve a un gendarme. El caso es que se hicieron. ¿Cómo? Carrere es hombre educado. Para llegar a un fin hay que ir atropellando gentes por el camino. Yo atropellé la educación de Carrere, pero salí con la mía. Allí estaba rodeado de sus íntimos: Alberto Valero Martín, abogado y poeta, castellano y fuerte, limpio como una espada, altisonante como el Cid; Balseiro, poeta de Puerto Rico, que cuenta veintiún años y viene a la conquista de Madrid con un tumulto de luciérnagas en la frente, como yo en tiempos remotos; el doctor Campuzano, gran amigo de Carrere y su médico de cabecera. Porque Carrere también tiene médico de cabecera, cosa que está reñida con la literatura mendicante que zurcen en torno de él. Campuzano es un gran médico con el aspecto de un boxeador y el espíritu de un infante. El señor Caso jamás falta a la ter-

tulia. Es un asturiano de Arriondas, culto y entrado en años, teósofo, lector asiduo, cobijado a la sombra de ese gran árbol espiritual de la India. Al lado del poeta resplandece una de las nueve musas que no pueden faltar en la Corte de Apolo. La obra de Carrere es como una larga sombra suspensa, a trechos mezclada de luz. Él es esa larga sombra que tiembla suspendida en sí misma. Entre esa sombra, la mujer tiende su luz curvada como un mantón de Manila que se desfleca con más melancolía que violencia. Esta mujer es bella y clara, opulenta y fragante, como un almendro que da toda su flor y comienza a dar fruto. Tiene el perfil chispero de las recias hembras de Goya. Me recuerda «La cita», de don Francisco. El autor de «La familia de Carlos IV» dejó en Carrere el único heredero directo, un poco triste por no haber hoy manos hidalgas que brinden escudos de oro, y porque la casa de Botín, explotando villanamente el nombre de Goya, ha puesto los manjares más ricos al alcance del estómago burgués que de la honrada escarcela de poetas, pintores y comediantes.

Día siguiente del «crimen» fotográfico. Acudo al café, no para terminar la entrevista con Carrere. El no va al café por las tardes. Me senté sobre el rojo sofá desteñido y pedí un coñac.

A los pocos minutos llegaba Carrere.

—¿Cómo por aquí ahora?—le dije.

—Olvidé anoche unas cosas.

—Siéntese usted. ¿Qué toma?

—Café. Yo no tomo más que café. En cambio usted toma coñac. Durante tres días ha tomado usted más de seis copas. Eso no está bien. La bebida prostituye el cerebro, embota los sentidos, irrita, enferma. Yo no concibo el alcohol.

—Razón. Pero dos copas de coñac no hacen daño a nadie. En cambio este café abominable que les sirven a ustedes en vaso de a litro, encharca el estómago. Yo le tengo más miedo que al alcohol. Con ese horror que siente usted por las bebidas, dudo de su viaje a América. En México nadie se emborracha con dos coñacs. Si tres amigos míos, Núñez y Domínguez, Frías e Izaguirre Rojo, poetas que gustan ceñir a Baco de pámpanos de oro, le oyeran hablar así, le enviarían a usted los padrinos.

Carrere se indignó. En España ya no se bate ni «El Caballero Audaz». Esta farsa ha quedado para los militares de la Academia. Carrere es antimilitarista.

Hubo un corto silencio. Carrere me dijo, entre aburrido y melancólico:

—Por ahora no pienso ir a América.

—¿Se frustró el viaje?

—Sí, señor. Y lo siento. Me interesan aquellas tierras. Sobre todo,

México y el Perú. Más que las coloniales, me interesan las artes de los Aztecas y de los Incas. Sin que por esto pasemos por alto la magnífica Epopeya de la Conquista.

—¿Cómo se frustró el viaje?

—Como todos mis viajes. Me persigue la fatalidad. Cuando se trata de asuntos transcendentales, no trato más que con gansos. Me entusiasmó para este viaje un español que está en Puerto Rico. Se comprometió a una porción de cosas. No cumplió ninguna...

Me gustaría dar un viaje a América, pero no en calidad de pedigüeño ni de trota-tierras. No quiero ir a explotar a nadie: ni a los españoles ni a los americanos. Como esto no puede ser por ahora, no haré el viaje mientras no tenga dinero para ir y volver. Mi viaje tiene que ser de estudio y de independencia. No quiero que decline mi dignidad espiritual y personal.

—¿Y qué opina usted del futuro de América?

—Yo creo que en aquel Continente se hará el milagro de la Resurrección de la Atlántida en el futuro. Creo en la América porque es joven y es fuerte y porque comienza a sentirse más ávida de renovaciones que de revoluciones. Es audaz, es insurrecta. Antes solamente creía; ahora comienza a crear. Es optimista, es moza. Allí está el triunfo futuro de nuestra lengua. Espiritualmente, pasando por alto discursos y versos huecos, creo que América es la prolongación de España; de una España que no es ésta y que debiera ser ésta: heroica, inquieta, fuerte y renovadora.

—¿Y el hispano-americanismo?

—Alto ahí. Yo no soy un devoto del hispano-americanismo. Esa doctrina es falsa. Cascotes y lugares comunes que inventaron allá poetas mediocres, y que sostienen aquí un grupo de vividores sin enjundia, sin emoción, sin intelecto y con intenciones aviesas. No hay más que un poeta hispano-americano: Santos Chocano. Rubén Darío, Amado Nervo y Leopoldo Lugones no son americanos ni castellanos. Son, sencillamente, tres grandes mentalidades líricas de la Lengua española. Lo mismo, José Asunción Silva. Yo voy más adelante. No creo que a los poetas puedan encerrarse en el marco patriotero de las fronteras. Cada poeta es un vidente, un latido universal: el Amor, la Duda, la Aspiración. Y estas cosas supremas carecen de fronteras. No se las pueden apropiar ni el Guadalquivir ni el Amazonas. Mucho menos el hispano-americanismo.

—¿Qué me cuenta usted de la bohemia?

—La bohemia material no existe en mí. No debe existir en nadie. La bohemia es una necesidad espiritual, intangible y luminosa. Se han complacido muchos en materializarla, en caricaturizarla con cierto perfil grotesco. Pero esto no es la bohemia. Esos atavíos grotescos no le pertenecen. Un hombre que tiene hambre no es un bohemio por el hecho de tener hambre. Es un hombre que no ha comido.

Noté la ausencia de la pipa. Carrere fumaba una «Corona» de Balsa.

—¿Cómo? ¿Y la pipa?

—Sigo fumando en pipa. Pero después de comer prefiero un buen veguero. En México tienen ustedes un tabaco admirable. Es lástima que no sea tan conocido como el de Cuba.

Sin embargo, Carrere fuma en pipa. El abandono era momentáneo.

—¿Qué ciencia prefiere usted?

—Las matemáticas. Cada número es un símbolo. Hay que ser un buen matemático para ser un buen filósofo. Sin matemáticas no hay poesía imperecedera.

—¿Qué tipo de mujer prefiere?

—Aislado, ninguno. Yo amo la diversidad en todas, porque es como la belleza se nos presenta perfecta, luminosa y total.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Seis.

—¿Y cuántos quisiera tener?

—Seiscientos: los que vengan, como vengan y de donde vengan. Las mujeres me parecen más respetables como madres que como mujeres.

—¿En qué cifra su mayor orgullo?

—En dar pan a todos mis hijos. Mi placer íntimo es luchar por que diariamente lo tengan.

—¿Le inquieta la vejez?

—Ni un comino.

—¿Y la muerte?

—Ni un adarme. Morir es renovarse, florecer de nuevo; cambiar esta forma grosera por otra más amable.

—¿Y no le inquieta envejecer sin una buena posición económica?

—No me inquieta. Me molesta un poco. Si tuviera al llegar a la vejez doscientos mil duros y veinte hijos, les dejaría veinte mil a cada uno. Sería admirable envejecer así.

—¿Escribe usted mucho?

—Bastante. Sigo haciendo versos, novelas cortas, artículos para periódicos de España y América y algunas traducciones. Ahora estoy editando mis *Obras Completas.* Han salido al mercado diez y seis tomos. Dentro de poco editaré un nuevo libro de poesías: *La Canción de las Horas*. Este libro es el primer tomo de mi segunda edición de *Obras Completas* que está editando la Biblioteca *Renacimiento*.

—¿Y le pagan bien?

—Bastante bien. La demanda literaria en España hoy es grande. España ya lee. Acaso un ochenta por ciento más que hace seis años, cuando usted vino por aquí. Entonces se leía muy poco.

—¿Y los libreros?

—Siguen siendo lo mismo. Los libreros son los únicos responsables

de que España no lea más y que no se conozca aquí el movimiento intelectual de América, al mismo tiempo que América desconozca, en su raíz, el desenvolvimiento intelectual de España. Los de aquí y los de allá son iguales. El librero es el comerciante del cerebro ajeno, el que vive de los que escriben y no sabe leer. El librero es el enemigo del libro.

—¿Qué opina usted del problema de Marruecos?

—No quiero hablar de política ni de guerra. Yo soy antipolítico y pacifista. España es indiferente o contraria a la guerra de Marruecos. Este es un asunto que solo interesa a unos cuantos politicastros dinásticos y a un grupo de militares que, por razón de su poco simpático oficio, entonan *La Marcha de Cádiz*. El espadón es antiespiritual y beocio. Yo estoy con Unamuno. Allí se quiere fundar el Vice-imperio español. Esto es imposible. Injusto. Extemporáneo.

Hablemos de otra cosa. Me molesta el Estado.

—¿Pero es verdad lo que dicen?

—¿Qué es lo que dicen?

—Que lo acaban de ascender a usted a jefe de Negociado en el Tribunal de Cuentas.

—Sí, señor. Es una razón de antigüedad. Ahora me sucede un caso grave. Quieren que vaya a tomar posesión del cargo y con el uniforme que me pertenece.

—¿Y usted, qué piensa hacer?

—No cambiar de costumbre. Cruzar por la calle que esté más lejos del Tribunal de Cuentas.

—¿Qué intelectuales de España le interesan más?

—Pérez Galdós, Valle Inclán, Benavente, Ramón y Cajal, Pío Baroja, Roso de Luna, Torres Quevedo y Víctor Said Armesto, aquel gran erudito gallego, autor de *La leyenda de Don Juan*.

—¿Cuáles son sus pintores favoritos?

—Velázquez: lo ideal en lo real, como decía Goethe. La riqueza del ambiente, la naturalidad. La España católica al través de un temperamento pagano.

Greco: todo el delirante espíritualismo medioeval, el fervor gótico, en una ascensión mística que alarga los rostros de los caballeros. Pintor del éxtasis, de los senderos irreales, de los planos célicos o devachánicos. Un sueño que se cristaliza en las agujas góticas de las catedrales. El ansia de hundirse en el misterio, de huir de la carne.

La elegancia de Van Dik: mujeres suntuosas de carne sombreada de azul; alma elegante, complicada y al par sensual.

Goya: pintor del fondo astral del horror; brujas, viejas, monstruos con rostros casi humanos. Pintor rebelde de su momento; su pincel hizo la crónica de la Corte de María Luisa. Costumbrista del pueblo. Tenía dos

retinas: la que miraba el natural, tan rica como la de Velázquez; la del misterio, tan visionaria como la del Greco. Las dos gloriosas herencias se juntan en él.

—¿Y de los pintores de hoy?

—Me gusta mucho Romero de Torres. Es un árabe español que tiene en su paleta todo el fasto y el esplendor de la España del Califato.

—¿Qué opina usted de los ultraístas?

—Los ultraístas no existen. Son gentes que escriben versos sin emoción y sin arte. Es un juego de literatura, como hay muchos juegos de manos. Son individuos que ni siquiera están locos. Incapaces de crear cosas serias, hacen esas tonterías del momento.

Mientras hablábamos, a intervalos, llegaba al café un extraño personaje. Después otro, como en un cortejo de miseria y de risa. Carrere me repetía el consabido «con permiso», metía discretamente los dedos en el bolsillo del chaleco, cruzaba la mano con la del extraño visitante y volvía a nuestra mesa.

Carrere no es ningún conspirador. Comprendí que en aquel cruce de manos con las distintas figuras de comedia, se le iban algunas pesetas. Esta prodigalidad es innata en él. Cuida de las heridas ajenas sin ocuparse de las propias.

—Usted sigue igual que ayer. Trabaja para los demás—le dije.

—Cuando la casualidad o la causalidad pone a un desventurado en nuestro camino, tenemos la obligación de darle dinero. Aunque sea un desconocido.

—¿Tiene talento?

—Ninguno. Tiene hambre. Es una razón mayor que la del talento.

Y al salir me dijo, ya en la puerta del café:

—No hay que ser egoísta. El egoísmo es el pecado mayor del hombre. Hay que curar las lacras en la vida, que es un tránsito, y prepararse para la muerte, que es ascender.

—¿Es usted católico?

—No, señor. Soy, sencillamente, cristiano.

Este es Emilio Carrere. No esa figura grotesca que describen los malos poetas en la prensa de folletín.



D. ARMANDO PALACIO VALDÉS, el maestro de la novela española.

DON ARMANDO PALACIO VALDÉS: De charla con el primer novelista español.—La suprema sencillez de los grandes hombres.—Su opinión de la vida y de la gloria.—La tertulia del café Español.—Tomás Tuero y «Clarín».—El perfil del maestro.

CUANDO me encaminé a casa de D. Armando Palacio Valdés, me vino a la memoria la visita de Luis Morote a Tolstoy en Nueva Pollyana. Y medité en la gran dificultad de entrevistar a los hombres sencillos. Porque hay dos clases de hombres grandes: los teatrales y los no teatrales. D'Annunzio y Valle Inclán; Tolstoy y Palacio Valdés. Los primeros están siempre en escena: actúan. Viven en sus gestos. Los segundos huyen de la escena: piensan. Alientan en sus libros.

Yo no conocía personalmente a Palacio Valdés. Pero la obra es el espejo del hombre. Luego lo soñé así: como si sus obras fueran una avanzada del hombre. Lo creí con ese espíritu cristalino que emperla, como rocío mañanero, el corazón de sus novelas. Lo juzgué irónico, dueño en absoluto de esa fina ironía asturiana que tiene el sabor de los endrinos a medio madurar. ¿Recordáis esos endrinos del Norte? Los hemos mordido, siendo muchachos, en los caminos familiares que nos llevaban a la escuela aldeana. Esos endrinos agridulces que al morderlos llenaron nuestras caras de formas caricaturescas y sus ácidos pusieron un lagrimón en nuestros ojos. Sin embargo, no por esto dejábamos de comerlos: queríamos más.

Ahora bien. ¿No sería así Palacio Valdés? Mi psicología libresca, ¿rodaría por tierra al encontrarse voz a voz con el autor de *La aldea perdida?* ¿Sufriría un desfalco espiritual? La amable serenidad que flota en los libros del maestro, ¿sería simplemente literaria? ¿No encontraré en el hombre al modelador de almas en una Arcadia de oro? ¿Hallaré un espíritu arisco, un celta irreconciliable con las sonrisas cortesanas?

Nada de esto. Mis conjeturas del camino quedáronse en fantasías de poeta meridional cuando entramos en casa de D. Armando Palacio Valdés.

La severa mansión, señorialmente sencilla, denuncia el espíritu del ilustre novelista asturiano, gloria de las letras españolas, más allá de las fronteras de España. Porque, al revés de lo que sucede con la mayoría de nuestros escritores, la gloria de Palacio Valdés comienza allí donde termina la frontera española. Su casa es la de un hidalgo que no ha hecho más que conquistas espirituales. Ni abigarramientos de libros que no han de leerse, ni herrumbrosas espadas que no han de brillar al sol en nuevos combates, ni apolillados pergaminos, ni pedazos del Santo Sepulcro, ni arenas del Tiberiades. Allí no hay un matiz chillón. El sol penetra tibio y dulce, sin violencia de llama. Se dijera un pajecillo que abandona en la sala los oros de su peluca. En un pequeño estante, las obras escogidas de los mejores escritores de España y del extranjero: en la mesa de trabajo, ni una cuartilla en olvido, ni un libro que no fué a su puesto; en las paredes, varios lienzos familiares, con los rostros nimbados de una paz octaviana. Enfrente, sobre la mesa de trabajo, un retrato al óleo de D. Armando, luciendo su lustroso cabello obscuro y su barba de ébano, sobre la que comienza a caer la primera escarcha. Este retrato data de algunos años. Respira bizarría y bondad.

Abarqué de un vistazo la sala. No tuve tiempo de más. Don Armando me salió al encuentro con una sonrisa familiar: el andar, presto; la palabra, fácil. Sus ojos azules ríen con una sonrisa mañanera, suave y lejana. Me dieron la impresión de dos trozos de mar vistos con lentes de viaje. Su barba es una rosa de plata. El cabello, totalmente cano.

Sin embargo, Palacio Valdés no es viejo. No hay en él encorvamiento físico ni espiritual. Se dijera que lleva las canas por atavío. Tiene los movimientos de un mozalbete. Su conversación es clara y juvenil: habla con la agilidad del niño y la sencillez del sabio. Si no supiéramos que los hombres pocas veces logramos enfrentarnos con los postreros crepúsculos del siglo, diríamos que Palacio Valdés va a vivir cien años más. Tal es la salud física que representa y el espíritu moceril que lo anima.

Yo le hice notar estas cosas.

—No lo crea usted—me dijo—. Estos últimos años me han pesado un poco. Por otra parte, la gente se empeña en hacerme viejo. Y mucho más desde que algunos han dado en llamarme el patriarca de las letras españolas. ¿Quién les habrá contado a esos benditos de Dios que yo soy un patriarca? Esa es una bonita manera de arrebatarle a uno la juventud.

En el rostro del escritor hay una vaga tristeza; en la voz, una fatiga que quiere ocultar en vano. Comprendo el motivo. Hace pocas semanas murió uno de sus hijos al caerse de una motocicleta. No me parece oportuno evocar tan triste suceso.

—Usted nació en Pola de Laviana...

—Cerca. En Entrialgo. En aquel pueblo tenían mis padres unas propiedades. Mi niñez comenzó allí, floreció en Oviedo y terminó en la Corte.

—¿Por cuál lugar de Asturias siente usted más cariño?

—Por Oviedo. Uno quiere aquellos lugares donde conserva más recuerdos.

—¿Y usted conserva muchos de allí?

—Muchísimos. Aquella tertulia del «Café Español» tiene que ser inolvidable para un grupo de amigos de entonces. Nos reuníamos en ella: «Clarín», Tomás Tuero, Melquiades Alvarez y otros. Tomás Tuero, que en paz descanse, era un gran talento. Inteligencias como aquélla se dan muy de tarde en tarde. Asturias cuenta entre sus glorias aquella gran figura malograda. «Clarín» y Tuero eran dos críticos terribles. Pero con una diferencia: «Clarín» se equivocaba muchas veces; Tuero, rara vez. Tuero era más implacable que «Clarín», pero más justo que «Clarín». Entre ellos se armaban discusiones tremendas. Acaso fueron aquellos momentos los más agradables de mi vida literaria.

Yo sentí mucho la muerte de Tuero. ¡Qué clara inteligencia! Recuerdo que una noche acudimos todos los de la tertulia a un estreno. El público no regateó aplausos. La obra parecía tener un éxito formidable. Todos creímos que el triunfo sería imperecedero, incluso «Clarín». Faltaba la opinión de Tuero, que vió la representación sin decir esta boca es mía.

Ya en la calle, nos dijo:

—Ahora estoy convencido de que tengo talento.

Todos preguntamos por qué. Tuero nos contestó:

—Porque esa obra es muy mala.

Nos desconcertó. Nadie opinaba como Tuero. «Clarín» se encaró con él defendiendo la obra. No se entendieron. Tuero seguía en sus trece.

Bueno. Pues acertó Tuero. El éxito de la obra fué momentáneo. Se representó muy pocas veces. Hoy nadie habla de ella. Era realmente mala.

Le digo a usted que Tuero era terrible. Por cierto que yo lo quería entrañablemente y llegué a pensar que él no hacía otro tanto conmigo. Yo escribía novelas, las publicaba, se vendían cortas ediciones con bastante rapidez; pero Tuero nunca me dijo una palabra de mis novelas.

Cuando enfermó me mandó llamar. Agradecí mucho esta deferencia. Estaba casi moribundo, rodeado de otros amigos escritores. Yo acababa de publicar otra novela. Me hizo una seña con los ojos, me acerqué al lecho, y entonces Tuero dijo, alzando su voz ya rota, como para que lo oyeran los demás:

—Te felicito por *El Maestrante*. Es de lo mejor que he leído en España.

Me emocionó. Tuero era un gran corazón. Quiso pagarme con estas palabras el silencio de muchos años.

—¿Comenzó usted a escribir por necesidad económica, o simplemente espiritual?

—Comencé a escribir por placer. Afortunadamente, el estómago nunca me obligó a acelerar la pluma. Siempre viví de espaldas al reclamo. Primero, porque no me gusta; segundo, porque la necesidad no me llevó por ese camino escabroso. Los libros comenzaron a venderse, seguí escribiendo y no me fué mal. Quejarse sería ingratitud.

—¿Sus obras le dan para vivir?

—Sí, señor.

—¿No sintió usted la necesidad del triunfo cuando era joven?

—Nunca sentí la necesidad de llegar. Acaso por esto se llega más pronto. Para llegar al fin de un camino sin cansarse, lo mejor es no contar los kilómetros. Llega uno a su término sin darse cuenta y sin fatiga.

—Luego ¿cree usted que no debe irse al encuentro de la gloria?

—Me parece una carrera en falso. A la gloria no se le sale al encuentro. El triunfo viene cuando debe venir, nada más que cuando debe venir. No llegará ni antes ni después, aunque uno quiera.

Yo no sé por qué algunos se quejan de no llegar en la juventud. Todo triunfo tempranero se malogra. Las glorias que se conquistan con un fogonazo, se apagan. Los árboles que crecen antes de tiempo, mueren rápidamente.

—¿Cuál de sus libros se ha vendido más?

—No puedo decirle. Acaso *La Hermana San Sulpicio.* Por cierto que ahora me escriben de Andalucía unos muchachos pidiéndome autorización para hacer una edición barata que llegue a toda clase de lectores, vendiéndose en unos céntimos el ejemplar. Les he contestado que sí, que la hagan, puesto que es para que llegue a todos los hogares. Es un empeño de la masa estudiantil. Agradezco esta deferencia de lo que nace a lo que muere.

—¿Cuál es la obra de usted por la que siente más aprecio?

—*La aldea perdida.*

—En América esa obra es el pan espiritual de los emigrantes. No hay asturiano que no haya leído *La aldea perdida.*

—Decía Emerson: si te gustas a ti mismo, acabarás por gustar a los otros. *La aldea perdida* hace buena la frase de Emerson. Esa obra la escribí para mí, sin pensar si el público la aceptaría o no. La escribí por una imperiosa necesidad de asturiano, como una contribución a la tierra donde nací. Quizá por esto la obra gustó a los demás. Sobre todo a los asturianos. Con relación a los paisanos de América, hace años me sucedió un caso peregrino. Un muchacho asturiano leyó la obra en Buenos Aires, adonde había ido como emigrante en busca de fortuna. Bueno. Pues leer la obra, subir a un barco y plantarse aquí, todo fué uno. Poco después se presentó en mi casa diciéndome que había visto retra-

tado su pueblo en la obra y que venía a España para no volver a Ultramar. No lo pude convencer de lo contrario. Tuve miedo del porvenir de aquel muchacho. En realidad, yo fuí el responsable de que aquel hombre abandonara sus negocios y pudiera pasarlo mal en España.

—¿Qué opinión tiene usted de los emigrantes españoles?

—Hombre, excelente. Aunque algunos crean lo contrario. Recuerdo que con motivo de la pintura que hice de un indiano, me escribieron de la Habana una carta bastante mal educada. En ella se me tachaba de ser enemigo de los indianos. Y esto es totalmente falso. Claro que el novelista también tiene que echar mano de lo pintoresco. Y en el español que emigra a la América, hay mucho de pintoresco y mucho de sentimental. La riqueza sentimental, que es lo más respetable en el emigrante, creo haberla reflejado en *Tristán o el Pesimismo*. El principal personaje de esta obra es un indiano. Seguramente el lector que me escribió desde la Habana ignora la existencia de esta novela.

—¿No ha tenido usted rencillas literarias en la juventud?

—Ninguna. Yo nunca tuve más que amigos.

—¿Y qué opina usted, políticamente, de la vida española?

—Yo soy un hombre optimista. La reacción es igual a la acción. Creo que habrá una reacción que encauce de nuevo la vida nacional.

—¿Estallaremos, como en Rusia?

—De ningún modo.

—¿Vendrá el fascismo, como en Italia?

—Menos. Esas doctrinas pasan como los trajes de moda. Las formas de gobierno tienen que ser serenas para ser duraderas. La violencia rara vez da fruto de serenidad.

La noche comenzaba a poner colgaduras de luto sobre los balcones, en la casa del maestro. Un silencio religioso comenzó a rodear nuestras figuras. Creí prudente despedirme del sabio escritor. Al hacerlo, entraron en la sala dos niñas vestidas de negro: una, morena, como una gitana hecha para un capricho de abanico; otra, rubia, con el cabello enlazado en dos largas trenzas como dos haces de espigas. Eran las dos huerfanitas; las hijas del hijo muerto. Las que desde ahora no tienen más calor paternal que los besos del abuelo. Venían del colegio. Nos saludaron como dos damas de cuento y se colgaron de los brazos de don Armando, cubriendo de besos el caudal de luna de su barba y la plata jovial de su cabeza.

No quise interrumpir el idilio. Descendí escaleras abajo. Acababa de estrechar la mano del primer novelista español.



à Alfonso Camín
al Gran Poeta
y
al Noble amigo
entrañablemente
Vargasvila

En Madrid á 28 de Octubre
1.922

UN ALMUERZO CON VARGAS VILA: Lo que dice el panfletario.—Bolívar, Obregón y Lenine.—El Vargas Vila de siempre.—Cómo opina de los principales escritores de España y América.—España y su relación con México.—Vargas Vila contra Blasco Ibáñez.—Vargas Vila contra Pío Baroja.

Apenas llegué a la Corte española, pregunté por Vargas Vila. Sentí una gran desolación. El águila que llegó de América a Europa, cansada de degollar gansos en las gradas del Capitolio, no estaba en Madrid. Sobre mi cabeza de lobezno sentí como una melancolía de sauce. Hace seis años, en mi bohemiaje de dignidad por la Corte de España, fueron dos hombres consagrados los que no me mordieron a traición: Emilio Carrere, que desparramó su cordialidad en mi vida literaria; Vargas Vila, que cuidó de encender a diario una estrella en mi juventud desolada y rebelde.

Emilio Carrere estaba aquí, con su fuente de amor bajo la luna, envuelto en su capa goyesca, solitario por estas calles de Dios y de los Santos Oleos. Pero, ¿y Vargas Vila? ¿Dónde estaría Vargas Vila? ¿En París? ¿En la Ciudad Condal? ¿En Nápoles? ¿En Turín? ¿En Milán? ¿En Venecia? ¿En Florencia? Acaso en Roma...

Imposible preguntar por él a un escritor madrileño. Vargas Vila no forma tertulias, no va a las tertulias. Solamente dos o tres íntimos saben de su guarida. Hace seis años era yo uno de ellos; lo acompañaba hasta el hotel después de rendir nuestro homenaje a unos ventrudos vasos de cerveza en un rincón de la calle del Carmen. Ahora me dice el dueño del hotel que no está en la Corte, que ya no toma cerveza. Los médicos prohibiéronle beber de este ámbar alemán.

Sólo adquiero estas dos noticias. ¿Se habrá suicidado Vargas Vila? La Prensa lo ha matado muchas veces; pero yo no creo a la Prensa. Menos a su cuadrilla de detractores. Conozco a Vargas Vila personalmente. Se baña en Agua de Juvencia. Se nutre en los senos de Diana. Vargas Vila no muere. Vargas Vila es inmortal. No se han hecho para él

ni el veneno de los Borgias ni la pasión de Lucrecia. Vargas Vila es un Marco Antonio sin Cleopatra. Esperemos...

El hotel estaba a mi paso. Dejé allí un libro con mi tarjeta; diariamente malgasté cinco minutos en rondar el hotel.

Por último, el portero me dijo lo mismo que muchos literatos:

—No está en Madrid. Pero no se canse. Es muy raro. Aunque venga, no recibe a nadie...

—¿Qué dice usted? ¡A mí me recibe Vargas Vila! ¡So literato!

Escupíle esta frase, y salí a la calle.

Volví a las dos semanas. Vargas Vila había llegado el día anterior de Barcelona. El portero se volvió un coly de nieve, meneando su hopo de armiño en señal de cortesía.

—Don José salió con su sobrino; tiene gran empeño en ver a usted. Me dijo que si volvía usted le dijera que mañana le espera a almorzar con él.

—¿A qué hora?

—A la una.

—Está bien.

Tenía el hilo en mis manos. No esperé siquiera a que el reloj de Gobernación diera la una. Cinco minutos antes me planté en el hotel. Subí con la actitud de un virrey de Indias que entra en su palacio de señorío. Arriba, en el primer peldaño de la escalera, me esperaba Vargas Vila, sereno, firme, enhiesto, como eucaliptus que crece hacia el azul sin un retoño en la corteza.

Era el mismo de siempre. Un saludo, un efusivo apretón de manos. Preguntas sobre mis andazas en Cuba, que no vienen al caso ahora.

Una mesa impecable. Dos cubiertos. Buenos manjares. Excelentes vinos. El lobezno había llegado hasta la guarida del águila. Estábamos juntos, garra a garra, el corazón fraterno, el espíritu, como en la Victoria de Samotracia, entre la brisa y el sol de Grecia.

Porque Vargas Vila es todo corazón y ala en forma de lira.

Acababa de celebrarse la Fiesta de la Raza. Vargas Vila me dijo:

—¿Qué le parece a usted? Anualmente celebran el carnaval de la raza. Este año con tan mala suerte, que, como en la raza no hay nada vivo, pidieron auxilio a la Muerte. Llenaron el programa con los nombres de dos poetas difuntos: Rubén Darío y Amado Nervo. Uno escribió sus versos de rodillas y otro en cuatro patas.

—¿Y qué opina usted de la obra inédita de Darío?

—Darío no dejó ninguna composición inédita. Me consta. Esas torpezas líricas que achacan a Darío, como el libro de Alfonso XIII y los versos a Francisca Sánchez, son oropeles póstumos que no escribió Darío. Combinaciones editoriales de la Paca, Juanito González Olmedilla y otros despojadores de Rubén, para explotar a los editores en nom-

bre del poeta muerto. Darío, como hombre, era acreedor a esa ignominia; pero el poeta no merece ese ultraje a su memoria. El Ayuntamiento de Madrid acaba de hacer a Darío poeta municipal. El lugar común lo persigue más allá de la Muerte. Sus imitadores lo dejaron canijo. Ahora lo archivan en la cripta municipal. ¡Pobre Darío!

Y al hablar de Nervo me dijo:

—El abate Kempis era un poeta inofensivo. No pudo llegar a discípulo de Ignacio de Loyola. Nervo murió virgen. Hizo bien. Hubiera deshonrado el pecado. Era conformativo como José de Elí, el carpintero de Nazareth; infecundo, como la mula del Nacimiento.

Yo protesté:

—Nervo era un gran poeta, un alma blanca, un niño grande crucificado por los hombres. No pudo vivir entre ellos y se fué al cielo.

Vargas Vila objetó:

—Francisco de Asís hizo algo parecido. No pudo vivir entre sus iguales, y se fué a la selva con el lobo. Se entendieron muy bien. Eran dos animales inferiores.

Sonreí de mala gana; pero no volví a protestar. De hacerlo, Vargas Vila se hubiera malhumorado. Mi entrevista quedaría rota. Su perfil iba a cubrirse de un silencio agresivo. Agarré la botella. Llené ambas copas del oro joven español. Ambos bebimos.

Vargas Vila habla mejor que escribe. Dejemos que fluya su palabra armoniosa, caudalosamente cristalina. ¡Que siga el águila en vuelo azotando las cumbres con la punta del ala!

—Conste que yo voy a decir estas cosas—le dije.

—Yo nunca hablo en privado. Estas cosas puede usted decirlas, clamarlas. Eso sí: suplico a usted que no lo haga en periódicos españoles. Su cariño podría cometer el pecado de hablar de mí en periódicos de España. Y entonces dirían mis lectores de América: en España se elogia a Vargas Vila. Vargas Vila escribe en periódicos españoles. ¡Vargas Vila se ha deshonrado en plena Puerta del Sol!

—No tema usted. Esta entrevista se publicará en la prensa mexicana.

—Me alegro. México es lo más interesante de América en la hora presente. Yo estoy al lado de México en este momento luminoso de su independencia política. Alvaro Obregón vino a salvar la República de un seguro naufragio. La política de Obregón salvará a México y podrá salvar al resto de América, si ésta abre su vientre virgen a ese gran pensamiento, a ese germinal del siglo. Después de Bolívar, América sólo dió un genio político: Obregón. Él y Bolívar son como un coloquio de águilas en la cresta de los volcanes de América. El mundo actual no tiene más que dos genios políticos: Obregón, en América; Lenine, en Europa. Obregón es tan grande como Lenine y es superior a Trotsky. Esa aurora roja abrasará el ojo sajón.

—¿Y qué opina usted de Carranza? Carranza tampoco pactó con los cartagineses del Norte.

—Yo escribí un artículo sobre el gesto de Carranza frente al imperialismo yanqui; pero nunca me fié de su mirada, oculta tras el balcón de los espejuelos. Yo no entré en el programa de Carranza. Carranza entró en mi programa. Mi programa se fundó veinte años antes que el gobierno de Carranza.

—¿Qué opina usted de las dos civilizaciones de México?

—En el mundo no hay más que tres civilizaciones; tres naciones que impusieron su civilización a las demás: Grecia, Roma y España. México está dentro de la última civilización. España no sabe ni lo que ha hecho, ni lo que ha perdido. Ayer vivió en un sueño de sangre; hoy vive en un sueño de opio. Respecto de México y España, el error fundamental de España fué el de dirigirse hacia el Sur. La grandeza de la raza estaba en el Norte; la degeneración en el Sur. Y España descendió y sigue descendiendo hacia el Sur. Se desvió de México, que es la antesala de la raza, y se encaminó al Sur, que es la letrina de las razas.

—Salaverría se ocupa de estas cosas. ¿Qué opina usted de Salaverría?

—Salaverría es una roca en un páramo. De vez en cuando recibe ideas ajenas, como la roca recibe agua del cielo.

—¿Y de Gómez Carrillo?

—Gómez Carrillo es un cronista atildado. Políticamente, es el limpiabotas de las Embajadas de la Argentina y del Brasil.

—¿Y de Lugones, como poeta?

—No opino nada.

—A mí me agrada mucho. Es recio y sonoro, gallardo y épico.

—También es sonoro el tambor. Y es precisamente sonoro porque está totalmente vacío.

—Acabo de estar con Díaz Mirón en Veracruz. Siempre me ha gustado Díaz Mirón como poeta. Y ahora ya no sé si quiero más al hombre que al poeta. Sentí separarme de él como un hijo de un padre. Es culto y fraterno, niño y patriarca, leopardo y tórtola. ¿Qué opina usted de Díaz Mirón?

—Díaz Mirón no usa barniz ni bencina. Es el volcán del verbo de América. El único que entre aquellas gentes escribe los versos de pie, desgajando el crepúsculo, violando la mañana, recibiendo en pleno rostro el vendaval de las cimas.

—¿Y Pío Baroja?

—Es un Bárbaro con botas. Su panorama espiritual no tiene ni una flor ni un arbusto.

—Me gusta porque vierte ideas.

—También los mingitorios.

—¿Qué le parece a usted Hoyos y Vinent?

—Me acuerdo de él en el tormento de las recepciones. Es una pechera ondulante de salón.

—¿Y qué opinión tiene usted del ultraísmo madrileño?

—Nunca me molesté en tener opinión. Un momento lírico que se detiene en las greguerías del café Pombo, ya está juzgado.

—¿Qué opina usted de la vida española?

—La vida española principia en la garganta y termina en el vientre. Sobre todo, la vida literaria.

—¿Y de la política?

—Piensa con el ombligo y ejecuta con el rabo.

—¿Qué opinión tiene, en general, de la producción literaria en España?

—Que toda ella está llena de acotaciones de la Historia o de truculencias de folletín. La película y el entierro: «Fantomas» y el conde de Orgaz en un abrazo grotesco.

—Pero usted ama el idioma español. Deshoja el idioma como rosas hechas y se afana violentando capullos en los rosales. ¿Cómo es eso?

—Yo cultivo la lengua de la raza, azotando al lugar común, como cuida el león de la cueva: para que no entren las ratas. Me agrada que digan que yo no escribo en español. Efectivamente. Yo no escribo en español: escribo en Vargas Vila.

—¿Cuántas obras ha escrito usted?

—Muchas. Unos cincuenta y tres volúmenes. Ahora estoy haciendo mis «Obras Completas».

—¿Ya ha concluído de editarlas?

—Todavía no. Cada una lleva un prólogo como edición definitiva. Y esto me cuesta un trabajo horrible. Tengo que decir cómo escribí el libro, los motivos y el estado de ánimo en que me encontraba, así como aquellos acontecimientos que más influyeron en mí al mover la pluma. En cada prólogo tengo que poner en pie el pasado. El pasado es una selva recién talada. Hay que reconstruir la selva, poner los árboles en pie, coronarlos de ramas, cubrirlos de hojas, ceñirlos de retoños y hacer que se encorven con el fruto.

—El caso es que sus obras se venden enormemente.

—Cierto. He tenido que hacer una generación que me leyera.

—Es fama que usted y Blasco Ibáñez son los que más libros venden en la América española.

—Sí, señor. Lo ha dicho la Prensa. Lo ha repetido un editor. Y esta verdad me ultraja. Yo no puedo ir de la mano con Blasco Ibáñez, ni siquiera en la venta de mis libros. Cuando se dijo eso, yo protesté. No de la mayor o menor venta de mis obras. Eso no me preocupa. Protesté de que me intenten atar a la coyunda con Blasco Ibáñez. Yo no soy ningún

escritor de películas. No discuto, no quiero discutir si mis libros se venden más o menos que los de Ibáñez. Lo que no permito es que se me compare con él. Entre Blasco Ibáñez y yo hay una gran diferencia, una distancia polar. Yo escribí mis libros de pie ante la América. Blasco Ibáñez los escribió de rodillas. Mi pluma fué un bisturí para esas naciones. La de Ibáñez, un incensario en manos de un sacristán. Y entre el sacristán y el insurrecto hay la diferencia del que acata un mandato y del que va contra un mandato. Entonces hice esta aclaración. Ahora la hago de nuevo: que Blasco Ibáñez se quede con su publicidad; pero que me dejen a mí a solas con mi dignidad.

Nos encaminamos a tomar café en un establecimiento moderno de la Gran Vía. Tropezamos con Guillermo Jiménez. Presentélo al panfletario. Vargas Vila disertó sobre cosas interesantes, entre sorbo y sorbo de buen moka. Cubriendo la amplia acera pasaban las mujeres vibrantes de belleza, salpicadas de joyas, como las frases lapidarias de Vargas Vila.

Cuando llegamos al hotel agonizaba el crepúsculo. Vargas Vila dedicóme un retrato que agradezco en cuanto vale. Me despedí del fomentador de rebeldes.

Ya en la escalera, me dijo:

—Venga usted por aquí cuando quiera. Que sea pronto. Buscaremos un lugar más aislado.

—¿No vuelve usted a ese café?

—De ningún modo. Cuando salíamos dijo el mozo que nos sirvió: ése es Vargas Vila. Ya no vuelvo a ese café.

—¿El motivo?

—Vargas Vila persona debe pasar inadvertido como cualquier burgués de cazo y olla. Las atenciones, las reverencias, las adulaciones de la gente inferior, me ponen los nervios de punta. Entre Vargas Vila hombre y Vargas Vila escritor, tiene que haber una línea divisoria tan grande como el mar que separa a la América de Europa. En este sentido, yo soy enemigo personal de Vargas Vila.

Este es Vargas Vila, el panfletario, el paradójico, el cardenal de la palabra, el insurrecto de la idea.

Vargas Vila es una ruta sin curvas, que comienza en la cuna y termina en el infinito. Vargas Vila equivocado, Vargas Vila justo, altisonante, desconcertante, tiene perfil propio. No claudica. La piedra que pisó en el camino no la volverá a pisar. Desconoce el retorno.



EDUARDO ZAMACOIS, gran novelista del amor, abrazado a la vida.

EDUARDO ZAMACOIS: El poeta de la vida. — Victorio Macho.—El monumento a Galdós.—En el Buen Retiro.—La sirena de bronce. — Páginas de su vida.— El eterno Don Juan.—Su viaje a México.—Una anécdota sabrosa.—Zamacois, maquinista.

SOL. Café Colonial. Mediodía. Tropiezo con Zamacois. Elegancia. Risa fresca. Dientes de fauno. Ojos cordiales. Rostro apolíneo. Maneras galantes. Cabellos de luna. Don Juan en París. Don Juan montó esta mañana en el caballo del Conde-Duque. Trae un látigo corto en la diestra. Lo mueve impaciente. La mano aletea como una paloma. Aún hay juventud.

—Le necesito a usted mañana.

—¿Implacablemente?

—Implacablemente.

—¿Hora?

—La una en punto.

—¿Y dice usted que aquí mismo?

—O donde usted quiera.

—Pues aquí, a la una en punto.

—Gracias.

—A usted, querido poeta. Hasta luego.

—Adiós, don Eduardo.

Zamacois dió la vuelta para decirme, con cierta indignación señorial y risueña:

—Oiga. Don Eduardo, no. No me llame usted viejo. Y además, no diga usted esas cosas en la entrevista. Calumniaría usted al mejor de sus amigos.

—De ningún modo. Todo el mundo sabe que usted se pinta el cabello de blanco por coquetería. Usted siempre será más joven que yo. Si le llamé don Eduardo, no es el respeto a sus años juveniles. Es el respeto al ilustre novelista, a la esmeralda de su arte plena de sol. ¿Estamos?

—Gracias por la broma.

Y Zamacois salió del café; subió a un coche de punto. Señaló el camino de la casa de Correos. Llevaba una carta en la mano, con un nombre de mujer. Yo callo el nombre. Mañana lo diré. Lo leí de soslayo. Es un nombre de azul montado en oro. Rubén Darío volcaría a sus pies el ánfora de su corazón: rosas, luceros, rubíes.

Día siguiente. La una en punto. Sol. Café Colonial.

La figura triunfal de Zamacois apareció en la puerta. Sus dientes de fauno hirieron el cristal de las vidrieras con un resplandor de marfiles. Un abrazo. Un menú. Café, tabacos, coñac. El fotógrafo que llega. El coche que espera a la puerta.

El cochero tiene rostro patibulario. El caballo semeja una mula de la Inquisición, en los tiempos del segundo de los Felipes. El fotógrafo carga con su enorme cámara a cuestas. Yo pienso que a Zamacois se le antoja un garrote bajo el paño negro.

Comprendo este temor en el novelista genial. Zamacois, en el fondo, es un niño, como todos los hombres que llevan en el cerebro una estrella; en el corazón, una flor.

Yo quise llevar a Zamacois al Parque del Oeste.

El frunció el ceño y volvió a mostrar risueñamente al sol sus dientes de carne de coco.

—¿No le sería a usted igual que diéramos un paseo por el Buen Retiro? Por el lugar que usted dice está la cárcel. Es una nota triste, fea, poco armoniosa. Además, en el Parque del Oeste se suicidan muchos. Es el parque de los suicidas. De los desencantados...

Yo pensaba bien. La cámara, que iba en hombros del fotógrafo, tenía la apariencia de un garrote vil...

Ibamos en charla, como dos mirlos tempraneros, cuando de pronto apareció una blancura fatídica: el edificio de Correos de Madrid. ¡Ya llegó aquello!

—Un momento, cochero. Ustedes perdonen. Es cuestión de un segundo.

Zamacois, al descender del coche, sacó un sobre blanco. Era otra carta a una mujer, a la misma del día anterior. El periodista no puede ser un hombre educado. Hay que cazar todos los pormenores, todos los matices. Yo leí a lo lejos, cuando el sobre desaparecía: Bianca Valori. No pude leer más. No necesitaba más.

Bianca Valori, nombre que suena a alabastro, que parece el ala curva de un cisne, que da la impresión de una rosa blanca que se fuera deshojando y que cada pétalo fuera una letra, es una de las grandes pasiones de Zamacois. Se escriben diariamente como dos colegiales. Parecen representar un idilio pastoril en un lienzo antiguo. Desde luego un idilio un poco pecaminoso y sentimental. No serían modelos del Tiéppolo, ni de Giordone, sino del Tiziano, de Rubens o de Pablo Vero-

nés. Bianca Valori es la genial artista italiana a la que el arte de Francia obsequia el mejor champaña en la más fina de sus copas.

Tornó Zamacois, saltó al coche, ágil como un muchacho. Pasamos ante la Puerta de Alcalá. Penetramos en el Buen Retiro. Cruzamos ante el monumento a Campoamor, saludamos al viejo poeta, deploramos la mala estatua, condenamos al autor que colocó un pobre gaitero al pie del poeta, y descendimos del coche ante la única, ante la estupenda sensación de arte que llena todo el Retiro. Ante la estatua del maestro Galdós, formidable bloque de vida inmortal, serena y pura, que idearon el pensamiento de águila y la mano de cíclope del escultor español Victorio Macho.

Zamacois vive enamorado de esta roca humana. Y quien tenga un poco de sentido del arte, quien haya soñado con la inmortalidad, se creería glorioso con ser una línea en esta roca. Tenía que ser así. La figura de Galdós es como un picacho coronado de nieve, donde los pensamientos son nidos de águilas. Zamacois ha dicho que la otra estatua de Galdós, también obra de Victorio Macho, que se levantará en el puerto canario, será como un pedestal entre el cielo y el mar. Victorio Macho dice que lo que no supo hacer él, lo concluirán los dedos del viento y las sales marinas al roer la piedra. Yo creo que el Galdós del Buen Retiro también siente nostalgias del mar. Me da la impresión de un trasatlántico en un dique, con hambre de inmensidad...

Se hizo la fotografía. Cuatro glorias imperecederas: Galdós, la roca hecha hombre, Zamacois, Victorio Macho.

Yo no preguntaba a Zamacois cosa alguna sobre su vida. Enamorados de Galdós y de la piedra humana, llegamos ante el monumento de Alfonso XII. En conjunto, es abominable. Algo así como el bazar de la historia: ausente el arte, la vanidad en pie. Hay algo interesante, si vemos las cosas por sí solas, huyendo del conjunto pueril: las sirenas y faunos que se inclinan sobre el agua del estanque, como queriendo en vano hallar un espejo. El agua está turbia. Sobre el estanque hay un camino de sol que ciega. Hay una sirena de bronce descomunal, pecadora y morena. Pero la sirena odia el sol, parece babearla como Holofernes a Salomé desnuda. Esta sirena quisiera también cortarle la cabeza al Sol. Ella sueña con el tritón claro y armónico.

La dentadura de Zamacois relampaguea como un cuchillo bajo el disco solar.

Yo adiviné el pensamiento de Zamacois.

—¿Qué le parece a usted esa sirena nostálgica?

—Admirable, amigo, admirable. Soberanas caderas. Vientre romano. El dorso, superable a la escala de Jacob.

Aproveché este entusiasmo del artista. Descendimos por los escalones de mármol. Su sirena, entre ambos, tiene algo de Venus entre dos

ladrones. Pero a Zamacois hay que retratarle así: frente a la Vida.

Abandonamos el Buen Retiro bajo el crepúsculo. Hubo un mutuo silencio. Zamacois parecía rezar por la muerte del día.

Dejamos el coche de punto y volvimos al Colonial.

Zamacois me contó sabrosos episodios de su vida, dignos de un libro escrito por pluma preclara. En realidad, tiene razón en su libro. Son años de miseria y de risa los suyos.

—¿Sus primeras andanzas?

—Muy malas. Imagine usted las salidas de un Don Quijote sin gloria.

—Sus primeras obras, ¿diéronle mucho?

—Muy poco. Recuerdo que por la primera edición de *El Otro* me dieron cuarenta duros. El editor vendió de ese libro cien mil ejemplares.

—¿Y los otros libros de usted?

—Algunos siguieron la misma suerte. Luego adquirí cierta independencia. Cambió mi vida. Antes comía letras. Después comencé a comer de las letras.

—¿Cuántas obras tiene usted escritas?

—No llevo la cuenta. Creo que pasan de cuarenta.

—En periódicos, ¿cuál fué su mayor cariño?

—*El Cuento Smanal.* Es el airón de mi primera juventud, el penacho romántico de algunos camaradas queridos. En aquella mesa del romanticismo compartimos del pan espiritual José Francés, Gabriel Miró, Emiliano Ramírez Angel, Andrés González Blanco, Emilio Carrere, yo y otros muchos.

También fué *Vida Galante* nuestra novia, la colegiala de nuestros años moceriles.

—¿Dónde publicó su primer artículo?

—En *El Globo.* Por cierto que mi apellido salió con una enorme errate. Traducido castellanamente decía: no te metas. Era la voz del Destino. Tengo la seguridad que quería decir: «no te metas a escritor». Yo seguí sordo. Para los veinte años de estudiante, el Destino es un viejo que anda en muletas.

—¿Cuál de sus obras le parece la mejor?

—Ninguna. Lo que escribo hoy me parece abominable mañana. Vivo contento con la vida y descontento con mis obras.

—Pero usted ha llegado. Su talento grana como una espiga al sol.

—Mentira, querido Camín, mentira. Se llega pocas veces. Yo creo que no se llega nunca.

—¿Usted corrige las obras después de publicadas una vez?

—Todas las ediciones. No puedo sustraerme a este afán de creer inútil lo que he escrito ayer. Vivo disgustado con todo lo que hice.

—¿ Y qué opina usted de la vida?

—Que es un lago con muchas compuertas y que todas dan al vacío.

—¿Cuándo piensa dar su viaje a México?

—En seguida. Acaso en enero.

—¿Irá usted con sus películas de hombres ilustres? ¿Las ilustrará usted con sus admirables conferencias, como en la Habana, salpicadas de anécdotas, de gracejos, de estilo?

—Sí, señor. Llevaré las películas. Toda la vida y milagros de los grandes hombres de España. A las que usted vió agregué otras. Entre ellas las figuras de Benavente, de la Pardo Bazán y de nuestro sabio Ramón y Cajal.

—¿Le interesan las cosas de México?

—Mucho: el arte primitivo, la Nación, la Raza, la Historia. No sé si sabrá usted que un pariente mío, Niceto Zamacois, escribió la Historia de aquel país.

—Lo sé.

—Mi pariente era vasco, como mi padre. Mi abuelo era bilbaíno.

—¿Y su apellido?

—Mi bisabuelo era vasco-francés. De ahí el Zamacois.

—Cuénteme alguna anécdota.

—¡Hay tantas, que no acierto a hilvanarlas! Una de las más interesantes la conoce usted. Se la conté en el «Palacio de Cristal», de la Habana, Me hablaba una mujer por teléfono diariamente: «Tengo diez y ocho años, creo que soy bonita, me aburro soberanamente, necesito verle a usted». Esto me lo repetía a diario. «¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Yo estoy a sus órdenes, señorita». Y ella: «Mañana, mañana se lo digo a usted».

Ese mañana tardaba mucho. Me desesperaba. Vivía inquieto. Por fin sonó el teléfono. Oí su voz de cristal: «Hoy paso por el Paseo del Prado. Me pararé en tal esquina. Me pondré un traje azul».

Yo me volví loco de contento. Saltaba como un colegial. Descompuse el reloj de tanto manosearlo, más que con la mano, con los nervios. Sonó la hora esperada. Corrí Paseo del Prado abajo. Me bebí con los ojos la esquina. ¡Nada! Esperé una hora, y sólo se ocupó de mí un negro que pasó vendiendo plátanos y me propuso la mercancía.

—¿Y qué pasó? Ya no recuerdo bien.

—Verá usted. Volví al «Palacio de Cristal», alicaído, desencantado. Estuve otra hora pensando sobre aquella burla, sobre aquella derrota.

Y henos aquí que de repente entra en mi reservado una dama. Me tocó en el hombro con una familiaridad desconcertante. Me levanté, besé su mano, me deshice en cumplidos. No era guapa ni fea. Entonces yo le dí un beso, no sé si de indignación o de deseo.

—Tardé un poco, ¿verdad?

—No; pero fíjese usted que para un enamorado es una eternidad el

minuto de espera. Bueno. ¿Y el traje azul? ¿Cómo vienes vestida de luto?

—¿Qué traje azul?

—El que te ibas a poner.

—¡Pero si yo no soy Fulana!

—¿Entonces?

—Verás. Fulana es una amiga mía. Soy su confidente. Me tenía al tanto de todo. Alégrate que no haya venido. Tiene diez y ocho años. Hermanos tremendos. Es señorita. Piensa que eso es peligroso...

—Bueno, ¿y usted?

—Yo soy casada. Yo soy otra cosa.

—¿Y ese luto?

—Lo llevo por un hijo. Se murió hace meses. Era tan guapo, tan blanco. Se parecía a ti.

—Bueno, querido Camín, a poco más me da un síncope. El desenlace, como todos, en estos casos...

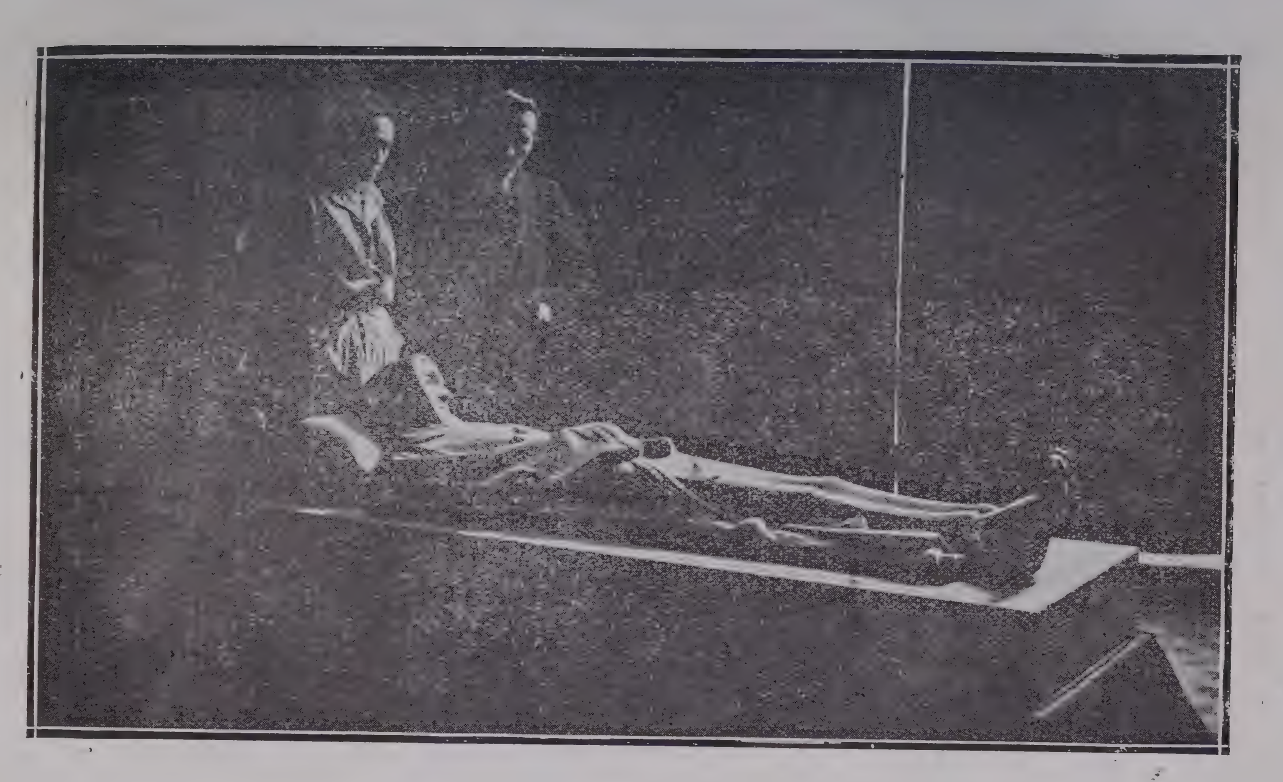
Zamacois me contó muchas cosas más. Pero yo tengo que dar fin a esta crónica. Al despedirnos, le pregunté a boca de jarro:

—¿Cómo quisiera usted llegar a la vejez?

—Fugándome con la institutriz de mis nietas.

Eduardo Zamacois es modelo de voluntades. La «alegria de vivir y de andar» no cesa en él. Ahora prepara un nuevo libro, cuyas pruebas vi corregir a él mismo: *Memorias de un vagón de ferrocarril.* La casa editorial «Renacimiento» está editando *Obras Completas.* Allí vi el traje de mecánico que usó Zamacois, cuando hace poco fué a recorrer tierras al frente de una locomotora. Zamacois, maquinista. Es un caso curioso.

Pronto lo veréis en México. De esas canteras del arte arrancará un nuevo libro, claro, puro y amable, como agua de deshielo en una mañana de sol y de esperanza, de aventura y de trino.



VICTORIO MACHO ante la estatua yacente de su hermano.

EN EL ESTUDIO DE VICTORIO MACHO: El intérprete de Galdós y Cajal.—Unas cuartillas de Victorio Macho.—Un busto del poeta Morales.—Sí hay escultura española.— Victorio Macho, escultor de la Raza.

Me acompaña el poeta Bacarisse. Dejamos el Ateneo de Madrid en una tarde de tedio. El cielo es una pizarra sin alma.

Victorio Macho entra en la vieja Armería de las letras españolas. Se saludan Bacarisse y el escultor, la palabra hecha mármol y el mármol hecho palabra. Soy presentado a Victorio Macho.

Es un hombre cordial, de estatura regular, recio y moreno. Fuma tabaco inglés en larga pipa. Este hombre me da la impresión del mozo que ha recorrido muchas tierras, convivido con diferentes razas y que trae algo de otros climas y de otras razas engarabitado en el espíritu, hundido en la carne. Su cabello ensortijado y rebelde, sus cejas en dos curvas violentas, su larga nariz de mastín castellano, sus amplios ojos amables que desde muy adentro parecen mirar, no una figura, sino millares de asuntos en un paisaje perdido; su hablar lento, cristalino y jugoso como hilo de fuente sabia, desconciertan en principio.

Todo español volcado en Madrid suele hablar con voz engolada, como una campana de escándalo. Estos artistas jóvenes, triunfantes entre sí, parecen discípulos de una Escuela de Detonancia; de esa misma detonancia que ellos condenan al escribir. Ellos no conciben a los poetas fuertes que traigan palabras como pedruscos o con sonoridades de trompetas del Juicio Final. Y es porque ellos son en el hablar teatrales y creen que el escritor o novelista de forma viril ensayan con la pluma la falsa detonación, la estrepitosa pirotecnia que ellos derrochan en los cafés. Gritos de Hércules y pensamientos de damisela: he aquí el secreto de esta jacarandosa y juvenil intelectualidad del Madrid castizo.

Y esto es lo extraño. Victorio Macho no es detonante ni en la palabra ni en el estilo. Es, sencillamente, fuerte y español; pero no un español de Madrid. Victorio Macho es un español romano. Yo sé que no ha de gustarle este concepto. Su ideal es el de vivir en Castilla antes de

Roma; pero Roma estuvo en Castilla; dejó una fuerza victoriosa y dinámica en las viejas ciudades españolas; eternizó los caminos para que aún sean hoy caminos de la victoria; elevó sus puentes sobre el abismo para que sobre ellos fueran pasando los siglos en cabalgata; dejó sobre nuestro perfil rudo el sereno aletazo de sus águilas.

Victorio Macho nació en Palencia, ciudad fuerte y meditativa, hecha de silencio y de roca. Por eso tiene en sí la serenidad de Roma, la grandeza primitiva de nuestros siglos, que él comienza a resucitar, y la sinceridad sin trama ni sambenitos teatrales, que son cosas genuinamente castellanas y por las que Castilla no muere. Castilla seguirá siendo un árbol de gloria desgajado por el tiempo; pero al pie del tronco revientan los retoños con más copiosa energía; de tal manera, que si los atáis crecerán curvados, y al pudrírsele las ligaduras el varetazo puede ser tan fuerte, que llegue a estremecer el vellón de las nubes. Victorio Macho pertenece a esta clase de retoños. Su arte es como un violento varetazo en lo azul.

Visitamos su estudio del Paseo de Rosales en una mañana de sol dorado. Los árboles del paseo se ven cubiertos de oro; las hojas aletean sobre el asfalto húmedas y doradas; abajo, en el fondo, el Parque del Oeste nos recuerda a la Danae del Tiziano queriendo fecundizarse con el prodigio celeste; más allá la Casa de Campo tiembla bajo los corpúsculos, como salpicada de luciérnagas; las nubes descienden para adornarla de una rara peluca goyesca. Saludo a don Francisco. El paisaje en conjunto me da la impresión de los gloriosos tapices que ponen una nota de gracia en los funerales de El Escorial.

Llegamos a un palacete que abre sus ventanas sobre el paisaje de maravilla. En él vive Victorio Macho. El artista nos recibe a la puerta; viste larga bata de trabajo, calza sandalias romanas; lo estrujan tres perros, entre ellos un enorme mastín, superior en gallardía y en fiereza, en escultórica dignidad, el que acompaña a Carlos V en uno de los retratos que presenta la Historia del César español. El estudio de Victorio Macho es de lo más interesante que presenta Madrid en cosas del presente. El siglo XI castellano se reproduce allí, recio y severo. Apenas si flotan sobre él vagos apuntes del Renacimiento con un poco de orientalismo, que hizo realidad el pensamiento de Victorio Macho. El Japón primitivo pone allí su nota de arte bellamente monstruoso. Eso sí: desechad la idea del abanico y de la mujer con sonrisa de porcelana.

A un lado y otro penden apuntes de figuras recias, cabezas segovianas de una fortaleza brutal. Victorio Macho es también un dibujante soberbio. Me va mostrando aquellas cabezas una a una: aquélla, cuyo enorme cerebro sin desarrollo espiritual, causa impresión de una cepa de roble vuelta de revés; la otra, que tiene forma arraposada, en cuyos

ojos arden la lujuria y la astucia; la otra, que parece simbolizar la fuerza y el crimen sin arte. Aquel hombre no sabría matar a nadie con un veneno o con un estilete, a modo de los Borgias o de los criados del Aretino. Si algún día mató, seguramente desgajó de un hachazo una existencia o la abrió en canal como a un trozo de leña. Aquella otra figura de un misticismo cruel, carácter firme y cortante como lasca de piedra azul, es una cabeza de hombre, capaz en otros tiempos de servir de lugarteniente de la Fe al lado del santo de Loyola! En un rincón aparece «La niña vasca», en madera, recibiendo la primera comunión. Es de una realidad profunda y doliente, esencia del misticismo en provincia; tan delicado es su realismo místico qne emociona profundamente, no sólo al espíritu que se cultiva en el arte, sino a los que viven desintegrados del arte y de la emoción.

Pasamos al salón central. Allí el alma se suspende encendida como una lámpara litúrgica cargada de silencio. Estamos ante la estatua yacente del hermano de Victorio Macho. Tosco el sayal de piedra ruda, el grueso cordón de la misma piedra, el rostro y los pies de mármol de Carrara, con esa clara palidez del religioso que muere sin conocer el pecado, ni mentalmente. No así Santa Teresa.

El misticismo que lo acompaña se dijera que va a deshacerse en lágrimas y que las lágrimas se abren en luceros y margaritas. Ni en música ni en verso conozco poema de más honda y delicada emoción que este poema de piedra en este cuerpo difunto, digno de las oraciones del Kempis y de toda la lira doliente de Amado Nervo. Victorio Macho lloró aquí como artista todo lo que no pudo llorar como hombre.

En esta recámara del silencio hay otro poema de ternura infinita: la madre del autor, talla en madera, de pie, las manos en descanso sobre el dulce vientre materno, la mirada apesadumbrada de piedad amorosa, con esa amable resignación que tienen los ojos del Cristo. En las obras de bronce hay tres aciertos magníficos: un busto del pintor Arteta, otro del colorista Anselmo Nieto y otro de Tomás Morales, el gran poeta canario, la última lira vigorosa que trajo a la poesía española primaveras de roble y amaneceres de Grecia.

Penetramos en el taller, al fondo de estos dos salones en los que la Vida y la Muerte tienen una sonrisa inmortal. Media docena de obreros modelan, tallan, desbastan, trabajan bajo el índice espiritual del artista. Allí está la figura del maestro Galdós, inquietud y cariño perennes en el alma de Victorio Macho; allí la estatua de Casimiro Sáinz, el pintor montañés muerto a destiempo, escultura que se elevará en Reinosa y que el pueblo cántabro encargó a Victorio Macho. Otros obreros trabajan con afán de cíclopes en el monumento a Galdós que ha de colocarse en el puerto de Gran Canaria, bajo el cielo y frente al mar, símbolo trasatlántico para la comunión de la raza, según frase de Zamacois, y que—

agrego yo—servirá mucho más que todas esas palabras huecas de hispano-americanismo que en España y América derrochan los sostenedores del juego de palabras, y del otro juego, desplumador de indianos de buena fe. Veo el proyecto del monumento a Cajal. Este es el principal motivo de mi entrevista. Diserto sobre él. Modestamente me dice Victorio Macho:

—No diga usted nada de esto como cosa hecha. Corren rumores que sea yo quien haga el monumento a Cajal; pero somos cuatro los invitados al concurso. Mis tres contrincantes y compañeros son artistas de talento. Bien pudieran aventajarme a mí en el proyecto. No dé usted nada por hecho. Espere. Espere...

—¿Tiene usted mucho empeño en la realización del monumento a Cajal?

—Económicamente, no. Espiritualmente, sí. El monumento a Galdós fué el sueño de mi ternura; el monumento a Cajal es el primer sueño de gloria. No soy yo el que pongo grandeza en sus figuras. Bástanse ellos por sí solos para dar grandeza a mis obras. Ellos, con su espíritu, elevarán el mío. Galdós y Cajal llenan por sí solos este siglo de España. No caben en él. Son tan grandes como la raza y más grandes que el solar de la raza. Creo que mi orgullo no puede alcanzar a más que a modelar estos dos tipos raciales.

—Tiene usted razón. Y usted hará el monumento a Cajal.

Victorio Macho sonrió como un niño en víspera de Reyes.

—¿Cree usted?

—Lo creo. Como prueba de ello, yo que gusto de escribir estas cosas en caliente, sobre la marcha, ahora esperaré unos días. Muy pocos, los suficientes para enviar a México la fotografía del proyecto, no como proyecto, sino como rotunda realidad. Y a otra cosa. Veo que usted, al revés de la mayoría de los escultores y pintores de España, gusta de la literatura. Me han dicho que suele usted a hurtadillas hacer sus poemas en prosa. En México se adora la figura de Ramón y Cajal. Allí tiene un discípulo, el doctor Perrín, que vive orando ante la figura venerable del sabio español.

—Pues, usted dirá.

—No estarían mal unas cuartillas acerca de cómo ha pensado y cómo ha visto usted a Cajal.

—Esas las tengo escritas. Gusto de exponer mis proyectos en forma literaria, lo mejor que se puede.

—Pues vengan esas cuartillas.

—En seguida.

Victorio Macho sacó de una gaveta de su escritorio primitivo unas cuartillas, y me las entregó con cierto rubor juvenil.

Allá van ellas:

«Cuando el doctor Marañón me honró invitándome a ese concurso, sentí el orgullo de ser escultor.

»Haber labrado esa estatua que alegró los últimos días del abuelo Galdós, estar construyendo ese «FARO GALDOSIANO», que se elevará sobre el puerto viejo de Las Palmas, mirando al mar, iluminando la ruta de América, y tener la posibilidad de que se me encomiende la bella misión de inmortalizar el símbolo de CAJAL, que tan ampliamente ha ensanchado el mapa espiritual de España, puso toda mi sensibilidad en tensión, las ideas surgidas en mí llenas de ritmos y volúmenes, apasionados, ardientes, como los temas en el alma del músico.

»La imagen del gran hombre me acompañaba en mis paseos por los campos de la Moncloa, y en el solemne escenario de la Naturaleza, sus pensamientos eran manantiales del conocimiento—pero también de la duda—y aparecerían ante mí con la fuerza expresiva del maravilloso grabado que alberto Durero tituló *Melancolía*, la terrible melancolía de quien, como Cajal, se ha asomado al misterio.

»Y nació en mí la idea del agua como base y tema fundamental de este monumento, que había de tener mucho de sinfonía en piedra, visión poética de CAJAL.

»El agua, génesis de vida, sensibilidad quintaesenciada que percibe os ecos más leves y lejanos de la Naturaleza, refleja la luz del sol, la dulce vibración de las estrellas, el vuelo de las aves y de las almas... El agua aquietada de las fuentes musgosas, de los jardines antiguos, silenciosa colaboradora de los espíritus sonámbulos, de los solitarios como CAJAL, musa de los poetas... El agua, purísima mirada de la tierra hacia lo desconocido.

»FUENTE DE CAJAL se llamará este monumento. En el fondo aparecen las dos fuentes simbólicas de la Vida y de la Muerte; en el centro se alza serena la estatua de la Sabiduría... y el agua de la fuente de la Vida, y el agua de la fuente de la Muerte, caerán en la gran alberca cuadrangular, se unirán, se confundirán una en otra formando un todo enigmático... y CAJAL, como esfinge abismada en el misterio, alma en piedra, toda serenidad y pensamiento, será el investigador silencioso a través de los siglos, y siempre tendrá su estatua un dejo de melancolía, porque ¡ay! de nosotros si no encontráramos siempre un más allá misterioso.—*Victorio Macho.*»

Cuando seis días después encontré a Victorio Macho en el Lion d'Or, me dijo:

—Es usted un profeta.

—No, señor, querido Macho. Yo sabía que haría usted el monumento a Cajal, que a nadie se le podría conceder más que a usted.

—¿Motivo?

—Esas son cosas que quedan para la entrevista.

Victorio Macho movió la cabeza de indio indostánico, dió una fuerte chupada a su pipa, apuramos nuestro bock de cerveza y entramos en una cálida discusión sobre los pies de las mujeres: la mujer cubana, la mujer mexicana, la mujer española.

Victorio Macho tenía que ser el escultor que elevase el monumento a Cajal. El motivo es sencillo. El Jurado, acaso con buen acierto, prescindió de los escultores viejos, de los consagrados. Los cuatro que fueron llamados al concurso pertenecen a la hornada actual. Y hay que tener la valentía de ser francos, como el Jurado tuvo también el acierto de llamar a la juventud para hacer algo inmortal. Las glorias achacosas no pueden hacer más que achaques.

Bien. Pues descartemos al malogrado Julio Antonio y a Mateo Inurria, y ningún escultor español, entre los jóvenes, tiene la talla de Victorio Macho. Por eso el que hizo el monumento a Galdós, levanta ahora el monumento a Cajal.

Mañana vendrán otros; pero mientras no vengan, el recio escultor palentino queda en pie ante el rompimiento de la mañana, como el escultor de la raza, el Berruguete del presente, el Velázquez de la piedra.



JOSÉ FRANCÉS, su esposa, su secretaria y Alfonso Camín.

UNA TARDE CON JOSÉ FRANCÉS: «La raíz flotante».—Su amor por Asturias.—Una «fabada» en mi pueblo.—La Rosario de Francés.—Su alteza la secretaria.

Nos encontramos en Prensa Gráfica. Francés, como Verdugo, como Zavala, Director, Gerente y Consejero de este Banco espiritual de las letras españolas, siempre lo hallamos en su puesto a hora fija.

Nos dimos un abrazo, cruzamos unas frases cordiales, quedamos en vernos en su casa. Yo, seguí en mi asunto. El, en su faena mental.

Francés no es hombre que se pueda juzgar con una simple mirada exterior. Su perfil material no es su perfil espiritual. Exteriormente tiene aspecto de gerente de casa bancaria. Pudiera ser un ingeniero de Minas con propiedades en el Norte español, representante afortunado de los petroleros de Tampico en el mercado neoyorquino. Es más bien grueso que flaco, plácido que irritable. Aun no tiene cuarenta años, pero su juventud no da la impresión del río que se desborda, sino del caudal que va lento y seguro por ruta limpia y pasa bajo el puente moderno, cosmopolita y claro.

Su perfil espiritual es otra cosa. Francés es un romántico, un personaje de Van Dik, elegante y sentimental, impecable y perfecto. Su alma se asoma a nosotros con diversas modalidades, con distintos ropajes sencilla y buena, entre la pureza y el pecado, más cerca de la pureza que del pecado. En el altar, es religiosa. Si se acerca a la manzana del Paraíso, también tiene algo de litúrgica. Conoce el vicio, pero pasa sobre él como una bailarina envuelta en velos temblorosos que llevara alas en los pies para no pisar el barro.

Estos son sus perfiles. Entre uno y otro, la cordialidad de Francés, la calidez de su palabra, húmeda y fértil, van poniendo aquí y allí diversos matices, como caminante que viera a una parte y otra del camino florecer el optimismo de sus andanzas a modo de lago salpicado de estrellas o pradera cuajada de margaritas.

Dirán ustedes que son muchas imágenes, que sobran el poeta y el tropo azul, que aquí se exige el periodista, la palabra escueta, el apun-

te. No les quito la razón. Está bien. Pero no olvidéis que el espíritu es ése.

Francés nos recibió en su casa de la calle de Goya a las tres y media de una tarde que era como moza cordial. La casa de Francés está llena de luz. El sol que entra por las ventanas, educado y juguetón como un chiquillo, se adelanta y nos da un abrazo. Después sigue dando sus justos matices a los lienzos pictóricos que inundan la casa del escritor. De entre los rayos de sol, como de entre un juncal luminoso, sale una mujer esbelta, elegante, morena, los ojos de adivinadora oriental, la mata del cabello negra y brillante como plumaje de mirlo astur en el amanecer. Esta dama es la señora de Francés, su Rosario, la que a veces aparece en las obras del artista como una alondra en vuelo, la colaboradora espiritual en *La raíz flotante*, la que fuera ayer Rosario Acosta, la culta actriz mimada del público español y la que en la ternura del hogar quiso que su apellido se apagara como se va apagando una lámpara en el altar mayor después de la fiesta dominical. Ayer era la Rosario del público, la Rosario Acosta. Hoy es Rosario a secas, pero la Rosario única, la Rosario de Francés.

Hablamos de Asturias. El recuerdo, el matiz, la fragancia, el espíritu de la tierra, nos cobija. Estamos en Madrid bajo un pomar asturiano, en una tarde veraniega. Francés me parece más asturiano que nunca; lo veo con boína ladeada. Rosario ríe como fuente brañera. Ella también siente a Asturias en la intimidad de su espíritu. Sueña con una casita blanca en la costa, entre la espuma del mar y la esmeralda de los prados. Francés trae en la mano un ejemplar de *La raíz flotante.* Rosario me enseña la raíz, la raíz auténtica, la raíz aparecida en la playa, la que motivó la novela que en México me han rezado tantos asturianos, entre ellos, Laureano Migoya. Esta raíz tiene una dolorosa forma humana. No es una raíz: es un hombre. Es el cuerpo dolido y vagabundo que ambuló bajo cielos y mares, tornó al sepulcro y se encontró la cuna.

Este Francés no es el Francés que conocemos en la calle. Su perfil material no existe. Permítaseme la frase: está desnudo. Este es el Francés auténtico, el verdadero Francés, el enamorado de Asturias, el niño grande, el artista, el escritor, el poeta.

—¿Cuál de sus obras quiere usted más?

—Querido Camín, me pone usted en un aprieto. Expliquémonos. El hombre lo que más quiere es la mujer. Por eso *La danza del corazón* es por la que siento más infinita ternura. Es la obra del amor, la obra de ella. El primer dolor, como el primer amor, resulta lo más mortal para los demás. Para nosotros es lo único lo inmortal. Después de este libro, el que más quiero es *La raíz flotante.* Esa obra es el dolor del hombre, el dolor mío. *La raíz flotante* soy yo. De mozalbete estudié en Oviedo, me llené el espíritu del alma de Asturias como herrada al pie del caño. Mis

compañeros de estudios eran asturianos. Siendo yo madrileño, nunca fuí entre ellos un forastero. Su tierra es encantadora, tan encantadora, que entonces el Nalón venció al Manzanares. Tenía veinte años cuando perdí de vista Oviedo, Avilés, Gijón, villas y villorrios, quintas y pomaradas. Mis amigos se desperdigaron. Cada cual empezó su lucha y se labró su vida sin desintegrarse de la tierra. Yo luché muchos años aquí en Madrid. La vida cosmopolita modela los hombres a su gusto. Asturias seguía siendo para mí un caso sentimental. Viajé algunos veranos por el Norte; pero mi espíritu siempre iba como en vuelo de gaviotas. Me reclamaba siempre la lucha, la vida, el dolor central. Por fin me propuse pasarme allí un verano entero. Me acompañó Rosario, floreció mi vida y nació la novela.

—Los personajes parecen arrancados del natural.

—Es que lo son, amigo Camín. El tronco de la obra soy yo. Mi larga melancolía, el dolor de creerme, siquiera por un minuto, desasturianizado. Los personajes que giran en torno son tan auténticos, que son los mismos amigos de la infancia, los compañeros de estudio que labraron su vida optimistamente sin perder el espíritu primitivo. Alguno de ellos lleva su nombre propio. Bueno. ¿Cree usted que se indignó por eso? Al contrario. Me dijo que al hacer la segunda edición reclamaba el apellido, porque no era un trozo de novela, sino una biografía. Y las biografías, según él, deben escribirse sin faltar puntos ni señales. Esto me tuvo unos cinco minutos un poco orgulloso...

—¿La «fabada» se deslizó así o es una descripción novelesca.?

—No, señor; esa «fabada» aconteció tal como la describo. Fué una «fabada» dada en mi honor por mis amigos. Mire usted esta fotografía, con su amigo Mariano Miguel, que puede dar fe. Esa «fabada» se celebró cerca de Gijón, en una hacienda de Roces.

—¿Dice usted que en una hacienda de Roces?

—Sí, señor.

—Pues yo soy de Roces.

—¡Cómo! ¿Usted es de Roces?

Francés me enterneció; me habló del puñado de tierra que aún juzgo mío. ¡Y con qué entusiasmo!

Yo no podría describir mi aldea con la visión poética con que me la describió Francés.

¡Nada! Que yo voy a ver a Francés en calidad de periodista, y aunque le ponga un nudo en la garganta al poeta, de vez en cuando se escapa un grito como el «ixuxu» primitivo que estremeció las montañas de Covadonga. El poeta que calla soy yo. El poeta que habla, el mirlo que canta en la cima del álamo con las alas salpicadas de rocío, irisadas por el sol y la gorguera llena de trinos, es Francés.

Quise cambiar el giro de la conversación, apartar los ojos del terruño,

tender el pensamiento hacia la América, curvado como un arco indio, y pregunté a Francés su opinión sobre México.

—Yo pienso ir a América en una fecha no lejana. Creo que, como España en el presente, América ha de ser el asiento del porvenir de nuestra raza, la cimera de nuestra lengua, el sol joven ilustrado con nuestros oros viejos. Creo en América en todos sentidos. México me interesa sobremanera. Es un país con dos historias: la propia y la nuestra, que también es la de México. Me interesa mucho el arte primitivo de los aztecas y de otras razas, arte desperdigado en ruinas de gloria.

—¿Qué opina usted del arte en América, en sus diferentes fases, sobre todo en el de la pintura, arte que usted divulga y valoriza?

—Creo en el florecimiento total de las artes en América. No hablemos de poetas. Ahí está una docena que sería ocioso nombrar. Algunos, como Darío, llegaron a remozar el idioma en la lírica.

Y como yo le manifestara no creer en los pintores hispano-americanos, prosiguió:

—Usted es demasiado radical. Estamos un poco en desacuerdo. América comienza a prestar bellos valores a la pintura contemporánea. En la Argentina hay un renacimiento asombroso, un florecimiento en este sentido del arte. Y le advierto que no es una pintura esclava de la española, ni de la italiana, ni de otra extranjera. Es una pintura propiamente americana que comienza con perfil suyo, a veces tosco, a veces lánguido, pero emocionante y propio. En México mismo tienen ustedes un gran pintor, muerto hace poco para pesadumbre del arte. Debe de haber sentido el país su muerte. Saturnino Herrán hizo un esfuerzo hercúleo en favor de la pintura mexicana.

—Yo creo que era un poco coruscante, que dependía del matiz chillón, demasiado manido en Castilla por los pintores sin personalidad. Sí, creo que Herrán era un dibujante personalmente vigoroso.

—Saturnino Herrán era un dibujante y un pintor. Y en lo de la esclavitud española, algo había, sin llegar a tal extremo. El lienzo de *La copla* es genuinamente mexicano. Los frisos aztecas son el comienzo de una gran obra eminentemente personal. Y a propósito de dibujantes: García Cabral es un valor definitivo. En la Argentina está Juan Alonso, otro gran dibujante hispano-americano.

—¿Y qué propósito lleva usted a América?

—Creo que el viaje será el año que viene, a todo más tardar. Me propongo hacer varias exposiciones en diversos países, sobre todo en la Argentina, Cuba y México. Al margen de las exposiciones, en las que expondré la amplia y fecunda labor de dibujantes españoles, daré varias conferencias sobre el arte español, tan poco conocido en América y ni siquiera divulgado dentro de España. Me refiero al de los humoristas

—¿Cuántas obras ha escrito usted?

—Novelas, unas cuarenta, sin contar algunos libros de arte y *El Año Artístico*, cuyo trabajo, por la documentación y el tino que exige, me roba un tiempo precioso.

—¿Cómo y cuándo trabaja usted?

—Me levanto a las seis de la mañana. Desde esa hora, escribo en esta mesa que usted ve, entre libros, lienzos y recuerdos, hasta las once. Estas cinco horas las dedico exclusivamente a mis cosas. Entonces parto para Prensa Gráfica, donde concluyo a las dos, torno a comer, descanso un rato y vuelvo sobre mis cuartillas, si no doy un paseo o tengo visitas. Voy a enseñarle a usted el manuscrito de *La raíz flotante*. ¡Constanza!

Apenas terminó Francés de pronunciar este nombre, apareció en el estudio una bella mujer con menos de veinte años, distinguida y gentil, fuerte y primaveral como un modelo de Rubens. El pelo caudalosamente rubio, la tez como nieve de cumbre, los ojos como un naufragio de cielo en el mar, la sonrisa con algo de la Gioconda.

Francés dió la orden, entre una sonrisa señorial: Constanza desapareció como en un vuelo de paloma a ras de tierra.

—Es mi sobrina y mi secretaria. Desde que nos casamos Rosario y yo, está con nosotros. La queremos como a una hija. Contesta mis correspondencias, pasa en limpio mis cuartillas e interpreta mis asuntos como yo mismo.

Volvió a aparecer la sirena rubia. Francés me enseñó el manuscrito de *La raíz flotante*. Este escritor es un caso raro. En las trescientas y tantas cuartillas apenas vi media docena de palabras tachadas. Igual sucede con todos los originales de Francés. Son como una ruta sin curvas ni enmiendas.

—¿Y a qué edad comenzó usted a escribir?

—A los diez y siete años. Verá usted. Publiqué un cuento, lo leyó mi padre. Mi padre fué también escritor; se llama también José Francés. El dichoso cuento tuvo alguna aceptación. Mi padre entonces me dijo que yo lo hacía mejor que él —¡cosas de padres!—y que desde entonces no escribía más para que no me confundieran con él. Yo hice prodigios para convencerle de lo contrario. Mi padre es hombre culto, periodista del tiempo de Bonafoux. Fundó la revista *Puerto Rico Ilustrado*, que fué una palanca intelectual y aun vive. Bueno. Pues con todo esto, mi padre no escribió más una línea.

* * *

Yo me quejé con el novelista español de la poca inteligencia que sigue existiendo entre los valores intelectuales auténticos de uno y otro Continente. Francés, como Carrere, echó toda la culpa a los editores

españoles y americanos. Yo sigo en desacuerdo con Francés en este punto. Creo que este desconocimiento estriba en que se desconocen unos y otros, en que los españoles ignoran el desenvolvimiento intelectual contemporáneo de América, motivo por el cual los verdaderos valores de América ya no buscan el mercado de España, cansados de desaires y de injusticias. Y aquí hay que hacer una gran justicia a Francés. Conoce todo el movimiento literario de América; pide, recibe libros, los lee. divulga los méritos, a veces calla las flaquezas. Si muchos escritores de España conocieran la intelectualidad del Nuevo Mundo como Francés, tengo por seguro que no habría tanto cretino que aún se atreve a hablar de América pintorescamente con el orgullo bufo del que todo lo cree saber y todo lo ignora.

Al terminar pregunté a Francés:

—¿Cómo querría usted terminar su vida?

—En Asturias, en una casita blanca muy cerca del mar, entre el vuelo de las gaviotas y el paso de las golondrinas...



RODRIGO SORIANO, en la azotea de su residencia particular, frente al Real Retiro, en compañía de Alfonso Camín y de Astrana Marín.

EN CASA DE RODRIGO SORIANO: La biblioteca de un cardenal.—Él y Blasco Ibáñez en el Califato de Valencia.—Trofeos y más trofeos.—Presente al primer gobernador de Granada.—La muerte del rey de Portugal.—Un duelo pintoresco.—Su opinión sobre la política española.—Soriano, crítico de arte.

El nombre de Rodrigo Soriano tiene que ser para nosotros como el eco de un trueno en la lejanía. ¿Quién no recuerda sus lances con Blasco Ibáñez? Valencia era una ciudad mora. Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano se disputaban el califato de Valencia. Olía a pólvora el ambiente como el fondo de una cantera. La mecha chisporroteaba en la sombra. Era una política de desmonte. Diariamente explotaba el barreno. Nuestra niñez se regocijaba ante aquella pirotecnia maravillosa de la política española en la hora romántica. Güelfos y Gibelinos andaban a estocadas en las calles. Las esquinas amanecían cubiertas de pasquines. El insulto florecía en ellos. El odio, como un león del Africa ecuatorial, aullaba en la noche cebrado de manchas pavorosas. En aquel momento de exaltación y de romanticismo, la figura de Salmerón apareció en la escena, como Cristo sobre las aguas. Puso tregua al conflicto. El gran político español evitó la batalla entre los heroicos aspirantes al califato. Copio el telegrama de Salmerón:

«Barcelona, 15-10-55. — Dos destinatarios. Blasco Ibáñez-Rodrigo Soriano. Acabe toda manifestación hostil. Salgo esta noche. Nadie absolutamente vaya recibirme estación. Obedezcan mandato por deber político y afecto personal. Publiquen este telefonema.—Salmerón.»

Pasaron años. Blasco Ibáñez triunfó en la novela. Era su camino. Rodrigo Soriano escandalizó el Parlamento con sus valientes acusaciones. Estaba en su puesto. Hizo caer con su palabra algunos Ministerios. Su figura, durante mucho tiempo, fué el trapo rojo de la democracia en las barricadas del Parlamento. Se dijera un Comunero de la palabra.

Cambiaron las cosas. Rodrigo Soriano siente fervor por el periodismo. Lo juzga un apostolado. Dirigió periódicos. Dirige periódicos. Mori-

rá dirigiendo periódicos. Aparte, vive enamorado del arte antiguo español. Conoce como pocos la historia de la pintura en España. Es un crítico admirable. Esto es lo que desconocen muchos. Fueron populares sus refriegas con Blasco Ibáñez. Sus escándalos en el Parlamento hicieron época. Pero ¿quién cree que Rodrigo Soriano es hoy uno de nuestros más altos valores intelectuales?

Este y otros apuntes hiciéronme más interesante la figura del político de ayer, y juzgué de provecho una entrevista con el escritor de hoy.

Rodrigo Soriano vive en el Paseo de Alfonso XII. Ocupa un moderno palacete que abre sus ventanales sobre la fronda del Buen Retiro. Subimos. Una fámula tocada de blanco nos introduce en el despacho. Esperamos.

Yo estoy un poco desorientado. Deslumbra el fasto añejo. Severos muebles de antiquísima época. El estilo, auténtico. A la derecha, un rico cofre de cuero repujado, presente que los indios incaicos depositaron en las manos de una virreina del Perú. Penden de la pared las pistolas que llevaba el general Wellington en la cintura. Una excelente colodra; un trozo de retablo primitivo; un lienzo de Ribalta, un Velázquez, un Tintoreto; libros de un gran valor, en ediciones que vienen soportando siglos y siglos; aquí y allí, estiletes y dagas; más allá, dagas y estiletes de recamadas empuñaduras. Sigo desorientado.

¿Esta es la casa de Rodrigo Soriano? No debe ser. Juzgo que estoy en la República de Florencia. El Buen Retiro no es el Buen Retiro. La casa de Rodrigo Soriano parece el palacio de un cardenal florentino. Luego, acaso confundí el Buen Retiro con la Plaza de la Señoría.

Me liberto del ensueño. Rodrigo Soriano entra, nos saluda, nos tiende la mano. Yo hago una mueca. El, otra. No simpatizamos. Sin querer, ya somos enemigos. Es un caso extraño. Porque en el fondo, somos casi iguales. Quizá por esto, nuestras violencias están en pie, una enfrente de otra.

El seguramente pensaba: ¿quién será este mozo que así habla y ordena? Será uno de tantos. Menos que uno de tantos. Un periodista más que me molesta. ¿Un poeta? Tampoco. Con esa figura no se puede ser un gran poeta. Aunque lo diga Astrana Marín.

Mientras tanto, Rodrigo Soriano se volvía en mi imaginación un desdibujo: éste no es Rodrigo Soriano. Su palabra brota desdibujada, como sin gana de decirla. Sus ojos ven como el que va a otro asunto. Miran de lado. Hay en ellos un cansancio y una total indiferencia. ¿Qué pasará aquí? No pasa nada. Me acompaña Astrana Marín. El es gran amigo de Soriano. Comprende el trance. Cambia suertes, echa capotes. Belmonte no estaría más a tiempo en sus quites. Yo ambulo con los trastos de matar en la mano. Lleno de garabatos las cuartillas. Se quiebra el lápiz...

Pero he aquí que de pronto cambia la decoración. El aya se presenta con un niño rollizo y blanco. La criatura tiene ojos de angelote de retablo. Soriano lo toma en sus brazos. Es el heredero. Lo acaricia. Lo cubre de besos. Soriano pierde su gesto agresivo. Yo aprovecho la ocasión para hacer un retrato. El niño ríe sobre sus rodillas.

Soriano nos obsequia con unas copas de manzanilla y unos puros habanos. Yo contemplo una magnífica espada de temple soberbio, cuajada de arabescos, pesada y larga en demasía:

—¿Y esta hoja?

—Es de un gran valor histórico. Es la espada que entregaron los Reyes Católicos, después de la toma de Granada, al gobernador castellano. Mire usted. Todo su arte es árabe. Parece un símbolo irónico. Conquistamos Granada, pero, al mismo tiempo, el arte de Granada nos conquistó a nosotros. Más que un homenaje debiera ser una afrenta para el conde de Tendilla, aquel don Iñigo López de Mendoza.

Apartado de otros libros, aparecía abierto *La muerte del Delfín*, de Alfonso Daudet. Comprendí que se trataba de algo más que de su mérito literario. Soriano me lo explicó:

—Este libro perteneció al rey Manuel de Portugal, caído en la tragedia de 1910. Apareció en su alcoba, al pie de la cama, vuelto hacia abajo, abierto por el folio 252. Ya sabe usted la tragedia que se describe en ese libro y la narración que se hace en esa página. Parece un sarcasmo del Destino. El rey de Portugal presintió su fin, y quiso leer en ese libro la crónica de su muerte. Esa obra la encontró la policía. Iba a tirarla por un balcón del Palacio. Se evitó el sacrilegio. Es una reliquia que tendrá más valor a manera que pasen los años.

—Bueno. ¿Y qué me dice usted de sus luchas con Blasco Ibáñez?

—Hombre, eso es muy viejo.

—¿Ya sabe usted que estuvo en México?

—Lo sé. Oyeron hablar a Blasco Ibáñez en México. Blasco Ibáñez habló de México. Pero ahora falta que me oigan hablar a mí de Blasco Ibáñez. Nadie lo conoce como yo, que lo he sufrido.

—¿Y qué me dice del duelo pintoresco que tuvieron ustedes en las cercanías de Madrid? ¿Es verdad que terminó con Viático y Guardia civil?

—Hombre, déjeme usted de esas cosas.

—¿No me hace usted el relato?

—Pero, hombre, ¿no lo conoce usted?

—Lo conozco. Pero podría estar exagerado. Por eso quisiera oirlo de sus labios.

—Tiene alguna gracia aquel duelo. Romero Robledo se enteró de que íbamos a batirnos en Madrid. Quiso evitarlo a toda costa. Se cansó de decir que no lo toleraría. Pero había que batirse. No solamente por-

que era de necesidad el duelo. Sino porque tomaron parte en él Leopoldo Romeo y Saint-Aubin. En Madrid no había más pistolas de duelo que las de Saint-Aubin. Las alquilaba a buen precio. Esta era otra gran necesidad. Había que hacer el gasto. Había que usar las pistolas de Saint-Aubin! Romero Robledo por poco echa abajo el negocio de nuestro amigo. «Hay que batirse» —decía Saint-Aubin—. Iremos fuera de la jurisdicción de Romero Robledo. Ustedes pierdan cuidado. Se batirán mañana mismo— repetía Saint-Aubin—. Claro. ¡Como que a él le interesaba el duelo más que a nosotros!

Bueno. Quedamos en ir a batirnos a Chamartín de la Rosa, en la huerta de un amigo nuestro, un tipo raro, caballero del Santo Sepulcro, que tenía aspecto de poeta elegíaco. Nos dirigimos a ese pueblo cerrada la noche. Llegamos como a las doce. Nos recibieron en aquella casa la esposa del amigo y las hijas, acompañadas del susto consiguiente. El caballero del Santo Sepulcro no estaba en casa. Desde luego, no dijimos a qué íbamos. Explicamos a la señora que teníamos que quedarnos allí hasta el día siguiente, pasara lo que pasara. Llovía a cántaros. Llevábamos un hambre atroz. En la casa no había nada de comer en aquella hora. Era natural. Por fin nos frieron unos huevos. La criada no atinaba a freirlos. La señora se lamentaba de aquella visita nocturna. Las hijas temblaban. No había más que una cama. Eramos cinco. Faltaban otros cinco: la caravana de Blasco. Total, diez. A todo esto, eran las dos de la madrugada y no llegaban Blasco ni sus amigos. Seguía lloviendo a cántaros. El agua caía acompañada de música y de bengalas: truenos y relámpagos. Las tres. Las tres y media. Blasco, sin llegar. Por fin, como a las cuatro de la madrugada, bajo una lluvia terrible, se escuchó la voz alcohólica de Blasco. Con él venían sus amigos. Se habían roto las llantas del automóvil a unos kilómetros de distancia. No pudieron seguir en el auto. Lo dejaron al cuidado de algunos peones camineros y siguieron la caminata a pie, bajo la lluvia torrencial, cargando con los utensilios del médico, los vendajes y demás artefactos.

Blasco llegó con las botas deshechas. Para batirse, al día siguiente como a las siete de la mañana, hubo que hacerle unas botas con papel de periódicos viejos.

—¿Y qué pasó en el duelo?

—No pasó nada. Se hicieron los preparativos. Salimos a la huerta. El caballero del Santo Sepulcro no llegaba. No llegaría en tres días. La señora dió parte al cura y a la Guardia civil. Nosotros lo supimos y violentamos el caso para acabar antes que llegaran la fuerza pública y la eclesiástica.

Nos pusimos en guardia, pero tan acelerados, temiendo que nos suspendieran el duelo, qne en el primer tiro que disparamos, la bala hizo blanco al pie de los zapatos de Saint-Aubin. Siguieron a este cuatro o

cinco disparos aquí y allá, mièntras Saint-Aubin corría dando saltos y nos gritaba: «Señores, que esto no es lo convenido».

Al mismo tiempo la Guardia civil, el cura, el Viático, el pueblo, el alcalde y los concejales, penetraban en la huerta, impidiendo a todo trance el duelo. Querían aprehendernos.

Así terminó aquel duelo. Como en el teatro. No faltó ni el acompañamieuto del coro.

Quise que la palabra de Soriano siguiera remozando hechos de su juventud. Pero él, por toda respuesta, me entregó un folleto. En él, los valencianos que defendían a Soriano recopilaron minuciosamente los fragmentos históricos, las astillas de aquellas palizas.

Copio dos párrafos del folleto. El primero, de un artículo de Soriano:

«Nacido yo en las provincias Vascongadas, en San Sebastián, mi niñez ha sufrido las mismas vicisitudes que las de vosotros, valencianos. Hemos padecido todos por la libertad y hemos visto nuestra vida en peligro por aniquilar a la bestia negra. Siendo muy niño, no podía yo escuchar la lección del maestro, porque había de oir el estampido de los cañonazos carlistas. Las haciendas de mis padres perecieron en las llamas de la guerra; los patriarcas de mi familia fueron sacrificados por aquellas salvajes hordas; mis primeras palabras fueron de maldición para las partidas del cura Santa Cruz. Mi maestro de dibujo murió a manos de aquellas gentes. Recuerdo la impresión horrible que tuve a la mañana siguiente, cuando vi vacío el sitio de mi maestro. Me pareció ver levantarse en su lugar a un cabecilla cubierto de sangre...»

Dice el segundo párrafo del folleto:

«Júzguese a Blasco Ibáñez por lo que dice en su periódico. En un solo día llamó a Soriano las siguientes cosas: doce veces, calumniador; once, embustero; nueve, miserable; ocho, infame; ocho, indigno; cinco, canalla; cuatro, villano; tres, procaz; dos, traidor; dos, sinvergüenza; dos, granuja; dos, cobarde; dos, malvado; dos, asqueroso; dos, ruin; una, apóstata; una, desleal; una, tunante; una, impúdico; una, víbora; una, criminal; una, ladrón; una, deshonrado, y una, grosero... Meses antes le titulaba: cien veces, ilustre: doscientas, eminente; quinientas, sabio. ¡Es el colmo! Pero el insulto es el sistema de *El Pueblo:* no tiene responsabilidad. El señor Soriano envió varias veces sus padrinos a la redacción de *El Pueblo*. Y unos escudados en otros, rehuyeron todo encuentro.»

Soriano nos mostró la vieja armería; los trofeos arrancados al enemigo en aquellas luchas por el califato de Valencia. ¡Un verdadero arsenal! Largas navajas de Albacete; dagas en forma de lenguas de víbora; cuchillos carniceros; escopetas propias para la caza del jabalí; trabucos a la usanza de los bandidos de Sierra Morena; puñales que manejó la mano diestra con la elegante ferocidad de los Borgias.

—¿Qué opina usted de la política española?

—Hombre, no se puede delinear en dos palabras. Ahora tengo un poco de prisa. En la noche comeremos juntos. Allí hablaremos largo y tendido.

Ya no era el hombre arisco. Comenzaba a perfilarse la verdadera figura de Rodrigo Soriano. Dejamos su casa. Después de hablar como verdaderos camaradas, nos despedimos en la Puerta del Sol.

—Adiós. Hasta las nueve y media, en el café.

—Seré puntual. No olvide que tiene que decirme algo sobre la política española.

—Bueno, hombre, bueno.

Soriano es un gran gastrónomo. Nadie conoce mejor que él los lugares donde mejor se come en Madrid. Fuimos a una taberna, entre lujosa y castiza, de la calle de Peligros, cercana al antiguo café de Fornos. Eramos cinco comensales: el poeta Leopoldo López de Saa, don Juan Barco, Astrana Marín, Soriano y yo. Fué una opulenta comida del Norte español, rociada con el oro de los viñedos del Sur.

Soriano habló del arte antiguo en España. Cuando lo creí oportuno, volví a preguntarle a quemarropa:

—¿Y qué opina de la política española?

—La política española—aun cuando la comparación sea *cursi* y anticuada—se halla entre el Scila del militarismo y el Caribdis de la anarquía, escollos separados por una estrecha, a veces estrechísima, cinta de agua, tan tenue, que junta muchas veces en una igual anarquía: la del Star y el sable. El Ejército militarizado y el desmilitarizado Ejército rojo constituyen dos sindicatos, no se sabe si libres o únicos, pues tanto en los del mandoble, como en los de la bomba, existen grupos que se combaten ferozmente, llámense Juntas Militares, Sindicato único, Juntas disciplinantes, o sea grupos militares del extrarradio de las Juntas ídem, ya se titulen Sindicato único obrero, C. G. del T. N. o sindicato libre. ¡Todos iguales! La autoridad en España, pues, en el día de hoy es una boya confiada al oleaje, una mina de dinamita que va a la deriva loca y ciegamente, y ya estalla con asesinatos o *leyes de fuga* o con destituciones fulminantes o con asesinatos de patronos y de obreros. Es decir, que la autoridad dejó de serlo desde que se puso al nivel mismo en los procedimientos de los Sindicatos terroristas. ¿Qué más da decir hoy Arlegui o el compañero Star? Ambos a dos rebajaron la autoridad, la cortaron al tamaño del cañón de la pistola pueblicida. Nada tan disolvente y anarquista como la política de Anido y Arlegui. Nada tan conservador como el sindicalismo puro, que disciplina, ennoblece, dignifica al obrero operando en frentes de batalla que ofrecen al Gobierno soluciones del futuro, programas vivos.

La Historia juzgará severamente a don Severo o Severiano Martínez Anido y al Scarpia, sin calor ni arte, que se llamó Arlegui. Ambos ente-

nebrecieron Barcelona, sin lograr a la larga otro éxito que el resurgimiento potente y fuerte del sindicalismo. España, pues, es un polvorín. Cualquier cerilla indiscreta que caiga en él hará estallar el material acumulado por miedos, torpezas, claudicaciones, cobardías, errores, engaños, abulias, temores milenarios, vejeces prehistóricas, ignorancia de los políticos, *espantás* extemporáneas, ancestrales barbaries, ilusiones de tísico en horas de sol, terrores intempestivos, caudillajes medioevales, inquisitoriales herencias, locura y mansedumbre, fierezas bélicas y lacras administrativas, cuantos sistemas, en fin, de descomposición invaden a los pueblos en la decadencia.

Esta es España. Ya sabe usted lo que opino de la política española ¿No quería usted que hablara? Pues ya he hablado. Usted tiene la culpa de que diga estas verdades, verdades criminales, según el parecer de los que en vez de cortar el tumor de raíz amontonan vendajes sobre la llaga para que nadie vea el pus. Vano trabajo éste. El olor denuncia la podre.

Tenía razón Soriano. Quince días después de hacerme estas declaraciones eran destituídos el Gobernador y el Jefe de la Policía en Barcelona.

La comida terminó a las tres de la mañana. Soriano y yo terminamos del brazo. Acaso esta amistad, por lo sucedido en principio, resulte más duradera.

¿Que cómo es que hoy no sigue siendo Rodrigo Soriano la piedra de escándalo de la política en España? No es que se haya opacado su figura. Se debe a él más que a los acontecimientos políticos. Una cultura artística como la del Soriano actual no se adquiere dedicándose al petardo de las manifestaciones, ni blandiendo en el mitin la palabra que suene como martillo de herrero. Soriano ha viajado por toda España. Desentrañó el oro histórico de los pueblos viejos, de las ciudades idas. Arrancó a los conventos tenebrosas historias reales en las que el arte y la intriga son asuntos de capital interés. Publicó libros. El último, acerca de Darío de Regoyos, patentiza sus conocimientos en pintura antigua y moderna, española y extranjera.

Si Rodrigo Soriano dijera en libros el arte que sabe, todo ese caudal de conocimientos que desgrana en su conversación con los amigos, tendría la Historia del Arte en España veinte preciados tomos que serían espejo de las generaciones en el futuro.

Temo que Soriano lleve al sepulcro la totalidad de ese tesoro. Si me escuchara, si dejara escrito en cuartillas sus conocimientos, legaría a a posteridad el más férreo arcón castellano cargado de onzas añejas.



ROBERTO CASTROVIDO, una de las más altas figuras de la política y del periodismo en España.

ROBERTO CASTROVIDO, ex diputado, maestro de periodistas y espejo de caballeros.—El periódico de Don Quijote.—La política espiritual.—Castrovido, madrileño.—Castrovido y la Guardia civil.—Política enferma.—Su amor al pueblo.—Su çreencia en España.

La prensa de España es una prensa mediocre. Carece de nervio. El caudal espiritual está hipotecado. Lo espiritual se refleja en lo económico. Luego, su riqueza económica da siempre una sensación de hipoteca. No es pobre en dinero. Es absolutamente pobre de acción. Impera el curato. El periodista no desempeña un sacerdocio. Hace su papel de sacristán. No oficia en la misa. Ayuda en la misa. No hay periodistas responsables. Los responsables son los literatos. Si le faltara la literatura idealista de sus colaboradores, el periódico en España podría compararse con una torre mocha. Suele dar la impresión de una iglesia en olvido, ceñida de árgomas. De vez en cuando se ven palomas en la torre. Pero son las palomas del sacrificio. Son los literatos. A veces traza una curva un milano. Es un hombre de acción...

Hay dos excepciones en el periódico español del siglo; dos figuras románticas; dos apóstoles del periodismo en España: Alfredo Vicenti y Roberto Castrovido. Por ellos el periodismo no tiene una historia nula. Hay latido romántico. Bulle un poco de ideal. ¿Pruebas de ello? *El Liberal*; dirigido por Alfredo Vicenti, fué la hogaza espiritual de media España, una bandera desplegada en lo alto. Nadie se fijaba en los banderines de enganche. El brazo de D. Alfredo era el asta que sostenía la bandera. Murió Vicenti, y murió *El Liberal*. Gómez Carrillo le dió la puntilla. Hoy andan locos unos muchachos para poner en pie el cadáver. Temo que fallen sus intentos. Y esto me duele. La idea es respetable. Pero el suero que hallaron, no es tal suero. Es otra paletada de tierra...

Roberto Castrovido dirigió *El País*. Sus editoriales alimentaron a una generación. Eran los editoriales de un editorialista; la palabra de un apóstol que habla desde la tribuna del pueblo. Ejercía un sacerdocio. No

hacía de sacristán. El sacristán es un tipo secundario. El editorialista de un periódico no puede ser una figura secundaria. Desde que no existe *El País*, no existe el editorial en la prensa española. Ocupan esas columnas con malabarismos literarios o fantasías reporteriles. A veces aparece una información imitando a la prensa americana, con muy poca fortuna. Se conoce que el editorial no está a cargo de editorialistas. Lo dejan en manos de sacristanes.

Castrovido es el romanticismo español; el hombre íntegro; la figura demócrata, lo popular, lo que se quiere. Ya sabemos que Madrid es capaz de reir, de hacer la vida amable, de embotellar el sol para calentarse en el invierno; pero si Madrid es capaz de querer, tiene para Castrovido la totalidad de su simpatía.

Carrere y yo citamos a Castrovido en el café. En su casa sería imposible retratarlo. No dejaría entrar al fotógrafo. Había que sorprenderlo. En la cita fué más puntual que nosotros. Nos esperó con una resignación totalmente cristiana. Cuando llegamos, tenía un gesto de mártir. Su sonrisa era amarga y perdonadora. Tenía otra cita con una casa editorial. Asuntos económicos. Complicaciones de la vida diaria. Porque el ex diputado español es pobre, completamente pobre. Vive de su trabajo. Estruja el pensamiento y la pluma. ¿Que cómo es pobre, siendo diputado una porción de veces? Muy sencillo: Castrovido es un hombre honrado. Su pobreza es la mejor ejecutoria de su vida política. Su mejor escudo personal.

No hay por qué decir que le echamos a perder la cita y los asuntos editoriales del momento.

—Perdóneme usted. Nos atrasamos un poco—le dije.

—No hay cuidado, hombre. Además, viniendo con Carrere...

—Conste que yo soy un hombre serio—díjole el poeta.

—Sí, hombre, sí. Completamente serio. Sobre todo, en las citas con los amigos. Ya se ve...

—Dispénsenos usted. Pero...

—Sí, hombre, sí. Dispensados. ¿De qué se trata?

—De una entrevista.

—Pero, hombre. ¿Una entrevista en el café y a quemarropa? En fin. Estoy a sus órdenes. ¿Qué quería saber usted?

—Una porción de cosas.

—Venga de ahí.

—¿Es usted madrileño?

—Completamente. No nací en Madrid; pero el día que deje de ver diariamente la Puerta del Sol, me suicido.

—¿Se suicida usted?

—Lo que usted oye. ¿Qué más?

—¿Qué opina usted de la política española? ¿Cómo juzga usted que

debe ser el verdadero periódico español? ¿Cuál sería su periódico ideal? ¿Y el partido republicano? ¿Y la república en España? Y...

—Y nada, hombre. ¡Por Dios! Déjeme pensar. Es usted un hombre terrible.

—Ni terrible ni ocho cuartos. Usted tiene prisa. No quiero atormentarle con un cuestionario. El tiempo es oro. Diga usted lo que quiera.

—Pero, hombre. Usted no comprende que...

—No comprendo nada. Comprendo que usted sabe decir cosas interesantes, que el tiempo es oro y que tiene usted prisa.

—Bueno. Pero, ¿por dónde empiezo?

—Por donde usted quiera. Por la política actual. ¿Qué opinión tiene usted?

—Sigo creyendo que es usted un hombre terrible. ¿Qué opino de la política? Muy mal. El estado de cosas es deplorable. La política está enferma. Completamente cardíaca. Vivimos un momento que puede ser decisivo. Por una parte, retrocedimos a la época de Fernando VII. Creo que mucho más. Alentamos en el siglo de Carlos II. Pero por otra parte, el mismo Gobierno está fomentando la revolución. Esas expulsiones, esa manera de gobernar sin leyes, esas condenas sin fallo, esas persecuciones al pensamiento, ese modo de convertirse la Policía en Tribunal de Justicia, esa manera de perseguir al pueblo, acorralándolo, arrancándole a dentelladas la carne en las propias puertas del hogar, es un bien para el ideal que perseguimos todos los hombres de corazón. Ya se está viendo. ¿La autoridad es violenta? El pueblo se asimila muy bien los usos y costumbres. Comienza a hacerse violento. Unas veces huye. Pera otras, ataca. ¿Qué quiere decir esto? Que el pueblo acabará por ser más violento que la autoridad. Y entonces, ¡a ver qué pasa!

Ahora bien. Yo soy un optimista. Creo en el pueblo. Conste esto. Creo en la reconstrucción nacional. Creo en el porvenir de España. Creo en la salvación de la raza. Que conste esto también.

—¿Y su periódico ideal?

—Verá usted. Yo creo que el periódico ideal debe ser el Tribunal de la Plebe. Ese es mi periódico ideal. Que no tenga solamente materia: que tenga alma. Que viva al servicio de una causa: no al servicio de una industria. Debe ser un periódico que salga todos los días encauzando a la opinión, señalando llagas, cortando la carne muerta; no perteneciendo a un partido político, sino a la verdad, que está por encima de todos los credos convencionales. Un periódico que haga diariamente la salida de Don Quijote: desfaciendo agravios, enderezando entuertos, defendiendo al caído, arrancando caretas, derrocando caciques, haciendo barricadas contra la tiranía, higienizando la vida nacional, repartiendo el pan espiritual entre todos, alegrando el hogar, dignificando la familia, mejorando la raza.

Veo con dolor que este periódico no puede existir actualmente. El mundo adelanta. La Prensa es hoy un comercio como otro cualquiera. Quizá tenga razón de ser así. Acaso el equivocado sea yo. Pero en mis buenos tiempos, el periodismo era un sacerdocio. No era asunto capital el tanto por ciento de ganancia. Podría no haber banco material. Pero el banco moral tenía sus accionistas. Hoy no los tiene. No existe el banco moral en el periodismo. El ideal es cosa de locos en la Prensa. Y como yo sigo siendo loco, para fortuna mía, y cómo el periodismo ideal, el tribunal de la plebe, la prensa del pueblo, la independencia del pensamiento en las columnas del periódico actual parece que no tiene razón de ser, no tengo periódico, no quiero periódico cuya dirección esté en la caja administrativa. Escribo donde puedo, como puedo, esperando mi hora: como los locos.

¿Qué le parece a usted? ¿Qué más quiere saber usted?

—Me parece muy bien. ¿Cree usted que vendrá la República en España?

—Yo no digo que venga la República. No quiero ser profeta, ni falso ni auténtico. El partido republicano no existe. Hace tiempo que se celebraron los funerales. Bueno. Pues ahora es cuando estamos más cerca de la República. En España florece la paradoja. No será una República liberal. Si viene, será una República dictatorial. Los elementos militares andan un poco revueltos. Hoy o mañana puede pasar algo. Esto del militarismo es un mal síntoma para el reino. Puede darse la paradoja de que venga la República sin existir el partido republicano. Eso sí: no espere usted degollinas. No sueñe con capitulaciones ni con que las plazas se ganen a sangre y fuego. Más fácil sería que cambiara la decoración mediante un viaje de los Poderes Centrales. Irían en coches de primera, espléndidamente amueblados...

—¿Ha estado usted en la cárcel por asuntos políticos?

—Algunas veces. Eso no tiene importancia. Me han tratado muy bien. Hasta la Guardia civil se ha portado bien conmigo.

—¿Cómo?

—Lo que usted oye. Verá usted. Mi felicidad la debo a la Guardia civil. En el año 99 me aprehendieron en Madrid. No recuerdo qué complicaciones de orden político me achacaban. Me entregaron a una pareja de la Guardia civil. En el cuartel me dijeron que me llevaban a Valencia a declarar. Bueno. Pues, a Valencia con la Guardia civil. Durante el trayecto me trató aquella pareja con tanta mesura, que me sorprendió. Ni que fuera yo un reo en capilla. Me trataron tan bien los guardias, que creí que me iban a fusilar. La autoridad es muy delicada en vísperas de cortarnos la cabeza. Bueno. Pues no pasó nada. Permitieron que me hospedara en un hotel confortable. Declaré al día siguiente y me dejaron en libertad.

—¿Y qué más pasó?

—Que me quedé allí unos días para ver la ciudad. Me gustó una muchacha. Le hice el amor, y me casé en Valencia.

—¿Qué opinión tiene usted de los indianos?

—Hombre, muy buena. Yo tengo muchos amigos indianos. A unos los conocí en Santander, a otros en Madrid. Hemos hecho muy buenas migas. Unos están en la Argentina, otros en México. Los indianos me parecen admirables. Son gente moderna, sin prejuicios. Abandonan el pueblo nativo. Hacen una fortuna lejos de la patria. Luego tornan al pueblo adinerados, alegres lo mismo que cuando eran mozalbetes. El español que viaja, se renueva. Pero a mí no me saque usted de Madrid...

—No le molesto más. Muchas gracias.

—Hombre, no es molestia. Pregúnteme usted lo que quiera. ¡Ya me ha echado usted a perder la cita!

El hijo de Castrovido llegó al café. Es un mozo inteligente. Acaso estudiante. Cuenta unos diez y ocho años. Castrovido siente un cariño intenso por el hijo. Se despidió de nosotros el maestro de periodistas. Pasaba un coche. Padre e hijo penetraron en él. Había prisa. El cochero recibió la orden y trazó una rúbrica valleinclanesca sobre el lomo del jamelgo, que mintió en el arranque un galope. El coche se perdió de vista por la avenida de Alcalá.

Roberto Castrovido es uno de los personajes más interesantes de España. Es el periodista intachable. El político impecable. El hombre irreprochable. El hombre bueno. Sus enemigos políticos son sus primeros defensores. Recuérdese su requisitoria contra la Ley Militar. Sus ataques furibundos. Su encarcelamiento. El marqués de Pidal era su enemigo político. Lo acababa de atacar Castrovido. Y el marqués de Pidal se levantó en el Parlamento pidiendo la libertad inmediata de Roberto Castrovido, maestro de periodistas y espejo de caballeros. Castrovido tiene el corazón de cristal.

—¿Y qué más quiere?

—Que me quedé allí unos días para ver la ciudad. Me gustó una muchacha. Le hice el amor, y me casé en Valencia.

—¿Qué opinión tiene usted de los indianos?

—Hombre, muy buena. Yo tengo muchos amigos indianos. A unos los [illegible] de Santander, a otros en Madrid. [illegible] muy buenos [illegible]. Unos están en la Argentina, otros en México. Los indianos me parecen admirables. Son gente modesta, [illegible]. Abandonan el pueblo natal, hacen una fortuna lejos de la patria. Luego forman al pueblo [illegible], alegres lo mismo que cuando eran mozalbetes. El español que [illegible].

—No le molesto más. Muchas gracias.

—Hombre, no es molestia. Pregúnteme usted lo que quiera. ¡Ya me ha echado usted a perder su [illegible]!

El hijo de Castrovido llega al café. Es un mozo inteligente. Acaso estudiante. Cuenta unos diez y ocho años. Castrovido siente un cariño [illegible] por el hijo. Se [illegible] el [illegible] de periodistas. [illegible] Pablo e hijo [illegible]. El [illegible] y [illegible] una [illegible] sobre el [illegible] del [illegible], que [illegible] en el [illegible]. El coche se [illegible] de vista por la [illegible] de Alcalá.

Roberto Castrovido es uno de los personajes más interesantes de España. Es el periodista intachable. El político impecable. El hombre [illegible]. Sus campañas políticas son una [illegible]. [illegible] contra la Ley [illegible]. [illegible]. El ejemplo de [illegible] en el Parlamento pidiendo la libertad inmediata de Roberto Castrovido, [illegible] y espejo de caballeros. Castrovido tiene el corazón de cristal.



MELQUIADES ALVAREZ, jefe del Partido Reformista e ilustre tribuno asturiano.

MELQUIADES ALVAREZ: La Concentración Liberal.—La soberanía popular.—La otra soberanía.—El político, el orador, el poeta.—Lo que opina sobre los españoles de América.—Melquiades Alvares, asturiano.—Melquiades Alvarez, español.—Gijón y Oviedo.

TAMPOCO conocía a Melquiades Alvarez. Me ofrecieron varias cartas de presentación para él. Las rechacé. Mis amigos me creían su enemigo político. Mis amigos estaban en la higuera.

Yo, sin conocer a Melquiades, ya era amigo de Melquiades.

—Conozco a D. Melquiades—me decía uno.

—¿Y qué?

—Te daré una carta para él.

—No la quiero.

—¿No la quisiste para Sánchez Guerra?

—Sí.

—¿Y para Romanones?

—También.

—¿Entonces?

—Sánchez Guerra no es asturiano. Romanones, tampoco.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Mucho. Melquiades Alvarez es asturiano. Yo soy asturiano. Dos asturianos no necesitan de tercera persona para ponerse al habla. Además, Melquiades Alvarez es hombre demócrata.

—Pero ¿tú estás loco? También es demócrata el Rey.

—Sí. Pero el Rey no es asturiano.

Envié una carta al ilustre tribuno. La Concentración Liberal, reunida en Zaragoza, pedía en esos días el Poder. Melquiades es uno de los vigorosos baluartes de la Concentración Liberal. Como abogado, tiene gran fama en España. Defiende los pleitos de mayor importancia en el escándalo, en la moral y en la economía. Los asuntos de bufete le roban gran tiempo. ¿Se disculparía? ¿No podría recibirme? No había que pensar en esto. Un asturiano, por alto que esté, recibe a todos los hombres

de ley. No es como el político gallego. Galicia, políticamente, impera en la Meseta Central. Pero Galicia es más huraña. Interiormente, un tanto despótica, un poco fanfarrona. Galicia está demasiado cerca de Portugal.

Melquiades Alvarez me contestó en seguida. Eran muchas sus ocupaciones políticas y de bufete. Sin embargo, al día siguiente era yo recibido por D. Melquiades Alvarez. En la carta que me envió, venía subrayada la palabra paisanín. Lo mismo que en los dulces renglones de D. Armando Palacio Valdés.

Melquiades Alvarez ocupa un soberbio palacete en la calle de Velázquez. El portero me franqueó las amplias puertas de hierro que dan al jardín. Entré. Fuíme escaleras arriba. Una criada salía del despacho con el servicio del café. La moza era asturiana.

—¿A quién anuncio?—me dijo.

Me dieron ganas de decirle: a uno de Roces. Recapacité. Estábamos en Madrid. Mi papel era el de periodista y observador. Melquiades, próximo a ser una de las cabezas de Gobierno. Sería bellaco.

En otro sentido, no me equivocaba. Cuando pensé que Melquiades era hombre demócrata, pensé bien. Ni lacayos que se inclinan, ni reverencias estudiadas, ni oropeles, ni misteriosas apariciones de sacristía dinástica. El despacho de Melquiades Alvarez es un taller intelectual Huele a trabajo como las minas metalúrgicas.

El mismo sale a recibirnos.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Yo, encantado. Con mucho trabajo. Estos días fueron tremendos. Siéntese usted.

Estamos en invierno. En el despacho hay un calor de horno. Observo. Aquí, una estufa. Más allá, otra estufa. Una es eléctrica, otra es primitiva. Resplandecen los tizones. Parecen barras de oro que va a envolverse en llamas. Hay un olor penetrante a leña recién cortada.

—Veo que es usted precavido.

—Y no vió usted la otra. Tengo tres estufas, dos en el despacho y una en la biblioteca. Yo soy un hombre friolero. No debiera serlo. Los asturianos no tienen derecho a sentir tanto el frío. Es en lo único que parezco un hombre del Sur.

—No me extraña. A su amigo Juan Rivero le sucede igual. En México quería salir a la calle con el calentador en la mano. Usa un calentador portátil para ponerlo ante el frío y cazarlo como se caza a las alondras: con linterna.

—¿Y qué hace Juan?

—Luchando en México.

—¿Y Atanasio?

—Luchando en Cuba.

—Juan es una mentalidad exquisita. Atanasio es una mentalidad aguda.

—A usted lo quieren mucho.

—Y yo a ellos. Nos conocemos desde Oviedo hace muchos años.

—¿Y qué opina usted del estado de cosas político?

—Lo que opiné en Zaragoza. La Concentración Liberal tiene que gobernar. No es una necesidad política. Es una necesidad nacional.

—¿Y el programa?

—Abarca una porción de problemas vivos. Reforma de las leyes Constitucionales, reforma de la ley Militar, higienización y reforma de la diplomacia, rehabilitación y ajuste del problema económico. Todo aquello que sea reformismo, honradez, democracia, pensamiento, protesta y conciencia civil, está dentro de nuestro programa. La Concentración se ha hecho para unir todas las ansias españolas. Y, por consiguiente, la Concentración es la opinión general del pueblo. Si queda algo rezagado, serán las partículas conservadoras. En nuestro programa no existe esa planta parásita.

Nosotros queremos que triunfe la soberanía del pueblo; levantarnos con él, caer con él, ir a la gloria o al martirio con él. El caso es que tiene que venir la soberanía popular en España.

—¿Y la otra soberanía?

—No importa. Hay que ir a las cosas en su esencia. El cuerpo se irá amoldando a las necesidades del espíritu. Cervantes tenía el brazo inutilizado; Quevedo era patizambo; Lord Byron, cojo; Homero acaso era ciego. Los defectos físicos no entenebrecen las grandes rutas espirituales.

—¿Y qué opina usted de las zarabandas militaristas?

—También lo dije en Zaragoza. Aquí todo está en crisis, desde la autoridad hasta el elemento militar, cuya falta de disciplina es un peligro para la vida de la Nación. Un ejército sin disciplina, sin obedecer las leyes, no es un ejército; es una mesnada sometida a todas las violencias del crimen y a todos los desórdenes de la fuerza. Para nosotros, en este punto no hay problema, porque siempre hemos reconocido la supremacía del Poder civil, a cuyas decisiones tienen que someterse todos los organismos del Estado.

—¿Y qué opina usted de los españoles de América?

—Yo tengo de ellos una gran opinión. Creo que España, después de perder las Colonias, no ha hecho nada para mantener en América la soberanía espiritual. Existe España en América porque existen los emigrantes españoles. En esto, estoy con usted.

—Se ha hablado de nombrar senadores de España entre los compatriotas de aquella república. Esto me parece un poco utópico. Por otra parte, los aventureros del periodismo han explotado esta veta en México. ¿Qué piensa usted de este asunto?

—Pare, pare usted la jaca. El autor de ese proyecto soy yo. En América hay españoles que en nada tienen que envidiar a los hombres de España. Hacen por España tanto como nosotros. Sin embargo, España no hace nada por ellos. No tienen voz ni voto en la opinión española. Mi sueño es que tengan voz y voto. En Cuba, en México, en la Argentina, en Puerto Rico, existen agrupaciones españolas admirablemente disciplinadas para una vida de gobierno. Entre esos españoles hay muchas figuras de verdadero valer moral, intelectual y económico. Esos deben venir al Senado español. Ellos pueden interpretar, mejor que nosotros, las inquietudes de nuestros hermanos emigrados. Ellos pueden encauzarnos para mantener una sabia política espiritual con aquellas naciones. Tenemos que defender nuestros intereses, la personalidad de la raza, la integridad del idioma. España, oficialmente, no ha dado un paso para mantener allí su prestigio. Ahora bien. Yo lancé, desinteresadamente, con mano abierta, la semilla al surco. Si, como usted dice, sirvió en parte para alimento de milanos, la culpa no es mía. La culpa es de aquellos que, debiendo cubrirla con la tierra para que fructificara, se ocuparon más de lo personal que de lo nacional. Con todo, este proyecto se llevará a cabo. Será una realidad cercana. Yo pienso ir a Cuba adonde se me ha invitado para dar unas conferencias sobre problemas españoles.

—¿Y a México?

—Quizá no.

—Yo creo que usted debe ir a México. Está a dos días de las puertas de Cuba. En México sería usted admirablemente recibido. Impera la colonia asturiana. Casi todos son de Llanes.

—¿Y se entenderán bien con los de Oviedo?

—Pero, ¿en qué quedamos? ¿Usted no es de Gijón?

—Sí. Nací en Gijón. Pero estudié en Oviedo. Parte de mi niñez y mi mocedad pasaron en Vetusta. Mis penas, mis alegrías, mis calaveradas de estudiante le pertenecen a Oviedo. Estas cosas de la juventud forman parte de uno. Es difícil desintegrarse de ellas. Yo no quiero desintegrarme de ellas. Por eso gran parte de mi vida le pertenece a Oviedo.

—¿Su mujer es asturiana?

—Mi mujer es asturiana, mis hijos son asturianos. Mi portero y mis criadas, lo mismo. Todos los de la casa son asturianos. Y si no lo fueran, los haría yo.

—¿Es usted regionalista?

—En el sentido español, sí. En el otro sentido, no. Si la flor ha de servir para secar el corazón del rosal, yo no soy regionalista.

—¿Qué opina usted de la novela en Asturias?

—Existe la novela de Asturias. La escribió ayer don Armando Pala-

ci Valdés en *La aldea perdida*. La escribe hoy Ramón Pérez de Ayala en *La pata de la raposa* y en casi todas sus novelas. Pérez de Ayala, con relación a la novela en Asturias, es el heredero de Palacio Valdés. Don Armando es de lo más esencial que conozco como escritor y como hombre bueno. Antes de don Armando, no existió la novela asturiana. Jovellanos hizo pinitos literarios. *El delincuente honrado* es demasiado honrado. Debiera ser un poco más delincuente.

—¿Y el poeta de Asturias?

—No existe. Lo que se escribió en bable es para decirse en familia. Cosas de lagar, de magüesto y de esfoyaza. En castellano, Jovellanos y Campoamor. Jovellanos lo hizo muy mal, a pesar de su inteligencia. Era una gran figura que hizo muchas cosas medianas. El poeta asturiano de ayer es don Ramón de Campoamor.

—¿Y en pintura?

—En pintura no estamos mal: Piñola. Ese retrato mío que usted ve, es de Piñola. Luego, Alvarez Sala, del Valle, Zaragoza, Medina Díaz, el gran Pidal. No estamos del todo enclenques.

La luz se iba en fuga. El fotógrafo esperaba. Salimos al jardín. Yo pensaba en la soberanía popular y en la otra soberanía. Me rasqué la mollera. ¿No interpretaría mal el pensamiento de don Melquiades?

Ya abajo, le dije:

—¿Dice usted que la otra soberanía no estorba a su programa político?

—De ningún modo. Hay que ir a la esencia. El asunto es ir a la esencia.

No hay duda. La contestación de Melquiades fué la afirmación que rubrica el puño cerrado al dar un golpe en la mesa. El ve su programa claro. Sin embargo, yo vuelvo a hacerme un lío con esto de las dos soberanías. Sigo rascándome el occipucio.

Volvimos a subir al despacho. Melquiades abrió una caja de tabacos habanos. Me la presentó abierta. Tomé uno. Luego me dijo:

—No le brindé antes un tabaco porque son pequeños. Pensé que iban a avergonzarse ante esos enormes puros que fuma usted.

Yo, para desagraviar a don Melquiades, devoré el mío y le prendí fuego al que me dió él.

Me fijo en el despacho. Me fijo en don Melquiades. Sigue en pie mi impresión del principio. Su despacho es un taller intelectual, sin remilgos de abogados solemne ni caprichos de museo menor. Legajos por aquí. Más allá, legajos. En el último término, legajos. Manojos de cuartillas que se escribieron violentamente. Firmas que se estamparon con más violencia. En frente, a lo largo de otros departamentos en forma de galería, la biblioteca. Una biblioteca formidable, llena de tomos enormes, limpia y severa. Todo lo clásico, todo lo moderno, lo propio,

lo extranjero. Grecia y el Indostán. Asia y Roma. América e Irlanda.

Llega una visita. Después otra visita. Melquiades es hombre que vence todas las dificultades. Es rápido, contundente, agudo. Yo me fijo en su perfil. Melquiades tiene perfil de lobo. Su mirada es fija, penetrante, gris. Los asuntos ha de verlos espontáneamente. Sus resoluciones han de ser espontáneas. Sus ojos tienen la penetración de un bisturí. Fulguran y cortan al par. No sólo el perfil, sino el rostro, la nerviosidad de sus orejas como atentas al pensamiento, su cabello liso, pero rebelde al peine, su cuerpo inclinado hacia adelante como el que atisba la presa, dan la impresión de un felino inteligente. No hay duda. Melquiades es un lobo asturiano, fundido en un orador, transformado en un poeta. Porque Melquiades cuando habla suena todo él como una campana recién fundida. El idioma en Melquiades es como un bronce sonoro y nervioso. Y es además un poeta, un intelectual, un caballero romántico de la política en España. Es también un irónico. Pero esto es natural. Un asturiano que no es irónico, no es realmente asturiano.

Nos despedimos.

—¿Va a ir a Asturias en el verano?—me dijo.

—Así pienso.

—Bien. Nos veremos en Oviedo. Tomaremos unos vasinos de sidra.

—Muy honrado.

—¿Por la sidra?

—No señor. Por la compañía.

—Pues, hasta en Oviedo.

—Que usted lo pase bien.

—Adiós.

El portero abrió las vigorosas puertas de hierro. Se había quitado la boina.

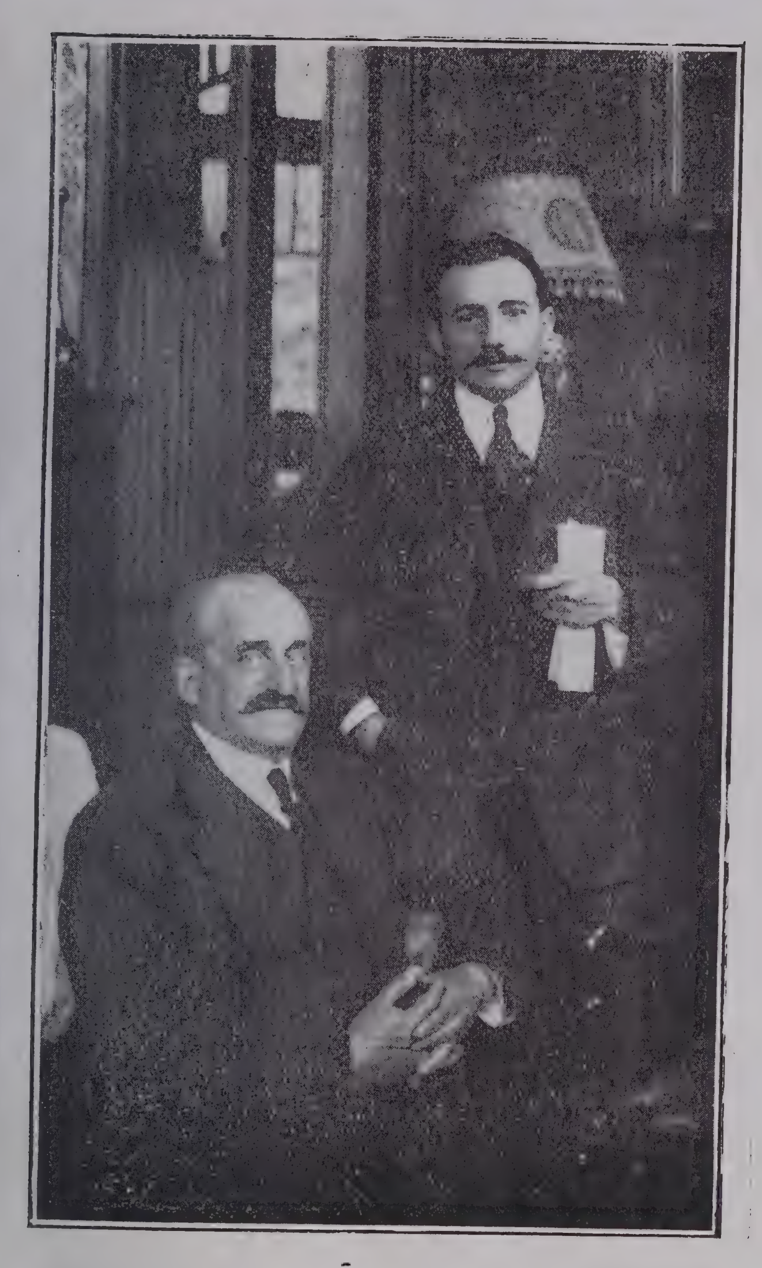
—Cúbrase.

—Gracias, hom.

Salí a la calle de Velázquez. Subí a un tranvía. Caí en la Puerta del Sol. Me dieron ganas de gritar: ¡viva Melquiades!

Porque ahora hemos de hablar más en serio. Don Melquiades Alvarez no sólo es una de las figuras salientes de la política española en su grado máximo. Es un hombre honrado. Demasiado honrado para este momento de la política que sufrimos. En los grandes acontecimientos, en las crisis totales del Gobierno, él define las situaciones. Allí donde resuene su voz, está la verdad del caso; allí hacia donde vayan su índice y su pensamiento, revuelan los motivos se levantan como un vuelo de codornices que huyen al olor de la pólvora. Es el mejor cazador de causas en el Parlamento español. Romanones fabrica la pólvora. Melquiades se echa la escopeta a la cara. No le falla el tiro. Melquiades y Romanones son dos cazadores magníficos. Don Melquiades ha tenido numero-

sas ocasiones para regir el Gobierno español. Su pensamiento no se lo ha permitido. El no hace política de excavación. Hace política parlamentaria. Su palabra no tiene sonoridades subterráneas. Vibra en lo alto como la campana que denuncia el incendio. Melquiades es una lira oral. Don Emilio Castelar era un hombre sincero. Si las sombras se levantaran, si la voz rota de los muertos volviera a florecer, la voz de Castelar se levantaría a proclamar las excelsitudes del único descendiente que dejó al deshojarse su corazón de poeta. Nadie más que Melquiades recuerda hoy en España la elocuencia de Castelar. Su palabra es aún más precisa, más cortante, más cálidamente española, jugosa como el castaño en el retoño, matizada como en la primavera un paisaje del Norte, opulenta como el sol castellano.



EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES, ministro de Gracia y Justicia, en su despacho.

EL CONDE DE ROMANONES: Su defensa de los emigrantes.—La inutilidad de la diplomacia.—Los sostenedores de la raza en la América española.—Hispanoamericanismo práctico.—La figura de Labra.—Romanones, cazador. Romanones y la Concentración liberal.—Las responsabilidades en Marruecos.—Romanones y Poincaré.—El hombre de las frases.

Unos días antes de la catástrofe ministerial de diciembre, visité al señor Conde de Romanones. El Excmo. Sr. D. Alvaro de Figueroa es el tipo más simpático que yo me he echado a la cara. Yo juzgo a este hombre capaz de todas las conquistas. Los españoles de América no saben quién es el Conde de Romanones. Si lo supieran, lo harían presidente honorario de todos los centros regionales. Sería como el guía espiritual de los emigrantes. Ahora comprendo por qué en la política española fracasan todos, menos Romanones. Este hombre es mucho hombre. Es la acción permanente. Sus frases son lapidarias. Luego, sin descender de su alta alcurnia, se encuentra con todos: con el Rey y con el pastor. En el Ateneo, con Pestaña; en su casa, con los que llegan. Siendo el hombre más rico del reino, es el hombre más demócrata del reino. Es lo que se llama un hombre práctico. Su mala intención sólo la tienen los españoles de Ultramar. Se comprende que Romanones haga lo que quiera. En España todos serán más intelectuales que Romanones. Pero todos son menos listos que Romanones. Si se trata de política, la Prensa anda a caza de sus frases. Una sonrisa de Romanones tiene la misma significación política que pueda tener una carta abierta de D. Antonio Maura. Los comentarios tienen el mismo interés.

Romanones nos recibe en su palacio de la Castellana. Me acompaña Valero Martín. Valero es un gran orador. Enarbola dos pasiones. Una personal: Romanones. Otra intelectual: Unamuno. Entramos en el despacho del Conde. Mejor dicho, en la sala de espera. Esperamos unos minutos. Muy pocos. Romanones, como Melquiades, no se hace esperar. No explota el *bluf* de darse importancia como Lerroux. En la sala

esperan unas diez o doce personas. Me llama la atención una. Es un hombre de unos cuarenta años. Cara mofletuda. Gruesos bigotes caídos. Miradas de borrego. Manos de topo. Mucho oro en los dientes. Traje color de boñiga. Sobre la panza, gorda cadena de oro macizo. Pendiendo de la cadena, una enorme roseta de brillantes del tamaño de un duro. ¿Será un indiano? No señor. Es un trapero. Un trapero que tiene dos millones de pesetas. Y ahora dirán ustedes que la América no está aquí. Este hombre no ha cruzado el mar.

La reunión se anima. Se cuenta una anécdota del Conde con motivo de su pasión por la caza. El pastor venía del corazón de Castilla, donde tiene el Conde unas propiedades. El pastor estaba al cuidado de algunas. El hombre tenía un hijo. El hijo entró en quintas. Querían enviarlo lejos. El padre quería tenerlo en una guarnición cercana. Acudió al Conde. El pastor enmudeció en el despacho: no sabía explicarse.

—Mira—le dijo el Conde—, conmigo no te explicas bien. Cuéntaselo a Brocas, mi secretario. Se hará todo lo que tú quieras. Pero a mí háblame de las codornices. ¿A qué altura está el trigo? ¿Se levantan muchas?

El pastor contestó que estaba el trigo corto, que le avisaría en cuanto viera volar las codornices. Pasaron varias semanas. El pastor no mandó noticias de la caza. El Conde llamó a su secretario:

—¿Qué pasó con el hijo de Fulano? ¿Se arregló su asunto?

—Todavía. Está en trámites.

—Pues que se arregle en seguida.

—¿Corre mucha prisa?

—Claro que sí. Ese hombre es muy bueno, pero muy terco. Mientras no le arregle el asunto del hijo, no me dice cómo anda la codorniz, para ir de caza.

Yo descubro en un estante asuntos peregrinos. El estante se divide en casillas numerosas. En cada casilla hay un legajo. Yo leo: Segovia, Avila, Valladolid, Palencia, Soria, Orense, Pamplona, Córdoba, Granada, Venta de Baños, Burgos, Pinto y Valdemoro, Pola de Lena, Navalcarnero... ¿Qué significa todo esto? Un empleado me lo explica. Allí están todos los votantes de la Península, nombres y apellidos, direcciones y ocupaciones, necesidades de cada pueblo, de cada familia, de cada individuo. Yo califico esto de admirable. Un criado nos lleva a otro salón. El señor Conde nos espera.

Ya estamos en lo que pudiéramos llamar el salón rojo. Es una maravilla de arte y de buen gusto. Se conoce que hay revuelo político. El valor personal de Sánchez Guerra ya no puede sostenerse en el Gobierno. Sus hombros se encorvan. Días después abandonará el Poder, indignado. Se trata de las responsabilidades de Marruecos. Del desastre de Annual. La pirotecnia quiere tener rojas tonalidades. Pero aquí hace

mucho que la sangre no llega al río. En el salón del Conde hay una docena de contertulios connotados. Son altos profesionales de la política española. Hay uno que levanta la voz sobre los demás. Es Salvatella, varias veces ministro. Habla claro y bien. No hay duda que es un político inteligente. Tiene cabeza de humorista moderno. Su rostro recuerda a Vilches en escena. La raya del peinado le llega desde la frente al cerebelo. Es una raya original, en forma de hoz. La figura de Salvatella es digna del pincel de Gutiérrez Solana.

Pero me interesa más el arte que la política. Escudriño los objetos. Resaltan a un lado y otro varios lienzos cuajados de luz levantina. Son de admirable factura. Uno es un retrato de niña, el otro es un capricho. Veo las firmas. Son obras de Sorolla. El Conde no podía tener mal gusto artístico. Fulge otro lienzo jovial. Es un retrato del Conde a gran tamaño. También es de Sorolla. Aquí, una fotografía del Rey Alfonso despachando con Romanones los negocios de Estado; otra, del señor Conde en amable cordialidad con el Rey; otra, con Poincaré, cuando Poincaré era presidente de la República francesa y el señor Conde visitó París. Mas allá, un retrato de Poincaré con significativa dedicatoria a su amigo el excelentísimo señor Conde de Romanones.

El señor Conde deja su habitación; viene hacia nosotros; en el trayecto tropieza con los contertulios; se acerca a Salvatella, le da una palmada en el hombro, vierte una frase: «¡Melquiades no ve una!» La reunión ríe. Yo no estoy de acuerdo. El Conde nos da la mano:

—¿Cómo están ustedes?

—Muy bien—respondimos.

—¿Conque usted viene de América?

—Sí, señor, y necesito que usted me diga unas cosas.

—Pues usted dirá. Siéntense ustedes.

El Conde se arrellanó en un diván; sus ojos chispean maliciosamente.

—Se trata de pocas preguntas—le dije—. ¿Qué opina usted del hispanoamericanismo?

—Si se trata de cantos de raza, muy mal. Se necesita un hispanoamericanismo práctico. Hasta ahora el teórico, que yo sepa, no ha dado ningún resultado.

—¿Y qué opina usted de nuestra diplomacia en América?

—Que ni siquiera ha fracasado. Cuando no hay lucha no puede haber fracaso. Es enteca y fofa. La única diplomacia que hace labor de españolismo en América es la de los cuatro millones de españoles que tenemos allá.

—¿Qué opinión tiene usted de aquellos españoles?

—Una magnífica opinión. Por ellos todavía podremos salvar allí nuestras posesiones comerciales y espirituales. Ya lo dije en el discurso del

Ateneo, al ocuparme de la obra americanista de don Rafael María de Labra. No basta, dije yo, recogiendo las ideas de mi viejo amigo, confiar en que son nuestros hijos y nuestros hermanos los pobladores de aquellas regiones, ni aun siquiera en que la emigracion constante, que se cuenta por millones de individuos, haga que en aquellos territorios la influencia de los españoles sea preponderante, porque, aunque parezca una paradoja, es cosa distinta la influencia de los españoles y la influencia de España. Más de cuatro millones de compatriotas hay esparcidos por aquellas repúblicas; pero España apenas si se da cuenta de ello; ni siquiera de la importancia económica y espiritual que esto encierra. La fuerza que representan nuestros compatriotas y los centros que han organizado y que llevan una vida próspera, pudiera ser para España, bien aprovechada, el mejor instrumento de expansión. Bastaría, sobre todo, que el Estado español siguiera atentamente al emigrante en su éxodo, y no dejando de protegerle, le diera, en todo momento, la sensación de que la inmensidad del mar no le ha separado de la Patria.

—Noto que conoce usted el problema español en América.

—Decía Labra, y con razón, que no sólo el hambre y el interés llevan a los españoles a América, como no los llevaron en los primeros días de su descubrimiento y su conquista.

Esta es una gran verdad. Entonces y hoy les impulsa un movimiento espiritual, quizá, en muchos casos, inconsciente; y esta espiritualidad es la que debiera servir de guía a España para hacer de aquellos españoles el principal instrumento de relación con las repúblicas adonde emigran.

Entregada nuestra política en América a la diplomacia, se desenvuelve lánguida y premiosa.

—Eso opinan muchos españoles en México.

—No les falta razón. Las relaciones oficiales carecen siempre del calor y de la flexibilidad necesaria para hacer una labor fecunda. Es necesario, por todos conceptos, vigorizar las relaciones de España con la América española.

—¿De modo que usted afirma que debe aspirar España a regir, espiritualmente, en América?

—Sí, señor. España debe aspirar a ser rectora del alma americana; pero para esto hay que proceder de modo distinto a como hemos procedido hasta la hora presente. Sólo con el verbalismo no lograremos este noble y altísimo empeño. Además, no debemos hacernos ilusiones; la vida interior de España, su engrandecimiento o su decadencia, el progreso de su cultura, el espíritu liberal y moderno que debe informar todas sus instituciones, será, principalmente, lo que nos dé los títulos más eficaces para preponderar en la América de nuestra habla. No olvidemos tampoco que entre los pueblos de allende el Atlántico hay algunos de tan pujante desarrollo en la hora actual, que pesa de tal modo en la con-

sideración de Europa, que si la madre tuviera derecho a sentir celos de sus hijos, quizá pudiéramos sentirlos al ver que en algunas ocasiones, en la balanza de los destinos del mundo, van pesando ellos más que nosotros. No hay pueblo que pueda vivir sin ideales, sobre todo sin un ideal que salga de sus propias fronteras. El ideal exterior de España está en la América española. La fe y el entusiasmo en este ideal debemos robustecerlo cada día más, alentarlo por todos los medios y poner en él una inquebrantable confianza. Pero que nos dejemos nosotros de ir allá con conferencias sentimentales y ellos traigan aquí algo más que banquetes de efímera resonancia y de utilidades nulas.

—¿Y a qué atribuye usted esta descomposición política en España?

—A la decomposición social. A la falta de entusiasmo popular. El pueblo, si no ha perdido el nervio, lo tiene dormido. Ya lo estamos viendo. Toda la masa española está de acuerdo en exigir responsabilidades por el desastre de Annual. Pero el temor y el egoísmo tienen a la Nación en una postura harto difícil. No hay fuerza en la protesta. Es como un canto gregoriano. La política no cuenta con el pueblo. Y cuando esto sucede, el pueblo no debe quejarse. El pueblo también es responsable de los errores políticos, cuando se niega a tomar parte de un modo directo en la actuación de los gobiernos.

Nos despedimos del Excmo. Sr. D. Alvaro de Figueroa, Conde de Romanones.

Salimos al paseo de la Castellana.

—¿Qué impresión te ha causado el Conde?—me dijo Valero Martín.

—Soberbia.

—¿No te parece inteligente?

—Sí. Me parece el hombre más listo de España.

—¿Y agradable?

—Mucho. Tanto, que es capaz de todas las sorpresas. Hasta de ser presidente de la República española.

—Hombre, no digas locuras. El Conde es monárquico-liberal. Es gran amigo del Rey.

—No importa. Allí donde esté un Gobierno, estará Romanones. Si no hay Gobierno, será Gobierno él. El caso es que hay muchos directores de la política española. Pero el único tesorero es Romanones.

Esto dije a mi amigo. No me equivoqué. La Concentración liberal ganó el Poder. Romanones no pertenece a ese partido. Sin embargo, la Concentración liberal encargó a Romanones la cartera de Gracia y Justicia...



CONCHA ESPINA, contando al autor algunas páginas de su vida.

CONCHA ESPINA: La primera escritora española.—Horas de charla.—De su vida y de sus obras.—Algo que duele y sangra.—Confesiones.—Galernas espirituales.—Su viaje a América.—El alma de Concha Espina.—El mejor madrigal de Concha Espina.

HACE seis años conocí a Concha Espina. La conocí exteriormente. Me recibió en su casa, bellamente ataviada. Yo era amigo de sus hijos. Luego resplandecía ante mí como una dulce matrona romana, copiosa de juventud, salpicada de aurora. Pero la traté en familia, rodeada de sus hijos. Tenía entonces mucho de luna fragante. Custodiábanla tres luceros. Resaltaba su belleza primaveral sobre el claro terciopelo nocturno. Semejaba un retrato hecho por Vicente López, aquel discípulo jovial de Goya, que hizo tan buenos retratos como el maestro. Sin embargo, no quedé conforme. No era ésta Concha Espina. Me interesaba el retrato interior.

Yo había leído *La Esfinge Maragata*, *La Niña de Luzmela*, *La Rosa de los Vientos.* Pero Concha Espina dama, madre, bella, dulce y primaveral, eran atavíos menores. Me interesaba el manantial de su espiritualidad. El corazón atormentado de la mujer. El talento caudaloso de la escritora. El poeta viril que adiviné bajo su prosa limpia y maciza.

La prosa de Concha Espina tiene color, dolor y temblor de carne. Toda ella está cuajada de emoción. La belleza armónica y el grito sordo y brutal se juntan en esa prosa, como si la Danae del Tiziano gimiera bajo el aletazo y la garra de los buitres del Españoleto. Quería yo asomarme a las galernas espirituales de Concha Espina. Pero su talento varonil, su serenidad de gigante, su firmeza de puente romano, su voluntad como la de Colón antes de gritar: ¡tierra!, las ocultaron bajo una sonrisa femenina, como un tropel de instintos entre una bandera de raso. No pude conocerla entonces. «Más tarde será», me dije. Y desplegué tranquilamente mi vela al viento del mar. Viajé.

Seguí a Concha Espina a través de sus obras. Cada nuevo libro que

lanzó al mercado fué una afirmación rotunda de su gran talento. «Esta mujer siente como un hombre», me decía yo. Y es así. Muerta la Pardo Bazán, en España no hay más escritoras-hombres ni escritoras-mujeres que Concha Espina. Con una diferencia: la Condesa era un filósofo; Concha Espina es un poeta. La filosofía es el triunfo de la razón. La poesía es el triunfo del corazón. Lo primero es lo alto; lo segundo es lo hondo. Me quedo con lo segundo. La cima es helada: no tiene sorpresas. La cima no atrae al abismo. Es el abismo el que atrae a la cima. El abismo es la emoción, el temblor, el misterio. El abismo es el corazón. La cima es la cabeza. No quiero hacer líneas paralelas. Ni recorto ni alargo valores. Tan respetables son el corazón como la cabeza. Pero yo prefiero las cosas del corazón.

Cuando volví a España entrevisté a Concha Espina. Ocupa la gran novelista española el primer piso de una casa con apariencias neoyorquinas en las afueras de Madrid, frente al rojo edificio de la Plaza de Toros. Allí vivía también hace seis años. Me recibió su hermana, una opulenta moza montañesa. Se parece a Concha Espina en los ojos y en la cara. Tiene la misma dulcedumbre. Concha Espina no estaba en casa. Volví más tarde. Me volvió a recibir la mujer de la dulcedumbre en los ojos. Espero. Ya estoy en el despacho de Concha Espina.. Aquí está la tosca mesa de viejo roble donde escribe, sueña y labra. Porque las cuartillas de Concha Espina semejan piedras labradas. Más que la pluma, parece que en ellas ha cantado el cincel.

La luz que entra por el balcón se desfleca en los abanicos de una palma menuda. La palma crece en una caldera de cobre. Me acuerdo de Asturias. Pienso en los caldereros que cruzaban por las aldeas del Norte español con sus rotos artefactos sobre el lomo de sus pollinos. Recuerdo aquellos húngaros y gitanos que tenían la tez cobriza como sus calderas y las patillas retintas a usanza de Alfonso XII. A un lado y otro muestran el nácar de su carne una Minerva y un Apolo. Muebles sencillos. Muebles castellanos. Libros escogidos. Obras de sabiduría y de vida. La luz juega con los objetos como una muchacha traviesa. Sale Concha Espina. En sus ojos reposa un jirón de cielo perdido...

—Sabía que estaba usted en Madrid. Supe que estuvo usted en este mismo edificio. ¿Cómo no entró usted a verme? Estaba un poco dolida con usted.

—No tiene usted motivo. Iba de prisa. No era cosa de dedicarle cinco minutos. Me gusta hablar con usted largamente. Por eso vengo ahora. Y vengo contra usted. Se trata de una entrevista.

—Muy honrada.

—¿Acaba usted de venir de Alemania?

—Sí. Hace pocas semanas.

—¿El viaje fué con motivo de asuntos editoriales?

—Me llevaron a Alemania dos motivos: los asuntos editoriales y la enfermedad de mi hijo Ramón.

—¿Y sigue mejor?

—Sí. Está a punto de restablecerse.

—Me alegra sobremanera. ¿Y los asuntos editoriales?

—Me salieron bien. Allí están traduciendo obras mías.

—¿Cuántas tradujeron?

—*La Esfinge Maragata*, *El Jayón* y *El Metal de los Muertos.*

—¿Cuántas obras tiene usted traducidas al inglés?

—Cuatro.

—¿Y al italiano?

—Cinco.

—¿Quién edita sus obras?

—La «Biblioteca Renacimiento».

—¿No alcanzó una obra de usted el premio Fastenrath?

—Sí, señor: *La Esfinge Maragata.*

—¿Qué obra de usted acaba de tener un éxito en Italia?

—Exito, no sé. Están representando *El Jayón.*

—¿Vive usted del producto de sus obras?

—Y de mis colaboraciones. De nada más.

—¿Le dan para vivir?

—Como se vive, sí. Como se debe vivir, no. No me quejo. Le debo mucho al público. Pero hay que vender muchos libros para sostener una familia.

—¿La sostiene usted sola?

—Completamente sola. Desde hace muchos años.

—Y...

—Sé lo que me va a preguntar usted. No me haga esa pregunta. Siento el más infinito desprecio por esa persona. No existe.

—Respeto su opinión.

—Se lo agradezco.

—¿A qué edad comenzó usted a escribir?

—A los ocho años.

—¿Su primer libro?

—Fué un libro de versos. Se llama *Mis Flores.*

—¿Y después?

—*La Niña de Luzmela, Despertar para Morir.*

—¿Qué obra ha sentido usted más?

—Todas. Yo siento todas mis obras. Si no las sintiera, las dejaría a medio escribir.

—¿No siente usted más pasión por alguna de ellas?

—Acaso por *La Esfinge Maragata.*

—¿Qué obra de usted le parece la mejor?

—Ninguna.

—Pero ¿cuál es la que juzga usted de más contextura literaria?

—*El Metal de los Muertos.*

—¿Y la que tuvo más éxito?

—Esa y *La Esfinge Marugata.*

—¿Qué otras tiene en preparación?

—Saldrá dentro de poco *Agua de Roca.* En preparación tengo *Vaqueiros de Alzada.* Quiero pintar el paisaje, ahondar en el ambiente de las brañas asturianas. La raza de los vaqueiros me parece aún más interesante que la raza de los maragatos.

—Es más pintoresca.

—Y muy original.

—¿Qué obra publicó usted últimamente?

—La que sigue a *El Metal de los Muertos: Dulce nombre.* En esa obra quise poner algo de mi vida de ayer.

—¿No piensa usted ir a América?

—En cuanto me sea posible. Si deseo lograr alguna cosa, es ésa: ir a América a ver y sentir la inquietud de los pueblos jóvenes. La juventud es lo único interesante de la vida en los hombres y en los pueblos.

—¿No estuvo usted ya en América?

—Estuve en la parte del Sur. Entonces era muy joven: no pude darme cuenta de las cosas en su esencia.

—¿Cómo escribió usted *La Esfinge Maragata?*

—Verá usted. Yo codiciaba algo nuevo para hacer una novela. Un asunto que fuera nuestro; un miraje español poco explotado. Un pintor, uno de esos hombres silenciosos que saben muchas cosas, que vieron muchas puestas de sol desde los caminos abandonados, me dijo que en Maragatería hallaría yo material virgen para una novela. Mi hermana estaba allí. Le escribí pidiéndole impresiones. Me dijo que era una tierra muy fea, pobre y seca. Con esto me interesó más. Emprendí el viaje. Tenía razón el amigo pintor. Aquella tierra sedienta, aquel cielo ardoroso, aquella fatiga en todas las cosas: en la tierra y en las almas; aquella tristeza del paisaje, como si no pudiera deshacerse en un sollozo por falta de llanto, me impresionaron mucho. Luego, mi vida ciudadana, perdida entre aquella desolación de almas, fatigada bajo aquel cielo, contaminada con la tristeza y el dolor de aquel suelo sin agua, me ayudaron a componer el libro con la facilidad del que todo lo encuentra hecho. No había que inventar nada. La novela estaba allí. Faltaba escribirla.

—Cuénteme algo de su vida.

—Mi vida no tiene importancia. Soy una mujer que cuida de sus hijos, que labora en silencio, que no se ha puesto al alcance de la maldad de las gentes, que tiene una gran voluntad y que carece de sacudimien-

tos espirituales. Mi vida es como un barquichuelo de papel que deja un niño en un lago para que bogue tranquilo.

—Ironías, no.

—No son ironías. Eso está escrito. Por bondad o por lo que sea—yo creo en lo primero—se ha ocupado de mi gente de valía. Vivo muy agradecida de los escritores y amigos. Y todos están de acuerdo en lo que se relaciona con mi espíritu y con mi vida.

—Bueno. Pues yo no estoy de acuerdo. En algo no he de parecerme a los demás.

—¿Por qué?

—Porque usted no es una mujer vulgarmente sentimental.

—¡Quién sabe!

—Eso dice el indio en México. Cuando le preguntan una cosa y no la quiere decir o no quiere molestarse en decirla, contesta a todo: «*¡Quén* sabe, señor!» Conque a mí inditos, no, señora mía.

—No me haga usted reir.

—De ningún modo. No soy madrileño. Al grano. ¿Se casó usted muy joven?

—Demasiado joven.

—¿Por amor?

—No lo sé. Las niñas ignoran el amor. Yo era muy niña.

—¿Qué concepto tiene usted de los hijos?

—El concepto de una gran responsabilidad. Tener hijos no es una obligación. Pero cuando se tienen hay que educarlos, encauzarlos en la vida, armarlos de todas las armas hasta ponerlos de pie, ya hombres, frente al porvenir. Yo ya he cumplido con esa misión.

—¿Y ahora?

—Ahora, uno se ha casado, otros se van a casar. Ahora llega la hora terrible. Ni siquiera puedo envanecerme de haberlos criado. Fué una obligación impuesta por el Destino. Ahora me quedo a solas con la dolorosa satisfacción de verlos partir por el camino hacia la vida.

—Y usted, ¿cómo se siente para luchar?

—Muy bien.

—¿Absolutamente sola?

—No. Conmigo misma.

—Es poco.

—Es demasiado.

—No lo crea.

—¿Por qué?

—¡Quién sabe! Le devuelvo la frase del indio.

—Es usted terrible.

—Eso mismo dijo Castrovido. Pero, vamos a lo nuestro. ¿No ha sentido usted un gran amor en la vida?

—Eso es peligroso.

—Pero es leal.

—¿Un amor? La vida toda es amor. En el idilio, en el drama, en el triunfo, en el sacrificio... El amor está en todo. Sin amor no soportaríamos el gran dolor de vivir.

—Mientras usted laboraba en silencio, ¿no sintió que el amor cantaba afuera?

—Quizá.

—¿Y no hizo usted caso?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estaba muy ocupada.

—¿En la educación de sus hijos?

—Y en la formación de mis obras.

—Y después, ¿no salió usted al balcón?

—Sí. Pero el amor ya iba lejos. Me pasó lo mismo que a Emilio Carrere con la Fortuna.

—¿Y ahora?

—Ya me lo ha preguntado usted. Ahora uno se ha casado, otros se van a casar...

—No me refiero a los hijos. Me refiero a usted.

—Ahora, trabajar para vivir conmigo misma. Recobrar la vida. Vivir. Más que el amor por el amor, me interesa el amor por el dolor. El amor que no es más que amor, puede despreciar. El amor que va aparejado a un gran dolor, sufre, atormenta, crea, purifica, engrandece. Me interesa el amor por el dolor.

Cuando Concha Espina hablaba así, su figura crecía, crecía, se perfilaba en la penumbra de la estancia, como si subiera virilmente y descalza por la falda de un monte, con el cuerpo inclinado hacia la cima, ganara la cumbre y de repente se recortara su silueta en lo alto, enhiesta, serena, heroica, silenciosa, como la protagonista de una tragedia antigua.

Mi satisfacción íntima floreció.

—Usted es algo muy aparte de la pintura que hacen de usted. Se conoce que han escrito sobre su vida demasiadas crónicas sociales. Usted es otra cosa.

—Yo soy otra cosa. Usted lo ha dicho. Soy una mujer tan absurda y valiente, que no quiero mentir: a lo más que llego en el artificio social es a dejarme desconocer cuando la gente se empeña en reducirme de un modo sistemático con incurable miopía. Entonces no me interesa desengañar a nadie. Hasta me parece cómoda para mí la ceguera de los demás. Pero...

—Siga, siga usted.

—Si una palabra derecha y ferviente me pregunta, yo contesto algo de mi firme, eterna y rotunda verdad. Tiene usted razón. Yo no soy una mujer simplemente sentimental. La mujer debe ser femenina. Pero el arte no puede ser femenino. El dolor es masculino. La meditación es la que tiene formas de mujer. El pensamiento tiene figura de hombre. Hay una diferencia entre la meditación y el pensamiento. Lo mismo que entre el macho y la hembra.

—¿Y el amor?

—El amor puede ser cualquier cosa. Ya le he dicho a usted que sin dolor no tiene importancia.

¿Conocí ahora a Concha Espina? Como la creen los demás, no. La conocí a mi manera: como la soñé de antemano. Sin querer, sus panegiristas la pintan como a una mujer sin inquietudes. Y es que hay elogios que en vez de dibujar desdibujan las figuras y recortan el espíritu hasta dejarlo como esas faldas que terminan, sin ninguna ondulación, a la altura de la rodilla.

Concha Espina no es solamente una mujer excepcional. Es un espíritu gigante y atormentado. Es un Prometeo hecho mujer. Su tragedia interior es como un río subterráneo que nadie ve desembocar en el mar. Por encima de esa tragedia vaga su sonrisa mañanera y dulce como las nubes que reposan en la falda de los montes. De ahí su prosa maciza, temblorosamente alargada, como sirenas de amor y de sacrificio a lo largo de sus novelas. Su prosa es masculina. Es una juventud encadenada, retorcida como un roble que se opone a marchar con la corriente del río. Se confunden las cosas. Su talento es viril. Mientras muchos novelistas españoles escriben como las mujeres, Concha Espina escribe como los hombres. Habrá muchas mujeres que no lloren leyendo las obras de algunos escritores sentimentales de España. Con las obras de Concha Espina pueden llorar los hombres, muy hombres.

—Siento hambres de un viaje muy largo—me dijo—; me seduce la tempestad en alta mar. ¿Qué opina usted de ese viaje?

—Muy bien. Pero yo veré desde la costa cómo parte la nave.

Terminaba la visita. Llegó la hija de Concha Espina. Es más que un encanto de mujer. Es una maravilla de mujer. La Maja de Goya es una tontería. Tiene diez y siete años. Ojos muy negros. Cara y cuerpo como un jazminero. Boca pequeña, como un estuche para guardas suspiros. Toda ella ríe y fulgura como un regato al sol. De tal tronco tal rama. Yo no conocía este madrigal. Es el mejor madrigal de Concha Espina.



LUIS ASTRANA MARÍN. El confesado contra el confesor...

LUIS ASTRANA MARIN: La crítica española.—Shakespeare.—Quevedo.—Carlos Estuardo y la Infanta de Castilla. «El libro de los sonetos», de Shakespeare.—Documentos inéditos de Quevedo.—La poesía.—La literatura. La novela.—La crítica.—Otros sabrosos pormenores.

HEME aquí con D. Luis Astrana Marín. Antes de empezar, persígnome. En el nombre del Padre que fizo toda cosa. El señor Arcipreste me ayude. Astrana Marín es la crítica española. Luego me encuentro en terreno resbaladizo. Se cambian los papeles. El confesor se confiesa con el confesado. El enfermo analiza al médico. El pájaro va contra la escopeta.

No importa. No me acobarda. Astrana Marín es un crítico. Pero no padece ni achaques de edad ni achaques literarios. Por otra parte, Astrana Marín no se come los poetas crudos. Esto es una calumnia. Cuando le hice esta entrevista, comió conmigo. Y yo le he visto con estos ojos pedir perdices y aun palparles la pechuga y examinarles las partes traseras.

—Me consta que es carne de perdiz—le dije—. ¿Por qué la miras tanto?

—Porque pudiera ser de avestruz. Estamos muy cerca del café Pombo.

¿Cómo es Astrana Marín? Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso. No es la figura inútil de señorito español. No es el tipo lamentable de la baja bohemia. Astrana Marín es un hombre moderno. Es un espíritu mozo. No es el maestro. Es el camarada.

¿Cuál es la obra de Astrana Marín? No es cosa de enumerarla. Es sabia y copiosa. A su edad pocos han escrito tanto como él: *El libro de los Plagios; Gente, Gentecilla y Gentuza*. Sin embargo, su pluma vibró más en el combate del periódico que en el sosiego del libro. Recuerden sus luchas con Cejador y con Rodríguez Marín. Fué el sepulturero de los cervantistas en España. Hoy nadie explota a Cervantes, tejiendo en torno de él coronas de hojas secas. Cuando Atanasio Rivero, hace seis años, arremetió contra los cervantistas, como Don Quijote contra los molinos,

Astrana Marín fué el único erudito español que hizo justicia al insigne humorista asturiano. Se puso al lado de él y ensalzó su talento. No temió perder el comedero, como temieron los ilustradores, o más bien deslustradores, de la obra de Cervantes.

Pero la obra seria de Astrana Marín no es ésta. Esta fué su entretenimiento espiritual. Su jovialidad literaria. Su obra seria comienza como comentador de D. Francisco de Quevedo y Villegas, el gran genio español, y como traductor de Shakespeare, el gran genio inglés. Nadie conoce mejor que él la vida y milagros de D. Francisco de Quevedo. Ninguno tradujo como él al español todas las obras de Shakespeare. Debido a su pluma, leemos en castellano la tragedia de *Romeo y Julieta*, *La Tragedia de Ricardo III*, *Hamlet*, *La Tragedia de Mácbeth*, *Julio César*, *Los dos Hidalgos de Verona* y otras muchas obras de Shakespeare. Dentro de poco publicará *El libro de los sonetos*, del propio autor inglés. He visto alguno de los que tradujo, y pienso que serán el pan luminoso de los que gustan aún de la poesía trascendental.

Mas, no olvidemos que estamos comiendo perdices.

—Habla, habla—me dijo.

—¡Hombre! ¿No será mejor que acabes?

—No te ocupes. Se puede hacer la entrevista y comer perdices. Esto es un ejercicio.

—¿Cuándo, cómo, dónde y con qué motivo comenzaste a escribir?

—Verás tú. Me hallaba yo en Cuenca, en cuyo Seminario estudiaba teología y griego. Ya, claro es, hacía tiempo que escribía, no sólo literatura, sino también música, cuya carrera alternaba con la del sacerdocio. Por entonces, probablemente me cautivaba más la música que las letras. Sin embargo, la primera siempre fué para mí algo íntimo, que nunca quise explotar. La música que yo sé, la que ejecuto y compongo, nadie la conoce—fuera de muy escasas personas de mi aprecio—sino yo. Pero, vamos al caso.

—Venga.

—Era por el estío de 1918; estábamos los estudiantes de vacaciones, y bullía en mi cabeza la idea de exhalar algo que no fuera música ni se relacionara con la carrera de cura, que yo llevaba con enojo y fastidio, ya que mi espíritu fué siempre pagano y jamás católico.

—¡Bien!

—Tienen los conquenses un mausoleo a las víctimas liberales asesinadas por las hordas carlistas en el célebre saqueo de 1874, si mal no recuerdo. Celébrase la fiesta el 8 de julio, procesión cívica y solemne con asistencia del Ayuntamiento, la Diputación, todo el Comercio y las fuerzas vivas de la capital. Me pareció que no sentaría mal publicar una composición poética en el periódico más liberal de la localidad, en honor de las víctimas sacrificadas bárbaramente por los carlistas.

—Eso estuvo muy bien.

—Sí. Pero ten presente que yo era seminarista, aunque externo, y que todos mis profesores, y aun diré la capital entera, simpatizaba con el presidente don Carlos de Borbón; pues si hay una población religiosa hasta el fanatismo en España, es Cuenca. Bien: escribí una silva fúnebre la víspera de aquellas solemnidades y la envié a *El Progreso Conquense*, periódico excomulgado. Publicóse en el día señalado, y armó gran alboroto. Este primer ensayo mío poético, de mi musa satírica, me indispuso con media capital. Cuando la ví impresa, me dió un vuelco el corazón: tal sugestión ejercía en mí la letra de molde. En fin, la mitad de la población acabó poco después por aborrecerme y la otra mitad por reirse de los que me aborrecían.

—¿No recuerdas alguno de los versos?

—No recuerdo ni uno solo. Sé que escribí por entonces gran cantidad de poesías. Todas se habrán perdido—por fortuna—o se hallarán en las colecciones de periódicos y revistas de aquella época.

—¿Y después?

—Simple seminarista, aunque ya teólogo, entablé una polémica con el canónigo magistral de aquella santa catedral basílica. Y el resultado de todo ello es que tuve que dar un adiós al Seminario, hechizado además por los ojos azules de la mujer que más he querido en mi vida. ¡Oh, dulce Babette! Tenía yo veintiún años, querido Camín. Saltemos ahora doce años, que hacen mi edad de treinta y tres, y pregunta lo que quieras.

—Bueno. ¿Qué opinión tienes de la poesía española contemporánea?

—Española, verdaderamente hay muy poca. Casi toda está influenciada de los franceses y por ella no hay al presente grandes poetas en España. Genial, puedes asegurar que ninguno. Para mí el gran poeta ha de tener mucho de objetivo, ser historiador y ser filósofo. Poetas menores, existen muchos y hasta son interesantes. Poetas de la talla de Fray Luis o de Garcilaso, ni se encuentran ni hay que esperarlos en mucho tiempo. Sin una gran cultura, no puede darse nada grande. Zorrilla no llegó a genio por faltarle cultura. Los poetas aquí, en la época presente, son intuitivos, y este es el mal: no cantan sino temas triviales. No hay nada elevado, nada épico, nada que vuele más alto del doméstico vivir cotidiano. Predominan los poetas caseros, tabernarios y vulgares. Para ver lo mal orientados que están, no hay sino fijarse en que han tomado por modelo a Francia, el país de las medianías, el país de literatura inferior a la de todo el Universo. País que no ha dado nunca el genio, país que todo lo sabe guisar y presentarlo con coquetería y agrado, pero país que no concibe lo grandioso. No se concebiría un Shakespeare, un Dante, un Camöens, un Cervantes o un Quevedo francés. Haz

constar que la literatura francesa, en su gran parte, me huele a cancán, y quien la imite se halla irremediablemente perdido.

—Se hará constar. ¿Y qué opinas de los cervantistas?

—Que deben dejar en paz a Cervantes. Que ya le han sacado bastante dinero. Aunque te advierto que quedan muy pocos. A unos los he matado yo. Otros se han muerto solos. Los más murieron violentamente bajo el derrumbamiento de sus propias imbecilidades. El cervantista—hablo del profesional—es algo despreciable. El cervantista profesional se parece mucho a los empleados fúnebres, poco escrupulosos, que profanan el silencio de los sepulcros para arrancar a los muertos el oro de las dentaduras o les cercenan los dedos para arrancarles las sortijas.

—¿Qué opinión tienes de Cervantes?

—Eso no se pregunta. Es un valor que no se discute. Cervantes es el hijo predilecto del Renacimiento. Casi todo se lo debió a Italia. Allí estuvo de paje algún tiempo con el Cardenal Aquaviva. Por eso, durante muchos años, se le consideró el Bocaccio español, antes de que el mundo diera una respuesta a la pregunta que él formulaba en el *Quijote*. Porque es cierto, como dice Oscar Wilde, que las obras se dividen en dos géneros: unas que preguntan y otras que responden. Y que cuando surgen esas maravillas del ingenio que no son comprendidas en su época, ello obedece a que dan ya respuestas a preguntas que no ha formulado todavía.

—¿Tu opinión sobre Shakespeare?

—Shakespeare es el cerebro más potente de la Humanidad. La antorcha más luminosa y el espíritu más inquieto y más atormentado. En nuestro Siglo de Oro no se le conoció en España. Digo, ni en Francia tampoco, que yo sepa. Hasta don Ramón de la Cruz no empieza su nombre a asomarse a las letras castellanas. Shakespeare es el verdadero príncipe de las letras. Es de creer que el que dió cuenta a los poetas españoles de la existencia de Shakespeare, fué Carlos Estuardo, aquel célebre príncipe, luego decapitado por Cromwell, que vino a España para casarse con la infanta de Castilla, hija de Felipe IV, y que después de fiestas reales y negociaciones de mala fe, el matrimonio quedó deshecho. En el año de que se trata, 1623, aparece en Londres impresa la edición infolio de las obras de Shakespeare. Por eso pudo muy bien Carlos Estuardo hablar del gran poeta inglés a los poetas españoles.

—¿No surgió ninguna traducción en España?

—Don Ramón de la Cruz tradujo *Hamlet*. Pero no del inglés, sino de una mala versión francesa de Ducis. Luego esto no tiene importancia.

—Sigamos con el viaje del príncipe a España.

—Bien. Pasaron casos muy chuscos. El elogio de las fiestas reales se encargó a Ruiz de Alarcón, el mexicano. Alarcón cobró una cantidad

respetable por esto; pero Alarcón no escribió el elogio: lo encargó a los poetas de la época, entre ellos, a los dos Vélez de Guevara, a Mira de Amescua y a otros diez poetas más.

—Eso parece un caso de hoy.

—Y de todos los tiempos. Las desvergüenzas no tienen época. Bueno. Alarcón cobró los cuartos, pero se armó el gran escándalo. Los poetas que sacrificaron sus liras en loor del príncipe, cambiaron la lira por la flecha e hicieron varias sátiras contra Alarcón. La burla comenzó en que los versos que hicieron para las fiestas fueron de estilo gongorino. Los gongoristas de ayer y los ultraístas de hoy son una misma cosa con relación a uno y otro ambiente. Los poetas se reunían en la casa del conde de Monterrey. Entre ellos estaba Lope de Vega, que trató de defender a Alarcón, diciendo que los versos, en efecto, eran malos, pero si, aunque los cobró, no fué él quien los hizo, las sátiras debían ir contra los otros. Don Francisco de Quevedo no lo entendió así. Nuestro hombre arremetió contra Ruiz de Alarcón de un modo feroz en una décima, en la que decía:

De ajenas plumas te vales,
corneja...

Y terminaba:

Galápago siempre has sido
y galápago serás...

—¡Bien por don Francisco!

—La venida de Estuardo a España dió lugar a una gran batalla campal entre los escritores. Se armó el gran cisco. Entonces, como ahora, los políticos intrigaban, iban a lo suyo. Por un lado, el Rey de Inglaterra—padre del príncipe—que en el casamiento buscaba el Palatinado. Por otra parte, la Iglesia española, siempre intransigente, que no quiso nada con los protestantes. El príncipe se desesperaba, pues se enamoró de veras de la infanta María. A tal grado, que un día, rompiendo con toda etiqueta, saltó las tapias de Palacio para entrevistarse con ella. ¡Y a no ser por doña María Enríquez, quizá hubiera habido un rapto! ¡Pobre príncipe que luego tuvo que casarse en Francia! Hizo una demostración naval contra nosotros en Cádiz y a poco más sufre un manteo como Don Quijote. Siguió de infortunio en infortunio, de error en error, hasta que fué decapitado por Cromwell. Milton lo acusó de tener a Shakespeare como libro de cabecera y de leerle noche y día con detrimento de la Biblia...

—Por algo me molesta *El Paraíso Perdido*. Además de mal poeta, Milton era un marrano.

—No queda aquí la cosa. Esto no evitó que fuera más tarde Milton

el editor de las obras de Shakespeare, en las que le llama «el hijo predilecto de la Inspiración».

Shakespeare, sin perder su espíritu inglés, predominó en él lo meridional. Y es que Inglaterra tiene verdaderas concomitancias con España. Los alemanes le llaman von Shakespeare; pero, aunque lo han comentado bien, no tienen razón. Es infinitamente más español que alemán. Esto lo saben los propios ingleses. Así como Inglaterra es la segunda patria de Cervantes, así España será, sin disputa, la segunda patria de Shakespeare. Porque él conocía nuestra literatura y se empapó de ella. No hay sino ver la multitud de pensamientos y frases que tomó de *La Celestina*, para reproducirlas en su *Romeo y Julieta*, o de los *Engaños*, de Lope de Rueda, para componer su *Twcef-Night* (Noche de Epifanía). Y así de otras muchas.

—¿Cómo es eso posible?

—Muy sencillo. El español era entonces la lengua de moda en las Cortes europeas. Y por añadidura, Shakespeare era amigo de James Mabbe, que castellanizó su nombre y apellido, firmándose D. Diego Puedeser. Mabbe tradujo *La Celestina*, *Guzmán de Alfarache* y otras muchas obras españolas. El y Shakespeare se reunian en la taberna de «La Sirena», en Londres. Con ellos se reunían también, en aquella taberna, Drayton, Marlowe, Fletcher, Bearomont, Ben Jonson...

—Sin camelos. ¿No es con hache?

—No, hombre, sin hache. Ben Jonson. Este Jonson no es ningún Juan; era el contrincante y pretendido rival de Shakespeare.

—Ah...

—La reunión se dividió en dos bandos: en clásicos y eufuístas.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Los eufuístas de ayer son los ultraístas de hoy. Ni más ni menos. Los ultraístas son muy viejos. Ya existían en tiempo de Aristófanes, que los fustiga en «Las Ranas». Eran una especie de gongoristas o de preciosistas. Y lo más pintoresco es que esta peste la importaron de España: de nuestro Fray Antonio de Guevara. Fíjate si se hablaría de España en «La Sirena», de Londres.

—Luego Shakespeare habla de España en sus obras.

—Sí. Se saca una gran desolación de las citas.

—¿Cómo es eso?

—Figúrate que en una comedia, para llevar al límite de la exageración la anchura de boca de una mujer, se dice que es tan enorme, que caben dentro de ella todas las naves de España. Ahora, no sería una exageración: nuestras naves cabrían en la boca de esa mujer...

—¿Qué opinas de Quevedo?

—Quevedo es el polígrafo más grande del mundo. El poeta por excelencia de España. Como místico, es más profundo que Santa Teresa y

San Juan de la Cruz. Claro es que Fray Luis de León y San Juan de la Cruz son dos poetas enormes. Pero tienen almas hebraicas. El alma de Quevedo es profundamente española. De Quevedo hay casi tanto inédito como publicado.

—Explica, explica.

—Baste decirte que todo su teatro está inédito. Y aunque existen ediciones de sus obras completas, no son tales. Faltan infinidad de documentos. De suerte que hay, rehacer toda su biografía que hasta ahora plagada de errores, y hacer la verdadera edición de las obras completas, que es el trabajo que yo estoy llevando a cabo, en posesión de más de doscientos papeles no conocidos, y que son de suprema importancia con relación a la obra y vida de nuestro ingenio.

Lo sucedido con las poesías, fué criminal y atentatorio. De cien partes, dice su amigo don Josepe Antonio González de Salas, no se conservan ni diez.

—¿Es que se perdieron?

—Peor. Fueron quemadas.

—Venga, venga de ahí.

—Las quemó un jesuíta. El confesor de don Francisco. Los últimos meses de Quevedo los dedicó a coleccionar todas sus obras. Guardó sus poesías en dos arcas; pero el jesuíta, al morir Quevedo, hozó a sus anchas en los papeles, quemando aquellos que, según su criterio estrecho, ofendían a la Iglesia. Creyó hacer alguna hazaña arrojando media obra de Quevedo a las llamas. Tal desgraciada suerte corrieron sus mejores poesías de donaire. Así pagaron los jesuítas el afecto que mostró don Francisco por la Compañía de Jesús. Hoy quieren rehabilitarlo. ¡A buena hora!

—¿Con buen fin?

—Yo creo que no. Creo que es por ponerlo en pugna con Cervantes.

—¿Cuál es tu mayor pasión literaria?

—La lectura de la Biblia.

—¿Cuántos tomos de Shakespeare llevas traducidos?

—Todos. Suman treinta y seis volúmenes. Preparo las ediciones críticas. Luego las dramáticas que se le atribuyen, como *Eduardo III*, obra que yo juzgo realmente suya.

—¿Cuándo saldrá el de los sonetos?

—Depende de los editores. Tengo de ellos una edición monumental y crítica, pues constituyen el secreto íntimo de Shakespeare, el enigma que encubrió su vida. Se ha discutido mucho si se han de traducir en prosa o en verso. Yo satisfago ambas tendencias, presentándolos en verso y en prosa. La obra irá con el facsímil de la edición inglesa hecha en 1609. Se pueden hacer grandes cosas de Shakespeare en castellano. El idioma es en él de una policromía fastuosa, como el Abril

engalanado de que habla; es de una polifonía rítmica que llega a aturdir, de una riqueza, en fin, de tropos, a que no alcanzó poeta alguno. ¿Qué te podré decir yo de él, que otros no hayan dicho mejor que yo?

—¿Cómo te dió por escribir el *Libro de los plagios?*

—Había llegado ya a tal extremo el hurto literario, que se pudo firmar por apuesta obras ajenas, sin que nadie cayera en los propios autores. Había que destruir esta piojez literaria.

—¿Y cómo no sigues?

—Porque hay que respetar a los muertos.

—¿Y el primer poeta español?

—Antonio Machado, sin que sea una cosa excepcional. Ya he dicho que España carece del gran poeta. Impera la poesía mediocre.

—¿Y el primer literato?

—Todos pueden tratarse de tú. Ninguno sobresale por sobre el otro. Parecen recortados a tijera como los huertos ciudadanos.

—¿Y el peor?

—No se sabe cuál es el peor. ¿Se lee el último? El precedente es mejor. No hay ninguno más malo que otro. Todos son malos.

—¿Y el primer pintor?

—No entiendo de pintura. No me gusta hablar de lo que no entiendo. No son de esta opinión muchos críticos de pintura.

—¿Y el primer crítico?

—Todos son mediocres. En este sentido, pon el que quieras. Con todo, así en literatos como en críticos, está surgiendo una juventud preparada, no negativa y lacrimosa, como la llamada del 98. Crítica es análisis. El mejor crítico es el que sabe aunar la sensibilidad con la cultura. No creo en el crítico frío, ni en el crítico sin pasión, porque siempre es preferible un crítico pasional, a lo Menéndez y Pelayo o a lo Clarín, a las aves frías—en tu tierra, «cigoreyes»—que todo se le vuelven elogios por temor a enemistarse con los autores. La crítica es enseñanza y es combate. Y entendida así, erudita, sensible, y hasta poética si se da el caso, es la más alta manifestación del entendimiento.

—¿Crees, como otros, que América no es más que una consecuencia de España?

—No. América será una cosa distinta de España. Ya hay barruntos de ello. Allí se formará una lengua, o diferentes lenguas, con el transcurso de los tiempos, diferente a la castellana, aunque se derive de ella. Para aquel idioma futuro será el castellano lo que para el castellano es hoy el latín. Así la lengua de América, de las hablas indias-dialectos, del inglés, del francés, del italiano, del alemán, aunque predomine la raíz española, resultará un idioma nuevo. Este idioma dará origen a una nueva literatura, y su tradición no arrancará de España, sinó de ellos

propios. Porque sus costumbres, su cielo, su campo, todo su ambiente es distinto al nuestro. Luego su literatura tiene que ser distinta a la nuestra.

—¿Crees que el porvenir de España esté en América?

—De ningún modo. España lo que necesita es renacer por sí misma y sobrevivir. Robustecer el interior para asegurarse el exterior. No solamente creernos grandes. Hay que hacernos grandes. Llevar a la conciencia y a la práctica la convicción de que en España se vive mejor que en ningún país, siempre que exista el entusiasmo y el esfuerzo de los españoles. Si esos emigrantes fueran hombres de acción en España, como lo son en el extranjero, otro sería el porvenir de ellos y de nosotros.

—¿Y con tantos ataques, nunca has tenido un duelo?

—No. Mi crítica no va contra las personas, sino contra las obras. Sin embargo, he ido contra las personas cuando las morbosidades o las neurastenias personales se reflejan en los libros. En este sentido, yo he atacado a Benavente. El premio Nobel no servirá para ocultar lo que no es sino reflejo de su fisonomía moral. Por mucho que haga en su favor la masonería blanca.

—No estoy de acuerdo.

—¿Pero, publicarás eso?

—Eso sí. No quito ni pongo rey. ¿Y la novela española?

—Deleznable. Toda ella es reflejo de cabaret, concupiscencias vulgares, lechos revueltos. ¡Porquerías! Pío Baroja tiene mucho talento, pero es agnóstico. No conmueve. No es artista.

—¿No sobra folletín y falta novela?

—No, señor. También falta folletín. Si lo hubiera, los periódicos no publicarían folletines extranjeros. En España no hubo ningún folletinista después que ha muerto Fernández y González.

—¿Y este caos de España?

—De seguir así, no hay más que un fin. Y un fin cercano: la revolución. Se impone la revolución...

Cuando habla Astrana Marín, habla largo y bien. El es de los que unen a la flexibilidad la cultura. Me ha leído otros sonetos de Shakespeare vertidos por él a un castellano copioso y sonoro. Los sonetos son formidables. Obra de titán es la suya. Interpretar a Shakespeare, como él lo hace, no es como el niño que juega con las barbas del patriarca. Hay que encararse con la Esfinge. Este es don Luis Astrana Marín, descontento con todo y con todos, porque en todo y en todos quisiera ver la obra de perfección que necesita cada siglo, para engrandecimiento de la nación y resplandor de la raza.



D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, leyendo las primeras galeradas de «Hombres de España».

RAMÓN Y CAJAL: La leyenda y el hombre.—Recuerdos de la niñez.—Cajal inventa un cañón.—Una tinta original.—Sus charlas de café.—Su opinión de América.—Sus comentarios de España.—Cómo es el sabio español.

LA leyenda tiene dos valores negativos. Se empeña en engrandecer a los mediocres y en empequeñecer a los grandes. Un hombre mediocre es una excelente persona. Un hombre de talento no es gente correcta, según la leyenda española. Suerte que esta pobre señora es mojigata. Si fuera una hembra de pelo en pecho, dejaría a todo intelectual español sin camisa. Sí yo tuviera fe en las palabras de esta pobre viuda sentimental, no hubiera entrevistado a ningún hombre representativo. Mucho menos a D. Santiago Ramón y Cajal.

Es necesario concluir con la leyenda negra que persigue a los ingenios españoles. Hay que limpiar de fantasmas el camino. De esos fantasmas, pregonadores de lacras que no existen, de llagas en las que aparece fresco el barniz, de costras imaginarias y de anécdotas implacables. Según las cosas que se les achacan, nuestros ingenios son otras tantas calamidades personales: autoritarios éstos, viciosos aquéllos, trapisondistas los otros, intratables los más.

Todo resulta falso. Por eso hay que acabar con este granero de falsedades, con esta murga grotesca, con esta caravana de chistes malos. Hay que incendiar la trapería de las letras. La leyenda no puede seguir haciendo su papel de trapera.

—Don Santiago Ramón y Cajal es un hombre imposible—me decían unos.

—Tiene un genio terrible—exclamaban otros.

—Es un hombre difícil—agregaban más allá.

—Lo dejará a usted con la palabra en la boca.

—No hay quien lo saque de su ciencia.

—No quiere nada con periodistas.

—Vive en sí mismo.

—Dicen que habla a solas.

—Tiene un carácter de todos los diablos.

Tantas cosas me dijeron, que no creí ninguna. La figura de Cajal tiene que ir en esta obra. El cuerpo no puede andar sin cabeza. Mi libro no debe traspasar las fronteras sin la figura de Cajal. Sin él no debe echarse a la mar la nave donde van los expedicionarios de la raza.

Un día llegué a la imprenta de Pueyo. En mí iba la idea de entrevistar a Cajal, fija lo mismo que un clavo. Entré. Pasé al despacho de la imprenta. Allí hay un hombre entrado en años. Es alto y fornido. Viste pardo gabán. Usa bufanda. Sombrero también pardo. El cabello, blanco. La barba, blanca. El hombre revisa unas pruebas. Se conoce que no siente los años. No hace caso del asiento. Las revisa de pie. Los lentes tiemblan casi en la punta de la nariz.

En el despacho hay un silencio respetuoso. Nadie comienza a hablar. Pueyo permanece de pie, frente a aquel hombre. Tampoco Pueyo habla.. Y Pueyo tiene una voz torrencial. Es un madrileño neto. El dueño de la imprenta me saludó con una genuflexión china. Su brazo trazó en el aire un círculo. Recordé a Tórtola Valencia en la «Danza del Incienso».

El anciano robusto irguió la cabeza. Apartó las cuartillas. Se sujetó los lentes. Sacó una cartera. Desenrolló los billetes. Los contó. Los recontó. Los volvió a contar. Apuntó la cantidad en una libreta, y los entregó al impresor.

—Cuéntelos usted—le dijo.

—No, señor. Están bien. Basta que usted los haya contado—respondió Pueyo, guardándose los billetes—. ¿Quiere usted recibo?

—Como usted quiera—contestó el hombre, sin dar a esto importancia.

Luego, volviéndose hacia mí, agregó:

—Yo he inventado una tinta maravillosa para extender esta clase de recibos. A los ocho días, desaparece lo escrito. No deja huella.

—¿Y está a la venta?—díjele.

—De ningún modo. No me daría autorización el Gobierno. La hice para mis experimentos. Es un pequeño estudio. No tiene importancia.

Entonces me fijé en su rostro. Es una faz larga y recia. Frente exageradamente espaciosa. Grandes quijadas. Pómulos salientes, como dos nudos de árbol. Mirada dulce y serena. Sus ojos recuerdan el océano. Dan la sensación de un mar en calma, cuando nos familiarizamos con el infinito y no echamos de menos la costa.

Yo pregunté, aprovechando un momento en que sus miradas se apartaban, como refugiándose en sí mismas:

—¿No es don Santiago Ramón y Cajal?

—El mismo.

No esperé a más. Me presenté a él sin contemplaciones ni mira-

mientos. Le hablé del cariño que siente México por él. La unción con que lo nombra el doctor Perrín.

Cajal me dijo:

—Es un discípulo excelente. Inteligente y estudioso.

—Tiene un gran laboratorio—le dije.

—Todo se lo merece. Es un gran muchacho.

No dijo nada más.

Hablé a Cajal de mi visita al estudio de Victorio Macho. Del monumento para el cual tiene que hacer de modelo el maestro. El gran sabio español se puso triste. Cuando recordó que tenía que ir a posar frente al artista para plasmarlo en la piedra inmortal, su rostro tenía algo de la faz del niño cuando teme al castigo.

—¡Qué hemos de hacer!—me dijo—. Me han dicho que tengo que ir a posar en uno de estos días. Y...

Y después de un encogimiento de hombros, resignadamente agregó:

—¡No sabe usted el trabajo que tengo! El laboratorio me roba todo el tiempo. Además, este libro que estoy editando. Mil asuntos más. Tengo mucho trabajo. Pero, en fin, tengo que ir. La vida moderna es así. ¡Qué hemos de hacer!

Dijo esto, y sin dar tiempo a otra interrogación, se despidió de nosotros y abandonó la imprenta.

—¿Cuándo vuelve por aquí?—pregunté.

—No se sabe. Puede venir mañana. Puede no venir en un mes. No se sabe cuándo viene. Es muy raro.

—¿Y qué cafés frecuenta?

—El café del Prado.

—Basta.

Me interesaba el Cajal íntimo. Al Cajal bacteriólogo no soy yo quien ha de entrevistarlo. Nadie debe hablar de lo que no entiende. No padezco ese mal de los ignorantes.

Me dieron otros datos. Don Santiago suele ir a un bar de la calle de Atocha. Es un bar donde hay buenas mozas. A Cajal le gustan sobremanera las buenas mozas. Sobre todo, no entradas en años. Esto me lo dijeron con cierta malicia. No me extrañé. No está el pecado en enamorar a las jóvenes. Se peca enamorando a las viejas. Es un sacrilegio. ¿Que está mal en Cajal? De ningún modo. El amor no se ha hecho solamente para los idiotas. También los sabios tienen derecho a un poco de juventud y a un poco de amor.

Me planté en el café del Prado. Para mejor salir del trance, llevé sus libros: *Cuando yo era niño* y *Charlas de café*. Nunca estuve más oportuno. *¿Cuando yo era niño?...* Cajal sigue siendo un niño. *¿Charlas de café?* Es de lo que se trata con el sabio español: de charlas de café

Cajal aún no había llegado al café. Los mozos corrieron la noticia.

entre los parroquianos. Nos miraban asombrados. Fuí viendo en todos ellos a los bufones de Velázquez.

Poco después llegó D. Santiago Ramón y Cajal. Sin fijarse en la gente, como si el café estuviera sin mozos y sin parroquianos, ocupó una pequeña mesa en un rincón. Fuí a saludarlo. Le hablé de mi pretensión. Mostréle las primeras pruebas de mi libro. Cajal se puso a leer las entrevistas. Después me dijo:

—Pero, ¿no era hoy cuando le esperaba a usted en mi casa?

—No, don Santiago. Seguramente ha sido a otro.

—Bueno. Pues si usted se empeña en charlar, charlemos.

Y de esta conversación, con auxilio de la memoria y de sus *Charlas de café*, brotó la entrevista.

—¿Cuántos discípulos tiene con usted?

—Cinco. Trabajan a mi lado. A ellos y a los trabajos del laboratorio, dedico todo el tiempo de que dispongo.

—Cuénteme algo de su niñez.

—Mi niñez, como todas. La niñez de un muchacho travieso, en pugna con las disciplinas.

—¿Nació usted en el Alto Aragón?

—Sí. En Petilla de Aragón, un pueblo humilde. Nací el primero de mayo de 1852.

—De modo que tiene usted...

—Setenta años.

—¿Y se siente usted fuerte?

—Regular. En estos últimos meses no me siento del todo bien.

—¿Y sus padres?

—Mis padres eran dos benditos. Él era médico. Era un hombre de talento, de carácter enérgico y extraordinariamente trabajador. A costa de grandes privaciones terminó su carrera. Lo consiguió cuando yo tenía cerca de seis años. Mi madre era una robusta moza, nacida y criada en la aldea de Larrés, próxima a Jaca, camino de Panticosa. Fué una gran madre y una optimista compañera.

—¿Y su primera travesura de rapaz?

—La cometí cuando yo tenía tres o cuatro años escasos. Sucedió en la villa de Luna, provincia de Zaragoza. Estaba jugando en las eras del pueblo, cuando tuve la ocurrencia de apalear a un caballo. El animal sacudióme una formidable coz en la frente; caí sin sentido, bañado en sangre, y quedé tan malparado, que me dieron por muerto. Esta fué mi primera travesura.

—¿Y su educación?

—Mi educación y enseñanza comenzaron en Valpalmas, cuando yo tenía cuatro años. En la escuela del pueblo aprendí las primeras letras, pero en realidad, mi verdadero maestro fué mi padre, que se propuso

enseñarme a leer y a escribir y las nociones de geografía, física, aritmética y gramática. Gracias a sus cuidados, adelanté tanto y tan de prisa, que a los seis años escribía corrientemente y con alguna ortografía.

—¿Y su pasión de pequeñuelo?

—Los pájaros. Mi pasión por los pájaros y los nidos se hizo tan grande, que en algunas primaveras sabía dónde estaban más de veinte nidos de diferentes aves. Recuerdo que cuando yo tenía unos trece años dí en coleccionar huevos de toda casta de pájaros, cuidadosamente clasificados.

—¿Su primera afición artística?

—Ser dibujante y pintor. Tenía ocho o nueve años cuando era mi manía irrefrenable emborronar papeles y pintar monigotes. Esto me hizo olvidar los estudios, y mi padre, como castigo, me condenó a trabajar con un zapatero. Fué cuando fuí aprendiz de zapatero, y tan en serio tomé el oficio, que para honrar y enaltecer mi habilidad me confiaban las botinas de las señoritas más remilgadas y presumidas. Botinas en cuyos altos y esbeltos tacones labraba primores de ornamentación. ¡Qué diablos! ¡De algo había de servirme el *Arte poética*, de Horacio, y mis aficiones artísticas!

—¿Sus invenciones de niño?

—Muchas. Una vez inventé un cañón. Tenía yo diez u once años. Para ello tomé un trozo de viga, sobrante de una obra de albañilería hecha en mi casa, y con ayuda de gruesa barrena de carpintero, y a fuerza de trabajo y de paciencia, labré en el eje del tronco un tubo, que alisé después todo lo posible con una especie de sacatrapos envuelto en lija. Para aumentar la resistencia del cañón lo reforcé exteriormente con alambre y cuerda embreada, y a fin de evitar que al cebar la pólvora se ensanchase el oído y saliese el tiro por encima, guarnecí aquél con estrecho canuto de hoja de lata procedente de una alcuza vieja.

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió que fuí a la cárcel. Ufano y satisfecho de mi cañón, todos los muchachos ardíamos en deseos de ensayarlo. Yo quería hasta ponerle ruedas antes de la prueba oficial. Colocamos el cañón en mi huerto, frente a la puerta de un vecino. En el oído, relleno de pólvora, encajamos larga mecha de yesca. Los momentos eran solemnes. Con un fósforo puesto en un alambre, prendí fuego al cebo. Nos retiramos con el corazón sobresaltado. El estampido fué un triunfo en la comarca. El cañón no reventó. Hizo un blanco magnífico. Pudimos ver un ancho boquete abierto en la puerta del vecino, y por el cual, airada y amenazadora, asomó poco después la cabeza del hortelano. Querellóse el labrador, y entre las autoridades y mi padre, me tuvieron cuatro días en la cárcel, a rancho limpio. Mi pobrecica madre me enviaba frutas, burlando la vigilancia de mi padre y la de los carceleros.

—¿De modo que fué usted un mal estudiante?

—Según mis aficiones, he sido un buen estudiante. Según las aficiones de los demás, he sido un pésimo estudiante.

—¿Qué opina usted del porvenir de España en América?

—Ahí están mis charlas de café. Hasta en diálogo:

Juan Español.—El porvenir de España está en América.

Timón.—Pienso más bien que allí está nuestro pasado... un pasado de glorias deslumbrantes, pero también de imprevisiones, desaciertos y egoísmos.

Juan Español.—¡Bah!... Mientras se hable nuestra lengua, nexo espiritual de la raza y vehículo del comercio...

Timón.—Convendrá usted conmigo en que, constituyendo la emigración española—formada de braceros y horteras y no de intelectuales—una fracción despreciable de la irrupción de italianos, ingleses, rusos, alemanes, polacos, franceses, yanquis, servios, etc., el citado vehículo verbal corre riesgo de quedar harto averiado. Y si hoy que en la Argentina y Chile se habla todavía nuestro idioma, apenas comerciamos espiritual y materialmente, ¿qué intercambio de ideas y mercancías lograremos establecer cuando la inmensa mayoría de los habitantes de esos países lleven apellidos extranjeros y posean cultura, tendencias y gustos diferentes a los nuestros?

—¿Qué opina usted del patriotismo?

—Según. Hay un patriotismo infecundo y vano: el orientado hacia el pasado; otro fuerte y activo: el orientado hacia el porvenir. Entre preparar un germen y dorar un esqueleto, ¿quién dudará?

—¿Para qué cree usted que guerrean los hombres?

—Para adquirir, en caso de triunfo, un pedazo de tierra donde sean prematuramente enterrados.

—¿Y de la vida actual española?

—Para mí—lo he repetido hasta la saciedad—sólo resta a España un ideal accesible: fomentar por sí misma la riqueza de su suelo, y crear a todo trance ciencia e industrias originales, para su prestigio, aumento y prosperidad de la raza.

—¿Cómo juzga usted la España de ayer?

—España tuvo dos cosas excelentes: santos y soldados. Los santos han desaparecido definitivamente, y los soldados, según marchan las cosas, están a punto de acabarse y de acabarnos.

—¿Y escribe usted mucho ahora?

—Lo que puedo. De cada vez me inspiran las cuartillas más supersticioso terror. Hubo un tiempo en que se ennegrecían rápidamente, salpicadas de frases arrogantes y de juicios atolondrados. Hoy, por el contrario, permanecen ante mí largo rato inmaculadas. Cerrados los ojos, aparecen en mi fantasía cual blancos *glaciares* refrigerantes de mis entu-

siasmos. ¿De qué voy a escribir? Cuanto bulle en mi mente es inactual; a nadie interesa. Ciertos recuerdos demasiado íntimos acaso interesarán con exceso; mas, por eso mismo, fuera indiscreto referirlos. Narrar sucesos y episodios regocijantes, no cuadra bien a quien peina canas. Sólo Cervantes y unos pocos genios como él alcanzaron la dicha suprema de cultivar el humorismo en plena senectud. Un joven puede decirlo todo: tiempo habrá de rectificar ofuscaciones, errores o ligerezas. Un viejo debe aspirar a ser grave y definitivo, pues le faltará tiempo para escribir su fe de erratas.

Si las fuerzas no flaquean demasiado, lo más cómodo y socialmente loable para el anciano, es continuar y desarrollar la obra iniciada en la juventud. Y si se considera débil y agotado para la tunción creadora, escriba sus recuerdos, contando a sus discípulos, para ejemplar enseñanza, cómo realizó la ardua empresa que lo condujo al éxito y a la fama.

Nuestra conversación duró media hora. Yo confesé al sabio español mi inquietud acerca de la ignorancia que existe sobre el cáncer. Ramón y Cajal hízome una larga relación en torno de esta planta parásita del cuerpo humano.

Luego, al final, exclamó con un gesto de niño modesto y triste:

—¡No sabemos nada! ¡No se sabe nada! Más de treinta años llevo yo estudiando esas cosas. Y he logrado muy poco. Casi nada. Mejor dicho: nada.

Don Santiago Ramón y Cajal es un niño. Un niño grande y sencillo como todos los grandes hombres que meditan en el umbral del misterio. ¿Dónde está aquella figura arisca? ¿Dónde aquel hombre insociable? En la leyenda. En esa pobre señora sentimental con ribetes literarios. Cajal no tiene vanidad. No podría tener vanidad. Esta prenda no es propia del genio. «El Pensador», de Rodin, está muy bien desnudo. Si lo vistieran, rechazaría la corbata azul. Cajal está muy bien sin vanidad. No lo disfracéis. Mañana no ocultéis su monumento entre colorines y bengalas. No lo atolondréis con la música oficial. Respetad a este hombre sencillo y viril. Cajal en su juventud fué el músculo de la raza. Su figura es de atleta. Cajal en su ancianidad es el cerebro de la raza. Su cabeza es como la copa de un roble trenzada de nidos, todo él es como un roble milenario. Entre el ramaje tiemblan las alas. Bajo el ramaje juegan los niños. Los hombres buscan su sombra.



ALBERTO VALERO MARTÍN discute con el autor el buen temple de una daga florentina.

ALBERTO VALERO MARTIN: El poeta y la toga.—La poesía castellana.—La poesía de los miserables.—El defensor de la carne de horca.—España por sobre todo.—Por cada automóvil, un libro.—Por cada cañón, un lienzo.

VALERO Martín exige el medallón heroico. Su figura pertenece a *Los Conquistadores* del Heredia francés. Mi amigo, el señor duque de Amalfi, es demasiado vengativo. Barrunto que discutió con Valero Martín asuntos de religión, y acaso por esto no vertió al castellano el soneto de Heredia, en el cual Valero Martín va con el hacha al cinto en los navíos de Hernán Cortés.

Porque Valero Martín es un tipo de raza. Yo lo imagino escribiendo sus versos en la corteza de los árboles con la punta de la espada, como D. Alonso de Ercilla; usurpando el sol a las barbas del Popocateptl, como Cristóbal de Olid, o escribiendo las crónicas de campaña en prosa ruda y verídica, como Bernal Díaz del Castillo, fiel testigo ocular de las proezas de Hernán Cortés, cuando éste quemó sus naves frente al puerto de la Vera Cruz, se engarabitó por las cumbres, anduvo a tajos con el sol en las cimas y tomó por asalto la ciudad de Tenoxtitlán. Nunca el ojo humano se agrandó tanto en el asombro como la esmeralda del Valle de México ante la visión de los hombres de España.

Valero Martín, como Hernán Cortés, hubiera tenido la osadía de parar la carroza del monarca. Y al desconocerlo el rey, no sólo le diría que él era el que le había dado más tierras que su padre. Saldría a relucir toda la familia del rey e iría a la cárcel cargado de grillos.

Valero Martín es un hombre muscular y es un poeta muscular, fuerte como Johnson, cojo como Lord Byron, rubio como un personaje de Durero, arrogante como un marino vasco. Estaría muy bien fumando en pipa los crepúsculos del Norte español. Su voz recia recuerda a los hombres del mar.

Sin embargo, nació en Castilla. El, castellano más auténtico que Villaespesa, puede hacer suyos los versos de aquel gran poeta, cuando dice: «bajo los soportales de esta plaza». Hay en Valero Martín dos mo-

dalidades líricas. Ellas pueden dividirse en versos del campo y versos de la ciudad. Su obra es su vida. Valero Martín es abogado. Se graduó en Madrid. En las estrofas de ayer se ve al hombre que se enrolla al cuello la manta zamorana, empuña el cuchillo de monte, se bate por las mozas en los caminos o merienda con el pastor la carne de oveja que entre ambos quitaron al diente del lobo. En las estrofas de hoy se ve al recio ciudadano que viste la toga severa, se enfrenta con la Ley y pide justicia, el puño recio y la palabra recia. De ahí la poesía de los miserables que ahora practica con admirable acierto. De ahí la emoción copiosa que arranca al corazón reseco de los juicios orales. De ahí que la nueva modalidad de su verso sea doblemente sincera.

La severidad de la audiencia; las hoscas figuras togadas; la pesadumbre de los legajos huérfanos de dolor; el fiscal con su figura de Iscariote; el rudo banquillo de los acusados, como cubierto de nudos; el presunto criminal que carga con el delito en los hombros con la indiferencia con que soporta un muerto la losa del sepulcro; el público que acude a la audiencia por cierto placer morboso, ese público más miserable que los acusados, ese público que más tarde irá a una verbena y no sentirá la menor emoción si pasado mañana lee en la prensa que aquel condenado fué al garrote, ese público odioso y pueril que hoy acude a los fusilamientos y ayer acudía a los quemaderos de la Inquisición. La brutal sentencia en la agonía del crepúsculo y en la agonía del hombre; el abrir y cerrar de cerrojos que regularmente comunican la audiencia y la cárcel, ambas servidoras de la Ley, la dama y la fregona, el juez y el esbirro, la orden y la ejecución. La curiosidad de los presos al entrar el enjuiciado en la galera, los únicos espectadores que sienten el escalofrío del drama; la obscura celda, la helada baldosa, el lecho de tosco leño, adonde jamás entra el sol, ese sol más compasivo con las sepulturas de la carne muerta que con los calabozos del dolor vivo; la figura del garrote como una báscula trágica; el verdugo oficial con su aspecto de monte árido y sus manos monstruosas que simulan cepas de parra; los días de visita, cuando los presos se aferran a los férreos barrotes del locutorio del crimen, doblemente cubierto por la tela metálica, refinamiento de la impiedad para que los condenados no vean siquiera los rostros demacrados de sus esposas, los ojos angelicales de las criaturas, el dolor viudo de las hermanas y las frentes venerables de las madres que lloran afuera cubiertas de luto; las tres campanas inmisericordes de la separación, el desgarramiento de la carne vencida, las pesadas sombras que caen en el espíritu de los presos, semejantes a la tierra que baja con las lluvias a cegar los caminos y que hace que las fuentes pierdan el hilo claro para desbordarse en llanto turbio por entre la tierra roja; el crujir de los llaveros como dentaduras siniestras que masticaran carne humana; las historias más negras, las pasiones más rudas, las más hoscas

aberraciones, la confección del asesinato, la premeditación del robo, la cátedra roja del crimen en esa falsa Escuela del Arrepentimiento, todo lo que clama dolor y justicia, resalta como guindajo o como estrella en la poesía de los miserables que hoy cultiva en España Valero Martín. El poeta del campo habló ayer a la tierra desamparada de Castilla, dorada de sol y falta de agua; el poeta de la ciudad habla hoy a la carne carcelaria, crucificada entre rejas, requemada como la tierra, dolorosa como la tierra, sedienta como la tierra...

El despacho de Valero Martín parece, más que despacho de abogado, la armería de un aventurero y pirata, con algo de condotiero y algo de conquistador español. Se dijera que el dueño ha vivido tres vidas pasadas: la del Españoleto, en Nápoles; la de los Dorias, en el mar, y la de los conquistadores de España, en las Indias. Entre los múltiples objetos de valor, resaltan una de las primeras espadas que se fabricaron en Toledo la imperial; una daga florentina que reconocí como auténtica, y que juro haberla visto en las manos de mi amigo y maestro Benvenuto Cellini; un arco indio, que bien puede ser el del emperador Cuahutémoc, después de mellarse su última flecha en la coraza de Hernán Cortés; unos pedazos de la civilización incaica, acaso rotos a un golpe de la espada de Pizarro; una arca india, prodigioso trabajo en cuero, arca en la que traían sus documentos y sus cartas geográficas los emisarios de Rey; un viejo arcón castellano digno de guardar la jura del Cid en Santa Gadea, las cantigas de Alfonso el Sabio o los sabrosos versos del arcipreste de Hita; un autógrafo de nuestro Rey Felipe II; una bula de la Santa Inquisición en tiempos de la España tenebrosa.

¡Bien esté Don Felipe en su descanso del Escorial, enjoyado de gusanos y bajo dos toneladas de piedra! ¡Bien esté nuestro señor Torquemada bajo un derrumbe de tierra, enseñando sus huesos húmedos, pasto de cuervos y festín de perros sin amo!

Valero Martín no está acostumbrado a sufrir entrevistas. Pierde su actitud romancesca; su figura arrogante y tribunicia, desaparece. Simula un niño que por primera vez acude a la confesión, obligado por los padres, bajo la vara del maestro y el gesto inquisitorial del párroco campesino.

Poco a poco, entramos en confianza. Examinamos el temple de una espada. Descolgamos un alfanje. Ensayamos unas pistolas de duelo. Entro a saco en sus libros. Tiene una biblioteca cuidada y pulida.

—¿Naciste en Salamanca?

—No. Nací en Madrid. Pero siento una gran pasión por Salamanca. Parte de mi vida y parte de mis libros son carne de Salamanca, dolor de Salamanca, espíritu de Salamanca. Salamanca es Castilla.

—¿Cuál es tu hombre?

—Ninguno. Mi perdición son las mujeres.

—Digo que cuál es el hombre que te interesa más en España.

—¡Ah! Unamuno.

—¿Y el poeta?

—Emilio Carrere. Es un gran poeta y un hombre de corazón.

—¿Cuántos libros has publicado?

—Unos cuantos: *La moza del mesón*, *Los perros de la alquería*, *Salamanca*, *Castilla madre*, *Mignón*. Pronto publicaré *La poesía de los miserables*. En cuanto pueda, publicaré tres novelas más.

—Aparte de la poesía, ¿qué es lo que te gusta más?

—Los cantos populares. Sobre todo, los cantos asturianos.

—¿De dónde quisieras ser si no fueras de Madrid?

—De Salamanca.

—¿Y si no fueras de Salamanca?

—De Asturias.

—¿Y si no fueras de Asturias?

—De Madrid otra vez.

—¿Y si no fueras español?

—Procurar serlo.

—¿Qué concepto tienes de España?

—Un alto concepto. Yo soy de los españoles que creen que lo mejor del mundo está en España. España no tiene que envidiar nada a ningún país. España tiene todo lo que tienen los demás países y una porción de cosas de que carecen otros países. Se es grande por el espíritu. No se es grande por la fuerza. España tiene un pasado espiritual que está por encima de todas las naciones que viven como tales. Si en el presente estamos escasos de fuerzas, renovémonos; pero sin avergonzarnos. Todos están peor que nosotros en valores espirituales. El imperio de la fuerza bruta dura muy poco. Los cañones conquistan el presente, pero no conquistarán el porvenir. El porvenir es el espíritu. No pertenece a los cañones. Pensemos que el porvenir es nuestro. Si los Estados Unidos tienen una escuadra, nosotros tenemos un Museo del Prado. Una escuadra se hace en diez años. Un Museo se hace en diez siglos. Las guerras pasan y el arte queda. Mientras presentemos por cada cañón un lienzo y por cada automóvil un libro, podemos vivir tranquilos. La civilización de la bencina es como el automóvil que en su carrera vertiginosa ciega de polvo el paisaje. El automóvil pasa. El paisaje vuelve a florecer con las primeras lluvias. El horizonte está ciego de civilización. Ya se despejará. Entonces veremos en pie las tres columnas imperecederas: Grecia, Roma y España.

—¿Dónde has publicado tus primeros versos?

—En *El Liberal*, cuando lo dirigía don Alfredo Vicenti, aquel maestro de periodistas que tanto quería a los poetas.

—Como abogado, ¿qué defensas te gustan más?

—La del crimen pasional.

—¿Y has tenido contrincantes de fuerza?

—En los pleitos, sí. He luchado con La Cierva, Melquiades Alvarez y Bergamín, que yo recuerde ahora.

—Tengo entendido que has sido el defensor en los crímenes más ruidosos.

—En el de los envenenadores, en el crimen del Paseo de Rosales y en otros muchos.

—¿No fuiste el defensor de *Fantomas?*

—Sí. *Fantomas* me dió mucho que hacer. Era un maravilloso ladrón de hoteles. Se han escrito hermosos folletines sobre él en España y en el extranjero. *Fantomas* era un verdadero ladrón de romance. Era verdaderamente genial. Un intelectual del robo.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo la defensa de la madre de Casanella, complicada en la muerte de Dato. Claro que tiene que ir a la calle. Las madres no pueden ser responsables de los actos de sus hijos. Los criminales no nacen: se hacen. La madre de Casanella no parió a un criminal: parió a un hijo. Los criminales los hace el mundo: no los hacen las madres.

Valero Martín gana mucho dinero. Pero no será nunca un abogado rico. Pone demasiado corazón en las cosas. No estaría bien como defensor del Banco de España. El seguirá siendo el defensor de los caídos, el triunfador en los crímenes pasionales, el salvador de la carne de horca. Judit, Margarita Gautier, María Magdalena, *Fantomas*, *Juan José* y el Manelit de *Tierra Baja*, no han sido en España decapitados porque Valero Martín se ha interpuesto con su recia voz de montaña, su puño de boxeador y su corazón de poeta.



D. RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN, acompañado del Arzobispo de Oaxaca, en la ciudad de Méjico, campo de sus fazañas mentales.

DON RAMON MARÍA DEL VALLE INCLÁN: Notas de su primer viaje a México.—Lo que realmente hizo.—Lo que dice él que hizo.—De Veracruz a la Coruña.—Notas de su segundo viaje.—Una comida íntima.—Valle Inclán y monseñor Guillow.—Las niñas cursis.—Valle Inclán y los españoles.

Si Valle Inclán careciese de talento, como carece de leyenda, sus aventuras — contadas por él mismo —lo harían inferior a cualquier tipo pintoresco de los que ambulan por los cafés de Madrid. Don Alonso de Pujana sería más interesante que Valle Inclán.

Pero Valle Inclán tiene talento. Luego, los abalorios de sus falsas aventuras tienden a pintar al hombre tal cual es. Su historia literaria seguirá en pie como un faro en un recodo del mar. Nadie discute al príncipe de los orfebres en las letras actuales. Se discute al Tartarín de Cambados.

Valle Inclán estuvo en México hace muchos años. El panegirista de la Niña Chole y de otros motivos mexicanos, conoció las tierras aztecas. Vió con sus propios ojos los usos y costumbres de aquel imperio que conquistamos y que no conocemos todavía. La conquista de México parece un sueño homérico. La Dominación, una comedia de Eurípides. México es tierra abonada para la heroicidad y para la aventura. Valle Inclán no fué heroico ni aventurero. Entonces fué en México un emigrante vulgar. Y en su vida de emigrante no encontraremos una nota que merezca el marco de la aventura o el oro de la leyenda.

¿Qué hizo Valle Inclán en México? El burro, como solemos decir en estas tierras llanas. Durante su primer viaje, no hizo nada. Durante su segundo viaje, no dijo nada. Digo, dijo dos o tres tonterías impropias de su talento y de su figura.

Cuando llegué a México quise saber si eran ciertas las aventuras de Valle Inclán. Los escritores que habían leído, como yo, el relato de sus lances, se limitaron a sonreir por respeto al literato. Los otros reían a mandíbula batiente. Pregunte usted a don Fulano—me decían—. Lleva sus aventuras en la petaca, escritas en un papel de fumar.

Don Fulano es don Baldomero. Don Baldomero es un hombre orondo y jovial que cuenta más años que Valle Inclán. Esto es, casi tantos como Matusalén. Desde hace mucho tiempo vive en México como un capitalista, sin tener un ochavo. Es un gran diplomático. Su verborrea castelarina, sus ribetes románticos y su agradable socarronería asturiana, le hacen superior a sus paisanos. Suele lanzar sobre ellos todo el peso de sus grandezas pasadas. Los domina. Don Baldomero recuerda a esos viejos condes tronados que explotan a maravilla sus pergaminos. No se salvan ni los descendientes de la servidumbre. «Tu padre cuando era mi criado...»

Así habla don Baldomero. El caso es que tiene sus correspondencias literarias con los viejos covachuelistas de la política española. Consigue cruces y prebendas que reparte entre los gañanes sedientos de ser señores o entre los mestizos que buscan un salvoconducto de raza en la cruz de Isabel la Católica. Ahora busca una cruz para Palamerdini. Palamerdini es un injerto de india y de emigrante italiano. Tiene alma de gallinuela. La colonia italiana es muy corta. La española es numerosa. El tiene un periódico. Palamerdini quiere ser español. Hay que darle una cruz. No está mal. La cruz, antiguamente, era la horca de los villanos.

Pero volvamos a Valle Inclán. Había que hablar con don Baldomero. El viejo amigo de Valle Inclán es una especie de Arca de Noé.

—Don Baldomero. ¡Estará usted contento!

—¿Por qué?

—Porque vuelve a México Valle Inclán.

—Es un poco ingrato. Desde que dejó de llamarse Ramón Valle, no se acuerda de mí. Sin embargo, yo lo quiero mucho. Me causa admiración, cuando pienso que aquel mozo de antaño es hoy el príncipe de las letras españolas. ¡Nadie lo creería!

—¿Por qué motivo?

—Por muchos. Entre otros, porque escribía muy mal.

—¿Muy mal?

—Y muy lento. Los amigos queríamos ayudarle a toda costa. Pero era imposible. Se le encargaba un artículo para el día siguiente y tardaba un mes en escribirlo. Eran unas cuartillas amazacotadas de palabras completamente obscuras.

—¿No escribía con facilidad?

—No. Era para él una tortura.

—¿Y no hizo otra cosa en México?

—Tampoco. E hizo bien. No serviría. Odiaba el trabajo material.

—Luego, ¿lo pasó mal de veras?

—Muy mal.

—¿Y sus arrestos?

—¿Qué arrestos?

—Sus aventuras en México.

—Las habrá soñado.

—¿No es verdad que ha tenido muchos duelos?

—Muchos.

—¿Con quién?

—Con el hambre. Era muy orgulloso. Esa virtud española nunca le abandonó.

—¿No es verdad que se batió con el director de un periódico porque le cortaron un artículo?

—Mentira.

—¿No es verdad que arremetió a estacazos con todo un cuerpo de redacción porque lo acababan de insultar en la edición matutina?

—Mentira.

—¿No es verdad que en la mañana de un domingo penetró en la Catedral de México, montado en un caballo blanco, para oir misa?

—Eso es un sueño de *Las mil y una noches.*

—¿No es verdad que perteneció al Ejército en tiempos de don Porfirio Díaz, y que alcanzó el grado de Mayor, batiéndose contra los indios yakis?

Don Baldomero lanzó una carcajada que estremeció el café. Don Baldomero padece de asma.

—¡Hombre!...

Se ponía rojo. Lo ahogaba la tos. Volvía la carcajada.

—¡Hombre!...

Nueva carcajada. Nuevo acceso de tos.

—¡Hombre!...

El dependiente le dió dos o tres golpes en la espalda.

Don Baldomero pudo hablar. Le lloraban los ojos de risa.

—¡Hombre! Esas son fantasías mediterráneas. Valle Inclán no fué Mayor. No fué siquiera soldado. Iba a ser, que es diferente a ser.

—Explíquese usted.

—Me explicaré. Después de su vida errante bajo la Luna del Valle, dejó la capital. Se fué a Veracruz. Allí estaba desesperado. No tenía dinero. El Gobierno reclutaba gente para combatir a los indios de la Sierra. No se salvaba ningún vagabundo. Claro que este abuso de autoridad no llegaba a los extranjeros. Si se alistaban, era voluntariamente. En estas circunstancias me encontré con Valle Inclán en Veracruz. Me dijo que estaba aburrido. Que se iba a meter a soldado.

—Eso nunca—le dije yo.

—¿Qué voy a hacer?

—¡Cualquier cosa! Pero eso es lo último.

—Pues no encuentro otra solución.

—¿Qué necesitas?

—Trabajar o ir a España.

Lo miré con asombro. Lo primero no lo creí. Lo segundo me pareció bien. Valle Inclán escribió unas semanas en un periódico local. Yo era el gerente. Pero no le gustaba el periodismo. Entonces decidió irse a España. Zarpaba un barco. Valle Inclán tomó pasaje desde Veracruz a la Coruña. Fué lo mejor que pudo hacer. Todo, menos ser soldado entre gentes de leva.

—Eso no se lo perdonará a usted Valle Inclán.

—¿Por qué?

—Porque él hubiera querido ser soldado.

—No lo crea usted. Hará literatura sobre eso. Pero es más fácil hablar de la Epopeya de Hernán Cortés que llevarla a cabo, personalmente, con un puñado de hombres.

En aquellos días llegó Valle Inclán a México. ¿Qué dirá ahora Valle Inclán? No dijo nada. Iba invitado por el Gobierno para dar unas conferencias. El Gobierno, no sabiendo cómo contentar a las chusmas militares, implantó la repartición de tierras. Las propiedades españolas sufrieron estas consecuencias. Valle Inclán hizo una frase: «La tierra es de quien la labra». Los españoles se indignaron. Todo español de relieve que va a México, es agasajado por los españoles. Los españoles no agasajaron a Valle Inclán.

En cambio le agasajó el presidente de la República. Los dos mancos aparecieron juntos en una corrida de toros. Ocupaban un palco adornado con los colores nacionales. Parecían juntarse para formar una sola aspiración. Obregón es un gran general que hace versos medianos. Valle Inclán es un gran escritor con la manía de ser heroico. Acaso pensaban: «No hay hombre completo.»

Valle Inclán pronunció otras conferencias. ¿Temas? Ninguno. Si hablaba de religión, eran iguales Juliano el Apóstata que el Nazareno o que Poncio Pilatos. Si trataba de la Conquista, lo mismo daban Hernán Cortés que José María *El Tempranillo*. Los oyentes se divertían mucho. Pero nadie daba una opinión concreta.

Todos decían:

—Es muy pintoresco.

Ningún español visitó a Valle Inclán. Yo iba a hacerlo. Siquiera como periodista. Pero Valle Inclán dijo que no quería nada con la Colonia Española. Yo, antes que periodista, soy español. Tampoco visité a Valle Inclán.

¿Cómo nos vimos? En aquellos días se presentó en mi redacción un poeta. Era el secretario del embajador de una República centro-americana. Tenía cara de angelote de viejo retablo.

—Vengo de parte del embajador de mi República—me dijo—a invitar a usted a una comida íntima que se celebra mañana. Es en honor de

monseñor Guillow, arzobispo de Oaxaca. No hay más que dos invitados de honor: don Ramón del Valle Inclán y usted.

Salté del asiento. Ya repuesto, le dije:

—Diga usted al señor embajador que lo siento mucho. Comprendo su equivocación. Pero declino ese honor en don Rafael Altamira. Yo no soy hombre barbudo. Me parezco a los chinos.

El poeta partió escaleras abajo. Volvió a la media hora.

—Dice el señor embajador que no se ha equivocado. Que es a usted a quien invita a comer mañana.

No había duda. Era a mí. Iría a la famosa comida.

El poeta, no sabiendo cómo pagarme aquella atención, me dejó un soneto para el periódico. Eran catorce endecasílabos pregonando las excelencias físicas de una de las hijas del embajador...

Acudí a la comida. Se celebró en un palacete de la Colonia Roma. Allí estaba la embajada. La gente cruzaba rápidamente ante las viviendas floridas. Era la hora de los toros. Yo me aburría en el camino. Iba como a los funerales de un desconocido.

Llegué a la residencia del embajador. Me salió al encuentro una señorita muy fea, muy seria, vestida de azul. Tenía nariz de lechón en víspera de Nochebuena.

Se limitó a decirme:

—¿Trae usted fotógrafo?

—No, señorita. Pero mandaré a buscarlo.

Ni me dió las gracias. Acudí al teléfono. Llamé al caballero de las placas.

Lo comprendí todo. Yo tenía un periódico. En estos casos, el periodista siempre es un individuo de honor.

Me introdujeron en la sala. Pero por señas. Me señalaron el asiento. También por señas. Reinaba un silencio mortuorio. ¿Estarían rezando? No. Era que el señor arzobispo pensaba en la séptima oración de su charla perpetua de anciano con dos autoridades: la de la vejez y la de la alta jerarquía eclesiástica. Valle Inclán permanecía silencioso. El embajador, sentado en medio de la reunión. Quieto y con las manos cruzadas sobre el ombligo. Parecía un ídolo azteca.

Las niñas rodeaban a monseñor.

Tenían la actitud de dos muñecos sentados a la diestra de Dios Padre en una caricatura profana.

Cuando monseñor lo creyó oportuno, nos acercamos a la mesa. El comedor olía a incienso y a cera. Estábamos casi a obscuras. La poca luz que había recordaba a esas lamparillas que tiemblan en las hornacinas, en el recodo de los caminos. A un lado y otro de monseñor, volvieron a sentarse las niñas. Parecían dos flores mustias de altar. Monseñor era el santo. Se sentó el embajador. A un lado y otro, Valle Inclán y

yo. Parecíamos dos blandones. El embajador era el muerto. Aunque no había tal. El embajador era simplemente anodino.

A todo esto, no cruzaba una palabra con los dos blandones. Eramos simples cachivaches literarios en aquella comida a un ministro del Señor...

Valle Inclán no habló casi nada. No lo dejaría monseñor. Se limitó a decir que España no tenía remedio. Que vendría una revolución como en Rusia o que llegaría la república católica-socialista. El presidente sería Ossorio Gallardo. Yo creo que Valle Inclán pensaba: «Yo seré entonces embajador de España ante el Papa.»

Monseñor Guillow nos abrumó con la narración de sus viajes por las cinco partes del Globo. El señor arzobispo era persona cultísima. Digo era, porque ha muerto hace poco. Dejó en el testamento unos doce millones de pesos. Fué el que casó a D. Porfirio Díaz, presidente de la República durante treinta años. Cuando murió, estaba propuesto para cardenal. Era una gran figura mexicana. Un alto prestigio de la Iglesia Católica. Pero nos abrumó. Chocheaba. Ya tenía ochenta años.

La comida fué larga. La tarde, de plomo. No conté los platos. Acaso eran siete. Yo me purgué siete veces. Pero había que ser educado. Aristócrata. Desde entonces tengo un concepto pésimo de la aristocracia y de las embajadas. No me convidan a otra.

El señor arzobispo dejó el asiento. Fuimos hacia la sala. Yo respiré. Quise despedirme. Irme a la calle. Temí asfixiarme en aquel ambiente. Me parecía una reunión de idiotas vestidos de semidioses. Podía contagiarme. No pude irme. Nos sentaron de nuevo. Faltaba el café. Faltaban los autógrafos. El café, pase. Pero, ¿y los autógrafos? ¿No protestaría Valle Inclán? No protestó. Salió a relucir un álbum. Escribió monseñor. Después, el embajador: el padre de las niñas. Tocóle su vez a Valle Inclán. Ni un gesto. Cruzó una pierna sobre otra, buscó la página más pulcra y escribió unos renglones. Al pie, con toda mesura, trazó su larga firma semejante al ancla que lleva en el cuello el marino. Llegó el álbum a mí. Después fué a manos del secretario. El enamorado de la hija del embajador, dejó allí un poema en siete cantos. Sólo faltaba la firma del criado. ¿Terminarían los autógrafos? No. Faltaba el álbum de la otra niña. Se repitió la escena. Siguieron las firmas. Valle Inclán dejó su ancla de marino en una página con el borde de oro.

Por fin, nos íbamos. Valle Inclán besó cristianamente el anillo pastoral a Monseñor Guillow. Yo me limité a estrechar la mano del señor arzobispo.

Salimos a la calle. ¡Al fin solos!

—Suba usted a mi automóvil—me dijo Valle Inclán.

—Gracias. Me espera este otro.

—Despáchelo usted. Este es el mío.

Yo agradecí la deferencia. Pero sonreí. No era de Valle Inclán. Era el automóvil del Gobierno.

Valle Inclán no era el personaje de Madrid. Se deshacía en cumplidos sociales. Vestía como cualquier señorito elegante y acéfalo: chaleco de fantasía, chaquet flamante, pantalón a rayas y polainas a cuadros. Las botas, como un espejo. Llevaba sombrero Borsalino. La pobre capa española iba tirada en un rincón del automóvil como un recuerdo de pasadas glorias.

A Valle Inclán sólo se le podía identificar por las antiparras. No preguntéis por sus barbas de chivo. Hay que verlas con lupa. Cuatro pelos sin rumbo para no desmentir el soneto de Rubén Darío. No tienen otro objeto.

Comentamos aquella reunión absurda. Florecieron las burlas. Dejamos la Colonia Roma. Salimos al paseo de la Reforma con dirección a la estatua de Carlos IV. Quise saber la opinión de Valle Inclán sobre los poetas españoles y americanos.

—¿Qué le parece a usted Unamuno?

Hizo una mueca:

—Está en la Argentina.

—¿Y Antonio Machado?

Valle Inclán hizo otra mueca.

—¿Y Amado Nervo?

Tercera mueca.

—¿Y Carrere?

Cuarta mueca.

—¿Y Lugones?

Quinta mueca.

—Por aquí está Rey Soto.

—Sí. Vi a un curita en el barco. Me dijeron que era él.

Le hablé de Díaz Mirón. Valle Inclán sonrió. Entonces le hablé de Ardavín. Lo juzgué uno de los mejores poetas de España, entre los jóvenes.

Don Ramón rompió a hablar:

—Ardavín no es un poeta joven. Es tan viejo como el Greco. Son contemporáneos.

—¿No hay poetas jóvenes en España?

—Que yo sepa, ninguno.

Corté la conversación. Llegamos a nuestro destino. Cuando descendí del auto, me dijo:

—Venga usted por mi hotel. Tendré el gusto de recibirle.

No fuí por el hotel. Recordé que no quería nada con los españoles.

Valle Inclán siguió en México sin decir esta boca es mía. Hasta la

víspera de subir al tren rumbo a Laredo. Lo acompañaba un poeta melenudo: Salomón de la Selva.

En el andén preguntóle un periodista mexicano su opinión acerca de un alto personaje español.

—¿Eze? Eze ez un percebe.

—¿Y si hubiera una revolución?

—¿Qué?

—¿Qué haría?

—Correr. Ez un cobarde.

Valle Inclán escupió estas frases y desapareció. La prensa dijo horrores de Valle Inclán. Valle Inclán no contestó una palabra. En esto, hizo bien. Pero, cruzada la frontera, dijo pestes de los españoles. Mintió a sabiendas. En esto hizo mal. Sobre este asunto sigue mintiendo en Madrid. Los españoles de México, según él, lo querían comprar para que defendiera sus causas sucias. ¿Cómo? Regalándole un automóvil que costaba catorce mil pesos.

—¿Y qué hizo usted? -le preguntaron.

—Despacharlos con viento fresco. Eso es lo que hicieron con Sánchez Mejías. Confunden los valores. Son muy brutos.

Soberana mentira de Valle Inclán. Los españoles sabían que iba llamado por el Gobierno de México para defender una causa que iba contra las propiedades españolas. Luego, ni se acercaron por el hotel en que se hospedó Valle Inclán como huésped de honor del Gobierno mexicano.

Y es que Valle Inclán miente sin arte: Todo lo contrario que cuando escribe.

Es fama que contaba a Benavente, que había perdido el brazo en un hecho glorioso de no sé qué guerra. Todo el mundo sabe que se lo partió Manuel Bueno de un estacazo. Valle Inclán recordó a Cervantes y a otros mancos ilustres. Fué cuando Benavente le dijo:

—¡Ramón, Ramón, que no fué en Lepanto!

Y aquí terminan las aventuras de don Ramón María del Valle Inclán...



CARLOS MENDIZÁBAL, autor de «Pygmalión y Galatea»

CARLOS MENDIZABAL: El coronel de Ingenieros.—El novelista.—«Pygmalión y Galatea».—«Anafrodisis».—«El sexto sentido».—En los Altos Hornos de Bilbao.—Sus inventos.— La riqueza de España.—La fe sobre la ciencia.

No hay escritores raros. Hay escritores claros u obscuros. Cuando el escritor se juzga raro a sí mismo, corre el peligro de ser obscuro. Cuando los lectores juzgan raro a un escritor, entonces son ellos los que corren el peligro de ser obscuros. Porque los escritores son serios o no lo son. El literato es otra cosa. Puede ser un gran literato y no ser un gran escritor. Carlos Mendizábal es lo contrario. Es un escritor serio. No un literato. Dentro de España es un escritor original. Fuera de España, deja de ser original para ser fundamental. La pasión, la elegancia, el sol y el azul de la novela española, son asuntos meridionales. El Norte apenas si nos trae un dolor propio. Ese dolor que es como la cepa del roble desintegrada de la tierra. Las novelas del Norte se desarrollan en las playas de moda. Plano contrario a su novela fundamental. El Sur triunfa en España. Es el personaje. Levante nos sonríe. Es la escenografía. En esos momentos aparece Carlos Mendizábal con sus novelas. Mendizábal no es un poeta del color. No es un pintor coruscante. Mendizábal es coronel de Ingenieros. Tiene una vasta cultura. No es cultura de raza. Es conocimiento de razas. Su espíritu traspasa las fronteras. Se universaliza. Estudió durante treinta años. Trabajó mucho. Pensó mucho. Escribió mucho. Pero guardó las cuartillas. Así reunió diez y seis novelas.

Ahora, cuando la madurez da su cosecha, comienza a publicarlas, lanza al mercado *Pygmalión y Galatea*. Es natural que inquiete. No es un ingeniero de caminos el que escribe. Es un discípulo de Wells. Pero ejecuta por cuenta propia. Bebió en la fuente como cualquier caminante y siguió su destino. No se limita como el sastre a copiar un patrón. Se trata de una novela científica, completamente inglesa. Enseña y estremece. Londres con su tumulto de chimeneas en la niebla, y su cerebro, rojo como un lingote sacado del horno, aterriza, con sus alas metálicas

de hidroplano, entre las alondras de Castilla. ¿Son inferiores las alondras? No. Son simplemente distintas. Es lo que sucede con *Pygmalión y Galatea* en relación a la actual novela española. Lo mismo que irá sucediendo con la formidable escuadra de libros que irá lanzando al mercado el ingeniero español.

En España se pinta un lienzo. En Inglaterra se traza un camino. El español es pasional. El inglés, cerebral. Ya hemos dicho que Mendizábal hace novelas inglesas. Sin embargo, *Pygmalión y Galatea* no es solamente cerebral. Es una gran novela espiritual. El autor no pudo sustraerse a su íntima raíz española: el milagro de la fe sobre el milagro de la ciencia. El doctor Rathenow es un inventor maravilloso y diabólico. Se enamora de una mujer espiritualmente católica. Rathenow fracasa. Lo deslumbra una belleza judía. Ella encuentra el modo de ascender socialmente. La vanidad y el dinero le dicen al oído palabras brujas. Se casa con Rathenow. Pero Rathenow no es feliz. Ella tampoco. Se traicionan ambos. El se entrega a la ciencia. Ella, a un amante. Rathenow piensa en la otra. Pero la otra está casada. La conquista será imposible. Rathenow logra hacer prodigios en su laboratorio. Llega a espantarse de sí mismo. Sus aparatos duplican los seres. De un ratón sale otro ratón, de una mano otra mano, de un hombre otro hombre. El original y la copia son iguales. Se confunden. Entonces piensa en copiar a la mujer que lo rechazó. Fabricarla. No robarla. Para esto aprovecha la ocasión de venir ella al laboratorio a curarse. La copia sale perfecta. Pero al poco tiempo nota que es una mujer bella y mecánica. No pudo copiar el alma. El marido del original ha recibido noticias de haber visto al doctor Rathenow con su mujer. La compañía de Rathenow era la copia. Pero la policía no tiene por qué saber de estas cosas. Se presenta en casa del médico. Puede haber un adulterio. Se registrarán las habitaciones. Rathenow ve que su secreto va a ser del dominio público. Por otra parte, ha fracasado espiritualmente. Desciende al subterráneo. Se vale de la dinamita. Vuela con el edificio. Muere con el secreto de su ciencia envuelto en su derrota. La derrota de Satán, como acertadamente dice Emilio Carrère. El espiritualismo contra el materialismo.

Después de leer *Pygmalión y Galatea*, medité la entrevista con el autor. Tenía que ser un hombre interesante. Quise saber su manera de pensar sobre otras cosas, si se formó como yo creía. Sobre todo es raro que un hombre escriba tantos libros y no los publique hasta ahora. Hay que pensar que Mendizábal no tiene que andar a caza de los cinco o diez duros de colaboración literaria.

Me citó en el Casino Militar. El coronel de Ingenieros me confiesa que tiene más de cincuenta años. Pero en realidad representa unos cuarenta y dos. Es persona sencilla, sumamente educada. Hablamos. Comimos. Dimos un paseo por el Madrid moderno. Para encontrar al escritor,

es necesario conocer antes al ingeniero. Porque la personalidad literaria de Mendizábal tiene dos fundamentos: su carrera y su crencia religiosa. Veamos cómo el escritor surgió de la lectura.

—¿Cuál fué su primer trabajo importante como ingeniero?

—El proyecto y dirección de dos baterías de costa en la fortaleza de la Mola, en Mahón, para piezas de 21 y 30,5 centímetros. Este trabajo lo hice en 1886 a 1888.

—¿Y después?

—El proyecto de alumbrado eléctrico para Zaragoza, en 1890. Terminado este trabajo, comencé como ingeniero de laminadores en los Altos Hornos de Bilbao.

—¿Estuvo mucho en los Altos Hornos?

—Sí, señor. En el 93 ya era director de la fábrica. Hasta 1901.

—¿Y luego?

—Terminé los proyectos de «Maquinaria y Metalurgia Aragonesa» de Zaragoza.

—¿En qué año?

—En 1901. La gerencia de dicha sociedad la abandoné en 1907.

—¿Y después?

—Me ocupé, en Barcelona, de la formación del Sindicato «Patentes Mendizábal», para la explotación de un trasmisor hidráulico de velocidad variable. Esto sucedió en 1907. Más tarde, en 1912, formé en Madrid el «Sindicato del Avión Mendizábal».

—¿Formó usted en Zaragoza la «Comisión de Estudios Electrosiderúrgicos»?

—Sí, señor. En 1917.

—¿Qué más?

—En 1918 terminé el proyecto de fábrica de aceros para Santa Eulalia, en Teruel. En 1921 otro proyecto de fábrica de aceros especiales para Calatayud, en Zaragoza. En ese mismo año también formé en Zaragoza el «Sindicato Radiotelégráfico Mendizábal».

—¿Y el «Sindicato de Ensayos del Cinisófoto»?

—También es cosa mía. Lo fundé en Zaragoza en el propio año. Pero, ¿a qué vienen estas preguntas tan ajenas a mis libros?

—No lo crea usted. Todo lo fundamental de su literatura parte de sus trabajos como ingeniero. Sobre todo, como inventor.

—Creo que no va usted mal.

—Lo sé. Ahora falta lo más importante.

—Lo espiritual.

—Eso mismo. ¿Es usted católico?

—Completo.

—Me lo figuraba. ¿Ha viajado usted mucho?

—Bastante. He estado en Francia, en Alemania y en Inglaterra.

—¿Qué literatura le gusta más?

—La inglesa. Yo he bebido en fuentes britanas y teutonas. Wells me ha enseñado muchas cosas.

—¿Qué raza le interesa a usted más?

—La mía.

—¿Pero cuál cree usted que es superior?

—La sajona.

—¿Y la inferior?

—La francesa.

—¿Qué opina usted de España con relación al extranjero?

—Que ha imitado muy bien los vicios.

—¿Y virtudes?

—Ninguna.

—¿Y el porvenir de España? ¿Es usted optimista?

—Completamente. Es un deber de todo español.

—¿Cree usted que el porvenir de España está en el exterior?

—No señor.

—¿Y dónde?

—En el interior. En España misma. En el exterior está la muerte. Tenemos en el suelo la vida. En el subsuelo, la riqueza.

—Explíqueme usted.

—La riqueza mineral de España es asombrosa. El subsuelo está casi virgen. Somos como esos miserables que viven en covachas pudiendo habitar palacios. Debajo de la covacha está el tesoro. Pero no hacemos nada para desenterrarlo. Intentamos levantar las baldosas. Las hallamos frías. Un tanto pesadas. Entonces las dejamos caer de nuevo. Nos acostamos. Así vamos viviendo. Seguimos durmiendo sobre el camastro. El tesoro sigue debajo de las baldosas. Imitamos muy bien a Diógenes. Pero no nos conformamos como Diógenes. Somos pobres y fanfarrones. Los viejos hidalgos nos dejaron esa mala herencia. Nuestro derroche está en el subsuelo.

—¿Ejemplos?

—Cualquiera. En la provincia de Teruel existen, a cuarenta kilómetros de distancia media, por una parte 300 millones de toneladas de mineral de hierro, tan bueno como el de Bilbao, como el que hubo en Bilbao. Por otra, 1.900 millones de toneladas de lignito, capaces de dar constantemente 500.000 caballos de potencia durante doscientos años. Pues bien: el uso que de ello se hace, es exportar el mineral de hierro lucrando a la provincia en una peseta por tonelada, mientras que si la energía producida por el carbón se invirtiera en transformar el mineral en acero, cada tonelada de ese mineral dejaría en la provincia ciento veinte pesetas. Multiplique usted, si se atreve.

—¿Quiere decir que la industria en España sigue estancada?

—En absoluto.

—¿Y el capital de España?

—En los Bancos, al tanto por ciento o en fincas muertas. Esa riqueza es precisamente el signo de nuestra pobreza. La comodidad y la molicie han matado el nervio y la actividad. Todo español debería viajar. Así se daría cuenta de que las riquezas de otras naciones, la misma fuerza internacional qne poseen, son productos directos del desenvolvimiento de sus industrias respectivas. El estancamiento español, inclusive el espiritual, depende de no explotar el subsuelo. El exterior no existe. No puede existir. La riqueza exterior depende de la fuerza interior.

—¿Cómo le dió por escribir?

—Después de treinta años de leer. A fuerza de dedicarse a leer, cae uno en el vicio de escribir. Jamás he pensado ser escritor. Adquirí ese vicio como se adquiere el de la morfina: sin darse cuenta. Cuando el morfinómano se da cuenta de su vicio, ya es imposible la enmienda. Lo mismo me sucedió a mí como escritor.

—¿Y no desatiende su carrera por la literatura?

—Ni en lo más mínimo. Siempre discipliné mis horas. Siete, como ingeniero; siete, como escritor. Me quedan diez para dormir, comer y demás pormenores.

—¿Y cómo no publicó antes sus libros?

—Porque no tenía interés. Por otra parte, tenía miedo que no fueran del gusto del público y de la crítica.

—¿Y qué le movió a publicarlos?

—Probé antes. En 1909 publiqué, en dos volúmenes, *Elois y Morloks*. Lo hice con pseudónimo. Se agotó la edición. La crítica seria se portó bien. Bernardo G. Candamo escribió un admirable juicio. Estas, otras cosas y los consejos de una autoridad como J. García Mercadal, hiciéronme perder el temor. «Renacimiento» amparó mis obras. Así van, lentamente, viendo la luz.

—¿Cuántas contrató con «Renacimiento»?

—Cuatro. *Pygmalión y Galatea, Anafrodis, El sexto sentido* y *La Colisión. Anafrodisis* acaba de ser publicada.

—¿Cuántas le quedan inéditas?

—Unas doce. El parto es tardío, pero abundante.

—¿Qué arte le interesa a usted más?

—La música. Pero la música de los grandes clásicos. Me molesta el «Tango Argentino».

—¿Qué escritor español le interesa más?

—Don Francisco de Quevedo. Es el verdadero genio español. No tenemos otro que se acerque a él.

—¿Es usted vasco?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por el apellido.

—No señor. Soy de Zaragoza. Nací el 64. Me casé el 91. Enviudé el 12. Tengo once hijos. Mi aspiración es encauzarles en la vida. No soy, pues, partido apetecible. Ni siquiera puedo ser la salvación de ninguna solterona.

Me despedí del coronel de Ingenieros. Hice mi juicio. Leí *Anafrodisis*. Es una obra de humana exposición, cuajada de honda psicología. Resplandece el escritor doctrinario. Todas las obras de Mendizábal van unidas a un criterio fundamental. Ese criterio pasa de un libro a otro, bajo la marejada del idioma, como el cable que va oculto bordeando costas, cruza los mares y cumple su destino de comunicación perpetua entre diversas naciones y diversas razas. Los tipos de sus novelas son reñidamente antagónicos. Morales e inmorales. El tipo moral, el tipo de su doctrina vence al tipo amoral o científico. Lo contrario que sucede en la novela de actualidad, bien sea extranjera o española. Mendizábal presenta abiertas al sol todas las monstruosidades del cuerpo. Enfrente de ellas se yergue la vara de diamante del espíritu. Lo noble vence a lo ruin. Lo divino derrota a lo humano. Es cuando empieza a inquietar este moderno escritor. Surgen la astronomía, la teosofía, las matemáticas. Mendizábal no es astrónomo ni es teósofo. Es un escritor laico. Un creyente sincero de la Iglesia Católica. Leyéndolo, de repente piensa uno en Edgar Poe. No. No hay eso. Recordamos a Flammarión. Tampoco. Apenas si hay puntos de contacto. Pensamos en Kellerman. La estructura de *Pygmalión y Galatea* tiene algún parentesco con *El Túnel*. Pero tampoco es esto. *El Túnel* es una novela materialista. *Pygmalión y Galatea* es una novela espiritualista.

Y es que Mendizábal tiene personalidad propia. Se ha hecho a sí mismo. Bebió en literaturas antagónicas a la española. Pero no se contagió de ninguna. Su capacidad es ancha y clara. Su voluntad es fuerte. Su cerebro se dedicó al análisis. Se asimiló aquellas cosas dignas de asimilación. Lanzó lejos de sí la paja. Su criba espiritual resguardó su figura literaria. Surgió el escritor personal. *El sexto sentido* es la historia de un reinado. Armará un escándalo en Inglaterra. Es aun superior a *Pygmalión y Galatea*. Está maravillosamente escrita. Limpia de estilo. El hombre de ciencia colocóse en los hombros el capelo. Afinó la intención. Dignificó la sonrisa.



EUGENIO NOEL, que cree que las fiestas de toros deben desaparecer en España.

EUGENIO NOEL: Su triunfo y su calvario en Cuba.—El hijo de Noel.—Notas de un voluntario.—Arte racial.—El nervio de la raza.—La condesa de la Vega del Pozo.—En el sótano de Leganitos.—Sesenta y un procesos.—Treinta y siete años y treinta y siete libros.—El flamenquismo y la raza.—Los intelectuales y las fiestas de toros.

NOEL es el cirujano del pueblo. Pero el pueblo quiere que ensalcen sus vicios. No quiere cirujanos. Noel combatió el flamenquismo en España. El pueblo no perdona estas cosas. Se puede decir que Costa era un mal español. Se puede gritar que Cajal no es un sabio. Eso no tiene importancia. Pero no se puede decir que Sánchez Mejías es un mal torero. Se corre el peligro de ser juzgado como a Judas Iscariote. Noel va de vez en cuando a «El Gato Negro». Tiene un compañero, su hijo. Pero a Noel es más fácil hallarle en «El Cocodrilo», esa popular cervecería de la Plaza de Santa Ana, cuyas paredes, decoradas por Bagaría, prestan una nota de buen humor y de arte ligero. Se trata de una fauna pintoresca hecha como a ingrávidas pinceladas. Noel me presenta a Bagaría. Bagaría me presenta a Sancha. Sancha acaba de llegar de Londres. Los dos formidables humoristas se confiesan, ante unos enormes bocks de cerveza, sus travesuras mentales.

¿El lector conoce a Eugenio Noel? No se extrañe por la pregunta. Contestará que sí. Acaso alguno diga con aire de suficiencia: ¡Cómo no hemos de conocerlo! Lo conocen en todas partes. Habla muy bien. Pronuncia conferencias. Censura la fiesta de toros.

Y yo digo: No. Ese no es Eugenio Noel. No confundamos lo espiritual con lo pintoresco. El cerebro con el traje. El corazón con la mochila. Eugenio Noel es otro. No se puede barajar con los toreros. No se puede decir Noel y «El Gallo». Hay que decir Noel y Ortega y Gasset. Noel y Terradas. Noel y Goyanes. Noel y Julio Antonio. Noel y su obra. Noel es el autor de las *Notas de un voluntario en Melilla*. El que escribió *Alma de santa, El Rey se divierte, Alegretto de la VII sinfonía de Bethoven, La Providencia al quite, Nervios de la raza, Señoritos chulos, Cornúpetos y*

bestiarios, Castillos en España, República y flamenquismo, Lo que vi en la guerra, Escenas y andanzas de la campaña antiflamenca, Las capeas, Semana Santa en Sevilla. Se trata del Eugenio Noel de *Vida de santos, Aguas fuertes ibéricas, Monasterio silencioso.* Eugenio Noel es el que tiene treinta y siete años y treinta y siete obras macizas. Noel es el perpetuo peregrino por tierras de España. El eterno inquieto por un ansia de mejoramiento intelectual y racial. El que afrentaron los españoles en Cuba, porque acaso les habló de Falla, de Joaquín Costa, de Cajal y de Ortega y Gasset, en vez de hablarles del gaitero de Libardón, de la Marcha Real, de los versos de Cavestany, de nuestros héroes en Marruecos y de la Compañía de Jesús.

En «El Cocodrilo» hicimos lo que Bagaría y Sancha: beber cerveza. Me fijo en los tarros ventrudos. Tienen forma de hipopótamo. ¡Rara forma! Es cosa de empezar por la zoología:

—¿Cómo te han tratado en Cuba?

—El público, muy bien. Los merolicos de la Colonia, muy mal.

—¿No patrocinaron una de tus conferencias las mujeres?

—Sí. Eso fué al final. Aquellas damas honorables, aquellas mujeres adorables, tuvieron un gesto espartano. Me dieron la razón que no se atrevieron a darme los hombres. Guardo de ellas un dulce recuerdo. Para ellas y para los obreros, florece mi gratitud.

—¿Y los hombres?

—Tengo un concepto deplorable. Sobre todo, de los hombres de la Colonia española.

—Yo he leído la prensa de Cuba. Dedicaba páginas enteras a comentar tus conferencias. Hablaste en todos los centros españoles, en los teatros, en la Universidad Nacional. El público no cabía en los locales. El *Diario de la Marina* te dedicaba números extraordinarios. Ahora te quejas. ¿Cómo es eso?

—Con todo y eso, todos se portaron mal. Hasta el *Diario de la Marina.*

—No me extraña. Siempre hace lo mismo. No es un periódico. Es un convento de frailes malos.

—Lo cierto es que se portaron mal.

«El Cocodrilo» se inundaba de parroquianos. Hablaban a voz en cuello. Parecían tenores. Acordamos cortar la entrevista hasta el día siguiente. Nos veríamos en su casa.

—¿Y cómo fuiste a Cuba?

—Cómo pudiera ir a Islas Canarias o a Ibiza. Sin premeditación y sin reclamo. Además, Cuba me parecía la puerta de América.

—¿Tienes de América opinión?

—No puedo darla. No quiero creer que he estado en América. Quiero creer que me equivoqué de puerta.

—No se debe entrar nunca en un palacio por la puerta del servicio.

—Tienes razón. Pero cuando me dí cuenta, ya estaba en brazos de los criados. Ahora, cuando vuelva, procuraré saber cuál es la puerta principal. Así evitaré que me reciba la servidumbre.

Eran las once de la noche. Nos separamos.

Al día siguiente acudí a su casa. Noel vive encerrado en su biblioteca. Es un vigoroso trabajador intelectual. Allí no entra nadie. Se aísla como un león en su cueva. Solamente el hijo puede de vez en cuando acariciar sus melenas. Mientras termina de escribir unas cuartillas, exploro los libros. Revuelvo papeles. Abro un álbum enorme. Pesa un par de arrobas. Pasan de cinco mil los recortes de periódicos. Son los testimonios de su peregrinación literaria por los rincones de la Península, desde la capital populosa a la aldea en silencio, desde los rincones de Asturias a la Mancha sedienta, desde los olivares de Andalucía a las chumberas de Marruecos. ¿Más testimios? Los boletos del ferrocarril. Es una colección curiosa. Leo en un recorte de la prensa de Cuba: «Jamás en torno de un hombre se ha agrupado una muchedumbre más ávida de escuchar a un intelectual español en Cuba independiente.» Sus conferencias las presidieron el secretario de Instrucción Pública y el ministro de España. Pero las patrocinó el *Diario de la Marina*. Noel no sabía la tierra que pisaba. El conde de Rivero se puso a sus órdenes. Es ley fatal que de un padre sabio nazca un hijo imbécil o ruin. En este caso no falló la naturaleza. El conde de Rivero es imbécil de nacimiento. No falta más que le den una cruz. A eso vino a España hace poco. La conseguirá. Es otro Palamerdini. Me recuerda a Carneado. Carneado es un español muy bruto con propiedades en Cuba. Es un monumento de carne. Bueno. Pues en casa tiene un gran retrato al óleo en el que aparece vistiendo el traje de luces. Cuba es el camino por donde ha cruzado toda la pollinería andante española. Ese camino está lleno de Carneados. Bien. Carneado II o el conde de Rivero creyó encontrar buena veta en las conferencias de Noel. El periódico, ensalzando a Noel, se ensalzaría a sí mismo. Aumentarían los suscriptores. Pero el *Diario de la Marina* está cercado de enemigos. Cuestión de competencia. De quien sirve el españolismo en platos más gruesos. Las hojas españolas atacaron a la hoja más vieja. En consecuencia, atacaron a Noel. Calumniaron a Noel. En el periódico hubo doscientas bajas. Carneado II llamó a una tienda de comestibles. Trajeron la romana. Se pesaron las conferencias. Se pesaron las bajas. Fracasó Noel. Pesaba más la grasa. Se le cerraron las puertas del *Diario de la Marina*.

—¿Cómo no va usted a otro periódico?—le dijeron.

Noel no contestó. Les dió la espalda.

Pudo haber contestado:

—Porque me patrocinaron ustedes y ahora me abandonan y me venden como Judas a Cristo por treinta cobres.

Moralmente, escritor español que patrocine el *Diario de la Marina*, lleva la muerte dentro. Lo mismo que los toros de que habla Noel. Esa empresa de la Compañía de Jesús se parece a Lucrecia Borgia, que mataba a los amantes después de poseerlos.

Los centros españoles tuvieron oportunidad de ejercer sus acostumbradas piraterías. No pagaron a Noel ni un céntimo de las cuentas pendientes por sus conferencias. Quiso protestar. Lo amenazaron. Llegaron a decir que no lo dejarían entrar en Cuba. Se olvidaban de la Independencia.

Fué cuando se cuenta que dijo Menocal:

—Sus paisanos ignoran que están en tierra extranjera y que en el campamento de Columbia están los soldados aburridos. No tienen qué hacer.

Noel embarcó para España desencantado. Las mujeres de Cuba lo despidieron con un homenaje. En Cuba las mujeres suelen dar estas lecciones a los hombres.

Durante la guerra de independencia se dieron otros casos.

Y ahora hablemos de Noel en España.

—¿Cuándo naciste?

—El año 85. Soy hijo de padres humildes. No tengo por qué ocultarlo. Mi madre fué una criada. Mi padre, barbero. He sido un pobre que siempre vivió en palacios. Esto parece irónico. Pero es así. Cuando yo tenía cuatro años, se encargó de mi educación la condesa de la Vega del Pozo. Aquella noble dama dejó en el testamento ciento sesenta millones de pesetas. Don Luis Bahía, administrador de los bienes de la condesa, siguió cuidando de mi educación. Querían que estudiara para cura. Me internaron en el Seminario de San Vicente de Paul de Zardajos, en la provincia de Burgos. De allí me escapé para ver a mi madre. Luego, volví al palacio de la condesa. Seguí mis estudios en el Seminario. Un poco mayor, pensaron enviarme a Roma y a otros lugares. No llegué. Estuve en París y en Lovaina. En Lovaina cúpome el honor de recibir lecciones del cardenal Mercier, hombre de preclaro talento que murió siendo una figura internacional.

—¿Tenías vocación de seminarista?

—No. Pero mis estudios fundamentales comienzan en el Seminario. En él aprendí latín, griego y hebreo. En él adquirí este afán por conocer los grandes secretos de la música. Al Seminario achaco mi espíritu de misionero.

—¿Y después?

—Alcancé en el Colegio de San Isidro el grado de bachiller. Me licencié en Filosofía y Letras. Aumentó mi afán por conocer todas las biblio-

tecas de España. Fuí el más asiduo discípulo del Museo Pedagógico. Tenía entonces diez y ocho años.

—¿Y tu célebre vivienda del sótano de Leganitos?

—No es ninguna leyenda. Allí escribí *Alma de Santa.* Me gustaba estar solitario entre montones de libros. Pero mi bohemia fué diferente a las otras. No fué la bohemia de los cafés. Fué la bohemia de la soledad y del trabajo. El palacio de Leganitos, el sótano que me sirvió de cueva literaria, eran propiedades de la Condesa. Mis rebeldías espirituales acaso mataron mi carrera de Cardenal. Pero yo, desde mi sótano, despreciaba el capelo, como Diógenes, desde su tonel, despreció el oro del Rey Alejandro.

—¿Dónde publicaste *Alma de Santa?*

—En *El Cuento Semanal.*

—Ortega y Gasset dijo que era el mejor cuento publicado.

—Sí.

—¿Y después de ese triunfo?

—Me cercó la miseria como una loba.

—¿Y qué hiciste?

—Me pareció humillante morir de hambre. Pensé que era mejor morir de una bala. Marché a la guerra de Marruecos, como voluntario, a raíz del célebre combate del Barranco del Lobo. Entonces escribí mi libro *Notas de un voluntario.* Esta obra, *El Rey se divierte, Don Olivero XXIV de Bombón* y *La Reina no ama al Rey,* me costaron sesenta y un procesos y estar un año en la cárcel.

Efectivamente, Eugenio Noel fué el que escribió las crónicas más interesantes de la guerra de Marruecos. Todos siguieron el camino de Noel. Muchos le imitaron. Pero nadie le nombra. Así paga el diablo.

—¿Qué tiempo estuviste en *España Nueva?*

—Cinco años. En 1912 comencé mi campaña de antiflamenquismo. No contra los toreros. Los toreros no tienen importancia. Combatí esas pequeñeces como el que va apartando broza para encontrar la verdadera raíz: el nervio de la raza. Ese nervio es el de la raza ibérica.

—¿Y en política?

—Soy republicano. Seguiré siendo republicano. Pienso hacer política de acción en este sentido.

—¿Crees que tu obra está hecha?

—Inédita, acaso. Mi libro *La novela de la vida de un hombre* aspira a ser algo fundamental. El espíritu de la raza quedó allí donde lo dejó Cervantes. Hay que recogerlo. Traerlo hasta aquí. Esa obra constará de seis tomos. La estoy escribiendo desde hace once años.

—¿Qué opinas de la actual literatura española?

—Que tiene qne volver a buscarse a sí misma. Sin meterme a calificar nombres, creo que existe una decadencia terrible. La inteligencia es-

pañola obedece según la aguja magnética de los momentos literarios de Europa. Vive pendiente de Italia, Francia y Alemania. Reproduce muy bien la técnica de esas literaturas, pero no se da cuenta del contenido. Hay que hacer arte propio.

—¿Y qué opinión tienes de la raza?

—Vive demasiado pendiente de Rusia. Esto es penoso. Nuestra raza tiene un contenido nacional superior al que el mismo Dostoyewski sacó de la Rusia blanca.

—¿Y ese contenido?

—Quisiera recogerlo en *España nervio a nervio.* Lo intenté en *Vidas de santos.* Publicaré otros dos libos: *Sobre oro bizantino* y *Esmaltes en cobre.*

—¿Cuál es el grupo más interesante en arte y literatura?

—El que va por el camino de la Ciencia. Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Terradas, Goyanes, Marañón, Lafora, Cabrera, Novoa Santos, Viqueira, Pi y Suñer y otros muchos. No tienen que envidiar nada al resto de Europa. En escultura, Victorio Macho. En música, Oscar Esplá. Julio Antonio también pertenecía a este grupo avanzado. Tenemos que desterrar la literatura de moda. Hay que hacer arte fundamental.

—¿De dónde recogimos la literatura de moda?

—De los vicios de Francia y Rusia.

—¿Y a qué lo atribuyes?

—A que en España falta genio creador. Todo lo aventuramos a la técnica.

—¿Dónde se perdió el nervio de la raza?

—Se perdió en Villalar. Se durmió en un ambiente caótico y francés. Aunque ya andaba de antemano desorientado. Don Quijote es la melancolía de aquella raza que ya vagaba solitaria antes de Villalar, sonámbula en un ambiente abúlico. La risa de Cervantes es la amargura de la raza ibérica que camina sola por el desierto.

—¿Y cómo se salvará la raza?

—Volviendo a sus antiguas fuentes ibéricas. De lo contrario, tendría razón Joaquín Costa.

—¿Vendrá la revolución social?

—Sí. Pero no la que copiamos de Rusia. Esa tiene que fracasar. Precisamente los partidos republicanos españoles siempre han fracasado por ser una copia de Francia. Las parodias salen mal siempre. Los partidos sociales de España fracasarán por ser una parodia de la revolución rusa.

—¿Y el militarismo y el pueblo?

—Están completamente divorciados. La revolución, si llega, será una transición por plazos. Un consejo de la familia española, sin llegar a luchas sangrientas. El desastre de Annual es el testamento militar español.

—¿Y qué opinas de los toros?

—Los toros en España llevan la muerte dentro. Desde la muerte de Joselito los aficionados se han retraído. Yo traté antes de quitar la afición de la imbecilidad en la fiesta brava. Algo se ha adelantado. En todos los partidos avanzados obreros, la abolición de las corridas de toros está en sus programas.

—¿Cómo se concibe que intelectuales como Valle Inclán y Pérez de Ayala defiendan las corridas de toros?

—Creo que será para ellos una distracción, un divertimiento, asunto espectacular. Fundamentalmente, nada. Porque si así fuera, la contradicción entre la inteligencia y la acometividad sería tan absurda, que saldrían muy malparados los intelectuales.

Me fijo en el hijo de Noel. Tiene cinco años. Viste elegantemente. Parece hermano de «Las Meninas» de Velázquez. Rostro de rosa, boca menuda, ojos color de tabaco. Sus melenas de oro recuerdan al Cristo de Durero. Simulan un tropel de anillos de oro temprano. Sus manecitas principescas, su elegancia personal y delicada, reclaman el pincel de Van-Dick. Trabaja en su mesa de carpintero. La mesa está llena de tenazas, serruchos, martillos y berbiquíes. Deja el trabajo. Me enseña un taller mecánico liliputiense. Luego extiende ante mí un tratado del cuerpo humano en cartones.

—¿Tú qué quieres ser?

—Ingeniero mecánico.

—¿Y si no fueras ingeniero?

—Médico.

—¿No quieres ser poeta?

—No. Se gana muy poco.

—Esto matará a aquello—me dije.

Me despedí de Eugenio Noel.

La popularidad es la adversaria del intelecto. El verdadero escritor no debe ser hombre popular. La crítica lo dejará en brazos del pueblo. Envidiosa o indiferente. No examinemos. El pueblo no comprenderá al escritor. La valorización se hará tarde. Pero el triunfo es seguro. Eugenio Noel está en este caso.



EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO y ALFONSO CAMÍN

EDMUNDO GONZALEZ BLANCO: Su asturianismo neto.—Travesuras de soldado.—Su concepto histórico de Asturias.—Covadonga.—Luanco y Mieres del Camino.—La obra del polígrafo. — Nadie quiere obras serias. — Ironía sangrienta.—El libro de Carranza.

NADA más espontáneo que mi conocimiento con Edmundo González Blanco.

Llegué a la Redacción de *La Esfera.*

—¿Está Fulano?

—Sí señor. ¿De parte de quién?

Dí mi nombre. En esto un hombrín, que también esperaba, se fijó en mí.

—¿Usted es Fulano?—me dijo.

—El mismo.

—Edmundo González Blanco.

Dicho esto me dió un abrazo. No era día de fiesta. Nosotros lo hicimos festivo.

Me olvidé del polígrafo. Edmundo era para mí un hallazgo asturiano en plena Corte española. Ibamos a dejar la Redacción.

—Espera—me dijo.

—Usted dirá.

—Voy a presentarte un *fiu.*

Me le presenta. Es un roble. Tiene veinte años. Se marcha por su lado con otros mozalbetes.

Edmundo y yo salimos a la calle. ¿Cómo? Del brazo. Me costaba trabajo tratarle de usted. ¿Por falta de respeto? No. Porque parecía que éramos amigos de hacía varios años. De tal manera fluye su cordialidad asturiana. El lo comprendió:

—Oye, chacho—me dijo—; retira el usted.

—Retirado.

Seguimos calle abajo. Encontramos uno de esos parapetos en los que se oculta mucha gente por un lado para salir por otro.

—¿Se puede *mexar?*

—*Mexa*—dije yo.

Esperé como un carabinero al pie de la garita.

Luego proseguimos calle abajo como dos mozos que van de cortejo. Tomamos un acuerdo: comer juntos. Entramos en una casa de comidas. Nos indignamos. Todos los platos eran a la francesa. Ni que estuviéramos en el Dos de Mayo.

—Vámonos—me dijo Edmundo.

—¿Adónde?

—A «Casa Mingo». Hoy hay *fabada.*

—¿Con *llacón?*

—Con *llacón.*

Nos pusimos en marcha. Comimos bien. Bebimos bien. Heliogábalo nos pareció un *mazcayu.* Baco, un desdichado. En Madrid no tiene prestigio. Es el presidente de los cocheros.

—¿Tú eres realmente asturiano?

Edmundo clavó en mí sus ojos como dos castañas *baldunas.* Sus manos rememoraron el acebo.

—Soy asturiano—me dijo—por los cuatro costados. Asturiano de mar y tierra.

—¿Cómo es eso?

—Mi padre nació en Mieres del Camino. Como en la copla. Mi madre nació en Luanco. Ahí se fastidió la copla. En cambio ya ves cómo soy asturiano de mar y tierra. Pertenezco a la mina y al puerto.

—Tu figura es netamente asturiana.

—Yo puedo decir como Jesucristo: «Si me veis a mí, veréis a mi padre.» Soy su retrato.

—¿Qué opinión tienes de Asturias?

—Que es la región más española de España. La que, en caso de convulsiones separatistas en otras regiones, como Cataluña y Vizcaya, evitaría el desmembramiento de la Península. Tiene fuerza racial, moral y política, para ello. Claro que nos ayudarían los montañeses y acaso los gallegos.

—¿Qué opinas de la epopeya de Covadonga?

—Ella, precisamente, quita toda exageración a mi anterior respuesta. Allá va un dato curioso; los moros estuvieron ocho años en Asturias. Ocho siglos, en España. Mientras en España estuvieron un siglo, en Asturias no pudieron permanecer más que un año. La batalla de Covadonga fué una batalla en regla. Nosotros le quitamos su importancia militar. Falseamos los hechos, diciendo que eran dos docenas de paisanos con la ayuda del Poder Divino. Esto es rebajar a Dios y rebajar a los asturianos. Es ponerle a Dios la coraza de Marte. Llevarlo a la mitología griega. Es verdad que Pelayo se refugió en Covadonga con un pu-

ñado de hombres, pero desde allí envió sus emisarios tocando sus cuernos guerreros por toda la comarca. Los campesinos dejaron sus hogares. Durante varias semanas se fueron reconcentrando en Covadonga. Por la parte del mar ascendieron muchos empujando sus carretas, sus preseas de labranza, sus ajuares, sus niños, sus mujeres. Las casas de los contornos iban quedando vacías. Cuando llegaron los moros, Covadonga estaba coronada de hombres y de peñascos. Cierto que eran muchos menos que los moros. Pero hay que tener en cuenta que cada uno de aquellos campesinos valía por varios moros.

Parecían venir de una raza de cíclopes. Eran pastores fuertes y aguerridos como no había entonces en otras partes de España. Por eso vencimos. Por fuertes y por hombres. Los moros defendían la Media Luna. Los asturianos defendían sus ajuares, sus rebaños, sus hijos, sus madres, sus mujeres acorraladas, rugiendo tras de ellos como panteras ofendidas. Lo defendían todo: el patrimonio material y espiritual. La familia y la tierra. Por esto defendimos la Patria. Sin defensa de familia no hay defensa de Patria.

—¿Y si no hubieran entrado los moros por el desfiladero?

—¿Qué desfiladero? No hay tal desfiladero. Lo inventaron los historiadores que desconocen el terreno. Los moros entraron por donde tenían que entrar. Por donde cabía perfectamente un ejército. No tenían otra entrada: Covadonga o el mar.

—¿Tú has sido soldado?

—Sí. Fuí militar contra mi gusto. Entré en quintas el 96. Sería muy largo de contar. Me escapé cuatro o cinco veces. La última, con la novia de un teniente de mi regimiento. Me tuvieron preso en el castillo militar de San Gabriel de Arrecife, en la isla de Lanzarote. En todas estas aventuras traje locos a un tío mío que estuvo en Cuba y a don Alejandro Pidal, nuestro paisano.

—¿Y después?

—Me escapé a Francia. Estuve en Marsella. Me cansaba la vida de militar. Sobre todo, andando de calabozo en calabozo.

—¿Dónde estudiaste?

—Segunda enseñanza, en Oviedo. Después, en Madrid.

—¿Dónde publicaste tus primeras cosas?

—En *España Nueva*.

—¿Año?

—1902.

—¿Te ha costado trabajo triunfar?

—Yo no he triunfado.

—Me refiero a la publicación de tus obras por las casas editoras.

—No las quieren. Me piden traducciones y porquerías del sexo. Rechazan toda obra seria. Mi verdadera obra de matemáticas, sociología,

filosofía lingüística e historia, está sin publicar por falta de editores. Tengo que dedicarme a escribir literatura ligera y malsana para vivir.

—¿Y vives?

—A salto de mata.

—¿Y las revistas y los diarios?

—También me piden cosas ligeras. No quieren nada serio. Dicen que aburre a los lectores.

—¿No será a los directores?

—No. Esos no leen.

—¿Y en América?

—Me reproducen artículos. Pero no me los pagan. Lo mismo les sucede a muchos escritores españoles. La Prensa de América se nutre de nuestro cerebro. En cambio no pide colaboración más que de tarde en tarde. Entonces la paga mal o no la paga.

—¿Quería preguntarte antes si te ha costado trabajo alcanzar un nombre literario?

—Ninguno. Dejé en un periódico varios artículos. Adolfo Posada, nuestro gran sociólogo, leyólos en la Redacción. Los elogió abiertamente. Desde entonces seguí colaborando en todos los periódicos, pagándomelos como a todos y sin encontrar obstáculos.

—¿Cuántos libros tienes escritos?

—Unos sesenta.

—¿Publicados?

—Muy pocos. La mayoría están inéditos. Ya he dicho que los editores no quieren obras serias.

—¿Y tus maestros en Arte y en Ciencia?

—No he tenido maestros. Todo lo debo a mí mismo. Tampoco he ejercido influencia sobre nadie. Ni siquiera sobre mi hermano Andrés, que creció entre mis libros y comenzó a escribir cuando yo empezaba a envejecer.

—¿Te juzgas trabajador?

—En mis cosas, sí. En las demás, no valgo un comino. Soy un hombre profundamente apático para todo aquello que no sea vida intelectual. Hiperbólico, para todo lo que se aparte de la pluma y del pensamiento.

—¿Y qué opinas del matrimonio?

—Que se ha hecho para las mujeres. Se comprende que los que hicieron las leyes morales del matrimonio, no eran casados. Se entra en el matrimonio: la mujer, dejando de ser responsable. El hombre, comenzando a ser responsable.

—¿Qué opinión tienes de nuestro idioma?

—Creo que el castellano es un idioma superior a todos los demás. Su cantera es un tesoro inagotable. Pero las canteras de los demás idiomas, con ser más pobres, están más cuidadas que la nuestra.

—¿Qué opinión tienes de América?

—Creo que allí está el porvenir, pero no el presente.

—¿Y en Arte y Literatura?

—Tiene soberbias figuras aisladas. Pero aún le falta arte y literatura. Sigue siendo una sucursal de Europa.

—¿Cómo escribiste tu libro acerca de Carranza?

—Fué un libro sincero que apenas me dió un cuarto.

—¿Sincero?

—En absoluto.

—¿Y no te dió un cuarto?

—Una miseria. ¡Nada! No me pesa haberlo escrito. Carranza era una gran figura. No discuto, ni tengo por qué discutir, sus errores o aciertos en política interior. Ese es campo en el que sólo deben de opinar los mexicanos. Me refiero a Carranza como figura prestigiosa, como político moderno, como guía de un credo admirable y como figura casi internacional. Carranza era un continuador de Madero. Madero era el poeta. El romántico. Carranza, la acción. El estadista. El gobernante. Sin darse cuenta, o dándosela, no solamente defendía la integridad de América. Defendía el patrimonio espiritual de España en América ante el avance de la raza sajona. ¿No has visto en Asturias cómo la culebra, durante el verano, tendida al sol, atrae a la boca a los pájaros menores que cruzan el aire? Pues eso es lo que sucede entre la América española y la América del Norte. Carranza quiso evitar eso. He ahí el porqué de la sinceridad de mi libro.

—¿Qué dinero te ha dado esa obra?

—Unas tres mil pesetas, entre pitos y flautas.

—Es fama que Carranza pagó por ese libro sesenta mil pesos.

—Con la mitad de ese dinero, despreciaría yo al conde de Romanones.

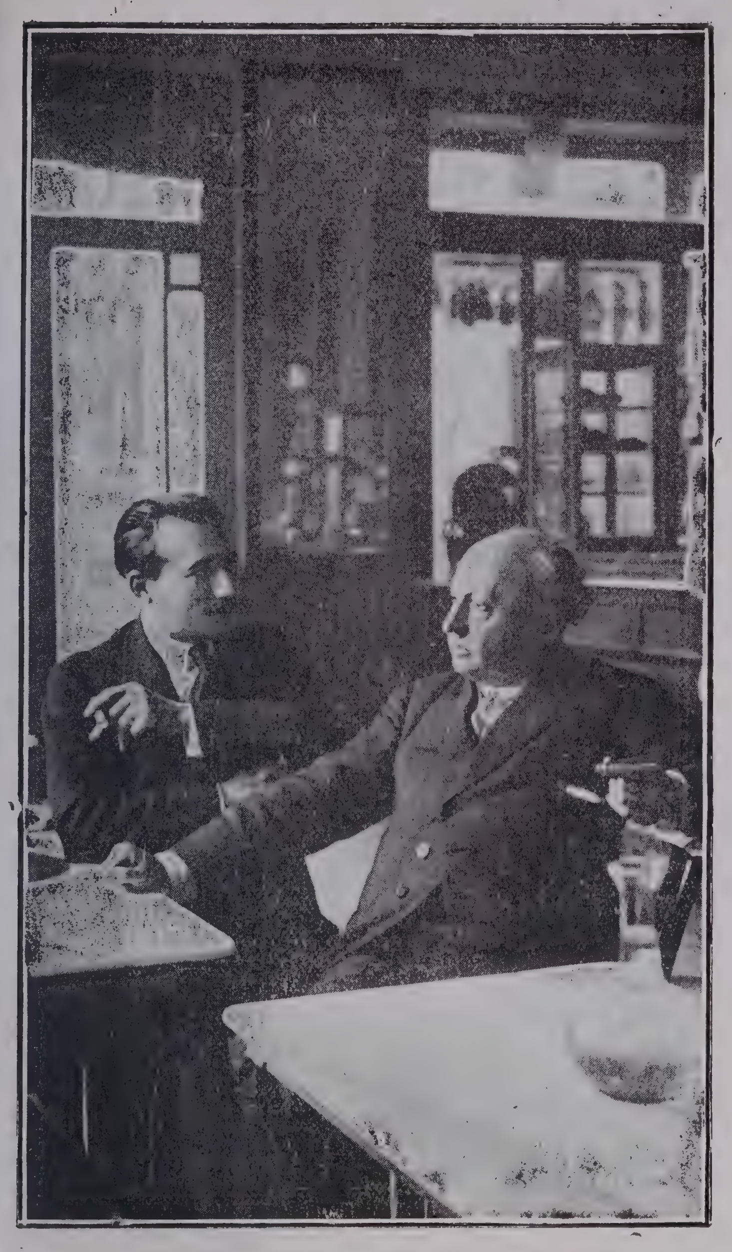
—Entonces, ¿es mentira?

—No sé si es mentira o si es verdad. Ya me lo han dicho muchos. Suelen darse conmigo esas ironías sangrientas. Lo único que puedo asegurar es que yo no traté con Carranza para nada y que ese libro me ha valido apenas tres mil pesetas. Son más de quinientas páginas. Esa es la verdad escueta. Mejor dicho, mi desnudo esqueleto.

—¿Y la carne?

—Por lo que veo, la comieron otros.

Edmundo González Blanco es el colmo de la modestia. Administra mal su persona. Quieren que administe peor su inteligencia. No usa monóculo. No hace literatura andrógina. No escribe cuplés. No ha tenido amores con bailarinas notables. No fuma opio. No importa marihuana. No prueba la morfina. No ha dado conferencias en América. No es concejal. No es diputado. No es académico. Está perdido...



MARIO ROSO DE LUNA habla de la Asturias tenebrosa.

MARIO ROSO DE LUNA: El astrónomo español.—El teósofo.—El sabio.—El poeta.—El mago blanco.—La vaca pentápoda.—Las viejas civilizaciones.—Materialismo y espiritualismo.—Su elogio de los poetas.—La verdadera magia. Los conquistadores.—La Asturias tenebrosa.—«El tesoro de los lagos de Somiedo».—La muerte como fantasma peregrino.

No esperen que yo dé un juicio sobre Roso de Luna. Pecaría de pedante. ¿Que es un polígrafo? Eso es poco. ¿Que es un gran sabio? Eso es un lugar común. Todo el mundo lo sabe. Nadie ignora que nació en Logrosán, provincia de Cáceres, el 15 de marzo de 1872. Que se graduó como bachiller a los trece años. Que a los diez y ocho ya era abogado. Que en 1894 alcanzó la borla de doctor en Derecho. Que fué licenciado en Ciencias en 1901. Descubrió, en 1893, en la constelación del Auriga, el cometa *Roso de Luna.* Inventó en 1894 un aparato de astronomía popular llamado Kinethorizon, aparato que reproduce el aspecto del cielo por medio de la electricidad. Este invento le valió la cruz de Carlos III. Descubrió otra estrella. Viajó mucho por distintos lugares de Europa y de América. En París y Ostende dió cátedras de matemáticas y de castellano. Hizo la rectificación científica del itinerario romano de Mérida a Zaragoza. Descubrió más de ciento treinta inscripciones romanas y visigóticas y dió con las citanías prehistóricas de Logrosán, Santa Cruz y Salona. Encontró documentos de los celtas con inscripciones ógnicas iguales a las que hay en el templo de Esculapio. Es autor de más de veinte libros cuajados de ciencia, entre los que se encuentran *En el umbral del misterio, La ciencia hierática de los Mayas, Por el campo de la electricidad, El tesoro de los lagos de Somiedo, Las gentes del otro mundo* y *La Atlántida, continente histórico.* Pero no se trata de una biografía. Tuerzo aquí el camino. Para tal viaje huelgan alforjas. Se trata de mi impresión personal acerca de Roso de Luna. De las respuestas del gran teósofo a las preguntas de un profano.

Le citamos en el café.

—¿Vendrá?

—Sí. Es muy sencillo—me dijo Carrere.

Roso de Luna es sumamente puntual. El reloj marca las cuatro. Se le citó a esa hora de la tarde.

—Ya está ahí.

—¿Es ése?

—Ese.

Avanza hacia nosotros un hombre. Tiene figura de mago blanco. Viste gabán verde. Trae muchos libros debajo del brazo. Apenas puede abarcarlos. No es alto ni bajo. Camina ágilmente, diablescamente, como un gnomo de cuento. Su sombrero de ala corta y levantada presta a su continente aires de colegial. Su cabello lo forman unos rizos joviales, como plata de luna hecha sortijas. Tiene aspecto optimista de abate francés. Me lo imagino en la Corte de Luis XV desgranando ironías y madrigales. Sus ojos traviesos responden a la movilidad de su cuerpo. Son unos ojos claros de ardilla, alegres, inquietos, nerviosos, irónicos. Roso de Luna reparte saludos con la prodigalidad del mozo que brinda las manzanas de su huerto a los amigos, lanzándolas al aire por sobre el bardal hacia el camino.

Yo tengo del diablo un concepto amable. Roso de Luna me pareció el diablo en persona. Desde luego, comprendí que estaba ante un gran poeta. No ante un poeta que canta porque sí. Ante un poeta que sabe por qué canta y lo que canta. Roso de Luna siempre va de prisa. Camina de prisa. Piensa de prisa, escribe de prisa, habla de prisa. Sus párrafos caen sobre mí como una avalancha de flores y de música. Yo ando como esos muchachos que corren en las mañanas de sol a caza de mariposas por entre los bardales en flor. Son tantas, que por querer atraparlas todas cazarán muy pocas, y aun ésas se escaparán dejándoles el oro de las alas en las puntas de los dedos.

Se habla del *más allá*. De un grave problema. De una cabeza en la sombra. Esa cabeza no tiene cuerpo. Late, salta, despide fosforescencias de plata.

—Esa es la Sílfide mala—dice Roso de Luna—. Hay que huir de esas cosas. Por ahí llegó al suicidio Felipe Trigo. Es necesario apartarse de la prostitución moral en la literatura. Tengo mucho miedo de Joaquín Belda. Puede caer en ese trágico desfiladero. En ocultismo no hay sensualismo. No debe triunfar el sexo. El sexo es perfectamente animal. Hay que huir de él.

—¿Luego un ocultista no puede ser un sensual?

—No señor. Un ocultista no puede ser un cochino. Por algo existe el Ecuador humano. Ese Ecuador está en la cintura.

Por aquellos días apareció en Madrid un fenómeno. Una vaca con cinco patas. Se habló, pues, de la Vaca pentápoda, de la Vaca Astral, de la Vaca Bermeja.

En esto Roso de Luna no concreta. Hace sus conjeturas. Describe. Y más que la presencia de la tal *pata* colgando del morrillo—dice Roso de Luna—, hubo de sorprendernos la contextura de la *pata* misma. Recuerden esa contextura rígida, anquilosada, sin músculos, ni más elementos anatómicos que huesos y pellejo, con ligeros tejidos conjuntivos. No era una *pata* que pudiera referirse más o menos a las de los bovinos ni ningún otro cuadrumano, sino un verdadero *brazo* humano, con su húmero, con su cúbito y su radio, su mano provista de duros muñones, de uno de los cuales arrancaban tres y del otro dos uñas, o más bien semipezuñas; pero todo como los brazos de los hemipléjicos o los de los afectados de otras enfermedades del sistema nervioso, y por cierto con un durísimo pezón en forma de mama humana al lado de la axila de la inserción de aquel colgajo huesoso teratológico.

—¿No tendrá algún parentesco con la Vaca Astral que adoraban antiguamente en Galicia?

—Pudiera ser la base de ese culto necromante a la Vaca. Pero también pudiera tratarse de algo inconfesable, relacionado con los crímenes de bestialidad que la Naturaleza, que siempre deja huellas, acaba revelando en el nuevo ser, aunque no con una hibridación imposible hoy, dentro de la actual estabilidad de las especies y la gran distancia evolutiva que media entre el bovino y el hombre, al menos con el cruce de las dos naturalezas de los progenitores, cruce en el cual la inferior vence a los elementos extraños de la más elevada, expulsándolos.

—¿Y durará mucho la batalla entre el materialismo actual y el espiritualismo?

—Sí. Hasta 1975. La ciencia contemporánea sería uno de los veneros más puros del sano ocultismo si no fuese aún tan materialista. Con la obra de los antecesores a la vista, es como los investigadores sinceros van robando, en efecto, secretos al misterio que nos cerca; pero hay que reconocer sin ambages que toda edad, toda cosa grande para la vida, es ensoñada primero por un poeta, traducida a honda prosa en seguida por un filósofo, hecha tangible luego por un científico analítico, democratizada y puesta al alcance de todos por un industrial y por el industrial, al fin, empequeñecida. Sin los poetas románticos alemanes no habría habido un Kant; sin Kant, no hubiera venido Laplace; sin Laplace, no tendríamos a Laverrier, descubridor de Neptuno meramente en la pizarra del cálculo.

—Luego, ¿qué opina usted de los poetas y de los músicos con relación a la ciencia oculta?

—Que hay verdaderos maestros. Beethoven fué teósofo. Wagner, mitólogo y oculista. El poeta, cante o no en verso, es la avanzada, el faro de la humanidad. Desgraciado el sanchopancesco hombre o país

que haya perdido la facultad de soñar. El mundo animal, del que salieron en parte por evolución, volverá a ser con ellos y con su ceguera. Feliz, en cambio, aquel otro país u hombre que sabe pedir al ideal del ensueño tradicional y legendario todo aquello que la realidad egoísta del hoy pretende negarle, pero que tendrá que otorgarle en un mañana más o menos remoto, como obligado tributo a la excelsitud del titán humano, del Conquistador de los cielos.

—¿Cree usted en la importancia de la imaginación?

—Sí. La imaginación en su más alto grado creador, cuando está regulada, es la magia verdadera. Magia es, en efecto, esa facultad portentosa que le basta ver un paisaje, oir un momento una nota, para atesorarlos por siempre y evocarlos cuando le plazca, envueltos en todo género de recuerdos emotivos de placer o de dolor, de calma o de tempestad, de pequeñez o de grandeza. Las acciones más grandes suelen ser las más extrañas al orden de raciocinio puro. El heroísmo vidente de Colón llegó donde no llegaron los sabios de la Junta de Salamanca.

—¿Cree usted en el progreso de los pueblos?

—Sí. Creo en un progreso indefinido, pero en espiral, y, por tanto, en apariencia, cíclico. Cada pueblo trae un ideal a la vida, y hasta que no le realiza no desaparece del planeta. Nuestra misión de titanes, de condenados a una vida de eterna lucha para alcanzar los cielos de la belleza, la verdad y el bien, nos corroen las entrañas con la duda cartesiana, como el águila del Cáucaso al divino Prometeo. Nos obliga a llevar sobre nuestras espaldas la peña de Sísifo, que son nuestras miserias y dolores, por la empinada cuesta que conduce hacia el Ideal.

—¿Qué opina usted del sentido común?

—Que no lo tenemos todos. Si todos tuviéramos sentido común, temblaríamos ante el conocimiento del Bien y del Mal. Comprenderíamos la enorme responsabilidad que traemos a la vida.

—¿Qué me dice usted de la gran oculista H. P. Blavatsky?

—Soy su ferviente admirador. Las maravillosas obras de esta extraordinaria mujer, que fué mártir de su siglo, descubren, en efecto, un mundo nuevo de síntesis en todos los horizontes de la ciencia, el arte, la religión, la poesía y la vida. En torno de esta mujer se ha hecho la más odiosa conspiración del silencio.

—¿Se vive después de la muerte?

—Sí.

—¿Y la cristalización?

—Es la muerte física.

—¿Qué opina usted de la reencarnación?

—Que existe. Como existe la metempsicosis.

—¿Hay pruebas de esa teoría?

—Las hay.

—¿Dónde?

—En la conciencia.

—¿Y por qué fatalidad histórica y oculta se habrá hundido el imperio azteca?

—Por sus sacrificios humanos.

—¿Y la antigua civilización de México?

—Me parece de las más interesantes. Tan vieja y tan gloriosa como las de Asiria y Babilonia. Un nahoa y un caldeo son igualmente viejos y sabios, ambos adoradores de las estrellas, del sol y de la luna. Eran los magos blancos.

—¿Y los mayas?

—Profesaban la misma magia. Era una civilización idéntica a la de Persia y Egipto. No obstante, entre las antiguas razas de México, también había magos negros.

—Usted es extremeño. ¿Qué opina de Hernán Cortés?

—Que cumplió una bien triste misión en el mundo.

—¿Y la caída de otras civilizaciones como el Imperio de los Incas?

—Cayeron por asuntos parecidos o idénticos a los de los aztecas. Los incas se habían apartado de sus antiguos moldes. Se cumplió el Karma. Pizarro en el Perú y Solís en Buenos Aires, como Hernán Cortés en México, cumplieron una dolorosa misión de antemano encomendada por el Destino.

—¿Y la caída de Roma?

—Roma cayó por haber apostatado de su cultura.

—¿Y el porvenir de América?

—América dará dos razas. El porvenir será de esas dos razas.

—¿Es usted masón?

—Soy masón. Tengo el grado 33.

—¿Y la masonería?

—Es la teosofía del siglo XVII.

—¿Se conseguirá la comunicación física con los demás planetas?

—No hace falta. Hay la espiritual.

—¿Existen los ginas en España?

—Sí. Yo lo he demostrado.

—Cuénteme algo de la Asturias tenebrosa. He leído su libro acerca de los lagos de Somiedo. Inquieta. ¿Es cierto el pasaje de la caída?

—Y tan cierto, que me sucedió a mí.

—¿Y qué sensación sintió usted?

—Sentí que me cercaba la muerte. Aquel día debí de morir. Fué un 5 de julio. Verá usted. Llevaba en mi mente la obsesión del tesoro oculto en los lagos de Somiedo. Aproveché la ocasión de estar a solas. Me encaminé al pavoroso Lleiroso. Salvé la alquería del Pontigo e interneme por la cortadura adentro. Pronto me encontré en la verdadera cripta

natural rodeada de taludes altísimos y de umbrosos castaños. Comenzaron mis momentos terribles. Seguí adelante por el borde de la torrentera. Por fin vi lo que deseaba. Me lancé por un penosísimo calvero de riscos fulminados por las descargas eléctricas, hasta subir a la base del picacho. Trepé en mala hora por el risco. De antemano me habían hecho arriba señales. Sobre mi cabeza volaron dos buitres. Al poner el pie en la altura, mi desencanto fué enorme. No había tales señales. Eran otras cosas. Los buitres son poco limpios.

Entonces comencé a sentir una intensa sensación de terror. Estaba completamente aislado en la cúspide del risco inaccesible, cercado en redondo por el abismo, cuyo fondo obscuro no alcanzaría a menos de quinientos metros. Quise mantenerme sereno. Pero no había dado tres pasos cuando sentí nuevo terror. Mis pies fallaban. Sentí que resbalaba por la cortadura, que mi cuerpo se deslizaba en movimiento acelerado hacia la boca del abismo. Efectivamente. Mi cuerpo dió la vuelta y mi cabeza fué risco abajo delante de mis pies...

Seguí rodando, sufriendo golpes por todas partes al pegarme con las aristas. Iba con dirección al fondo. Entonces sentí como un tirón brusco y brutal de mi chaleco. Saltaron todos los botones, menos uno. De repente me encontré sentado en un saliente de medio metro, al borde del abismo, como un niño en su cuna. Busqué el reloj. No lo tenía. Busqué el dinero. Tampoco. Lo mismo el tabaco y la cartera. Hasta la pipa. Mi queridísima pipa. Me habían despojado. No sabía quién. La caída había sido mortal. Sin embargo, yo no estaba muerto. Ni siquiera malherido. Me seguia dominando el terror. Cerrando, pues, los ojos, y arrastrándome como pude, recorrí la parte del voladizo e hice pie, con gran dificultad, en la pedrera por donde ascendiese.

Me miré con asombro. Mi cuerpo no tenía más que un general magullamiento, natural en lances menores, extraño en esta tremenda aventura.

—¿Y qué cree usted que fué eso?

—Agradecí la lección. Fué un aviso. Si en vez de triunfar, hubiese caído en las redes tendidas por los negros Poderes en forma de mujer, el resbalón del picacho habría sido la causa física aparente de mi muerte, mientras que la causa oculta no habría sido otra que la de haber olvidado un instante, en brazos de una criatura funesta, mis deberes de conciencia más sagrados. La fiera astral quedaba vencida. Yo debía bendecir aquel magullamiento de toda mi carne.

—¿Y ha visto de nuevo a la muerte?

—Durante este verano siguió todos mis pasos. Cuando me dió aquel aviso, murió una persona para mí muy querida. Cuando murió Rafael Carrillo, vi de nuevo a la muerte. Entonces el golpe era para mí. Alquilé una casita en el campo. Volví a ver a la muerte. Se llevó a mi sobrina. En

estos días he visto a la muerte de nuevo. Puede no errar el golpe. Desde aquel 5 de julio la muerte camina a mi lado como un fantasma.

Me despedí de Roso de Luna. ¿Mi impresión? Me parece un brujo que va descerrajando las puertas del misterio. Perforándolas a fuego lento. Roso de Luna es dueño de todas las ciencias. Como el jardinero, perfumista es dueño de todas las flores. ¿Qué hace con ellas? Las coge, las mezcla, las estruja, las convierte en esencia. ¿Qué hace con las ciencias Roso de Luna? Destruirlas. Pulverizarlas. Hacerlas espíritu. Transformarlas en luz y en armonía.

Luego, Roso de Luna es un poeta. Un maravilloso poeta. Un temible alquimista. Un Mago de la Imaginación.



EL MAESTRO BRETÓN, en su casa.

TOMAS BRETON: La figura del maestro.—De su vida y de sus luchas.—Capaz de ir a América.—«Tabaré», de Zorrilla San Martín, ópera de Bretón.—Los arrestos del maestro.—Bretón y Albéniz.—Sus defensas de la ópera española.—La dirección del Conservatorio Nacional.—Su retiro.—Detalles de su vida.

El glorioso autor de *La verbena de la Paloma* nos cita en su casa. Va conmigo Mariano Miguel. Mariano Miguel es un pintor. Ahora se dedica a las aguafuertes. Su padre era un buen músico. Bretón tiene palabras de elogio para el padre de Mariano Miguel. Yo observo al maestro.

Es un carácter. Es el tipo del español neto. Velázquez habríale escogido para modelo de su retrato del Magistrado. Don Diego habríale tratado con el más profundo respeto y el más cordial de los cariños. La cabeza de Bretón, como la de Costa, como la de César, como la de Homero, es imperecedera. Rememora una escultura antigua. Tiene las barbas blancas y vigorosas. La escultura, ceñida de hiedra, no pierde su olímpica majestad. La hiedra, en este caso, está cubierta de nieve.

El despacho de Bretón es un pequeño almacén de papeles revueltos. Ante una pequeña mesa, entre el tumulto de libros y de periódicos, ceniceros sin orden, tinteros empolvados, lápices dispersos, plumas desiguales y cuartillas en distintos tamaños, fumando fogosamente, trabaja el maestro Bretón. Cubre su cabeza con una especie de gorra turca. Cae por un lado y otro del cuello su famosa bufanda. Bretón no usa para escribir espejuelos ni gafas. Me dice que no las necesita. Después me lo demuestra. Bretón cuenta setenta y tres años.

La sala está llena de trofeos ganados en su larga campaña de arte y de gloria. Es un verdadero museo artístico. En la casa noto demasiado silencio. Está llena de un ambiente triste, menos aquel pequeño despacho del maestro. Hace poco que Bretón perdió a su compañera. Quedóse sin amor, viudo de alegría y de afecto. Sin embargo, de vez en cuando brota una frase lapidaria, un concepto irónico, una sonrisa cortante que salta como una lasca azul de una piedra.

—¿Cuál fué la mayor pasión de su vida?—le dije.

—Dignificar la música entre nosotros. Imponer la ópera española. Hacer verdadero arte español en este sentido.

—¿Por patriotismo?

—Y por justicia. Más por justicia que por patriotismo. El arte no tiene fronteras. Pero la ópera española es superior, muy superior a la ópera italiana. Y aquí estamos enfermos de «italianitis», de «macarronitis» musical. Es una vergüenza. Entre la indiferencia propia y el interés natural de los empresarios en servirnos obras «macarrónicas», nuestra ópera nacional se muere.

—¿Y el Gobierno?

—No le interesa más que la música de partido.

—Y la Prensa?

—Entre las mallas de los empresarios.

—¿Y los músicos?

—Los verdaderos no tienen dinero. A los otros no les conviene que triunfe la ópera española.

—¿Por qué?

—Se dedican a la música extranjera.

—¿Qué piensa hacer en estos años que llegan?

—Hace tiempo que tengo la idea de hacer una excursión por la América española. No me mire usted con asombro. ¿Que tengo setenta y tres años? No importa. Estoy fuerte. Hasta ahora mi vigor físico no pasa de los cincuenta.

—¿Y esa excursión?

—Es mi sueño de oro. Pero se necesita por lo pronto la miserable cantidad de un millón de pesetas. Mi propósito es formar una gran compañía española, respaldada por una empresa perfectamente solvente, y recorrer toda la América presentando óperas, operetas y zarzuelas nuestras. Yo iría como maestro director, dirigiendo las obras de los otros y las obras mías.

—¿Cuántas óperas tiene usted?

—*La Dolores, Los Amantes de Teruel, Don Gil, Guzmán el Bueno, El Certamen de Cremona, Farinelli, Raquel, Garin* y *Tabaré*. Sobre todo, mi sueño dorado es dirigir en América *Tabaré*. Creo que es la verdadera obra, el drama lírico de las dos razas.

—En México se ha llevado *Tabaré* al cinematógrafo. El argumento son los mismos versos del poema.

—Pues yo lo tengo *musicalizado* desde hace varios años. Hace veinte que pensé en componer la ópera. Juan Zorrilla de San Martín, ilustre autor del poema y amigo mío, representaba, a la sazón, al Uruguay en España. Dábale yo vueltas a la idea en mi cabeza, pero necesitaba conocer el terreno. Mi buena estrella me llevó a Buenos Aires, cuando el

Centenario de aquella república, con motivo de las fiestas a las cuales se llevó una compañía de ópera española en la que tomé parte.

—¿Y en Buenos Aires?

—Me sentí decepcionado. No encontré allí los paisajes que necesitaba para componer *Tabaré*. Buenos Aires es una gran metrópoli europea Las notas que tiene de americanismo son pocas y mixtificadas.

—¿Y en qué paisajes se inspiró?

—En los que me proporcionó el viaje. Surcar el Océano, era mucho; contemplar las maravillosas costas del Brasil, era más, y la escala en Santos, y al regreso, en ésta y en Río Janeiro, agregando la flora virgen, y lujuriante que embellece aquellos contornos, fué, casi casi, cuanto podía desear para mis impresiones de retina, de cerebro y de alma.

—¿Y el libreto?

—Lo escribí yo. Algunos versos no he tenido que cambiarlos. He tenido que hacerlo yo, porque, habiendo tan grandes poetas en España, no suelen entenderse bien con este género. Ni el dramaturgo ni el poeta buscan precisamente la forma del libreto de ópera para lucir su inspiración.

—¿Y está en italiano?

—Ni me diga eso. Está en español. Pude hacer que se tradujera al italiano, como fuí obligado a hacerlo con *Los Amantes de Teruel*. Pero tratándose de un asunto hispanoamericano, y después de haber observado la complacencia con que se oía la lengua española de nuestra ópera en el teatro Colón, de Buenos Aires, no presentarla en nuestro idioma me parecía una deserción, ceder a un miedo pueril que acaso sería censurado en aquellos países, lejanos por la distancia, cercanos por el sentimiento.

Yo recordé, sin querer, los populares versos de *La verbena de la Paloma*. Por otra parte, quería traer a Bretón a España. A aquí. A Madrid. A su sitio.

—¿Dónde vas con mantón de Manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?
—A lucirme y a ver la verbena
y a meterme en la cama después.

—Esa es la niña mimada, entre mis obras—me dice Bretón con la ternura sentimental del que ve a la juventud perderse en la lejanía con un cantar en la boca.

—¿Dirigió usted el estreno?

—Sí.

—¿Y creía usted en aquel éxito formidable?

—No solamente no esperaba el éxito. Esperaba el fracaso. Fué de las pocas veces en que he sentido miedo.

—¿Y cuando le mandaron salir a escena?

—Al principio creí que era una burla. Como estaba ensimismado dirigiendo la orquesta, no me daba cuenta de si el público se emocionaba o si desechaba la obra.

—¿Y cuando se dió cuenta?

—Lloré como un chiquillo. No pude remediarlo.

—¿Dónde nació usted?

—En Salamanca. Mis padres eran muy pobres. Eran humildes panaderos. Quedé huérfano de padre a los dos años. Mi madre fué una heroína. Quedó viuda con tres hijos y sin un céntimo.

—¿Desde qué edad sintió usted vocación por la música?

—Desde los cuatro o seis años. Mi hermano mayor trabajaba en un taller de platería. Un compañero suyo, que era buen músico, me dió las primeras lecciones. Seguí mi aprendizaje con don Angel Piñuela. Viendo mis adelantos, el maestro platero hizo que yo ingresara en el Consiliario de la Escuela de Nobles de Bellas Artes de San Eloy. Allí elegí el violín.

—¿Y después?

—A los diez años pertenecí a la orquesta y ayudaba a mi madre con el pequeño sueldo que me daban tocando en las iglesias, bailes y otras fiestas. Entonces comencé a componer chucherías musicales. No tenía ni noción de Armonía.

—¿Y cuándo vino a Madrid?

—En 1865. Mi madre vendió todo su ajuar fiando en una colocación de violín primero que se me brindaba en el teatro de «Novedades». Luego ingresé en la clase de violín de don Juan Díez. En el teatro ganaba ocho reales diarios. Más tarde entré a formar parte en la orquesta de la Zarzuela. Por medio de un concurso de violín que hizo el Conservatorio, me eligieron para cubrir una vacante en la Sociedad de Conciertos dirigida por el maestro Barbieri. Entonces comencé a trabajar en la orquesta de los bufos. De allí salí para ir de concertino en una excursión por los teatros del Norte.

—¿Y luego?

—Volví. Me llamaron como concertino para una orquesta que se organizó con objeto de disputar a otra la propiedad en el nuevo Circo de Price.

—¿Y qué pasó?

—Que ganamos la propiedad.

—¿Y después?

—Durante diez años mortales fuí director de compañías de bufos. Hasta para caballos amaestrados hice música.

—¿Y en estas andanzas ganaba usted mucho?

—Ganaba diez y nueve reales diarios, o sean veintiocho duros y medio al mes. Gastaba seis de alquiler de casa, cuatro para el profesor de

Armonía, tres por alquiler de un piano, dos de suscripción a la Historia Universal de Cantú y a dos diarios de la Corte. Quedábanme trece duros para comer yo, mi madre y mi tío. Lo mismo para vestir y fumar. Yo siempre fuí un gran fumador.

—¿Pero seguía usted estudiando en serio?

—¡Claro! Me dió clases el maestro Arrieta. En el año 72 obtuve, con mi compañero Chapí, el primer premio en concurso del quinto año de composición.

—¿Cuándo estrenó su primera obra?

—Estrené, en 1874, *Los dos caminos*, zarzuela que fué la primera que se puso dos veces durante la noche.

—¿Y entonces?

—Estrené otras obras. Entonces comenzamos una lucha tremenda para renovar el arte musical en España. Se organizó la orquesta «Unión Artístico-Musical». La batalla fué enconada y feroz, fecunda en lauros y espinas.

—¿Y luego?

—Trabajé en el Real, como maestro de coros y director en compañía de Facio Barbieri. Pero yo necesitaba nuevas orientaciones en el arte. Obtuve la plaza de mérito en la Academia de Bellas Artes en Roma. Nuestro malogrado Rey Alfonso XII, a quien debí muchas atenciones, comprendiendo que esto no bastaba para vivir, me ayudó con una pensión. Fuí a Roma. También estuve en Viena y en París. Por aquellos tiempos escribí mi ópera *Los Amantes de Teruel*. Por cierto que fué rudamente combatida en España. Dijeron que iba por el camino de Wagner. Wagner, para nuestros músicos de entonces, era un perdido, del que no había que hacer caso.

—¿Y comenzó su obra verdadera?

—Comencé a producir copiosamente. Entonces escribí *Don Gil*, *Covadonga*, *Domingo de Ramos*, *El guardia de Corps*, *La verbena de la Paloma*.

—¿Y dónde fué estrenada?

—En Madrid.

—¿Cuántas representaciones seguidas alcanzó?

—Sesenta y tres noches. En seguida pasó al Tívoli de Barcelona.

—¿Y allí?

—Se puso ciento doce veces consecutivas. Veinticinco más, después de una semana de intervalo.

—¿Y comenzó usted a vivir?

—Sí. Comencé a vivir como un hombre.

—¿Conoció usted a Albéniz?

—Sí. En 1891. Me llamó aquel gran artista para dirigir dos conciertos en Londres.

—¿Estuvo usted en Praga?

—También. En Praga dirigí *Los Amantes de Teruel.* En Praga, con gran asombro mío, me invitaron a ocupar el puesto del doctor Karl Muck, que dirigía aquel teatro. El famoso director alemán tenía que ir a hacerse cargo del teatro de Berlín.

—¿Quiere usted contarme alguna anécdota de su vida?

—No tienen importancia. Son detalles que carecen de interés. Recuerdo que atravesaba yo un período sumamente crítico. Compuse a instrumento una obertura que llamé sinfonía a la manera italiana. Llevaba por título *La Necesidad.* La enseñé a un maestro. Me dió su opinión benévola, pero me reprobó el título, que juzgó impropio de una obra musical. No debería llamarse *La Necesidad.* Entonces, por toda excusa, le dije: —¡Si viera usted la que yo estoy pasando, comprendería el título!

—¿No tiene usted otra?

—Es peor. Tenía yo cinco o seis años. Vivíamos en Salamanca. Mi madre me dió cinco cuartos para que le comprara media libra de fideos. Comenzaba mi afición por la música. No compré los fideos.

—¿Y qué compró usted?

—Compré un pito.

—¿Y qué hizo?

—Entré en casa con aire marcial tocando el pito. Pero congestionado de tanto soplar, me desvanecí. La Providencia vino en mi ayuda.

—¿Por qué?

—Porque si no me desvanezco por tocar el pito, me desvanece mi madre de una soberana paliza. Aquel día no hubo fideos en casa.

Bretón fué hasta hace poco director del Conservatorio Nacional en España. Intrigas e intereses creados hicieron que abandonara el puesto por cuestiones de edad. Así andan las cosas.

El nido de águilas de Castilla va quedando vacío. Se desmorona sobre el peñasco. Pocas alas custodian la cima. Triunfa el jardín recortado a tijera. No es el jardín de las águilas. Pertenece a las aves multicolores: el pavo real, el loro, el faisán y el ave del paraíso. Lo exótico. Lo que no sea español. Las águilas de la raza se mueren de soledad. Bretón es una de esas águilas de Castilla. Representa el patrimonio nacional. La propiedad contra la importación. El roble enfrente del abeto. Malasaña contra los invasores. La pureza contra el vicio. El arte contra la vulgaridad. La afirmación de la raza frente a la decadencia.



ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO, en la Cacharrería del Ateneo de Madrid.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO: En el Seminario de Oviedo.—Campoamor y Espronceda.—El amor prohibido.—La producción literaria española.—Palabras sobre autores americanos.—Su conocimiento de las cosas de América.—De la Asturias aventurera.

HICE esta entrevista en *La Cacharrería* del Ateneo de Madrid. Andrés González Blanco es ateneísta. *La Cacharrería* es el lugar más clásico del Ateneo. La ocuparon nuestros mejores ingenios. En ella florecieron sonetos de poetas ilustres; volaron las avispas de oro del epigrama; resaltaron los literatos; leyeron sus obras los dramaturgos; se quemaron muchas figuras; sufrieron la chamusquina, lo mismo que esos polichinelas que representan a Judas en el Sábado de Gloria.

El recinto ornado de recuerdos, de sombras muertas, de nombres familiares, como las viejas casonas de nuestros abuelos. Es domingo y hay sol. Andrés es un mozo jovial, cuyo espíritu rima bien con el sol mañanero, en los días de fiesta, con el sonar de las campanas jóvenes con el azul fragante y luminoso de un Domingo de Ramos y con la musa colegial que corre hacia la misa, más por mirar los ojos del novio estudiante que por quemarse las pestañas sobre el claro devocionario cristiano.

Los severos sillones ministeriales de *La Cacharrería* están vestidos de blanco. Ocultan su vejez historiada. Usan sobrepelliz, como los viejos curas de aldea.

Andrés se arrellana en un sillón. Yo, en otro. Hablamos.

—¿Eres asturiano?

—Hasta los tuétanos. Nuestros padres acabaron con la rivalidad entre los asturianos: Oviedo y Gijón, la pomarada y la costa, la montaña y el mar. Uno estaba en la cumbre. Bajó al llano. Otro estaba en el puerto. Caminó tierra adentro, hacia la braña. Depusieron acebo y altivez. Hicieron un pacto. Creyéronlo bien las gaviotas prudentes. Aplaudieron los mirlos capitanes. Casáronse nuestros padres para borrar los linderos.

Desde entonces no hay rencillas entre los mozos de la sierra y las mozas del puerto.

—¿Dónde estudiaste?

—En el Seminario de Oviedo.

—¿Y después?

—Terminé Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid.

—¿Qué carrera ibas a seguir?

—La de cura.

—¿Y cómo la dejaste?

—Por falta de vocación. Luego, la cruel disciplina y el criterio intelectual, demasiado estrecho, de aquellas gentes, me hicieron más rebelde a la sotana. Allí no podíamos leer más que la Biblia. Campoamor resultaba pecaminoso y a Espronceda se le tenía puesta una cruz como al diablo.

—¿Y cómo empezaste a escribir?

—Imitando a Campoamor y a Espronceda a manera de represalia, de pasión, y de burla contra los profesores de la santa casa. Recuerdo que escribí más de tres mil «Doloras». Era yo más fecundo que Campoamor Terminada esta tarea, comencé un poema interminable, por el estilo de *El Diablo Mundo*. Como si esto fuera poco, Edmundo y Pedro me enviaban, desde Madrid, el periódico *Vida Nueva*, de Rodrigo Soriano. Lo recibíamos de contrabando, y lo leíamos a escondidas en los lugares menos frecuentados por los santos profesores. Rodrigo Soriano es responsable de que yo no sea ahora un buen canónigo.

—¿Y qué pasó?

—Que me rebelé contra aquel ambiente. Por leer a Pereda, me castigaron. Más tarde se enteraron de que yo recibía *Vida Nueva*. Entonces me tuvieron a pan y agua. Así se ahorcó el seminarista y comenzó el escritor: metiendo libros de matute y enviando a los periódicos prosas y versos en calidad de contrabando.

—¿Dónde empezaste a escribir?

—En *Vida Nueva* y en un periodiquín de Oviedo.

—¿Y a querer?

—En Gijón. Del romanticismo de Espronceda me curé en seguida. De la ceguera que me causaron los ojos de una mujer, aún no pude curarme. Sigo deslumbrado. Me hizo caer de lleno en el madrigal y en el amor que se hiela bajo el balcón cerrado, en la calle silenciosa.

—¿Y qué resultó?

—Que fué la musa de mis versos y la mujer de mis libros.

—¿Y en qué terminó el idilio?

—En nada. Nunca supe a qué sabían los besos de aquella mujer.

—¿Entonces?

—El amor insatisfecho es el único que subsiste.

—¿Te despreció?

—No.

—¿Te acobardaste?

—Menos.

—¿Y eres romántico por ella?

—Por ella.

—¿Quieres explicarte?

—En seguida. Tenía yo diez y ocho años. Ella, unos veinticinco. Vivía en una vieja casa del barrio de Cima de Villa, cerca de la iglesia de la Colegiata, a espaldas del palacio de los condes de Revillagigedo Nuestro idilio de calle a balcón duró más de un año. Era rubia, tan rubia que su cabello semejaba oro encendido; tenía los ojos tan grandes y azules como mi juventud de estudiante; las ojeras, cargadas de sombra; la sonrisa, serena y triste; la boca, bordada de anhelos, como el panal que desborda la miel en el silencio de la huerta que se abandona. El ensueño y el imposible vagaban como dos náufragos en sus grandes ojos azules.

—¿Y ese imposible?

—Era casada. El amor prohibido es el único duradero. El más valiente. El más desinteresado. El más puro. El más ıespetuoso.

—¿Por qué es el más valiente?

—Porque se enfrenta con la ley.

—¿Y el más desinteresado?

—Porque no tiene recompensa.

—¿Y el más puro?

—Porque no peca.

—¿Y el más respetuoso?

—Porque, si es un amor verdadero, no puede aspirar a la posesión. Si expone la honra de la mujer, deja de ser puro para convertirse en pasional, en egoísmo, en libertinaje, en profanación de aquello que más se quiere. El que recibe a Dios en la Comunión, no muerde la hostia. El sacerdote no puede blasfemar sobre el cáliz.

—¿Cómo juzgas la crítica?

—Como la más importante dentro de las Artes. Entiendo que la crítica no es la que destruye ni la que adula. La crítica debe ser romántica, tener emoción propia. Siendo romántica es sincera. La crítica, como cosa mecánica, ya no tiene razón de ser. La crítica sin otro fundamento que el de ir a caza del gazapo gramatical, es absolutamente negativa. Deja de ser arte para convertirse en oficio policíaco. No regenera a nadie. Donde hay menos críticos de esta clase, el arte tiene más facetas. En las ciudades donde hay menos policías, es donde hay menos robos.

La crítica tiene que ser como las grandes obras en el teatro. No pueden descender al truco de la revista.

—¿Qué opinas de la producción actual en la novela española?

—La juzgo abundante y mala. La literatura pornográfica está matando el gusto literario. La invasión de la novela corta lleva trazas de acabar con la verdadera novela. Antes escribir novelas era un arte. Ahora es un oficio.

—¿Se escribe peor que ayer?

—Se escribe lo mismo; en general, mejor, mucho mejor. Pero se piensa peor, mucho peor. Mientras entonces se publicaban siete libros, hoy se publican setecientos. Entonces quedaban cien. Hoy, de las setecientas, no queda media docena para volver a leerlos. Cuando publicaban una novela Palacio Valdés, Pérez Galdós, Octavio Picón o la Pardo Bazán, era un acontecimiento literario. Su publicaban juicios en todos los periódicos. Daban su parecer los escritores más serios. El libro triunfaba o fracasaba. En cambio hoy, ni triunfa ni fracasa. Se lanzan novelas al mercado. Nadie se ocupa de ellas. El público compra aquella literatura que halaga sus vicios con más descaro y que no le causa la molestia de pensar. Si se venden hoy más libros que ayer, es, sencillamente, que aquéllos educaban su público, lo ascendían de nivel moral. Hoy el escritor baja hasta el público, se revuelca en sus vicios, los modela y los devuelve al público aumentados por la imaginación. La mayoría de la producción actual en la novela española caerá en el vacío. Pasada la actualidad, que dura unas semanas, nadie se acuerda más de la obra. Las obras de la generación que acabo de nombrar siguen teniendo más éxito de librería que las que ahora se dan por primera vez al mercado.

—¿Conoces la intelectualidad de México?

—En México, actualmente, hay un gran talento: Antonio Caso. Y un gran educador: José Vasconcelos.

—¿Y poetas?

—González Martínez, Díaz Mirón, Urbina, Tablada, Rafael López, Núñez y Domínguez. Me parece ocioso nombrar a Nervo. El y Darío siguen viviendo entre nosotros.

—¿Y entre los jóvenes?

—El más interesante es Ramón López Velarde. Lástima que haya muerto tan joven. También he leído algunas cosas de Fernández Ledesma. Es el que más se acerca a Velarde.

—¿Y en Cuba?

—Como mentalidad hecha y definida, Enrique José Varona. Tiene algunos puntos de contacto con José Enrique Rodó.

—¿Y Agustín Acosta?

—Me parece el mejor de los poetas modernos de Cuba. Allí donde terminó la generación de Byrne, comenzó la cabalgata lírica y triunfante en la que va Agustín Acosta a la cabeza.

—¿Qué opinión tienes de nuestros emigrantes?

—Son los nuevos conquistadores. Sobre todo, los asturianos. La Asturias emigrante y aventurera ha llevado sus raíces a los últimos rincones del mundo. No hay pueblo, ni ley, ni guerra, ni santa locura, donde no esté una mano asturiana.

Andrés González Blanco está sumamente enterado de los asuntos de América. Me sorprendió, lo mismo que José Francés. Los americanos tienen que agradecerle esa constante predilección, ese empeño en valorizar las mentalidades de aquel Continente.

Esto es muy raro en España. Generalmente, escritores y no escritores, siguen teniendo un sentido equivocado del clima, de las costumbres y de la distancia. Hay diálogos como éste:

—¿Viene usted de México?

—Sí, señor.

—Yo también pienso ir allá. Tengo allí unos parientes.

—¿En México?

—En la Argentina. Acaso usted les conozca.

¡Siente uno gana de pegarles! Es como si un mexicano nos preguntara:

—¿Viene usted de España?

—Sí, señor.

—¡Cómo le envidio a usted! El año que viene estaré en su tierra. Tengo allá un hermano que es cónsul.

—¿En Barcelona?

—En Dinamarca. Muy cerquita.

Pero un mexicano no dice estas cosas. En cambio España es para él como una galería de retratos del Greco. Después de la guerra, si habla de contenidos espirituales, de verdaderas naciones, dice Francia y Bélgica. España no existe.

España paga con la misma moneda. Si tiende los ojos sobre el Atlántico, dice Norte América y la Argentina. El resto tampoco existe.

Tiene Andrés González Blanco unos treinta y cinco años. Su obra es superior a su edad. Desde hace muchos años figura en las letras contemporáneas de España. Pertenece a la dorada constelación de nuestros hombres maduros. Es hijo de una generación mucho más vieja que él. El verdadero Benjamín de la generación pasada. Cuando todos acaban su cosecha, él sigue dando frutos primaverales. La antigua arboleda aparece en el invierno sin una hoja. Los árboles son como esqueletos cubiertos de nieve. Entre esos viejos árboles que representan una generación que ha dado su cosecha, hay uno que, por su condición y por su juventud, está cubierto de hojas.

Este es el caso de Andrés González Blanco.



PEDRO LUIS DE GÁLVEZ y FERNANDO DUARTE, leyendo el original de la obra «Martín Clavijo».

PEDRO LUIS DE GÁLVEZ. FERNANDO C. DUARTE: El sonetista y el autor.—La Reina de Rumania. —Condotiero.— Una visita a D'Annunzio.—La vida arbitraria.—«Martín Clavijo».—El poeta y el empresario.—Un viaje a América.—De lo desgarrado a lo pintoresco.

PEDRO Luis de Gálvez es un gran sonetista español. Tan brillante como el duque de Amalfi. Tan limpio y severo de estilo. Pero más humano que el traductor de Heredia. No hagáis muecas. Ya sé que vosotros sois personas decentes. Por lo menos, más decentes que Pedro Luis de Gálvez. No pedís dinero. No os emborracháis, con mal vino español, en una mala taberna. Lleváis el cuello limpio. Os reciben bien en las redacciones. Publicáis versos. Se os puede tratar socialmente. Sois personas gratas. Seréis mañana académicos como Cavestany. Pero esto no basta. Mariano Zurdita también hace versos. Blanco y Negro o Blanco Belmonte se ha hecho popular en América con unas malas estrofas que escribió contra Santos Chocano. Se le engarabitó en los hombros. Lo mismo hace el mono. Se engarabita en el árbol.

Pedro Luis de Gálvez es lo contrario de vosotros. No es una persona decente. Pero es un gran poeta. Más poeta que todos vosotros. Claro que al decir vosotros, digo mediocres. Los demás no deben darse por aludidos. Aunque tampoco vosotros. Nadie quiere ser mediocre. Eso sí, los mediocres quedan en pie. Abundan los Zurditas.

¿Las aventuras de Pedro Luis? Son dolorosamente conocidas. Son comentadas pintorescamente. Pedro Luis nació en Málaga. Es hijo de una familia respetable. Tan respetable como la vuestra. Estudió en el seminario. Tenía talento. Adquirió cultura. Una cultura que hizo de él un gran escritor. Un estilista. Como Valle Inclán. Más castellano que Valle Inclán. Sin la portentosa imaginación creadora de Valle Inclán.

Armó una gresca en el Seminario. Le expulsaron. Entonces se alejó del hogar paterno. Comenzó su vida de vagabundo y de poeta. Recorrió

toda Europa sin un céntimo. Hizo vida de aventurero. Fué condotiero de un príncipe en Albania. Hay que anotar que Pedro Luis conoce todos los idiomas. Pasó a Italia. D'Annunzio brindóle un plato en su mesa. Volvió a España. No hay rincón de la Península que no sepa de la huella de Pedro Luis. Aquí calzó botas flamantes. Más allá calzó alpargatas. Más tarde se vió descalzo. Aquí hizo de conferencista. Más allá dirigió un periódico. Se presentó como poeta: hizo sonetos. Se presentó como mendigo: pidió limosna. Un día fué libelista. Publicó versos y prosas. Se le acusó de calumniar a la real persona. Paró en la cárcel. Cuando le condenaron, ascendió de posición como delincuente. Fué a presidio. Cargó grilletes en Ocaña. Permaneció allí dos o tres años. Pero se aburrió de estar en presidio. Escribió unas cartas a los escritores españoles. Estos vieron que tenía talento. Le escucharon. Publicaron artículos en la Prensa. Consiguieron su indulto. Pedro Luis dejó Ocaña. Vino a la Corte española. Ya venía enviciado. La cárcel no regenera. Prostituye. Bendice el maridaje del bien y del mal. Destruye la barrera que hay entre lo bueno y lo malo. Pedro Luis hizo estupendos sonetos. Todavía traía consigo la vergüenza exterior. Pero la moral ya andaba al garete como barca sin vela ni remo.

En Madrid se casó Pedro Luis. ¿Era buena? ¿Era mala? No indaguemos. No busquemos la raíz de la culpa. El escritor no es un fiscal. En cambio, el Destino es implacable. Casi tanto como un fiscal. Pero el caso es que ella fué mala. La moral de Pedro Luis acabó por rodar por tierra. La barca espiritual se hizo añicos contra la costa. Los hijos quedaron atrás como tablas dispersas de la nave. Se vió solo. No pudo matar. No supo matarse. Todos los hombres no saben matar. Otros prefieren el suicidio moral a la muerte física. Pedro Luis es uno de ellos. ¿Perdonar? Eso, tampoco. No se perdona cuando va el propio corazón roto arrastrándose por la calle, entre el polvo y el escarnio, prendido a la falda de una mujer que se aleja con una carcajada en la boca.

El vino comenzó a trazar su camino de risa. La vergüenza no es buena compañera del vino. Abandonó a Pedro Luis.

Siguió barranca abajo. Estranguló a la tragedia. Comenzó su vida pintoresca. Se cuentan de él anécdotas monstruosas. Su segunda vida comenzó con una sucesión de concubinatos. ¡Los hijos! ¡Siempre los hijos! ¡Numerosos pecados de la miseria!

Uno murió al nacer. Pedro Luis no tenía dinero. Había que comer. Había que enterrarle. Sobre todo, había que emborracharse y comer. Los amigos estaban cansados. No podría seguir pidiendo dinero. Pensarían que era una nueva farsa del sarcástico vagabundo. Entonces tuvo una idea feliz. Metió el cadáver en una caja blanca de cartón. Recorrió los cafés. Se presentó en las tertulias de los amigos con aquel ataúd bajo del brazo. Tampoco le creían. El, como un personaje de Ibsen, en-

sayó un gesto, les llamó miserables, abrió la caja, presentó el cadáver sobre la mesa del café. Se quedó solo. Pero antes le dejaron unas pesetas. Comió. Se emborrachó aquel día. Después enterró el cadáver. Bajo su gesto de clown acaso no vieron la mueca del crimen o del suicidio.

Pero Pedro Luis es incapaz de estas cosas.

Y, aquí los extremos. Floreció la injuria. Se le negó talento. Se le cerraron a cal y canto las puertas de la publicidad. Pedro Luis dejó de ser el gran poeta. Quieren que su obra desaparezca entre los andrajos de su vida social.

Y esto no puede ser. Perdónenme los escritores decentes.

El hombre puede merecer el garrote. Pero el poeta no muere en el garrote. El arte flotará siempre sobre la humana materia. Para eso existe la criba. La vida es como una espiga de trigo: tiene paja y grano. Primero se corta. Entran en acción los mayales. Después cumple su misión la criba. La paja va al viento. El grano va al molino. Resplandece la blanca harina.

El arte de Pedro Luis será harina luminosa en el molino de la gloria. La posteridad es la mejor molinera.

Pedro Luis tiene un amigo que no le ha abandonado en el largo camino de su vida arbitraria. Ese amigo es Fernando C. Duarte. Es un escritor. Un hombre de acción. En esto es el reverso de Pedro Luis. Colaboran juntos. Están terminando un drama en tres actos: *Martín Clavijo*. Es un drama salvaje. Sucede en la sierra andaluza.

Me encaro con Pedro Luis. Es un poco bellaco. Pero no teman ustedes. Ya he dicho que es incapaz de matar a una mosca. Aunque se le ponga en la punta de la nariz a hacer piruetas rusas. Como Tórtola Valencia.

—¿Naciste en Málaga?

—Sí. El 10 de mayo de 1882.

—¿Tus primeras andanzas?

—Siendo seminarista en Málaga, compuse una sátira contra mi profesor de latín, y de aquella inocente burla provinieron todas mis desdichas. El catedrático me tiró de las orejas hasta hacerlas sangrar. Yo le metí entre ceja y ceja un tintero de vidrio. Me expulsaron del Seminario. Y harto me pesa ahora, porque, de no haber emulado a Juvenal, sería clérigo, regoldaría de sobremesa, tendría un ama lucia y una sobrina y a todos los maridos de mis penitentes guapas los habría hecho mansos perdidos.

—¿Es verdad que elevaste al trono a un rey en Albania?

—No hice jamás un rey; pero, sí muchos cardenales. Puede atestiguarlo la policía.

—Eso no me interesa.

—Pero a mí sí.

—Sigue.

—Bueno. Estuve en Albania en 1914, con el príncipe de Wied. Fuí a Albania como lord Byron a Grecia, y me batí como Espronceda, en 1830, en el Puente de las Artes. La reina de Rumania, «Carmen Sylva», formó un ejército para acorrer a su sobrino el de Wied. En él me alisté yo.

—¿Fuiste a pie a ver a D'Annunzio?

—Sí. En el Ayuntamiento de Pescara, en el registro de socorros a vagabundos, está mi nombre.

—¿Es verdad que vienes de casta de nobles?

—No desciendo, precisamente, como Villiers de L'Isle Adam, de un gran maestre de los caballeros de Rodas. La nobleza de la sangre es la nobleza de los lacayos.

—¿Quieres decirme algún soneto?

—Ahora no estoy borracho. Yo no digo mis versos sino cuando estoy borracho.

—Pues, bebe.

—Bebo.

Pasó media hora. Se escanciaron dos botellas de vino malo.

—¿Me dices el soneto?

—Ya te dije que no estoy borracho.

—Pero lo estarás.

—Bella promesa. Me sentimentalizas. Allá va mi *Autorretrato:*

Seminarista, de Antinoo prendado.
Presidiario, en Ocaña. Equilibrista.
Pícaro, alguna vez. Fraile. Anarquista.
Y, en Durazzo y Escútari, soldado.
Rodé por toda Europa. Ya cansado,
vine a este pueblo bufo y egoísta
que me apoda bribón, trapisondista,
borracho, vagabundo y perturbado.
¡Qué trágica mi suerte! ¡Qué castigo
seguir viviendo aquí! ¡Cuánto enemigo
por todas partes! ¡Siempre con la garra
de la calumnia al cuello, sin fortuna,
muerta la fe, sin ilusión ninguna,
y, en la mano, una bala, como Larra!...

—¿Qué opinas tú de los poetas de España?

—No puedo opinar. Los conozco personalmente. Y, ya sabes lo que dijo Cristo: «Por sus obras los conoceréis».

—¿Y de los de América?

—A éstos los conozco por sus obras.

—¿Y de la danza de los gobiernos?

—Interroga a los prisioneros de Abd-el-Krim.

—¿Qué opinión tienes de las mujeres?

—Mi madre fué una mujer.

—¿Qué opinión tienes del vino y del Arcipreste de Hita?

—El vino es un compadre simpático. El Arcipreste es un poco pelmazo.

—¿Qué es lo que más te inspira?

—Mis llagas.

—¿Cómo hablas tan mal de los amigos?

—Me enseñaron ellos.

—Eres un farsante.

—No he podido llegar a primer actor. Es cuestión de suerte.

—¿Qué concepto tienes de la propiedad?

—Me dolería profanar la memoria de César y de Napoleón.

—Dime otro soneto.

—Luego. He bebido poco.

—¿Por qué prefieres a la América la Puerta del Sol, y sin embargo, no te fijas en el reloj de Gobernación e ignoras en qué hora vives?

—Para pasear mi pobreza me bastan las aceras de la Puerta del Sol. En cuanto al reloj de Gobernación, se atrasa y se adelanta como otro cualquiera. A ti te retrasó muchas veces la hora de comer o al camarero la hora de cobrar, hace seis años, cuando eras un buen poeta y un buen hombre. Ahora eres un mal hombre.

—Gracias.

—Es justicia.

—¿Por qué no escribes más a menudo?

—Por que no me lean los tontos.

—¿Ya estás borracho?

—Sí. Comienzo a decir verdades.

—¿Cómo no coleccionas tus versos?

—No tengo afición de coleccionista.

—Eres un ganso.

—Sin mis plumas quedaría España sin escritores.

—¿Ya puedes decirme el soneto?

—Ya. Te diré *El Cardenal*, de Zuloaga:

Cardenal español. Recio. Cetrino.
Mollera escasa. Autoritario empaque.
Más que de cardenal, tiene de jaque.
Nada en su frente acusa lo divino.
Como la piel, reseca la conciencia.
Gesto de inquisidor. Entre los dedos,
descabalgados penden los quevedos
con que a rezar se ayuda Su Eminencia.
Un fámulo galán, de rostro hermoso,
frena, con la actitud sumisa y grave,
de la envidia el acervo doloroso.

Es, acaso, el sobrino. Acaso el hijo.
Ganimedes tal vez... ¡Nadie lo sabe!
(Ausente de la escena, el Crucifijo.)

Estábamos citados con Duarte. Se trataba de leer unas escenas de *Martín Clavijo*. Las leímos. Tienen matiz, ambiente y dramaticidad.

—¿Cómo siendo tan diferentes Pedro Luis y usted han hecho tan buenas migas?—le digo a Duarte.

—Pedro Luis y yo—me dijo—somos *idénticos, esencialmente idénticos*. Lo que pasa es que usted *no se ha parado a mirarnos*. Más concretamente: Pedro Luis es mi hijo, aunque mal educado. Es un salvajito al que yo quiero mucho. ¡Qué talento el de este pobre y vilipendiado Pedro Luis! Si yo fuera un empresario opulento, haría un gran negocio con el talento de Pedro Luis. El se independizaría de la miseria.

—¿Cuándo estrenan *Martín Clavijo?*

—Cuando alguien lo solicite; pero contra mi voluntad. Quisiera estrenar esta obra con una de las compañías que estoy formando, sin que intervenga en su estreno nadie más que los cómicos y yo.

—¿Cuándo piensa ir a América?

—Muy pronto.

—¿Qué espectáculos piensa llevar?

—Los *Cuadros Líricos*. Pienso llevar lo mejor del teatro lírico contemporáneo. Los *Cuadros Líricos* se prestan para dar a conocer en su esencia nuestro arte de ahora.

—¿Qué concepto tiene usted de América?

—Muy bueno. De no ser catalán, quisiera haber nacido en las Pampas.

—¿Qué opina usted del hispanoamericanismo?

—Que debe basarse en un tratado intelectual y en otro comercial. El intelectual depende de nuestra vergüenza. El comercial, de la vergüenza del Gobierno.

—¿Qué opina usted del problema de Marruecos?

—Opino que cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—¿Qué le preocupa a usted más?

—El arte. Quisiera tener fortuna, como empresario, para proteger, como yo sueño, a tanto artista de valía que agoniza por falta de medios y pequeñez de ambiente.

—¿Cuántas obras ha estrenado usted?

—Once, que forman catorce actos.

—¿Y libros publicados?

—Seis.

—¿Y el momento más feliz de su vida?

—Aquel en que vi en un palco llorar a mi madre, mientras el público aplaudía una de mis obras.

—¿Cuál es su mayor aspiración?

—Ver felices a mis hijos y a la compañera de mi vida.

—Si no fuera usted escritor, ¿qué quisiera usted ser?

—Escritor.

—¿Qué opina usted de la actual producción española?

—En España se escribe hoy mejor que nunca. La verdadera producción está casi inédita. Los grandes escritores se apartan del mercado, por dignidad o por lo que sea. Triunfa, en cambio, la literatura pueril, pornográfica o sentimental.

Duarte no es solamente un hombre de acción. Es un gran romántico. Un literato, un periodista, un poeta. Conoce a maravilla el teatro por dentro. El construye argumentos, traza escenas. Pedro Luis escribe. Deja en los labios de los personajes la palabra precisa.

Duarte es todo corazón. A tal grado, que no parece catalán. Los catalanes son un poco ariscos. Duarte se dijera un aragonés, un defensor de la Pilarica, un pariente lejano del alcalde de Móstoles.



PACO MEANA y MIGUEL MUÑOZ, en el Sindicato de Actores.

PACO MEANA: El Sindicato de Actores Españoles.—Los paladines.—Meana, gerente.—El artista.—El orador popular.—El asturiano.—De «botones» a primer bajo.—En el Teatro Real.—En la Zarzuela.—En Apolo.—No se debe cantar después de los treinta años.—Meana, hombre de acción.—Meana y el portugués.

ENTRÉ en el local del Sindicato de Actores. Desde la escalera escuché una voz fuerte como un torrente que azotara los riscos con latigazos de espuma. Las palabras parecían desprenderse como las piedras de la honda de David contra la cabeza de Goliat. Es una voz que corta como hacha en la sierra. Simula herir a golpes un brazo de encina. Es la voz de un poeta indignado.

Entré. Me cubrí de asombro. Era la voz de Paco Meana. Pero este Paco no es aquel Paco. No es el de la fabla asturiana. Es un orador popular. Una figura del Apocalipsis. Un Danton redivivo. Zola ante los jueces. Castelar cebrado de iras. ¡Este no es Paco Meana! «Me lo han cambiao».

Me vió. Dejó el auditorio.

—Pero, ladrón, ¿tú por aquí?

—Por aquí—le dije.

—¿Vienes de México?

—De México.

—¿Y la *muyer?*

—No crece.

—¿Y los *fíos*?

—En el reino de Herodes.

—Siéntate. En seguida acabo.

Volvió a oirse su voz torrencial.

—No, señores—prosiguió—. No hay que desmayar. Tenemos que defendernos. El Sindicato de Actores, a pesar de los augurios de sus enemigos y de muchos que parecen sus amigos dentro y fuera de la posesión, no morirá. ¡No debe morir! ¡No puede morir! El representa nuestro

esfuerzo, nuestra justicia, nuestro dolor puesto en pie. Y no puede morir porque, aparte de la defensa de los intereses materiales que tienen los sindicados, ha de atender a los artísticos del teatro, limpiando el camino de malos empresarios y de actores peores, que deben dedicarse a otra profesión. Pensemos también que la vida de nuestro Montepío, amparo de la ancianidad y socorro de todos los compañeros necesitados, depende también de la vida del Sindicato. No vamos mal. A fines de 1923 cuenta nuestro Montepío con un ingreso de doscientas mil pesetas. Desgraciados de nosotros si cayésemos en manos del portugués. Nos fusilaría a todos sobre la cubierta de *O terror d'os mares.*

Calló Meana. Luego me presentó a los oyentes, en su mayoría actores ilustres y miembros de la Directiva:

—Miguel Muñoz, Rafael Calvo, Fernández Roa, Martín Galeano, Pamer Bur, Guillot, León, Mora y el señor Calle.

Se animó la conversación. El Sindicato ocupa un local espacioso al principio de la calle de Hortaleza. Salón sencillo y severo. Sin guindajos ni abalorios. Los muebles son artísticos y sobrios. Impera el arte antiguo. En el pasillo, en una de las paredes, se extiende una enorme pizarra. Allí están los nombres de las compañías sindicalizadas, el pueblo donde se encuentran, el teatro donde actúan, las príncipales figuras que van en las constantes caravanas del Arte.

Dejamos el local del Sindicato. Cada cual se fué por su lado. Yo comencé con Meana esta entrevista en un café cercano ante unas copas de vermouth.

—¿Qué es de tu vida?

—Ya lo ves: director-gerente del Sindicato de Actores. Mucho trabajo. Mucho entusiasmo, mucho romanticismo.

—¿Volverás al teatro?

—No lo sé. La vida dirá. Pero por ahora vivo alejado de esa idea. Estoy dedicado en alma y cuerpo a los actores españoles, hasta ahora atropellados por todos y por todo. Mira, créeme. Yo soy un hombre *colectivo*, y quizá porque no me enamora lo individual, no he llegado hasta donde mi voluntad pudo llegar. Además, creo sinceramente que después de los treinta años un hombre no puede cantar, no debe cantar. Han pasado muchas cosas en esos años. Yo comencé a cantar en el año 75.

—¿Dónde?

—En el teatro Real, al lado de Titta Ruffo y de la Storchio.

—¿De dónde venías?

—De nuestro pueblo. De Gijón. Allí trabajaba de *botones* en un casino. Estudié. Me devané los sesos. Así ascendí de *botones* a primer bajo cantante.

—¿Te fué bien?

—Sí. Pero debido a mi idiosincrasia especialísima, no supe dar mérito a mi labor llevada a cabo durante mi estancia en Madrid. Cuando desembarqué en América me tomaron por un corista.

—¿Después de tus éxitos en el Real?

—Después.

—¿En qué partes de América estuviste?

—En muchas. Guardo grandes recuerdos de la Argentina y de Cuba. En la Argentina canté durante cuatro años. Es un país admirable. En la Habana estuve año y medio. Allí viví como un príncipe de la bohemia, entre grandes amigos, grandes tabacos y gran café. ¡Y qué mujeres! Llevan el sol prendido entre sedas. Las miradas de aquellas hembras se meten carne adentro como un dulce veneno mortal. En cambio, dí allí con un empresario que no estaba en su sitio. Su sitio natural era la cárcel.

—¿Y piensas volver a América?

—No pienso ir a parte alguna. Aspiro a descansar. He visto bastante, y fuera de mí mismo no encuentro ya nada bueno. Sí deseo que hagas constar mi profunda simpatía por los paisanos de América. Mi gratitud no muere ni olvida. Florece todos los años como los buenos pomares.

—¿Dirigiste el teatro de la Zarzuela?

—Dirigí la Zarzuela en los buenos tiempos, cuando se estrenaron *Maruxa*, de Amadeo Vives; *La vida breve*, del maestro Falla; *Margot*, de Turina, y otras magníficas obras que aún siguen siendo lámparas de oro en los escenarios actuales.

—¿Qué obra has cantado con más gusto?

—Todas. Pero cuando tenía ganas de cantar. Si me faltaban las ganas, no era capaz de salir bien ni en *La praviana*.

—¿Qué es lo que más te apasiona?

—Me apasionan mucho más los problemas sociales que el teatro. Quizá por esto hago labor en un Sindicato, aunque éste tenga cierto espíritu de aristocracia.

Apenas se acordó del Sindicato, surgió de nuevo el hombre de acción, el orador terrible.

—Nació—me dijo—a impulsos de una necesidad de justicia y de revindicación de los derechos atropellados. Era el arma necesaria que el actor había de empuñar para defender su dignidad y su pan, para ordenar su trabajo, para librarse de una esclavitud vergonzosa, esclavitud que le tenía atado a los especuladores sin conciencia y sin cultura: los explotadores del teatro. Esta esclavitud le sumía continuamente en la zozobra de no cobrar sus haberes, de quedar abandonado en una costa lejana, sin patria y sin familia, teniendo que acudir a la pública compasión para volver a su destino, viéndose precisado a soportar el desprecio de quienes, en la escala de las consideraciones sociales, estaban

veinte metros por debajo de su brazo; sin encontrar en parte alguna el respeto que merece quien va encendiendo en las almas una luz de ilusión, en los cerebros una cultura y en los corazones el santo amor de la patria y la divina exaltación por la mujer y por la belleza. Imagínate. Antes de formar el Sindícato, había quien ganaba en el teatro dos y tres pesetas diarias. Con tres pesetas había que salir a la escena vestido de frac...

—¿Y el programa?

—Es largo y valiente. Mucho hemos conseguido en favor del actor español. Ya no existen las costumbres afrentosas del *bolo en Filipinas*, de los sueldos de tres pesetas, de las *encerronas* en el teatro, ensayando y actuando diez y ocho horas seguidas, de los haberes en el aire, del trato grosero y de las caravanas de artistas abandonadas en los caminos. Pero hay que conseguir más, mucho más. La labor del Sindicato es de amparo y defensa.

—¿Y el conflicto con el portugués?

—¿Qué portugués?

—El señor Traga.

—Sigue en pie. Pero poco a poco se llegará a un acuerdo total. La Sociedad de Autores españoles nos ha ayudado mucho. La opinión general está con nosotros. Es natural. Se trataba de un verdadero atentado contra nuestros actores. Un empresario, por el hecho de tener dinero, no puede disponer totalmente de la vida del teatro en España, prescindiendo del arte español e inundando los escenarios de películas extranjeras.

En las nuevas leyes sociales, que si no están promulgadas en papel de oficio, las llevan ya todos los hombres escritas en su conciencia, no hay nada que diga que se puede disponer de los elementos de trabajo a su capricho. Menos supeditarlos a su voluntad, hasta el extremo de causar un daño irreparable a las colectividades. Tanto valiera que el empresario o arrendatario de teatros acaparara éstos para convertirlos en almacenes de ropa hecha, terminando así con la vida de una noble colectividad que representa una de las más altas expresiones de la cultura.

Esto no lo toleraremos. Nadie toleraría que el Museo del Prado se convirtiera, a cambio de unos millones, en un depósito de harinas. Como el Museo del Prado, en el que tiene España puesto su orgullo de nación, de empolladora de genios, son los teatros españoles, donde, si no están expuestas las pinturas de Velázquez, de Goya, de Murillo y de Zurbarán, han tomado vida y expresión las concepciones inmortales de Calderón de la Barca, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, de Jacinto Benavente. No podemos dar derecho a cualquier negociante de películas para disponer a su antojo de todos los teatros de España, sobre todo

de aquellos en los que aun quedan los ecos de nuestros grandes actores, aquellos que supieron encarnar el alma imperecedera de las gloriosas figuras creadas por los poetas. Ni en el sentido artístico ni en el económico, pueden actores y autores consentir ese despojo en calidad de derecho, sin las consiguientes limitaciones. La vida del teatro ha de seguir su ritmo y su norma en España, mientras no desaparezcan los actores y los autores.

—¿Y es verdad que cuentan ustedes con un Sanatorio?

—Contamos con el terreno. Esto no es poco. Es un regalo del Ayuntamiento de Sanlúcar de Barrameda, conseguido por el esfuerzo titánico del actor Monteagudo. Como él dice, las actrices y actores españoles e hijos de los mismos, cuentan con un sitio risueño donde refugiarse de sus enfermedades y quebrantos. La tierra de que somos dueños en Sanlúcar, tiene al frente el mar, a un extremo la marisma, a la espalda un inmenso pinar de cuatro o cinco leguas. Al costado tiene un gran bosque de eucaliptus. Ahora falta levantar el Sanatorio. Es uno de nuestros sueños. Los vencidos de nuestro ejército, pobres o enfermos, dolorosamente caducos, ya no serán carne lamentable de los hospitales de España.

—¿Y qué prepara ahora el Sindicato?

—Una conferencia en la que fijaremos su situación ante un nuevo conflicto, proponiendo solucionarlo en una acción conjunta de empresas, autores y actores, y afrontar el problema con los siguientes puntos:

1.º Rebaja de los impuestos en relación con lo que paguen otras industrias y con la obligación, por parte de los teatros de España, a contribuir con lo que les corresponda. 2.º Rebaja de alquileres de teatros en relación con el Real decreto de inquilinato, equiparando el pago de estos locales al de las casas particulares. 3.º Organización completa de todas las colectividades que integran el teatro, cada una en su grupo, y redacción de unas bases de trabajo de carácter nacional, a las que han de acoplarse todas las colectividades. 4.º Formación de tribunales arbitrales para las cuestiones que pudieran surgir entre las colectividades y el individuo.

—¿Y triunfaréis?

—La razón tiene que triunfar siempre, tarde o temprano.

«Me lo han cambiao». Este no es el Paco Meana que conocí, hace seis años, en el teatro de Apolo, colocándose una armadura ante un espejo, rizándose los rudos mostachos y poniéndose al cinto la vieja espada, digna de pertenecer, en apariencia, a alguno de aquellos capitanes que pintó Velázquez en *La rendición de Breda*.

Las características de Paco Meana eran su bohemia, su regionalismo, su dulzón humorismo asturiano, su penacho espiritual que los poetas veíamos ondular al viento, prendido de su amplio chambergo de alas largas y desplegadas, como las de un vencejo en el crepúsculo; su enor-

me capa española, ceñida al cuerpo como una bandera nocturna; su espíritu digno de *El estudiante de Salamanca*; su obscura melena como otro airón romántico, constelada de ensueños como la de José Espronceda; su buen humor periodístico, cuajado de anécdotas pintorescas, de insinuaciones socarronas, de juveniles desplantes, propios del hombre que canta al pie del tonel, de locos ensueños artísticos que hacían un muchacho del que fuera el mejor bajo cantante español durante veinticinco años.

Paco Meana sigue usando chambergo y capa española. Pero bajo esa capa no esperéis que lleve un poema en verso o una obra musical. ¡Nada de música! Debajo de un brazo lleva a Trotsky. Debajo del otro, a Lenine.

Yo lo imagino con estos dos tipos a un lado y otro, ocultos entre la capa, mientras parlamenta con Mussolini.



D. JUAN BARCO, director de «Las Noticias», de Barcelona, con Alfonso Camín, durante el viaje de aquél a la Corte española.

JUAN BARCO: «Las Noticias», de Barcelona.—Una entrevista por entregas.—¡Abajo los cuestionarios!—Cuarenta y cinco años de vida periodística.—Oposiciones a cronista de Salamanca.—Adversario que huye y se echa al agua.— Sabrosos apuntes del tiempo viejo.

Don Juan Barco es director de *Las Noticias*, de Barcelona. *Las Noticias* es un periódico como los de Madrid, supera a muchos de los que se imprimen en Madrid. Pero esto es lo menos interesante en don Juan Barco. Lo más interesante es su cultura, sus cuarenta y cinco años de periodista, sus exploraciones históricas, su carácter revolucionario, su romanticismo espiritual, su llaneza, su inquietud por el porvenir de la raza.

No siempre las fuentes populares son las que dan el agua más cristalina. En las montañas solitarias, en los viejos bosques, más sonoros cuanto más silenciosos, encontraremos manantiales recónditos mucho más puros. Las fuentes populares están demasiado cerca de las plazas públicas. En las plazas públicas hay demasiadas estatuas inútiles. Se confunden fuentes y estatuas. O están las fuentes cercanas a los caminos municipales. El polvo del Municipio ciega las fuentes. Cuando no sirve de bebedero a la caballada de la Guardia civil. O a la pollinería de los gitanos andariegos, llena de mataduras. Como ello sea, hay que huir de las fuentes populares. Cuando no están secas, suelen traer consigo enfermedades contagiosas.

Lo mismo las fuentes de la Historia. Cuando son populares, castran la leyenda, que es como entregarse a la caballada de la Guardia civil, o no encuentran la verdad, o si la encuentran, tan moralmente la visten, que nadie la conoce. Tiene que hablarnos al oído: como las máscaras familiares cuando acuden a un baile de carnaval. La verdad en tal guisa pierde mucho. Tanto perdería Venus si un escultor católico nos la presentara con hábito de monja carmelita leyendo las epístolas de San Pablo.

Don Juan Barco no es una fuente popular. Es una fuente recóndita, un sereno investigador de las cosas olvidadas o desconocidas, un buzo luminoso de nuestra Historia, un verdadero cronista de nuestra raza. No tiene ningún parentesco con Solís. No oculta sus desconocimientos con la imagen poética. Don Juan Barco es rudo y sincero. Bernal Díaz del Castillo prologaría sus obras en la tregua de los combates. Alonso de Ercilla enviaríale su visto bueno hecho con la punta del hierro en la corteza de una encina.

Conocí a don Juan Barco en Madrid. Vino a ultimar la compra de una estupenda maquinaria para su periódico. La casa alemana enviaría desde Berlín a Barcelona la rotativa más moderna, inventada por los ex súbditos de Gillermo II. En esta rotativa se imprimirían *Las Noticias*. Se estarán imprimiendo *Las Noticias*. En Madrid hablamos de muchas cosas Más que su gran cultura artística, llamáronme la atención su carácter de político moderno, libre de la dorada polilla, y su avanzada manera de matizar la conversación y sus conceptos del arte, así como sus investigaciones históricas. Pensemos que don Juan Barco cuenta más de sesenta inviernos. Es raro que con sesenta inviernos se piense primaveralmente, se escriba con pluma de oro en azul mediterráneo, y se tenga una convicción de la patria y del ideal tan firme como la tuvieron los comuneros de Castilla, decapitados por la mano bárbara del inquisidor de la noche, ceñido de hogueras que más que a leña, olían a carne humana.

Rodrigo Soriano contóme cómo don Juan Barco hizo oposiciones a cronista oficial de la ciudad doctora. Tanta fué su clarividencia, tal acopio de datos verídicos llevó a cabo, que el entonces cronista de Salamanca se suicidó arrojándose al Duero. Buscó su purificación en las aguas. Había mentido mucho.

—Hay que hacer una entrevista con don Juan.

—Es muy interesante—me dijo Soriano.

Pero don Juan se iba.

—Mándeme usted un cuestionario—me dijo.

Contra mi voluntad, le envié el cuestionario a Barcelona. Odio los cuestionarios. Los que no contestan tarde, contestan mal. La entrevista debe ser una conversación sincera, movida, cortada. El cuestionario convierte las entrevistas, más que en conversaciones, en documentos oficiales.

Había que resignarse. Don Juan iba camino de Barcelona, después de un suculento almuerzo con Romanones.

Pasaron varias semanas. Enviéle varios recordatorios. Don Juan estaba enfermo. Los cuestionarios suelen traer estos malos resultados.

Volví a escribirle. Don Juan seguía enfermo. El cuestionario había seguido la suerte de ciertos diagnósticos. Se había perdido. Don Juan me envió las primeras notas:

«Sr. D. Alfonso Camín.

Madrid.

Mi ilustre amigo: ¿Podrá usted creer que al disponerme a contestar su interrogatorio me he encontrado con que no lo encuentro por parte alguna? Lo guardé tanto, que en esta balumba de papeles de la Dirección de un periódico, ha quedado enterrado. Dios sabe hasta cuándo. Bueno; usted me perdonará por la tardanza y yo voy a contestar a algunas preguntas de las que recuerdo que me hacía usted.

La primera se refería, creo, a mis preferencias entre el periodismo, la literatura y la Historia. Tal como yo lo concibo, el periodismo es Historia y debe ser literatura. El ansia de escudriñar del historiador y del periodista corren parejas. Lo mismo da leer manuscritos empolvados en los archivos que leer en las almas sucias de los políticos, o de los criminales, o de los explotadores, o de los vanidosos, o de las pecadoras, o de los funcionarios, o de las multitudes... gentes todas con quienes los periodistas andamos todos en brega. ¿Qué hicieron y hacen los historiadores sino periodismo, y qué hacemos sino historia los periodistas? Yo he picado en el periodismo, en la Historia, en la literatura: todo me agrada. Mi labor más intensa ha sido la periodística. Anduve en aventuras de Historia, de las que me separó un suceso trágico sobre el que usted me pregunta, y que luego, luego le explicaré. He sido literato esporádico, digámoslo así. Hice algo de teatro (en el Español se representó una obreja mía treinta y cuatro noches), hice artículos de amena y vaga literatura (en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en diversas ilustraciones), hice cuentos, hice hasta versos.—¡Perdón, maestro!—¿Pero dónde está el español que no haya hecho algo de todo esto? Y para terminar la contestación a esa su pregunta le diré que el próximo mes de abril del próximo año de 1923 hará cuarenta y cinco años que ejerzo el periodismo diario. De ello he vivido, pues soy de los pocos que no he tenido cargo ni empleo fuera de esta profesión. Aunque sólo fuera por esto he de amar el periodismo sobre toda otra cosa. Mi trabajo en todo ese largo tiempo está repartido en los siguientes diarios: *El Clamor de la Patria*, de Madríd (órgano de Ruiz Zorrilla en su primera emigración en Ginebra); *La Voz de Galicia*, en el que fuí redactor y director; *La Iberia*, de Madrid (redactor jefe); *El Diluvio*, de Barcelona (corresponsal de carta diaria durante doce años); *La Libertad*, órgano de Silvela, en Madrid (redactor jefe); *Heraldo de Madrid*, cuando lo compró Canalejas y durante la dirección de Augusto Suárez de Figueroa; *El Noticiero Salmantino*, que fundé y dirigí; *L'Espagne Economique et Financière*, de París (revista que dirigí en aquella capital durante diez años); *Las Novedades*, de Madrid, que dirigí; *España Futura*, revista de Madrid, que fundé y dirigí; *Las Noticias*, de Barcelana, que dirijo desde hace catorce años.

He colaborado en *El Imparcial, El Liberal, La Época, El Mundo, El Globo, La Ilustración Española y Americana, Nuevo Mundo, Le Journal des Débats*, revista; *Nuestro Tiempo, La Ilustración Artística, Vida Nueva* (periódico que hizo a fines del siglo pasado Dionisio Pérez), y no me acuerdo si alguno más.

Esa es la parte material de mi vida periodística.

Ahora voy a hablarle, según usted desea, de *aquellos tiempos* y de algunos de aquellos hombres.»

¿Ahora? Me senté a esperar en mi casa. Si lo hubiera hecho en un banco de la plaza de España habría muerto helado: lo mismo que una golondrina rezagada, demasiado sentimental. Las autoridades encontrarían en mi bolsillo este papelito: «He muerto de frío por esperar la segunda parte de una entrevista con don Juan Barco. Vive en Barcelona. Pero no echéis a nadie la culpa de mi muerte. He muerto de frío.»

Afortunadamente, esperé en casa. La segunda parte de la entrevista la recibí al mes y medio. Allá van las notas:

«¡De aquellos tiempos y de aquellos hombres!

Me siento perplejo al querer contestarle. ¿Le hablaré de 1878 y de aquel *Clamor de la Patria* en que empecé mis tareas periodísticas como redactor de plantilla de un diario? ¿Le hablaré de *La Voz de Galicia* (1883) con todo el bullir de una intensa vida literaria y política (Rosalía, Murguía, la Pardo Bazán (que vivía aún en la Coruña), Curros Enríquez, Pondal, Veiga, autor de la célebre *Alborada*, Pepe Chané...) y de un gran movimiento político con intentos revolucionarios, conspiraciones, viajes nocturnos al Ferrol en lancha de vela para sublevar la Marina, viajes a Lugo, donde residía el coronel Moreno del Cristo, para lograr de él que se pusiera al frente del movimiento republicano...?

¿Le hablaré a usted de *La Iberia* en sus últimos destellos y le contaré anécdotas de Sagasta que no son conocidas, intimidades de la riña de Martos y Canalejas; cosas pintorescas de la Cárcel Modelo de Madrid, donde estuve encerrado cuatro meses y un día por un artículo que publiqué en *La Voz de Galicia* siendo director de ella; la historia de un ahorcado, Vicente Camarasa, autor material del crimen del Canalillo y verdadera fiera humana, a quien traté íntimamente, viendo de cerca el resplandor de sus ojos salvajes y el rechinar de sus dientes carniceros en las horas en que le acometía fiebre leonina que se aliviaba comiendo rajas de melón...?

Como dice Zorrilla en su mágica siesta:

¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?

Tengo de todo y puedo hacer *boniment* a la puerta de una barraca:
—¡Adelante, señoras y caballeros! Aquí hay historias de plagios,

adulterios de grandes escritoras, magníficos ejemplares de políticos que sin saber nada de nada, miserables y entrampados, llegan a ricos y aristócratas por haber contraído tres veces matrimonio, y a los más altos cargos políticos después de haber pasado por las angustias de una condena a muerte; aquí está el intentado golpe republicano de Santa Coloma de Farnés, con un arrroz que en la frontera catalana dieron algunos conjurados al capitán Mangado, héroe auténtico de la fracasada aventura; aquí se explican las tristezas de un suicidio causado por la discusión de un nimio punto de Historia...

—A ver... a ver... eso último nos interesa... ¿eh?

—Ya llegaremos a ello; pero antes, echemos una mirada hacia el Madrid de aquellos tiempos en que empecé la carrera periodística (¡sí, señor, carrera!) en *El Clamor de la Patria.*

¡El Madrid que yo veo todavía a través de las nieblas de cuarenta y cinco años! ¡Nueve lustros de distancia, y no parece sino que han pasado dos o tres siglos!... El movimiento de la población era muchísimo más menguado y la vida estaba más reconcentrada por ser menos amplio el círculo y las distancias de cuerpo a cuerpo más estrechas. Las zonas de ensanche no se habían poblado abundantemente y algunas ni urbanizado apenas. Circulaban tranvías de caballos sólo a los barrios de Salamanca y Pozas; nada de carriles por las calles de Carretas, ni de la Montera, ni de Preciados, ni de Hortaleza, ni de Fuencarral... Para ir a Chamberí había un coche destartalado que, a son de bocina, partía desde el pasaje de Murga y cobraba a realito por asiento. La calle de Sevilla era el delicioso callejón enlosado donde se empujaban unos a otros chulos y cómicos, mozas de rumbo, estudiantes, políticos, toreros, doncellitas de labor, literatos, pretendientes, bolsistas, empleados, menestrales, lo alto y lo bajo, y lo mediano, y lo perdido, ofreciendo el conjunto más abigarrado, más típico, más corruscante que haya alumbrado ese sol de Madrid, acariciador y voluptuoso. Allí estaba el *Colmado* con sus pastelitos y sus faisanes para bocas finas y bolsillos llenos; allí cerca, en el callejón inmediato, el *Tío Lucas* con sus estofados sabrosos y baratísimos, *consolatrix aflictorum* de una bohemia que ya no existe.

La Puerta del Sol, menos embarazada que ahora, ostentaba el soberbio *Café Imperial* a todo el ancho de la manzana que mira a poniente, con entrada y ventanales por el frente, por la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo; en el entresuelo, donde hoy el comedor del Hotel de París, la ruleta y el monte funcionaban hasta la una en punto de la madrugada, hora en que se apagaban las dos hermosas bombas eléctricas sostenidas sobre columnas de hierro en el punto central, donde hoy está la estación del Metropolitano.

En el salón del café, sobre el tabladillo de los conciertos, donde poco antes se oyeron las diabluras del violinista Fortuny, un cuarteto dirigido

por Power arrebataba al bullicioso concurso con el Andante y Pizzicatto de Silvia.

En Gobernación, Romero Robledo dando chocolate a los *canosos* de *El Cronista;* en el café de La Iberia, Albareda, con sus ingeniosísimos cuentos; Ayala, el gran Ayala, en la Presidencia del Congreso, y Arderius, el famoso Arderíus, en el *Príncipe Alfonso* con *La Vuelta al Mundo* y con Rossell, que aún no había caído del burro y vocalizaba el rebuzno con tanta perfección como lo hicieran los dos regidores de la Mancha; Bretón, en La Chilena, pabelloncito levantado cerca de la Castellana, dirigiendo los conciertos de la Unión Artística en competencia con los de la Sociedad de Conciertos que dirigía el maestro Vázquez; Orovio, con sus famosos chalecos, en Hacienda; Tony Grice, con sus graciosas contorsiones en Price; Fernán Flor, en *El Imparcial*, nos describía el lecho suntuoso del marqués de Campo con ocasión de la ruidosa quiebra; Candau nos achicharraba con sus discursos parlamentarios; Chapí, pensionado en Roma; el 3 por 100 interior a 13,15, y las acciones del Banco a 214; en un piso modestísimo de la calle de la Misericordia, la Exposición de acuarelistas organizada ricamente por Bernardo Rico, el más rico en entusiasmo de todos los artistas; la *Revalenta arábiga* y el *Aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial* en la cuarta plana de los diarios; Pradilla oyendo los aplausos del mundo por su cuadro de *La Reina loca;* el célebre doctor Vinader dando ruido con su sistema para curar la vejez y que a sí mismo no pudo aplicarse; los petardos estallando a pares en los puntos más céntricos; Cánovas, presidente del Consejo, preocupado con la muerte del Sultán de Marruecos y siendo en los salones el más rendido y el más ingenioso de los galanes; donde hoy el Banco, el palacio de Alcañices, con aquellos severos balcones de dorados en las medias cañas y de limpísimos cristales enterizos; Manzanedo con su espléndido palacio en auge, y Canalejas, en el partido republicano y calabaceado como opositor a cátedras; todo Madrid cantaba *El Salto del pasiego* y todo Madrid iba al Español, donde la compañía Vico acababa de estrenar la *Consuelo* del «león más hermoso del Congreso», según Ducazcal; los periódicos costaban dos cuartos y Blas y Melendo los perseguía a muerte; Echegaray andaba a vueltas con su trilogía; Balaguer se empapaba en la oda de Quintana para combatir en el Parlamento la ley de Imprenta; Valbuena, en la *Política menuda* de *El Siglo Futuro*, no dejaba en paz un momento a *El Tiempo*, de Toreno, que ya había hablado de la zamarra del padre Adán; moría en Palacio una hermosa reina; contrataba un empréstito el Ayuntamiento; leía, en el Ateneo, Núñez de Arce *La Selva Obscura;* vestía Sagasta profético gabán verdoso; viajaba el duque de la Torre de Escañuela a Madrid y de Madrid a Escañuela; se aprobaba en Cortes una ley señalando la edad de veintiún años para los opositores a cátedras y aparecía en los horizontes

de la ciencia, del arte y de la crítica, un sol esplendoroso: Marcelino Menéndez y Pelayo.

¡Qué gozo recordarlo!»

Aquí un silencio. Después, otra carta mía:

«Querido don Juan: ¡Vive Dios que estoy a pique de cometer con usted un terrible desaguisado! El libro está impreso. Sólo falta un pliego para salir a la calle: el que lleva, en parte, la entrevista con usted Hice el proemio, silueta o cabeza de su entrevista. Agregué sus cuartillas, con un comentario entre el primero y segundo envío. Esto es, que su entrevista está en pruebas esperando la tercera parte. Ya sabe usted que a la tercera va la vencida. Tiene cabeza, tiene corazón, tiene parte del cuerpo, pero de ombligo abajo le falta todo. Y esa parte de ombligo abajo queda en su poder. Todas las cosas traen su cola. Luego no quiero que salga su entrevista sin cola. Un león sin la S del rabo no se concibe. Mándeme usted ese rabo. De lo contrario, tendré que ponerle yo uno. Aunque resulte rabo de lagartija, suelto, libre, nervioso, menudo... Menudo lío el que me está usted armando. No menos men el aprieto en que le he metido a usted. Salud, optimismo y sol.

Le abraza—ALFONSO CAMÍN.»

Esperé durante quince heladas madrileñas. De pie, como un guardia de Palacio dialogando en la noche con los rudos monarcas de la Plaza de Oriente, viendo perfilarse en el amanecer, bajo el añil del cielo, la figura ecuestre del Rey Felipe. El caballo velazqueño que monta el Rey poeta, tiene una larga cola monárquica. Se conoce que llenaba su panza rolliza en pesebre de oro, mientras el pueblo andaba a caza del garbanzo en una mala cazuela.

Sentí ganas de cortarle la cola al caballo del Rey Felipe. Pero don Juan es revolucionario. Se necesita una cola de caballo insurrecto.

Escribí a un amigo que tengo en Cuba. Mientras me contesta o no, no espero otra helada. Dejo la garita, abandono el fusil, y me voy de paseo bajo la mañana de oro.

¡Que don Juan me perdone!



SANTIAGO ALBA, ministro de Estado, en su despacho.

SANTIAGO ALBA: El hombre.—El ministro de Estado.—Castilla y Versalles.—El rescate de los prisioneros.—Alba y Echevarrieta.—Un retrato de Moret.—Unas cuartillas.—Cómo ve los asuntos de América el ministro de Estado español.—La acción civil.—El Ejército tiene la palabra.

TODO llega en el mundo—me dice don Santiago Alba, acompañando a su carta unas cuartillas jugosas.

En verdad que todo llega, y cuando, por llegar tarde, se llega más oportunamente, tienen más fuerza las palabras del señor ministro de Estado. Porque mi entrevista con don Santiago Alba viene a ser como la séptima salida de Don Quijote por tierras manchegas. El héroe cervantino salió tantas veces de aventura, que a su cronista no le dió tiempo a describir todas las andanzas del loco divino. Entonces, como ahora, el escritor tenía que atender a más cosas que al comezón del espíritu que ponía brío en la pluma. Cervantes empleó mucho tiempo en el ejercicio de la espada, en vagar por tierras remotas y en cometer algún glorioso delito, pecados del alma y del cuerpo. Uno de ellos lo cometió al escribir el *Quijote*. Los nietos de Sancho no le perdonan. Le dejarían pudrirse en Argel o seguiría preso en la cárcel sevillana.

Hace un par de meses, me recibió don Santiago Alba en su mansión señorial de las afueras de Madrid. La batalla política que estaba librando la Concentración liberal, ganando el Poder unas semanas más tarde, por poco da al traste con mi entrevista. En la sala de espera de nuestro hombre público se aglomeraban los visitantes. Como numerosos afluentes que buscan al padre Tajo, así llegaban los albistas desde los más apartados rincones de la Península.

—¡Mal agüero!—díjele al fotógrafo Rioja—. Estos «pequeños apóstoles» pueden aguarnos la fiesta. Cuando hay cuervos en el horizonte, la tempestad se avecina; cuando las gaviotas nublan el cielo costeño, anda revuelta la mar.

Me equivoqué a medias. Don Santiago Alba, como buen político, se esmera en la atención y en el trato social. Salió él mismo a recibirme a

la puerta de su despacho, haciendo caso omiso de las reverencias de sus criados, severamente vestidos, relampagueantes los botones de sus levitas, como gruesas monedas de oro viejo.

—En seguida soy con ustedes—nos dijo—. ¿Pero, con fotografías?

—Con fotografías.

Nuestras sonrisas se cruzaron como dos finas espadas que sacudieran en la punta una flor.

Entró de nuevo en el despacho. Nosotros esperamos. Los correligionarios discutían, acaloradamente, en la sala de espera. Muchos se quejaban de la violencia en las leyes electorales. ¡Como en América!—dije yo. Y comencé mis observaciones acerca del artístico despacho de don Santiago Alba. El buen gusto salta a la vista. Más que el despacho de un abogado moderno, parece la mansión de un hidalgo en Castilla. El conde de Benavente no despreciaría este rincón para halago de sus sentidos, arcón de sus pergaminos, lugar de aislamiento para meditar sus planes y leer páginas del Romancero. Sería el mejor museo para sus lienzos familiares, ilustre biblioteca para descanso de sus legajos y escrituras en fabla añeja. Sentado en severa poltrona, contaría a sus amigos y parientes sus hazañas de guerrero indómito, el buen comportamiento de sus vasallos, sus conquistas de mozo galán, el número de sus estocadas, sus éxitos de hombre maduro, sus conceptos del honor y la noble eficacia de sus leyes en las rudas casas feudales, bajo el sol de oro de Castilla la Vieja. Porque el despacho de don Santiago Alba es una casona castellana, de rancio abolengo, que contrasta con la opulenta mansión particular como contrastaría la figura de nuestro rey vestido a la inglesa, sobre un corcel de fina estampa, con el Carlos V del Tiziano, armado de casco, lanza y coraza, esa coraza donde se cruzan, vigorosos un rayo del sol de América y otro rayo del sol de Flandes.

Las cornisas, puertas y ventanas son de verdadero castillo en los tiempos remotos. Exigen el puente colgante. Inspiran también misticismo y respeto. Sobre el dintel de una puerta se lee:

La Ciencia calificada
es que el hombre en gracia acabe;
porque al fin de la jornada,
aquel que se salva, sabe
que el que no, no sabe nada.

Por aquellas ventanas pensamos que va a asomarse el rostro de azucena de Teresa de Avila. No sería difícil verla a través de las celosías con un libro de versos en las manos o escribiendo una misiva a San Juan de la Cruz. Vieja casona que denuncia su ilustre procedencia de castillo y convento; Salamanca, doctora; Avila, cargada de silencio, ceñida de muros; Segovia, con su reciedumbre inmortal. Cercanías de Pa-

lencia, cruzadas por los caminos de la Historia, bajo la áurea polvareda de los siglos. Medita el Cardenal Cisneros. Vela la Reina. Rueda la cabeza del Condestable sobre el tablado de la Justicia. Unos villanos penden de las horcas. ¡Castilla! Eso es el despacho de don Santiago Alba, muy antiguo y muy moderno, según la frase del autor de la «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote»:

Tiembla la floresta del laurel del mundo,
y antes que su hermano, vago Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.

Castilla y Versalles. El palacio particular, enfrente del lugar de meditación y de lucha, es de arquitectura moderna. Tiemblan brisas de Francia, aromas de Versalles. Circúndanle largas rejas en forma de lanzas con las puntas doradas. Se engarabitan en ella las enredaderas con cierta coquetería de mujer.

Don Santiago aparece en la puerta de su despacho. Está a nuestras órdenes. Entro. Hablo. Escudriño. La mesa está llena de documentos, cartas que esperan la firma, recomendaciones que hay que atender, cuartillas y artículos comenzados para la prensa, libros entreabiertos, plumas al desgaire, tinteros lujosos. En la pared, frente a la mesa de trabajo, en el lugar de honor, se destaca un gran retrato de don Segismundo Moret.

—Ese fué mi maestro—me dice don Santiago, apuntando con el índice y fijando los ojos en la barba nevada de aquel gran político español.

La conversación duró unos minutos. Los políticos aumentaban en número. Se apiñaban en la sala de espera. Venía hasta nosotros un rumor de marea. No juzgué oportuno el momento para que me dictara largas declaraciones sobre su vida política. Me indicó que le dejara unas preguntas escritas. Al día siguiente las tendría en mi casa.

—Me gusta—me dijo—escribir todas mis cosas de puño y letra.

No obstante, me colmó de atenciones. Dejéle las preguntas hechas. Abandoné el despacho particular del actual ministro de Estado. Mientras yo descendía por la escalera, don Santiago Alba, con su figura arrogante y risueña, pulcra en demasía, gesto duro y altivo, pero toda ella sujeta a la disciplina que por abolengo y por cultura posee, me despidió diciéndome:

—Mañana enviaré a usted las cuartillas.

¿Mañana? Días después se desarrollaba la crisis total del gobierno de Sánchez Guerra. El Sr. Alba había estado sumamente ocupado. Se le confiaba un Ministerio.

¡Bien decía yo que había mar de fondo en la política española cuando visité al Sr. Alba en su despacho! Que el simún del desierto cegaba

el horizonte con montañas de arena. El problema de las Responsabilidades de la campaña marroquí llenaba las conciencias con más fuerza que ahora. Resultó una tempestad en un vaso de agua. Ya nadie habla de las Responsabilidades. El Gobierno liberal entró en las plazas abandonadas por el enemigo, después de los más violentos combates. No había arma que no estuviera rota ni cañón que sirviera para hacer un disparo. El asunto de Marruecos parecía más enredado que en el comienzo de la catástrofe de Annual y de Monte Arruit. Burguete apenas se movía, cercado por la tela de araña de la política, que impedía toda acción militar, respondiendo al sentir de las tres partes del pueblo español. Villanueva enfermó, no llegando a hacerse cargo de la Alta Comisaría de Marruecos. Al frente del protectorado envió este Gobierno al señor Silvela.

Mientras tanto, hacíase más imposible el rescate de los prisioneros por medio de la acción militar, atada ésta de pies y manos en las posiciones rescatadas o abandonadas por el moro. Entonces fué el ministro de Estado quien encontró el talismán para traer los prisioneros a tierra española. Don Horacio Echevarrieta es un minero bilbaíno, multimillonario, antimonárquico y amigo íntimo de Santiago Alba. Ambos, de acuerdo con el elemento civil del Gobierno, lucharon denodadamente para llevar a cabo la negociación con Abd-el-Krim, emparapetado más allá del Peñón de Alhucemas, en cuyas cercanías sufrían su cautiverio más de doscientos soldados españoles, acompañados del general Navarro y de numerosos oficiales, mujeres violadas, niños hambrientos y paisanos vejados. En unos cuantos días, dieron fruto espléndido los trabajos del ministro de Estado y del industrial bilbaíno. Mediante unos cuatro millones de pesetas, los prisioneros, que estaban en barracones de la playa de Axdir, fueron traídos al Peñón de Alhucemas y embarcados en el vapor *Antonio López*. En este espectáculo doloroso, pero triunfo para el elemento civil, fué jefe de la expedición el recio minero vasco. Los moros hubieran deshecho el contrato ante la presencia de un solo militar español. No quieren nada con los militares.

—Nosotros queremos hombres que vengan en son de paz, que crucen de caminos nuestras montañas, que exploten nuestras riquezas mineras, que normalicen nuestro comercio, que nos pongan en contacto industrial con las naciones extranjeras—dijo «El Pajarito», cuñado de Abd-el-Krim. «El Pajarito», aunque parezca un pájaro de cuenta por el mote, desempeña admirablemente su papel de futuro ministro de Hacienda marroquí. ¡Lástima que la seriedad del moro se parezca al tiempo en los climas calientes: cambia cada veinticuatro horas!

Las escenas, en el embarque, han lastimado el sentimiento español. Muchos de los prisioneros no parecían seres vivientes. Algunos semejaban esqueletos que caminaran mecánicamente. Los uniformes, viejos o

nuevos, porque llevaron muchos los mensajeros del rescate, daban la impresión de una mortaja para los restos de un soldado que pasan de una tumba a otra. Otros, consumidos, trémulos, convulsionados, no podían articular palabra. Gran número permanecía sin mover las piernas, en un perfecto gesto de imbecilidad. Los más, lloraban silenciosamente. Las lágrimas caían hilo a hilo sobre las viejas o flamantes mortajas. Los marineros los izaban en brazos, más que como a hombres, como a despojos abandonados en la desolación de los caminos. El médico iba reconociéndoles el latido del corazón y el pulso, ordenando inmediatos reactivos como quien va resucitando muertos. Fué para uno de los soldados la inyección vivificadora como un rayo de sol para la vida que acaba. Balbuceó, temblorosamente, unas frases, y en una corta agonía como de lámpara en altar, al decir ¡Viva España!, cerró los ojos y cayó muerto sobre la cubierta del barco. Fueron dos minutos trágicos que ahogaron los sollozos en las gargantas de los espectadores. Espectáculo de dolor, de fatiga y de muerte como en los dramas de Ibsen.

En el *Antonio López* y en los hospitales de Melilla, los prisioneros fueron engarzando en el hilo de la emoción las cuentas de su largo rosario de desdichas durante los diez y ocho meses de cautiverio. El héroe de la jornada fué el sargento Vasallo, un mozo cordobés que trató a la Vida y a la Muerte con la valentía y el desprecio que merecen, cuando no se sabe cuál de ellas es digna de mayor anatema. Ambas resultan despreciables. Vasallo hizo recordar a Cervantes en las prisiones de Argel.

Las preguntas que había hecho a don Santiago Alba, apenas si las recuerdo.

Sé que una de ellas se refería al futuro espiritual de América en relación con el legado de España.

Tan pronto como se terminó el rescate de los prisioneros, recibí unas cuartillas con los siguientes párrafos del señor ministro de Estado:

«Apremios de tiempo e imperativos de discreción me impiden, desde esta vieja casa del Ministerio de Estado, asociarme a la gentil iniciativa de mi amigo el señor Camín, con el grato desembarazo con que le ofrecí hacerlo, antes del advenimiento al Poder del Gobierno de las izquierdas.

»No puedo entretenerme en hablar de mi vida ni preocuparme de las circunstancias en que la muerte ha de llegar a mí, cuando precisamente de la mañana a la noche mi deber y mi amor a España me imponen la preocupación de tantas otras vidas que guardar, de tantas y tantas muertes que prevenir...

»Pero, por lo mismo, puedo y quiero bañar mi espíritu en las aguas confortadoras de un optimismo consciente, que mira hacia la América española, no para recitar endechas de amor, más o menos inspiradas, pero al cabo sin eficacia inmediata, sino como preparación de una polí-

tica de realidades útiles, que descanse sobre la coordinación de intereses recíprocos.

»Así, me ocupo personalmente del estudio y preparación de los Convenios comerciales con las Repúblicas de América. Y ante la situación de Europa, amenazada por la posibilidad de nuevas guerras, cuando aún no se ha logrado la liquidación moral y económica de la última terrible contienda, miro hacia la América y medito y exploro...

»No digo, pues, que el futuro espiritual de América nos pertenezca como mi culto solicitante me insinúa. Pero afirmo que quiero y procuro en el presente—¡la vida es corta y la labor inmensa!—la aproximación cordial de los hermanos de aquende y allende el mar y la consagración rotunda de una política en la que los tropos bellos sean substituídos por fecundas, aunque muchas veces silenciosas y casi ignoradas, expresiones de conducta.—SANTIAGO ALBA.» (Firma.)

El actual ministro de Estado es uno de los hombres más discutidos de la política española. Con todo, ha desempeñado varios ministerios en varias ocasiones. Es como los hombres demuestran su tesón y su inteligencia: siendo combatidos y apareciendo de pie sobre las barricadas. Político al que no se combate, corre el grave peligro de ser anodino o simplemente espectacular. No se puede decir que un árbol es fuerte si no se mantiene en pie al paso de la tormenta. No se puede responder de los buenos cimientos de un edificio si no los ha estremecido alguna fuerza sísmica. No se puede creer en la potencia de un navío si no ha llegado a puerto con los palos rotos y con el casco completo.

La figura de Santiago Alba se ha sobrepuesto a los recios vendavales de la política. Sigue firme como el roble después del paso de la cuadriga del viento, como el edificio después de la conmoción volcánica, como el navío después de luchar días enteros con la tormenta en el mar.

Ahora acaba de alcanzar un éxito para su Gobierno, para la Nación y para la Humanidad en colaboración con Echevarrieta. Los Gobiernos anteriores no pudieron llevar a cabo la obra del rescate. Las armas solamente lograron alargar el calvario de los prisioneros de Abd-el-Krim. No hay quien arranque esta palma a la Concentración liberal, al ministro de Estado y a Echevarrieta, vasco neto, en desacuerdo con la Monarquía.

Hay quien habla de la revancha militar, queriendo con esto quitarle importancia al rescate llevado a cabo por la acción civil. Armas de poca fuerza y temple dudoso como éstas se rompen en el primer asalto. Si se quiere la revancha militar, el camino está abierto. Ahí está Marruecos para que se ejerciten en las armas los campeones esforzados; ahí está Monte Arruit, para que sobre la tierra abonada por nuestros muertos florezcan los laureles del Ejército; ahí está Annual, para que venguemos a cañonazos nuestros reveses; ahí está el Peñón de Alhucemas, para

que le hundamos en el mar bajo la acción de la dinamita; ahí está el Gurugú, para que le pongamos una dentadura de cañones; ahí están las chumberas para derribarlas a golpe de hacha; ahí están los montes para entregarlos a la llama; ahí están los postes telegráficos y los árboles del camino para colgar cabezas rebeldes; ahí están Abd-el-Krim y su secuaces, para hacer con ellos una nueva campana de Huesca, como aquella del rey justo.

La acción civil ha cumplido con su deber rescatando a los prisioneros españoles. El Ejército tiene la palabra.



JOSÉ NAKENS, acompañado de su hija.

JOSE NAKENS: El hombre.—La hija de Nakens.—«El Motín».—Nakens y Campoamor.—Cómo se le presentó Angiolillo.—Cómo se le presentó Morral.—La celda número 7.—Nakens y «El Gitano».—El Nakens de siempre.—Sus opiniones.

DEBERÍA estar satisfecho. Yo entrevisté al poeta, al novelista, al literato, al bacteriólogo, al pensador, al sabio, al panfletario, al sociólogo, al polígrafo, al astrólogo, al escultor, al crítico, al político, a la mujer. ¿Y ahora? Ahora tengo que entrevistar al hombre. Entrevistar a un hombre a secas es tarea harto difícil, cuando no peligrosa. El poeta nos presta sus emociones, el novelista sus tipos, el bacteriólogo su ciencia, el pensador sus ideas, el sabio su manantial cristalino, el panfletario sus aletazos, el sociólogo sus obras, el polígrafo sus conocimientos lingüísticos, el astrólogo sus constelaciones, el escultor sus estatuas, el crítico su bisturí, el político su historia, la mujer su belleza literaria, su encanto físico, su jardín espiritual. Pero, ¿y el hombre? El hombre es una roca requemada de sol, inclinada sobre el camino, un picacho que sobresale en la cumbre, una mole desnuda sobre la esmeralda del llano. La roca no contesta. Más bien parece interrogar al caminante que pasa, al cazador que se agazapa tras de ella, al gañán que se encorva, al buey manso, al surco abierto, al águila pensativa, al torrente, al alba, a la sombra... De lo único que no se ocupa es del reptil que se despereza entre los hierbajos calentándose al sol.

Sin embargo, para buscar al hombre a secas no tuve que echar mano de una linterna como el gran Cínico. El hombre estaba cerca. José Nakens vive a dos pasos de mi casa. Un día, sin preocupación de fecha ni de hora, sin ningún cuestionario mental ni escrito, salí a la calle y eché a andar. No me preocupé del rumbo. Iba como un obrero que va camino del trabajo, que se dirige al taller, pisando sin mirar al suelo, sin ocuparse de la charca ni de la piedra. Iba como llevado de una fuerza misteriosa. Y conste que yo no creo en el misterio ni en los jesuítas. Me sucede igual que a Nakens.

El fotógrafo me trajo a la realidad.

—Bueno. ¿Pero hacia dónde vamos? ¿No íbamos al Casino Militar?

—Sí.

—¿Y este es el camino?

—No.

—¿Entonces?

—Vamos a ver a Nakens.

Penetramos en la casa número 52 de la calle de Alberto Aguilera.

—¿Vive aquí don José Nakens?

—Sí señor; en el entresuelo.

Me recibe la hija de Nakens. Se llama Isabel. Es una hembra opulenta y agraciada. La hija de Nakens no es una hija como todas. Es una hija excepcional: la leal compañera del padre en todas las luchas, en todos los dolores, a través de un sendero largo y duro. ¿Quién no recuerda a la hija de Nakens? Antes y después de la bomba lanzada por Morral en la calle Mayor al paso de la carroza del Monarca, en todos los calvarios, en todas las prisiones del padre, la hija jamás lo abandonó. Durante la estancia de Nakens en la Cárcel Modelo, diariamente, con la cesta al brazo, Isabel apareció tras de la reja con el mendrugo material y la hogaza espiritual. Ni el amor ni el dolor la hicieron desertar de las filas. Sus ilusiones nacieron con el padre. Morirán con el padre. Su juventud se irá apagando como una lámpara al lado del padre.

Nakens no tiene más compañía que su hija y *El Motín*. *El Motín* sigue siendo *El Motín*. Nakens sigue siendo Nakens. Expongo mi pretensión a Isabel. Ella me ayudará. Todo le parece llano, menos lograr una fotografía.

—No se retrata nunca.

—Lo intentaremos.

—Va a ser imposible.

—No lo crea usted.

Isabel me miró con asombro. Mi convicción la desconcertó un poco. Nos guía hasta la alcoba y despacho. La habitación tiene aspecto de celda bien cuidada. Allí está Nakens, allí trabaja Nakens, entre muchos libros, una montaña de cuartillas y algunas pruebas de *El Motín*. De las paredes penden los retratos de algunos amigos caídos en la lucha. Entre ellos aparece el de Andrés Maroto. Nakens me habla con gran cariño del mártir republicano.

—Cumple hoy ochenta y un años—me dice Isabel.

Yo felicité a Nakens. En silencio también me felicité a mí. Sin saberlo, llegaba a entrevistar a Nakens al cumplir ochenta y un años. Apunté la fecha: 21 de diciembre de 1922.

—Está usted fuerte. Vivirá usted aún muchos años—le dije.

—No me desee usted eso. Me asusta la idea de vivir todo ese tiempo.

Comienzan las visitas: Pedro Lojo. Es un amigo que lo trata hace cuarenta años. Cuando salió Nakens de la cárcel, en el asunto de Morral, Nakens fué a vivir a casa de Pedro Lojo una temporada. Se quieren como hermanos. Siguen las visitas, las felicitaciones. Hombres con las manos encallecidas y los ojos cargados de afectos; mujeres con los niños en brazos. Todos tienen para Nakens palabras hondas y tiernas.

—Hoy tiene usted que bailar y tocar. Y va usted a bailar conmigo— le dice una madre que tiene en brazos una niña semejante al San Juan que juega con el cordero, en el lienzo de Murillo.

—Pero, mujer. ¡Si yo no he bailado nunca, ni he tocado nada! Digo, sí: alguna vez he tocado el cielo con las manos. Esta es una de las cosas que no me perdonan los curas.

Quedamos de nuevo solos.

—Cuando me desean que siga viviendo—me dice Nakens—yo me digo: ¿para qué? ¿Para seguir viendo el triunfo de los malvados? ¿Para seguir viendo a los hombres desertando de sus convicciones, traicionándose a sí mismos? ¿Para seguir contemplando el imperio de la sotana? ¿Para ver que el asesinato sigue siendo la Ley? ¿Para ver que el vicio cochino resulta la virtud cargada de escapularios? ¿No cree usted que no merezco tan larga agonía?

—Su obra no muere.

—Pero la matarán esos granujas, tan pronto como desaparezca yo.

A primeros de año habrá publicado *El Motín* un gran número especial, en el que colaboran los principales escritores de España. Esto es como un homenaje al hombre, al que nunca claudicó de sus convicciones, al alma buena, a la honradez y al carácter.

Nakens me dijo:

—Estoy muy agradecido. Aun hay almas buenas. Pero no estoy de acuerdo en que se llame homenaje. Hoy los homenajes se hacen a cualquier sacamuelas. Un homenaje puede ser un banquete. Y esto no quiero que sea eso. Quiero que sea un agasajo de mis amigos. Tampoco quiero que sea un agasajo porque yo sea una persona honrada. Ser honrado es un deber de todos los hombres. Me causa gran pesadumbre que me agasajen por ser un hombre honrado. Si esto resulta una virtud, quiero morirme lo antes posible. No quiero caer en el dolor de pensar que España es un semillero de ladrones.

Hablamos de sus rebeldías. De sus valientes estrofas contra todo lo «respetable». De su colección de sonetos, que son como una avanzada de picachos desgarrando las nubes.

Despues le leí la primera poesía de mi libro *Quousque Tamdem*. Nakens se transfiguró. Me dedicó su libro *Trozos de mi vida*. La dedicato-

ria dice: «Al poeta como el que yo eché de menos en 1869». Espontáneamente, sin premeditación ninguna, mi pretensión iba a hacerse realidad. Nakens se tornó un niño. Parecía decirme: haga usted lo que quiera.

Y se hicieron las fotografías. Después me leyó un artículo contra un fotógrafo. No llegó a mí la venganza.

—Cuénteme algo de su vida.

—¿Qué he de decirle yo que no esté en mis libros? Nací pobre, fuí soldado, he trabajado mucho, y no soy rico.

—¿Dónde nació usted?

—En Sevilla. No tengo varias cunas, como le ocurre a Homero.

—¿Qué grado alcanzó en la milicia?

—No llegué más que a cabo. Cuando el teniente Villanueva quería echar sobre un individuo todo el peso de su justa indignación, le decía: «¡Es usted más adán que el cabo Nakens!»

—¿Cuándo comenzó usted a escribir?

—Siendo muy niño.

—¿Y a publicar?

—A fines de 1866. A raíz del triunfo en Alcolea. Aquella misma tarde envié a *Las Novedades* un soneto que no se publicó. El periódico era mompensierista. Mi soneto iba contra el trono.

—¿Y qué pasó?

—Pasado el enojo que me produjo el desaire, envié otro cantando al pueblo, que fué publicado. Después escribí mucho en la colección de *Jeremías*, el gran periódico satírico de Martínez Villergas. Más tarde entré a formar parte de la redacción de *El Globo*, luego en *El Buñuelo*, en el que comencé a iniciar la política que desarrollé a la postre desde abril de 1881, en *El Motín*.

—¿Y no le gusta retratarse?

—Siempre me ha molestado. En 1888 decía yo: «Ningún periódico de los que se dedican a publicar retratos de personajes (?) ha obtenido mi permiso para reproducir mis facciones. Recuerdo que allá en el 83 u 84 contesté al director de uno que me pidió mi retrato para reproducirlo, que yo había decidido no «exponerme» hasta que fuese ministro».

—¿Ha sido usted republicano toda la vida?

—Toda la vida.

—¿No desfalleció nunca?

—Jamás. Yo moriré siendo republicano. No participo de la mudanza de los demás.

—¿Es verdad que atacó usted a Campoamor?

—Ferozmente.

—¿Y que luego fueron grandes amigos?

—También. Lo ataqué por hallar en sus versos algunos pensamientos de Víctor Hugo. Por otra parte, yo tenía que abrirme paso y cometí

este pequeño pecado, como luego lo dije en carta abierta a Campoamor.

—¿Qué le movió a desagraviar al poeta?

—No haberlo defendido ninguno de sus compañeros. Ni cuatro líneas en favor de él. Yo me desesperaba. Entonces yo defendí a Campoamor contra la envidia de los demás, contra el silencio de los demás y contra mi propio ataque.

—¿En qué año fué usted diputado?

—Yo nunca fuí diputado. Cuando en 1903 me sacaron triunfante por Valencia, rechacé el acta.

—¿Qué le molesta a usted más?

—Un fraile.

—¿Qué ser cree usted más inútil?

—Una monja.

—¿Qué opina usted del clericalismo?

—Qne es el atraso de España.

—¿Y de la Monarquía?

—Que está muy vieja.

—¿Cuántas multas habrá usted pagado por sus campañas en *El Motín?*

—No sé. Pero he pagado en multas más de lo que gané en *El Motín.*

—¿Y ahora?

—Ahora se fastidian. Lo he declarado insolvente.

—¿Con qué escritor se entendió usted mejor?

—Con muchos. Sobre todo, con Bonafoux.

—Cuénteme algo de Angiolillo, el matador de Cánovas. ¿Es verdad que estuvo en su casa? ¿Que le comunicó a usted la idea del asesinato?

—Sí. Eso está en mis libros. Es un poco largo.

—Dígame lo más interesante.

—Angiolillo vino a mi casa como usted vino ahora. Quería hacerme una entrevista para un periódico de Italia. Me pasó su tarjeta. Yo leí: «Emilio Rinaldini. Tenedor de libros. Corresponsal del periódico *Il Popolo.*» —Que pase—le dije, e inmediatamente entró a la redacción un joven como de ventiséis a veintiocho años, de mediana estatura, cara expresiva, finos modales, vestido con un traje de americana claro. Me manifestó que venía en nombre del periódico de Milán, que representaba, a celebrar conmigo una entrevista acerca de la guerra de Cuba.

—¿Y se negó usted?

—Sí. El me dijo que había leído *La Piqueta* y *Juan Lanas*, que éste lo había prestado y que no se lo habían devuelto. Pedí un ejemplar y se lo dediqué, creo que en esta forma: «A mi distinguído compañero en la Prensa italiana Emilio Rinaldini.» Se fué y volvió a los cuatro días.

—¿Y entonces?

—Discutimos. Después de condenar yo con tanta dureza como él los

horrores de Montjuich, combatí la propaganda por el hecho; él la defendió con gran calor. Le dije yo que no comprendía al anarquista tirando una bomba y huyendo cobardemente como en el Liceo y en la calle de Campos Nuevos, sino cayendo con sus víctimas o dando su cabeza en cambio. Le dije que el anarquismo iba a conseguir que se entronizara la reacción en toda Europa, y que esto únicamente a la Iglesia le convenía. A lo segundo calló; a lo primero asintió con un movimiento de cabeza. Después volvió dos o tres veces. Me dijo que era cajista, que deseaba trabajar y que llevaba dos días sin comer. Esto me lo dijo con los ojos llenos de lágrimas. En el correo de aquel día había yo recibido una libranza de diez pesetas. Me habló de su madre, de su hermana, a quienes quería mucho. Después exclamó en voz baja y como hablando consigo propio: «¡Y qué disgusto voy a darles!» Yo no caí en la cuenta. Luego, al despedirse, díle la mitad de mi fortuna. Me cogió la mano nerviosamente entre las suyas y me la besó sin decir palabra. No pude evitarlo. Noté luego en ella algo parecido a lo que ya asomaba a mis ojos. De esta manera regia me pagó el anarquista la seguridad del albergue y la comida de aquella noche.

—¿Y entonces le habló del asesinato?

—Sí. Verá usted. Al abrir la puerta volvióse precipitadamente y me silbó al oído estas palabras: «Ya que usted ha sido tan bueno conmigo, voy a confiarle un secreto: He venido a Madrid a matar a Cánovas, al Rey o a la Regente.»

—¿Y lo creyó usted?

—Me sonreí. ¡He oído decir a tantos algo parecido! Si cada uno que me lo ha dicho lo hubiera hecho, habría yo visto lo menos cincuenta o sesenta reyes nuevos. Hay mucho aficionado a sacrificarse verbalmente por su ideal. Bueno. Pues Rinaldini resultó ser Angiolillo. El 8 de agosto de 1897, por la noche, leí en la prensa la noticia de la muerte de Cánovas.

—¿Y usted encontró bien la muerte de Cánovas?

—De ningún modo. De vivir Cánovas quizá no habríamos ido a la guerra y conservaríamos hoy Puerto Rico y Filipinas. El revólver de Angiolillo puso la cuestión en el terreno más desastroso para España.

—¿Y si hubiera usted creído a Angiolillo?

—Para el caso hubiera sido igual. Yo no nací para delator. No haría más que callar. Cien veces ante un caso de esa índole, cien veces haría lo mismo: callar.

—¿Y el asunto de Morral?

—Ahí tiene usted la relación. Es un fragmento de la carta dirigida a Leopoldo Romeo. Lo mismo le digo a usted ahora. El que ocultó al anarquista la noche del 31 de mayo, fuí yo.

¿Por qué? ¿Cómo? A las cuatro de la tarde próximamente de aquel

día, estaba yo en la redacción de *El Motín*, cuando entró un joven y me dijo:

—¿Es usted el señor Nakens?

—Sí.

—¿Me da usted palabra de callar lo que voy a decirle?

—Hable usted.

—Acabo de tirar una bomba al rey en la calle Mayor. Creo que no le he dado; pero hay desgracias. He leído lo que usted escribió sobre Angiolillo... ¿Me delatará usted?

Antes de contestarle, entró un conocido de esos que nunca se acuerda uno cómo se llaman, diciendo:

—Don José, han tirado una bomba en la calle mayor. ¿No lo sabe usted?

—Me lo estaba diciendo el señor.

—Creo que hay muchas víctimas, pero al rey no le han tocado.

En esto entra Moyrón y me dice:

—Acabo de llevar a Isabel (mi hija) a su casa, muy emocionada y con un ataque nervioso. Estaba en casa de Genaro Millán, donde también se hallaba mi mujer, y se asustó mucho al oir una bomba que han tirado al rey, y más al ver pasar una camilla.

Mientras él daba detalles llevé a otra habitación al anarquista, y le dije:

—Estése usted aquí hasta que yo vuelva.

Despedí a los chicos de la imprenta, salí con los visitantes, corrí a mi casa, vi a mi hija, y a la hora y media que la dejé algo sosegada, volví a la imprenta.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?—le pregunté al anarquista.

—Preguntando a los que me he encontrado.

Comprendí que podrían llegar a prenderle de un momento a otro, y le dije:

—Sígame usted.

—¿Y fueron?

—Hasta el Puente de las Ventas. Allí lo escondió un amigo al que le dije:

—El señor es un periodista perseguido que teme que den con él al buscar esta noche a ese de la bomba. ¿Quiere usted tenerlo aquí hasta mañana?

—Lo que usted mande, don José.

—Sí; mañana buscaré dónde ir. Lo que temo es esta noche—dijo el anarquista.

Esa fué mi intervención. Yo no salvé a Morral por regicida. Lo salvé por hombre, por necesitado de amparo, porque confió en mi palabra y en mi honor.

—¿Qué tiempo estuvo usted en la Cárcel Modelo?

—Dos años. Ocupé la celda número 7. Allí pude vivir tranquilo. Recopilé todas mis cosas e hice otras con las cuales compuse *Trozos de mi vida, Yo hablando de mí*, y otros libros.

—¿Qué impresión tiene usted de la cárcel?

—Buena y mala. Mala, por las ignominias a que son sometidos los presos. Buena, porque en la cárcel he encontrado hombres más serios que en ninguna otra parte. En la cárcel he visto hombres que hubieran perdido la vida antes que faltar a la palabra empeñada. Otros que se hubieran dejado matar antes que buscar por el camino de la delación una recompensa. Otros a quienes se podía confiar un capital, sin temor a que se lo apropiasen. ¿Cree usted que en la calle hay esas gentes? Además, en la cárcel he visto la apoteosis de la sinceridad. Recuerdo que al hacer el censo preguntaron a un penado qué oficio tenía, y él contestó modestamente: ladrón. No fué posible convencerlo de lo contrario. El no tenía otro oficio y era incapaz de mentir. Los ladrones que no están en la cárcel son muy inferiores a este hombre. No confesarán su oficio.

—¿Qué opina usted de la herencia que nos dejó la guerra mundial?

—Ya lo vaticiné en 1914, en una de mis cartas a mi amigo Nicolás Estévanez, que ha de estar en el infierno, porque fué un hombre honrado. Los tres grandes principios se interpretan hoy de este modo:

El de «Libertad», no dejando moverse a nadie. El de «Igualdad», sujetando a todos al hambre y a la desesperación. Y el de «Fraternidad», exterminando al prójimo que se pone a tiro.

Los sacrosantos principios de la escuela doctrinaria se aplican en esta forma:

El «Orden», perturbándolo en todas partes. La «Religión», santificando la matanza universal. La «Propiedad», despojando al que tiene algo. La «Familia», deshaciéndola.

Las palabras de civilización y de elevación espiritual sufrieron estos contratiempos:

La de «Patria», sirve de pretexto para justificar asesinatos colectivos. La de «Derecho», para violar los Tratados. La de «Civilización», para perpetrar barbaries. La de «Ciencia», para fabricar explosivos. La de «Altruísmo», para pensar cada cual en sí propio. La de «Humanidad», para preparar festines a lobos y a buitres.

Me despedí de Nakens. Ya en la calle recordé una anécdota inédita hasta ahora. Traza su carácter. Ocupaba la celda número 7. Todos lo respetaban, todos lo trataban con gran mesura, menos *El Gitano*. *El Gitano* era un alto empleado de la prisión. Un día entró en la celda número 7.

—¿Qué hay, don José?—le dijo *El Gitano* con su voz inflada. Nakens escribía. Levantó la cabeza, dejó el asiento y le dijo a *El Gitano:*

—Primeramente, descúbrase usted. Está usted en mi casa. Después cambie usted ese saludo por otro más correcto. No somos iguales.

La casa de Nakens era la celda número 7.

Don José Nakens tiene ochenta y un años. Pongamos el 1 antes que el 8. Es igual. Nakens sigue teniendo los diez y ocho años de su juventud. Piensa igual con diez y ocho que con ochenta y uno, con ochenta y uno que con diez y ocho. Su corazón no desfallece; su pensamiento no claudica. Su espíritu morirá como un mozo de veinte años batiéndose en las barricadas, contra la tiranía, contra el cuervo católico, contra el verdugo oficial que agarrota las conciencias, blandiendo la ley escrita como hacha de carnicero.

Nakens es un poeta, un ironista, un gran periodista, un republicano solitario, un defensor del pueblo. Pero cuando muera quitadle nombres y adjetivos. No lo carguéis de bronces en la tumba. No le pongáis cruz de hierro. El bronce puede haber pertenecido a un convento de jesuítas. La cruz de hierro puede hacerle pensar que son dos barrotes de la cárcel, puestos en cruz. Enterradlo en tierra firme. En una sencilla fosa con esta inscripción al pie:

AQUÍ DESCANSA UN HOMBRE

INDICE

